

ADELANTE EL DIVORCIO

**ANNA
FRANCHI**

INTRODUCCIÓN, EDICIÓN CRÍTICA
Y TRADUCCIÓN DE

**MILAGRO
MARTÍN CLAVIJO**



Ediciones Universidad
Salamanca

ADELANTE EL DIVORCIO

MEMORIA DE MUJER

11

Colección dirigida

por

Josefina CUESTA

(Universidad de Salamanca)

&

María José TURRIÓN

(Centro Documental de la Memoria Histórica, Salamanca)

Consejo científico

Virginia ÁVILA (UNAM, México)

Dora BARRANCOS (CONICET, Argentina)

Christina VON BRAUN (Universidad Humboldt de Berlín, Alemania)

Nuria CHINCHILLA (IESE, España)

Jean Louis GUEREÑA (Universidad de Tours, Francia)

Araceli MANGAS (Universidad Complutense, España)

Jane MORRICE (Consejo Económico y Social Europeo, UE)

María Jesús PRIETO-LAFFARGUE (Instituto de la Ingeniería de España,
ex-Presidenta de la WFEO)

ANNA FRANCHI

ADELANTE EL DIVORCIO

Introducción, edición crítica y traducción de
Milagro MARTÍN CLAVIJO



Ediciones Universidad
Salamanca

ANNA FRANCHI

ADELANTE EL DIVORCIO

Introducción, edición crítica y traducción de
Milagro MARTÍN CLAVIJO



Ediciones Universidad
Salamanca

MEMORIA DE MUJER

11

© de esta edición:
Ediciones Universidad de Salamanca
© de la introducción, edición crítica y traducción:
Milagro Martín Clavijo

1ª edición: noviembre, 2018

Motivo de cubierta: El rapto de las sabinas
© Emilio Clavijo Cobaleda, 2002

Este libro se enmarca en el proyecto de investigación financiado por la Consejería de Educación de la Junta de Castilla y León y el Fondo Europeo de Desarrollo Regional (SA019P17), con el título “Escritoras inéditas en español en los albores del s. XX (1880-1920). Renovación pedagógica del canon literario” dirigido por la profesora Milagro Martín Clavijo de la Universidad de Salamanca

ISBN: 978-84-1311-199-5 (PDF)

ISBN: 978-84-1311-200-8 (POD)

Ediciones Universidad de Salamanca
Plaza San Benito s/n
E-37002 Salamanca (España)
<http://www.eusal.es>
eus@usal.es

Impreso en España-Printed in Spain

Maquetación: Sara Velázquez

Realizado:
Cícero, S.L.
Tel. 923 123 226
37007 Salamanca (España)

*Todos los derechos reservados.
Ni la totalidad ni parte de este libro
Puede reproducirse ni transmitirse
Sin permiso escrito de
Ediciones Universidad de Salamanca*

Ediciones Universidad de Salamanca es miembro de
Unión de Editoriales Universitarias Españolas
www.une.es



ÍNDICE

I. ANNA FRANCHI Y <i>ADELANTE EL DIVORCIO</i>	9
1. Anna Franchi y su contexto histórico y cultural	11
1.1. La vida de Anna Franchi	11
1.2. Anna Franchi periodista	16
1.3. Anna Franchi y las cuestiones femeninas	18
2. Anna Franchi escritora	23
2.1. Presencia femenina en la cultura italiana	23
2.2. La carrera literaria de Anna Franchi	30
3. <i>Adelante el divorcio</i> : del contexto a la novela	33
3.1. La campaña por el divorcio en Italia a caballo entre el s. XIX y el XX	35
3.2. Escritos teóricos de Anna Franchi sobre el divorcio	42
3.3. Novela y divorcio	45
3.4. La recepción de la obra	48
3.5. <i>La mia vita</i> : Anna Franchi ante <i>Adelante el divorcio</i> cuarenta años después	50
4. La construcción de una nueva identidad femenina	53
4.1. El descenso a los infiernos	53
4.1.1. El relato del infierno	59
4.2. Hacia una mujer nueva	67
4.2.1. Rasgos de su carácter	69

4.2.2. El amor	71
4.2.3. El oficio de escritora	77
4.2.4. La ley: el mayor obstáculo para la construcción de la nueva mujer	80
4.2.5. Por la paz	86
4.2.6. La llegada de la nueva mujer	89
5. Breves conclusiones finales	93
6. Referencias bibliográficas	95
7. Nota del traductor	113
II. ADELANTE EL DIVORCIO	115
Prólogo de Agostino Berenini	119
Primera parte	123
Segunda parte	237

I

ANNA FRANCHI
Y ADELANTE EL DIVORCIO

1. ANNA FRANCHI Y SU CONTEXTO HISTÓRICO Y CULTURAL

Anna Franchi nació en Livorno en 1867 y murió en Milán en 1954¹. Una larga vida en la que participa activamente o es testimonio de los eventos históricos más importantes que conforman Italia desde finales del siglo XIX hasta la segunda posguerra.

Franchi es escritora, periodista y activista de los derechos civiles de la mujer desde posiciones de la izquierda, especialmente en la campaña por el sufragio político de las mujeres y por el divorcio. Pero no solo: también es pintora, pianista, crítica de arte: una figura poliédrica, como constata Berni (1997: IX), “con múltiples intereses, que van desde la literatura, a la pintura, a la música, hasta una política vivida con apasionada coherencia y que es quizás el presupuesto más auténtico de su copiosa producción”².

En esos casi noventa años de vida, Franchi no ha parado de escribir y de confrontarse con su tiempo, con los problemas más acuciantes, con los cambios sociales, desde una posición abierta y siempre en alerta.

1.1. La vida de Anna Franchi

A la hora de reconstruir la historia de Anna Franchi hemos acudido a dos fuentes importantes. En primer lugar, a su autobiografía *La mia vita*, publicada por la editorial Garzanti en 1940, pero ya compuesta entre 1937 y 1939. En ella la autora nos relata su vida desde la infancia, e incluso detalles de su familia en años anteriores, hasta el momento de la escritura, cuando ella tiene setenta años. Se trata de un recorrido biográfico y artístico amplio. Al inicio de esta obra define su vida como “un largo e incómodo viaje [...] agotador viaje realizado sin posibilidad de

¹ Sobre su vida y su obra en general cfr. Berni (1997), De Troja (2016a, 2016b), Gigli (2001, 2008, 2014) y Noce (2007).

² Todas las traducciones al español de las citas que aparecen en este volumen son de la autora.

descanso, con la carga de las ruinas dejadas por los muchos huracanes y los obstáculos encontrados por el camino” (Franchi, 1940: 4-5). Como veremos, la vida que le tocó vivir estuvo llena de dificultades y de obstáculos para su plena realización.

La segunda fuente importante para poder reconstruir su historia es el Fondo Anna Franchi en el Centro di Documentazione e Ricerca Visiva, Villa Maria, sezione della Biblioteca Labronica “F. D. Guerrazzi” de Livorno³. Allí se puede consultar todo el material que la propia autora donó al centro y que, más tarde, se ha ido completando con más manuscritos y cartas.

Anna Franchi nació en Livorno en 1867 y allí vivirá durante su infancia y adolescencia, en el seno de una familia de la media burguesía, con su padre Cesare, su madre Ignia Rugani y su abuela materna, Ernesta. Ya en las palabras que dedica a su familia se puede constatar la especial relación con el padre que presenta como un modelo de vida y la distancia que marca con su madre, una mujer que, en muchos aspectos, encarna el modelo de mujer y madre burguesa representativa del siglo XIX.

En estos primeros años Anna recibe una educación no muy distinta a la de las otras niñas de su posición y, por lo tanto, ciertamente con muchas limitaciones: primero en casa, de la mano de su padre, luego en el Istituto Moutet, más tarde de nuevo en casa. De estos años se puede destacar, su “sólida pasión por la lectura⁴, desordenada y semiclandestina” (Noce, 2007: 342), sus dotes como pianista que le llevaron a pensar en una posible carrera como música y su educación en un ambiente de ideales mazzinianos⁵

En conjunto, y tal y como la propia autora nos lo presenta, su vida hasta que se casa en 1867 transcurre serena y feliz,

³ Sobre el Fondo Anna Franchi véase Noce (2007).

⁴ De Troja señala a autores como Dumas, Ponson du Terrail, Le Sage, Grossi, Guerrazzi, Giusti (2016b: 16).

⁵ En la casa de Cesare Franchi se reúnen con frecuencia un número nutrido de amigos que comparten estos ideales y que transmitirán a la joven Anna durante estos años. Ellos han participado o asistido a los eventos del Risorgimento (Gigli, 2008: 87) y toda su infancia está poblada por estas historias, por estos héroes, “esos hombres de los que no hay huella, pero que ha sufrido para formar una nación, mártires de una fe, unidos con la esperanza” (Franchi, 1940: 17), especialmente por las historias del padre que había huido a Australia en 1849 por motivos políticos.

especialmente su infancia en la que se incide fundamentalmente en su espíritu rebelde, ciertamente poco común, y su vida en libertad.

A los dieciséis años se casa con Ettore Martini, un famoso compositor y pianista con el que tendrá en poco tiempo cuatro hijos⁶. Este matrimonio⁷, a pesar de la común pasión por la música⁸, se revelará un tormento para la joven esposa: Ettore es un hombre muy irregular, irresponsable, jugador, mujeriego y despilfarrador. Junto a él Anna emprende una vida de vagabunda, de una ciudad a otra: Arezzo, Florencia, Milán...

Son años muy duros en los que Anna se siente muy sola, con un marido que no la quiere ni se preocupa ni por ella ni por sus hijos, con serios problemas económicos que cada vez se harán más acuciantes con las ingentes deudas del marido que pondrán fin al patrimonio de la familia Franchi. Especialmente la muerte del padre y de la abuela materna, dos pilares importantes en su vida, agrava su ya precaria situación en estos años.

Cuando en 1903 su marido decide irse a América. Anna ya vive separada de él desde hace tiempo; toma la decisión de no acompañarlo y él se lleva a los dos hijos mayores, dejándola sola, con el hijo al pequeño, las deudas y sin una forma de ganarse la vida.

Esta experiencia personal de un matrimonio fallido y sin posibilidad de disolución la llevan a una lucha activa por la introducción del divorcio en Italia.

Pero en estos difíciles años de matrimonio, Anna empieza a introducirse en los ambientes culturales y artísticos de las ciudades en las que van contratando a su marido. Especialmente en Florencia y en Milán, Anna Franchi entrará en contacto con artistas e intelectuales y dará inicio una configuración mental muy diferente.

Por un lado, se acercará a posiciones de izquierda⁹, especialmente a la corriente socialista, aunque nunca se inscribirá

⁶ Cesare, Gino, Folco e Ivo. El tercero morirá muy pronto.

⁷ En *La mia vita* la autora pasa por los años de su matrimonio muy rápidamente centrándose tan solo en algunos momentos emblemáticos como la continua espera por las noches y la enfermedad que le contagia.

⁸ “Dos personalidades, dos intelectos que se fusionaban en una sola expresión” (Franchi, 1940: 87).

⁹ En su autobiografía afirma que a finales del siglo XIX “se me aclaraba en la mente lo que no entendí en 1878-9. Un impulso irresistible me empujaba hacia

en ningún partido y, además, se mostrará crítica con el socialismo en muchos aspectos.

Por otro lado, Anna es consciente de que su formación cultural es muy básica y que necesita continuar con sus estudios que, necesariamente, va a tener que compatibilizar con un trabajo que le permita mantenerse a sí misma y a sus hijos. Por eso, abandona la idea de acabar el instituto y, de manera más informal, bajo la guía del profesor Ersilio Bicci y con la ayuda de algunos amigos estudiantes de letras, como Ettore Janni, y Ernesta Bittanti, empieza a estudiar fundamentalmente griego, latín e italiano.

Los primeros trabajos van a ser en el campo de la traducción¹⁰, pero muy pronto empezará a escribir libros para la infancia; de hecho, el gran suceso que tuvo en 1901 con *I Viaggi di un soldatino di piombo*, publicado con las ilustraciones de Carlo Chiostrri, marca el inicio de su carrera como escritora.

En estos años tenemos que destacar su importante actividad como conferenciante en unos años en los que pocas mujeres se subían al podio y tomaban la palabra en público¹¹. Ya en las últimas décadas del siglo XIX algunas mujeres¹² se habían dado a conocer con lecturas públicas de carácter científico o literario pertenecientes a otros autores, pero todavía leer en público era muy comprometedor para ellas. Solo más tarde, y muy poco a poco, se pasa a la autonomía oratoria de la conferenciante; es el caso de Maria Antonietta Torriani Torelli Viollier, Malvina Frank, Ismenia Sormani Castelli, Francesca Zambusi del Lago (De Giorgio, 1992: 398). Ellas son las primeras mujeres conferenciantes; ese número va creciendo con el inicio del nuevo siglo en las que ya estas se encuentran más aceptadas por la sociedad, aunque tengan que superar muchas dificultades y prejuicios, rozando incluso, al principio, el escándalo.

las teorías que formaban entonces una corriente bastante importante” (Franchi, 1940: 146-147).

¹⁰ Traduce *Il diario di una cameriera* de Octave Mirbeau, *Una vita* de Guy de Maupassant y *Favole* de Fedro.

¹¹ Sobre la labor de las mujeres como conferenciantes a caballo entre el siglo XIX y XX véase De Giorgio (1992).

¹² Es el caso de Malvina Frank, Cristina Roccati, Vordoni, Gambusi, Marchesa Sale y Anna Maria Mozzoni.

Por otro lado, algunas revistas y asociaciones femeninas¹³ y los partidos políticos organizan conferencias y se sirven de mujeres con grandes dotes oratorias para llegar a un público cada vez más amplio. Entre ellas destacan la pacifista Rosalia Gwis Adami, Anna Kuliscioff, fundamentalmente con *Il Monopolio dell'uomo*, y Paola Lombroso que dará la primera conferencia por la causa de los trabajadores. Cuando llegue el Primer congreso femenino nacional en 1908 en el campo de la oratoria las mujeres ya tienen modelos sobre los que basarse.

Este es el contexto en el que Anna Franchi llevará a cabo su actividad como conferenciante y en la que conjuga sus ideales políticos con su capacidad como literata (Gigli, 2008: 89). De hecho, sus dotes como oradora van a ser importantes para la divulgación a las masas de algunos temas de propaganda política y feminista¹⁴, como el divorcio o el sufragio femenino, aunque en sus conferencias también trata otros temas como la historia o el arte.

Por otro lado, Anna muestra un interés particular por el arte, especialmente la pintura. Ya desde los primeros años de matrimonio entra en contacto con los pintores todavía vivos del grupo “macchiaiolo”: Silvestro Lega, Telemaco Signorini y Giovanni Fattori. Con ellos mantendrá una amistad duradera y dará inicio a su actividad como crítica e historiadora del arte.

En estos años escribe *Arte e artisti toscani dal 1850 ad oggi*, (Alinari, 1902) y, mucho más tarde publicará *I macchiaioli toscani* (1945).

En los años previos a la Primera Guerra Mundial Anna Franchi entra en contacto con la masonería femenina: en 1913 entra en la logia “Anita Garibaldi” y un año más tarde en “Foemina Superior” (Isastia, 2003).

¹³ Como *La Donna* que organizó un ciclo de conferencias en el teatro Carignano “afirmación de conciencia y de valor femenino” con Matilde Serao, madame Severine, Gemma Ferruggia y Lidia Poët (De Giurgo, 1992: 402).

¹⁴ Importante su conferencia “La donna e la società”, publicada luego en el periodico *L'Alleanza* (26 mayo de 1906.) o la conferencia “Per gli umili (Alle donne)” en *Vita femminile*, 1912 (Gigli, 2008: 90).

Cuando estalla la guerra la autora de Livorno se posicionará de forma activa a favor de la intervención¹⁵ y publicará algunas obras en las que se sostiene esta tesis de forma clara y en las que se entrelazan, como es habitual en su producción, su vida privada y la social: *Il figlio alla guerra* (1917), *Città sorelle* (1916) y *A voi, soldati futuri, dico la nostra guerra* (1916).

A finales de 1917 funda en Milán la Liga de asistencia para las madres de los soldados caídos en la guerra con el fin de ayudar económicamente a estas mujeres que no tenían derecho a reivindicar una pensión (Isastia, 2003). Durante la guerra muere su hijo Gino. En estos años escribe muchos manifiestos, opúsculos, octavillas y dicta conferencias en nombre de la Liga y de otras asociaciones femeninas para la asistencia civil.

En los años de la Primera Guerra Mundial Anna Franchi consigue gran visibilidad como escritora y activista¹⁶.

Con la llegada del Fascismo Anna Franchi dejará su actividad social y política y se dedicará solo a la literatura lejos del régimen. Durante la Segunda guerra mundial se posiciona con la Resistencia y, a pesar de la avanzada edad, continuará escribiendo regularmente¹⁷ para poder salir adelante.

Tras la guerra, continua su actividad como conferenciante y vuelve a escribir sobre la condición de la mujer.

Muere en Milán en 1954, a los 87 años tras años de graves problemas de salud.

1.2. Anna Franchi periodista

Anna Franchi ha colaborado con muchos periódicos y revistas italianas desde finales del siglo XIX. De hecho, ya en 1900 aparece inscrita en la Asociación Lombarda de Periodistas junto

¹⁵ Anna sigue las posiciones intervencionistas de Filippo Corridoni, dada su convicción de que esta guerra suponía el último sacrificio del Resurgimiento italiano, como la última etapa de la unidad nacional. Estas mismas ideas animaban a un grupo de intervencionistas democráticos dentro del movimiento socialista que eran continuadores del espíritu de Mazzini. Sobre este aspecto véase Pierucci (2004). Sobre la relación con el Resurgimiento por parte de las mujeres véase Gigli (2008).

¹⁶ Sobre Anna Franchi y la Primera Guerra Mundial véase Cocuzza (2019b).

¹⁷ En solo tres años, de 1943 a 1946, publica once volúmenes y deja en el cajón otras muchas obras.

a Anna Kuliscioff¹⁸. En su autobiografía la autora presenta su pasión por la escritura periodística: “el gusto por la polémica [...] me empujaba hacia el artículo de batalla, incluso el político. Para mí, mujer, esta constituía una mayor dificultad de éxito, me animaba un entusiasmo vivo” (Franchi, 1940: 238).

De nuevo también en el campo del periodismo¹⁹ Anna Franchi se nos revela una pionera. En Italia a partir de la Unificación asistimos al nacimiento de los primeros diarios y periódicos nacionales²⁰ y a una mayor colaboración entre literatura y periodismo, por lo que se contará con espacio más amplio para la información cultural²¹.

Como Anna Franchi, otras mujeres se afianzan como escritoras profesionales colaborando con revistas y periódicos, tanto con artículos²² como con relatos o novelas²³. Además, colaboran en medios que ya empiezan a dirigir mujeres y que cuentan con un alto número de redactoras²⁴. Pese a este crecimiento del número de

¹⁸ Matilde Serao y Olga Ossani Lodi (Febea) se sitúan entre las primeras que pueden ser consideradas periodistas profesionales, junto a Haydée, Donna Paola, Flavia Steno y, por supuesto, Anna Franchi (De Giorgo, 1992: 490-493). A finales de los años veinte aparecen registradas en el colegio profesional de periodistas 66 mujeres.

¹⁹ Para un contexto más amplio sobre el periodismo femenino en Italia en estos años, véase D’Agostino (2009).

²⁰ *L’Osservatore romano* (1861) en Roma, la *Gazzetta Piemontese* (1867) en Turín, el *Corriere della Sera* (1876) en Milán, el *Messaggero* (1878) en Roma, *Il Resto del Carlino* (1885) en Bologna, *Il secolo XIX* (1886) en Genova, *Il Mattino* (1892) en Napoli. Cfr. Gozzini (2000) y Murialdi (1995, 1996).

²¹ En estos años nace y se difunde la “terza pagina” como medio de transmisión de cultura, de reflexión artística, literaria y crítica. Cfr. Fichera (2007).

²² Muchas de las periodistas se ocupan de moda, de educación sobre todo para la infancia, incluso de política – dada su participación en movimientos políticos, en asociaciones – o de feminismo.

²³ Algunas revistas culturales y periódicos literarios introducen el suplemento literario del domingo y desde distintos periódicos se publican novelas por entregas.

²⁴ Se trata de revistas y periódicos que sostienen posiciones muy distintas: desde las religiosas – *La famiglia cattolica*, 1878, *La figlia dell’Immacolata*, 1881, *La madre cattolica*, 1888 – hasta las sindicales – *Il giornale delle lavoratrici*, 1885, *Vita femminile*, 1895, *Eva*, 1901, *La donna socialista*, 1905, *La vita*, 1905, *Su compagne!*, 1911 –, pasando por las más centradas en la literatura – *Margherita*, *La Cornelia* – o las más feministas – *La donna* dirigida por Guadalberta Alaide Beccari o *Italia femminile*, dirigida por Sibilla Aleramo. Sobre la relación entre las mujeres y el periodismo véase Cesarini (1952), Bertoni (1965), Alterocca

periodistas mujeres y de revistas y periódicos dirigidos a las mujeres, hasta la Primera Guerra Mundial todavía “escribir en un periódico, hacer un periódico, es prueba manifiesta de excepcionalidad, incluso la lectura de un periódico por parte de una mujer suele dar risa. Síntoma de disonancia con las normas” (De Giorgio, 1992: 485).

Anna Franchi se acerca al periodismo afrontando temas muy distintos: desde la crítica de arte, a cuestiones relacionadas directamente con las mujeres, la literatura, la política o la vida social.

Desde principios de siglo comienza su colaboración con *La Settimana*, *La domenica fiorentina*, *La Nazione*, *La Lombardia*, *Il Secolo XX*, *Nuovo Giornale*, el *Lavoro*, *Vita*, *L'Italia del Popolo*, la *Gazzetta del popolo*, el *Corriere toscano*; *Natura ed Arte*, la *Nuova Antologia* y *Emporium*. Con el pseudónimo de “Nonna Anna”, Franchi se dirigía a un público infantil en *Corriere dei Piccoli* y con el de “Donna Rosetta” y “Lyra” escribe en algunas revistas de mujeres donde da consejos sobre belleza, vestidos... (Isastia, 2003).

1.3. Anna Franchi y las cuestiones femeninas

En los años a caballo entre los siglos XIX y el XX Anna Franchi vive de primera mano una época donde la mujer va a ser sujeto de importantes cambios, donde “la perspectiva de la vida de las mujeres tiende a cambiar: tiempo de la modernidad en la que es posible ser un sujeto activo, individuo de pleno derecho y actriz política, una futura ciudadana” (Fraisse-Perrot, 1996: 3). Son años muy intensos en los que también en Italia se saca a la luz y se denuncia la condición subalterna de la mujer y su completa exclusión de la esfera pública.

El feminismo²⁵ empieza a difundirse a través de la prensa, de octavillas, panfletos, conferencias y con la actividad pública de mujeres de la talla de Anna Maria Mozzoni (1837-1920). Ella es una de las mayores promotoras de las reivindicaciones feministas en Italia y presenta cuestiones como los derechos políticos de las mujeres, la explotación del trabajo femenino, la discriminación

(1968), Buonanno (1978), De Longis (1986), Franchini-Soldati (2004) y Pisano (2004).

²⁵ Sobre el feminismo italiano véase Grandi (1991).

salarial, la necesidad urgente de cambios en la ley que ayuden a mejorar en general la condición de estas tanto en la familia como en la sociedad. Mozzoni deja su legado también por escrito con obras importantes para la causa de las mujeres como *La donna e i suoi rapporti sociali* (1864). Pero es fundamentalmente en el último decenio del siglo XIX cuando

la conciencia de las mujeres de su propia opresión está creciendo como nunca antes, mientras que la necesidad de organizarse y de reconocerse en estructuras políticas específicas: con el impulso o en oposición al partido socialista, en organizaciones paralelas o decididamente incompatibles con el socialismo (Buttafuoco, 1981: 146).

El movimiento femenino italiano, como señala De Giorgio (1992: 498), no es homogéneo; al contrario, está constituido por una variedad de tendencias que oscilan entre las actividades más moderadas por la elevación de la condición de la mujer (actividades filantrópicas, asistenciales, culturales) y las intransigencias igualitarias en el campo de los derechos jurídicos, políticos y acceso a las carreras.

En estas décadas ser feminista abiertamente era una decisión que tomaban pocas mujeres; de hecho, los grupos de feministas no fueron nunca representativos del conjunto de la sociedad femenina. A finales de siglo casi no se puede hablar de un movimiento femenino organizado, tal y como afirma, entre otras, Sibilla Aleramo (1978: 57), y la fuerte oposición de la Iglesia constituye un freno constante a su crecimiento.

Ya entrando en los primeros años del siglo XIX y hasta la Primera Guerra Mundial, la calificación de feminista no significa militancia efectiva en un grupo organizado; se trata más bien de un feminismo difuso que se adapta a estilos de vida, comportamientos y espíritus diferentes (De Giorgio, 1992: 503).

De cualquiera de las maneras, no son pocas las mujeres que negarán la existencia del feminismo. Es el caso de la periodista “Donna Paola”, pseudónimo de Paola Barronchelli-Grosson, importante sufragista que declara que no es feminista (De Giorgio, 1992: 508). Incluso Gemma Ferruggia – que hará la

introducción del primer volumen de relatos de Anna Franchi, *Dulcia tristia*²⁶, afirma:

El feminismo no existe en Italia, nunca ha existido y los que han luchado contra él se se han encontrado con un fantasma extranjero. Cuando una mujer italiana se siente lo suficientemente fuerte o ligera para romper con el código y las conveniencias, lleva a cabo en su detrimento, o en su beneficio, un acto de independencia y audacia individual [...] En nuestro país, la mujer, si es superior, trabaja sin pretender librar batallas decisivas. La gran masa estudia, escucha, sigue un ascenso tranquilo y seguro (1907: 14).

En estos años empiezan a proliferar las redes de mujeres de asociacionismo para la emancipación femenina: Unión Femenina nace en 1899 – más tarde se llamará Unión Femenina Nacional – promovida por Ersilia Bronzini Majno (1859-1933) que, en 1901, cuenta ya con un órgano de prensa oficial; Consejo Nacional de las mujeres en 1903, Alianza femenina en 1904, el Comité Nacional a favor del sufragio femenino (1906) y Unión de las mujeres católicas en 1909 (Buttafuoco, 1986).

“A principios del siglo XX, la cuestión de la mujer comenzó a convertirse en un asunto de interés nacional” (Capezzuoli-Cappabianca, 1964: 63) y ya no resulta algo excepcional encontrar en la prensa noticias, secciones y columnas que tratan la cuestión femenina²⁷, como tampoco mujeres que deciden afrontar la lucha por sus derechos desde la escritura creativa: los casos de Sibilla Aleramo (1876-1960) con *Una donna* de 1906 y unos años antes el de Anna Franchi con *Avanti il divorzio*, 1902, son dos ejemplos ilustrativos en Italia.

Es en este contexto que brevemente acabamos de trazar en el que se mueve Anna Franchi: ha luchado por los derechos de las mujeres y por la mejora de su condición tanto desde

²⁶ Sobre la condición de las mujeres en la primera obra de Anna Franchi, la colección de relatos *Dulcia Tristia* véase Cocuzza (2019a).

²⁷ Ya desde 1900 *L'Almanacco italiano* cuenta con la sección “Corriere femminile” a cargo de feministas del calibre de Maria Dall’Olio o Maria Antelling. Sobre este aspecto véase Ribero (1980).

organizaciones²⁸, como participando en comisiones de propaganda²⁹ o relacionándose con feministas, sobre todo socialistas, con las que luchará en la campaña por el sufragio político y por la igualdad salarial de las mujeres.

En una obra de 1946, *Cose d'ieri dette alle donne d'oggi*, muchos años después de su lucha activa por el voto y el divorcio, Anna Franchi reivindica a su generación y a las socialistas de ese principio de siglo el mérito de haber preparado el terreno de los logros que se conseguirían solo décadas más tarde y traza un hilo conductor entre el Resurgimiento, la emancipación femenina y la Resistencia (Isastia, 2003).

Se trata de un libro que, como la propia escritora afirma en su prefación, “quiere ser un llamamiento a todas las mujeres italianas, a la conciencia política de las mujeres italianas. Por primera vez en Italia” (Franchi, 1946a: 5). De hecho, los capítulos centrales están dedicados a la condición femenina de la que intenta trazar un balance histórico (Berni, 1997: XVII).

En sus artículos³⁰, conferencias, relatos y novelas Franchi analiza con gran agudeza crítica la institución de la familia – el papel de la mujer como madre y esposa, la cuestión del divorcio –, el derecho al voto, la obligada inferioridad intelectual y moral de la mujer... La posición de Franchi con respecto a la liberación de la mujer³¹, de la discriminación en todos los campos, desde el jurídico, al social y al cultural, es siempre conciliadora, como señala Pierucci, “invita a que se busque un acercamiento al hombre, elemento esencial de la sociedad” (2004: 160).

En “Il Femminismo” de 1904 Anna Franchi insta a las mujeres a la acción:

²⁸ Entre ellas destaca la Liga toscana por los intereses femeninos que promueve y dirige junto a Ernesta Bittanti en Florencia.

²⁹ Como la de la Cámara del Trabajo en la que la eligen durante la agitación de las “trecciairole” (1896-7) y cuya implicación la obligará a salir de Florencia para evitar el arresto.

³⁰ Entre otros, véase estos escritos sobre la condición de la mujer: “Il Femminismo”, *Pagine libere*, 1904; “Una parola gli uomini in favore delle donne”, Milano. La Castaldi, s.f., “Il voto alle donne”, *Corriere Toscano*, 1907, “L’ora presente. Femminismo”, *Pagine libere*, s.d. (1904) y “Fatti e idee”, *La domenica fiorentina*, 3 mayo 1909.

³¹ Sobre la relación entre Anna Franchi y el feminismo véase Pierucci (2004).

Es nuestro deber [...] levantar la voz y sacudir esa inmovilidad en la que la ignorancia y el miedo nos mantenían [...] es nuestro deber sentir el deseo de actuar, la necesidad de superar tantos prejuicios inútiles, incluso dañinos, y mostrar al mundo la firme determinación de romper todos y cada uno de los vínculos (Franchi, 1904b).

Por otro lado, para Anna Franchi el feminismo no está reñido con la femineidad, con el ser mujer y madre, y reclama el papel de esta dentro de la familia.

2. ANNA FRANCHI ESCRITORA

2.1. Presencia femenina en la cultura italiana

Anna Franchi participa de manera muy activa en el panorama cultural italiano en estas décadas anteriores a la Primera Guerra Mundial. Ella ya no es un caso aislado de mujer escritora, sino que se sitúa al lado de un grupo bien nutrido y variado de literatas que se dirigen a un público, ahora también integrado por mujeres, y se presentan como tales ante las editoriales y críticos³².

Pero ¿por qué escriben estas mujeres? Ferruggia (1890: 296-7) da una primera respuesta: “muy a menudo, escribe para escapar del peso de sí misma: en el pasado, reina o pastora, ella hilaba: ahora teje un relato o una novela”. Escriben porque tienen necesidad de expresar lo que sienten y lo que opinan en materia de educación, de política, de sociedad, de cultura, de literatura; a través de la escritura luchan por una idea, por un ideal, por una necesidad de justicia. Para Anna Santoro (1997), “la pasión, el deseo, la necesidad de escribir son elementos que acomunan a nuestras escritoras”.

¿Cuáles son las características definitorias de la literatura escrita por mujeres en esta época a la que pertenece Anna Franchi?

Por un lado, la escritora goza de mayor espacio y de una visibilidad más grande que las escritoras de generaciones anteriores³³, como señala Anna Santoro (1997). Este hecho es especialmente destacable en el caso de las novelistas. Renato Serra (1958) constata que el ejercicio de la pluma es de las

³² Para un contexto más amplio sobre las escritoras italianas en este periodo, véase D’Agostino (2009).

³³ Morandini (1997: 8) señala una primera generación de escritoras nacidas entre 1800 y 1820, entre las que se encuentran Amalia Nizzoli (1806ca-1845ca) y Caterina Percoto (1812-1887). A la segunda generación pertenecen las nacidas entre 1820 y 1840. Es el caso de Enrichetta Caracciolo Forino (1821-1901), Luigia Codemo (1828-1898), Erminia Fuà Fusinato (1834-1876) y Vincenza Speraz (1839-1923).

mujeres. Las cifras hablan por sí solas: entre 1902-1909, según datos del *Bollettino della proprietà intellettuale*, se constatan menos de 600 mujeres escritoras sobre un total de 10.000 autores, el 5% (datos del Ministero dell'Interno de 1910, citado en De Giorgio, 1992: 395-396).

Esta mayor visibilidad corresponde a las nuevas generaciones de escritoras, las nacidas a partir de los años cuarenta y, en particular, a partir de los sesenta. Para Morandini (1997) con estas escritoras asistimos no solo a un número más elevado de obras, sino también a una mayor variedad de géneros. Se trata, entre otras, de Marchesa Colombi (Maria Antonietta Torriani, 1840-1920), Neera (Anna Radius Zuccari 1846-1918), Contessa Lara (Evelina Cattermole Mancini, 1849-1896), Vittoria Aganoor Pompilj (1855-1910), Matilde Serao (1856-1927), Carolina Invernizio (1851-1916), Annie Vivanti (1868-1942),); Ada Negri (1870-1945), Grazia Deledda (1871-1936), Sibilla Aleramo (Rina Faccio, 1876-1960) y también Anna Franchi (1867-1954). Entre las más jóvenes, las nacidas entre 1880 y 1890, se encuentran Amalia Guglielminetti (1881-1941) o Maria Messina (1887-1944), entre otras muchas.

Para De Giorgio estas escritoras fueron “herederas inmediatas del linaje de las fundadoras, titulares del estilo que, en público y en privado, implica el papel de escritora de éxito. Son las hijas más valientes, inquietas, reivindicativas de las modestas y elegantes escritoras del Resurgimiento” (1992: 381).

Esto es así porque se empieza a legitimar la escritura femenina como una profesión³⁴, es decir, se acepta a la mujer que escribe como perteneciente una categoría de trabajo digno con el que, en última instancia, también se puede ganar la vida³⁵. La escritora empezará a mantener relaciones con sus editores, a tratar las condiciones de publicación de sus obras, la percepción

³⁴ Cfr. Nozzoli (1978), Trigila (2004), Zancan (2000) e Imarisio (1996).

³⁵ De Giorgio (1992: 392-393) relata el caso de algunas escritoras que consiguieron ganarse la vida con la escritura, aunque no sin dificultades: Gualberta Alaide Beccari, Ida Baccini o Matilde Serao, quien en 1882 ganaba 700 liras al mes. En general, estas “obreras de la pluma” como las llama Jolanda, reciben bajos beneficios, por lo que desean que el Estado les conceda la renta anual de 1.500 liras que, además de una compensación económica, las consagraba como escritoras de forma pública.

económica; se empieza a considerar el número de ventas de sus obras, la fidelidad de su público, sobre todo de sus lectoras, y su primacía en algunos géneros literarios – como la novela rosa o las novelas por entregas o folletín, la de la infancia o, en general, de la novela popular –, pero también su valor al escribir obras de denuncia y no solo sobre la condición de la mujer.

Esta legitimación no exime a la escritora de tenerse que enfrentar en su día a día con una clase intelectual llena de prejuicios y con una sociedad con una mentalidad difícil de cambiar. Muchos de ellos consideran que la producción femenina está situada a los márgenes del canon literario y, por tanto, no produce literatura alta, de calidad³⁶. Otros la veían como un peligro, una amenaza³⁷.

“¿Qué clase de animal es la mujer que escribe?” se pregunta Tommasina Guidi a finales de siglo: “Mujeres mal vistas, sujetas a la ironía y al desprecio” (1912: 52).

El porqué de este desprecio es evidente: todavía cuesta mucho a la sociedad compaginar la imagen que se les ha inculcado de la mujer en la esfera familiar con esta nueva presencia en la pública. Por ello, muchas veces se considera que estas escritoras, privadas casi de modelos femeninos en los que basarse, hunden sus raíces en los masculinos y adoptan algunas estrategias y actitudes propias de ellos. Esta crítica también la hacen algunas escritoras,

³⁶ Luigi Capuana (1988) en un artículo de 1907 sobre la literatura femenina publicado en *Nuova Antologia* no puede obviar el gran número de obras que ellas están publicando en esos años y, además, con gran éxito de público, pero señala que la cantidad no corresponde a la calidad y que estas no van más allá de la imitación de los hombres. Por su parte, el crítico Alfredo Panzini, que también reseña obras de escritoras en este periódico y en revistas nacionales como *La Donna*, *La Gazzetta Letteraria* o *La Fiera Letteraria*, diferencia la literatura femenina – destinada a un público solo de mujeres – de la literatura escrita por mujeres – dirigida a un público amplio – y afirmaba que solo se podía hablar de “alguna narradora de prosa breve, o mejor aún, de escritos de impresiones y pasteles claros” (Panzini, 1929).

³⁷ Ese es el caso, entre otros muchos, de Luciano Zuccoli (1911) que lo expresa claramente en su artículo “Il pericolo roseo”. A él no le interesa tanto el número de autoras; considera que escriben sin tener apenas experiencias vitales o, por lo menos, muy por debajo de las del hombre. En muchas ocasiones las escritoras no se quedan calladas ante estos escritos privados de motivaciones serias; en este caso, Lia Morpurgo (1911) le responde en el mismo periódico con el artículo titulado “La rosea speranza”.

como es el caso de Sibilla Aleramo (1978: 159): “Las poetas y novelistas todavía nos expresan una psicología esencialmente masculina, es decir, nos dan una interpretación de la existencia y de la conciencia que es perfectamente análoga a la que nos dan los hombres”.

A muchas de estas mujeres tampoco les ayudó el clima de rebelión que estaba creando el movimiento feminista en esos años³⁸, por el que se las dividía en feministas y antifeministas (De Giorgio, 1992: 393). Especialmente estas primeras se encontraron con una mayor oposición general a la hora de publicar.

Se debe al feminismo de fin de siglo el nacimiento de una nueva clase intelectual, con una pluralidad de roles culturales – novelistas, ensayistas, periodistas, conferenciantes – que amplía las competencias de la escritura femenina, rompiendo la división entre escritura militante y escritura literaria, confundiendo los parámetros clásicos de la identificación social de las escritoras (De Giorgio, 1992: 384).

Por lo que respecta a los lectores, ya hemos dicho que muchas de ellas se dirigen a un público fundamentalmente femenino o a los niños y jóvenes, cumpliendo de esta manera con su tradicional papel de educadoras también fuera de la esfera privada.

Con las mujeres lectoras consiguen instaurar una relación de fuerte complicidad y las tienen muy presentes tanto cuando tienen en mente educarlas progresivamente para que vayan tomando conciencia de su condición subalterna y ayudarlas para que consigan romper con las reglas sociales que las oprimen, como cuando les presentan figuras de mujeres socialmente aceptadas en sus roles tradicionales.

Otro aspecto importante que hay que destacar es el protagonismo femenino de sus obras, toda una novedad en esos años ya que esos personajes centrales van a traer consigo unas temáticas muy diferentes, las de la mujer, sus problemas, sus miedos, sus sentimientos o las relaciones entre mujeres, entre otras (Santoro, 1997). Estas escritoras

³⁸ Solo hay que pensar, por ejemplo, al *Manifiesto futurista* de Marinetti, 1909, que invita a luchar contra el feminismo.

más allá del asombro y la controversia, investigan lúcidamente la existencia de las mujeres, reconociendo una especificidad dramática sin precedentes [...] escriben sin sentirse ya en una posición subalterna y liberadas, al menos en parte, del condicionamiento del sexo. La escritura y la vida parecen estar a punto de recomponer una antigua escisión (Morandini, 1980: 9).

Con ellas como protagonistas se introduce también una nueva voz narradora que se posiciona de manera diferente frente al mundo³⁹.

no cabe duda de que la mirada femenina penetra más profundamente y analiza con mayor lucidez ciertos fenómenos de la vida y del trabajo, de modo que el éxito de la mujer en el campo literario no es un regalo efímero y agradable al sexo débil, sino una conquista efectiva y bien merecida de la inteligencia y los valores (Giannantonio, 1995: 16).

Evidentemente, todas las escritoras de esta época se encuentran con la obligación de afrontar la representación que la sociedad tiene de la figura femenina tal y como se ha transmitido durante siglos para confrontarla con la que ellas presentan desde su punto de vista particular⁴⁰, es decir, se encuentran ante la necesidad de posicionarse y de hacer que también se posicionen sus lectores, lo que no resultaba nada fácil: su mirada era nueva, diferente y, en muchos casos, chocaba con la referencia que tenían.

Especialmente cuando se dirigen a un público femenino las escritoras de este periodo afrontan temáticas⁴¹ pertenecientes a su vida cotidiana, “es decir, se basaban en experiencias profundas, arraigadas en una unión que las hizo populares, no ‘populistas’ y no abstractamente ideológicas”⁴² (Santoro, 1997). Son aspectos

³⁹ Cfr. Folli (2000).

⁴⁰ Cfr. Zancan (1987).

⁴¹ Sobre este aspecto véase Illiano (2001) y Biondi-Moretti (1997).

⁴² En este sentido, continúa Santoro (1997): “las escritoras que querían dialogar con las mujeres no tenían que inventar ‘temas populares’ para ‘dirigirse al pueblo’, como hacían los escritores populistas (ellas *son* ‘pueblo’, en el sentido de que son mujeres), sino que simplemente abordaban, por primera vez en la literatura, temas que ellas mismas vivían”.

de la vida que conocen perfectamente y que, además, no difieren mucho de las experiencias vividas por las mujeres lectoras. Incluso cuando afrontan temas que ellas no han experimentado directamente, se constata su especial sensibilidad, su empatía, su solidaridad.

Por un lado, se centran fundamentalmente en el papel de la mujer en la esfera privada: hablan del matrimonio⁴³, de la mujer perfecta⁴⁴, de la maternidad⁴⁵, de la soltería⁴⁶, del divorcio⁴⁷, de la belleza⁴⁸...; por otro lado, de asuntos que ya tienen que ver con una participación mayor en la sociedad: la transformación de la condición socio-económica de la mujer⁴⁹ (con la explotación o la ausencia de trabajo, la difícil conciliación familiar de la mujer trabajadora, el tema de las obreras, las maestras, las lavanderas, las costureras...), la guerra, la violencia sobre las mujeres⁵⁰, la prostitución⁵¹, la condición de pobreza, su indefensión ante las

⁴³ Es el caso de *Un matrimonio in provincia*, 1885, de la Marchesa Colombi, pseudónimo de Maria Antonietta Torriani.

⁴⁴ Con esta temática Matilde Serao publica en 1883 la novela breve *La virtù di Checchina*.

⁴⁵ El tema de la maternidad lo trata Annie Vivanti en *I divoratori*, 1911, y en *Circe*; también Neera, pseudónimo de Anna Maria Zuccari, antifeminista declarada, en su obra *L'Indomani*, eleva a misticismo la maternidad como vía para afirmar la superioridad femenina.

⁴⁶ Es el caso de la novela de Neera, *Teresa*, 1886.

⁴⁷ El tema del divorcio lo tratan, entre otras, varias escritoras que han vivido la propia experiencia de separación con mucho dolor: Aleramo (*Una donna*), Franchi (*Avanti il divorzio*) y Fanny Salazar (*Cavalieri moderni*).

⁴⁸ El tema de la belleza, sobre todo cuando esta aparece junto a la inteligencia, interesa a algunas escritoras, como Eugenia Codronchi (Sfinge), Clelia Pellicano, Amalia Guglielminetti “porque eran mujeres hermosas, que amaban la belleza y también eran cultas e inteligentes, y sentían con fastidio el viejo binomio que en diversas formas la cultura masculina lo ha propuesto: o guapa o inteligente, o esclava o amante, y así sucesivamente...” (Santoro, 1997).

⁴⁹ Vicenza Beatrice Speraz, Bruno Sperani, con *La fabbrica*, 1894, la Marchesa Colombi con *In Risaia*, 1878, Jesse White Mario con *La miseria di Napoli*, 1877. En este aspecto hay que destacar los reportajes de White y de Serao sobre las condiciones de las mujeres.

⁵⁰ Muchas de estas escritoras llevan al papel las experiencias de violencia cotidiana, considerada normal por la sociedad patriarcal. Es el caso de Maria Messina, Anna Franchi y Sibilla Aleramo.

⁵¹ El problema de la prostitución en las grandes ciudades lo afronta Emma, pseudónimo de Emilia Ferretti Viola, en *Una fra tante*, 1878. Esta obra, que

leyes o convenciones sociales arraigadas e incluso a veces también muestran su ideología anticlerical⁵².

Vistas las temáticas que afrontan, no resulta extraño que en buena parte de sus obras no nos encontremos con grandes finales consolatorios y que, muchas veces, como afirma Santoro (1997), presenten “situaciones de ruptura, redención, valor o dolor revelado [...] con una dureza de tono, una claridad de razonamiento que debería dar envidia a muchos escritores ‘comprometidos’”.

Otro aspecto que tienen en común es que practican muchos géneros literarios. La novela es el más importante y el más innovador y cuenta, además, con el consenso de un amplio público. Asimismo, nos encontramos con una frecuente narración autobiográfica.

Por lo que respecta a los registros lingüísticos en las obras de las escritoras se constata que están más cercanos al lenguaje cotidiano.

En conclusión, e independientemente del grado en que se produzca, toda la literatura femenina de este periodo como escritura es una forma de disensión, de disconformidad⁵³. La literatura se convierte para algunas en expresión de su insatisfacción con el gobierno que no consigue solucionar graves problemas sociales, económicos y también civiles.

Así, en los primeros años del siglo XX, si bien queda confirmada la existencia del “campo de la ambigüedad” para las escritoras (y para las mujeres en general), ellas parecen más seguras, menos forzadas a tener que radicalizar posiciones “ideológicas”: las que llegan a la conciencia política lo hacen con un fuerte sentido de la historia (que camina); las que trabajan en campos literarios más particulares se preocupan por la escritura, continuando con el desafío de poder decir lo que les interesa, pero buscando de una manera más decidida las “palabras para decirlo”; por último,

suscitó un gran escándalo en la época, ayudó a la promulgación en el Parlamento italiano de una ley contra la prostitución.

⁵² De hecho, nos encontramos en muchas obras con la ausencia de sacerdotes o, al menos, del consuelo de la religión, junto a la temática de la hipocresía de la Iglesia. El caso de Anna Franchi es ilustrativo.

⁵³ Véase Boero (2012).

las que se acercan al imaginario masculino en relación a la escritura femenina, lo hacen con competencia narrativa, con ironía, con sentido del juego (Santoro, 1997).

2.2. La carrera literaria de Anna Franchi

Es en este contexto de la escritura femenina de entre siglos en el que se sitúa la actividad como escritora de Anna Franchi. Ya hemos visto la sección dedicada a su vida que llega a la escritura solo a finales de siglo, por un lado, empujada por unas necesidades económicas urgentes y, por otro, por una vocación clara que va madurando en los años anteriores. Para poder hacer realidad esa vocación, la escritora de Livorno había tenido que llenar las lagunas de una formación limitada y orientada exclusivamente al matrimonio.

Franchi es muy consciente de que su decisión de convertirse en una profesional de la escritura le llevaría a romper con el papel tradicional asignado a la mujer, el de la exclusividad como madre y como esposa. Para ella es siempre un motivo de orgullo y, a lo largo de su dilatada carrera como escritora, lo constata en su producción⁵⁴. El trabajo dignifica a la mujer y le permite, desde una independencia económica, iniciar la vía de la realización personal en todos los aspectos.

Anna Franchi trabajará duro y de manera muy regular durante más de cinco décadas: además de su ingente producción periodística, publica numerosos volúmenes de muy distinto tipo, como señala su amigo Silvio Biscaro en 1951: “13 volúmenes de historia; 4 de arte que revelan la Toscana Macchiaioli a Italia y al extranjero; 8 comedias teatrales, 4 de las cuales fueron representadas con éxito; 15 volúmenes de literatura para adultos; 18 volúmenes de literatura para niños”⁵⁵. A estas cifras habría que añadir lo que publicó en los años siguientes, las traducciones y las

⁵⁴ La figura de una mujer que trabaja, que no está con un hombre y que sola consigue sacar adelante a su familia aparece en muchas de sus novelas y relatos casi como un *alter ego* recurrente, incluso en los años posteriores a la Primera Guerra Mundial, como se puede ver en las novelas. *Alla catena*, 1921, *Dono d'amore*, 1933, *Volo di rondini*, 1936 y *Polvere del passato*, 1953.

⁵⁵ Esta afirmación se encuentra en el *Curriculum Vitae*, Fondo Anna Franchi, b. 1/13.

reediciones y, como bien subraya Noce (2007: 349), no nos podemos olvidar de todo lo que la autora ha dejado inédito.

Anna Franchi ha publicado con muchas editoriales, desde la Salani con la que comenzó, pasando por Remo Sandron, Treves, Sonzogno, Alinari, Nerbini, Ceschina, Valsecchi y Garzanti.

Por lo que respecta las temáticas que privilegia en su producción, estas no difieren de las que trata como periodista. Se distingue por “su marcada vivacidad, su sencillez de expresión y su franqueza en el tratamiento de los problemas” (Berni, 1997: XIII).

Noce (2007) presenta una posible división de su producción. En primer lugar, habría que tratar la narrativa⁵⁶, el campo en el que Anna Franchi ha dado más frutos, es el “sector más comprometido, recibido con un éxito público alterno, con una indiferencia crítica sustancial y una constancia significativa⁵⁷” (Noce, 2007: 349).

La literatura para la infancia es otro de los campos más fructíferos de la carrera como escritora de Franchi, una actividad que le permite publicar con grandes editoriales y un público fiel. *I Viaggi di un soldatino di piombo*, 1901, es su obra más importante.

La escritora de Livorno escribe también varias obras de teatro⁵⁸, muchas de las cuales no llegarían a ver la luz ni en papel ni en el teatro. De cualquiera de la maneras, y tal y como ella misma relata en su autobiografía, con tristeza da por cerrada esta actividad a primeros de los años veinte.

Fundamentalmente durante la Primera Guerra Mundial Franchi escribe algunos volúmenes de literatura patriótica⁵⁹.

Por lo que se refiere a su actividad como ensayista, podemos destacar, por un lado, su interés por el arte, especialmente la escuela de los Macchiaioli, por la historia⁶⁰ con volúmenes de

⁵⁶ Tanto de novelas como volúmenes de relatos.

⁵⁷ Desde finales del siglo XIX hasta 1953 Anna Franchi publica ininterrumpidamente, aunque sea durante las dos guerras cuando más produzca “y esto testifica con toda probabilidad que la autora utilizaba la publicación como una palanca para abordar los problemas económicos inmediatos causados por la situación bélica” (Noce, 2007: 349).

⁵⁸ *Per amore*, *Alba italiana* y *Burchiello*.

⁵⁹ *Città sorelle*, *A voi soldati futuri io dico*, *Il figlio alla guerra...*

⁶⁰ La obra más importante es *Caterina de' Medici*. También en este campo deja muchas obras inéditas.

divulgación tanto para adultos como para los más jóvenes y por la cuestión femenina⁶¹, fundamentalmente antes de la Gran guerra. También escribe su autobiografía, *La mia vita*, en 1940.

⁶¹ Véase *Cose d'ieri dette alle donne d'oggi* (Franchi, 1946).

3. ADELANTE EL DIVORCIO: DEL CONTEXTO A LA NOVELA

En 1902 Anna Franchi publica con la editorial Sandron la novela *Adelante el divorcio*. En ella nos relata la historia de su *alter ego*, Anna Mirello. Comienza con su infancia feliz y tranquila para entrar, a partir de su boda a los dieciséis años, en un descenso a los infiernos de la mano de su marido Ettore. Esposa y madre infeliz, mujer anquilada en todos los aspectos de la existencia, toca fondo siendo todavía muy joven y consigue levantarse y rehacer su vida, tanto en el ámbito profesional como en el sentimental.

En esa construcción de su identidad la protagonista tendrá que superar muchos obstáculos: tendrá que oponerse a una sociedad con una mentalidad muy conservadora y una moral hipócrita y, fundamentalmente, a una ley que no ayuda a las víctimas de un matrimonio fracasado.

En esta novela nos encontramos, ya solo con una primera mirada, con dos elementos fundamentales: por un lado, nos una historia muy semejante a la de su autora, aunque la narración sea en tercera persona, y, además, un objetivo claro: apoyar a la causa prodivorcio, por lo que “el asunto privado se convertirá en una batalla civil” (De Troja, 2016b: 20).

De hecho, es Agostino Berenini el que firma el prólogo de la novela *Adelante el divorcio*. Berenini (1858-1939) es un profesor de Derecho de la Universidad de Parma que desde 1892 a 1921 es diputado en las filas del socialismo reformista y desde muy pronto alza su voz a favor del divorcio en el Parlamento.

Anna Franchi lo conoce en los años anteriores a la escritura de la novela, como ella misma afirma en su autobiografía: “Conocí a Agostino Berenini antes del siglo XX. Hablamos juntos en una gran reunión en Livorno; se abogaba por la posibilidad de que se discutiera la Ley de divorcio.” (Franchi, 1940: 242). Un encuentro importante para la escritora porque le dará el impulso necesario para lanzarse en primera persona a la batalla por el divorcio:

Se necesitaba una mujer que hablara y decidiera convertirse en testigo de sí misma a través de un tribunal de la literatura: no se trataba de una venganza escrita, sino de una representación de un retrato de familia. Llegar a las conciencias, revelar a través de la escritura lo que todos saben, pero que se rechaza como un mal pensamiento; llegar a la justicia también a través de la desesperada fragmentación de la vida conyugal, año tras año. A cada uno su parte; la de Anna no podría ser más dolorosamente persuasiva (De Troja, 2016b: 42).

Este entendimiento personal y afinidades comunes lleva a Berenini a firmar el prólogo de la novela, por lo tanto, dejando muy clara la ideología que subyace en la novela desde el principio. Gragnani (2007: 86) analiza con detalle este prólogo partiendo de dos elementos principales: por un lado, la necesidad de realismo, de fidelidad a lo vivido por una mujer real, de carne y hueso, pero en nada diferente a las vivencias de otras muchas mujeres; por otro, la insistencia en la necesidad de que la historia conmueva, que haga reaccionar al lector. Por lo tanto, la novela tendría como objetivo la presentación de un caso real, lleno de humanidad, en el que la propia víctima se enfrenta a un sistema jurídico que hay que cambiar.

Por todos estos motivos *Adelante el divorcio* es una obra difícilmente clasificable entre los géneros literarios. De Troja habla de novela-confesión, de novela de formación⁶² unida a una novela de artista, de novela-confesión (2016b: 51), pero todas esas etiquetas no consiguen enmarcar esta novela en un género establecido.

Es importante señalar el momento de la escritura y publicación de la obra. De Troja en la introducción a *Adelante el divorcio* (2016b: VII) constata que Anna Franchi la escribió en pocas semanas, desde mediados de septiembre hasta el 3 de noviembre de 1902, ya que la intención era que saliera antes de que la ley del divorcio se discutiera en el Parlamento a finales de noviembre. Por lo tanto, el marco en el que se inscribe es el de la campaña por el divorcio en Italia a caballo entre el siglo XIX y el XX y a este

⁶² A pesar de que la protagonista no llega a integrarse en la sociedad, como ocurre con los protagonistas masculinos del *Bildungsroman* del siglo XIX (Gragnani, 2011: 109).

contexto nos tenemos que remitir obligatoriamente para poder entender las implicaciones de la novela.

Además, la estructura de la obra sigue paso a paso el debate sobre la disolución de matrimonio, como señalan De Troja (2016a, 2016b) y Gragnani (2011: 91). Franchi hace coincidir la vida de la protagonista, que es un infierno porque no existe la ley del divorcio, con los reiterados intentos para aprobar dicha ley en el Parlamento italiano.

Asimismo, los motivos para divorciarse que se alegan con la historia de Anna Mirello coinciden también con las causas esgrimidas por los proyectos de ley en esos años: la inexperiencia de la mujer debido fundamentalmente a que son casi niñas cuando se casan (Anna contrae matrimonio a los dieciséis años); evitar suicidios y homicidios vinculados con matrimonios fallidos (la protagonista cae en depresión en numerosas ocasiones e incluso intenta quitarse la vida); la separación de cuerpo crea familias ilegítimas (Anna encuentra un amor y tiene una hija con él) y priva a la madre de la tutela de sus hijos (Ettore se lleva a sus hijos a América). De esta manera, la novela

deconstruye, haciéndose eco de la campaña a favor del divorcio, los fundamentos falaces e hipócritas de la ética matrimonial en la que se basaban las leyes vigentes que, al poner en peligro los elementos más débiles de la sociedad, a las mujeres y a los niños, infligían una profunda herida a la propia sociedad (Gragnani, 2011: 93).

3.1. La campaña por el divorcio en Italia a caballo entre el siglo XIX y el XX⁶³

Con la creación del nuevo estado italiano y la implantación de un gobierno democrático nacional se empieza a tratar el tema de

⁶³ Véase varias monografías interesantes centradas en la introducción de la ley del divorcio en Italia: Fabio Franceschi (2012 1-60) con un análisis pormenorizado del debate parlamentario desde la Unidad de Italia hasta el Fascismo; Mark Seymour (2006), de carácter no solo jurídico, sino más general, y con un arco de tiempo más amplio, hasta los años setenta; Perry Wilson (2014) sobre género, familia y sexualidad en Italia desde 1860 a 1945. Para una visión más general del Derecho de Familia en Italia cfr. Paolo Ungari (1974). En relación con Anna Franchi es imprescindible De Troja (2016a, 2016b).

la disolución del matrimonio⁶⁴, primero en el campo político y jurídico y, más tarde, también por parte de la opinión pública. Se genera un fuerte debate en el que la sociedad, como el Parlamento, se encuentra muy dividida: por un lado, los católicos, las autoridades laicas más conservadoras y gran parte de los juristas, todavía estrechamente ligados a una visión tradicional de la familia; del otro, los reformistas, especialmente de izquierdas, recientemente admitidos en el Parlamento. En medio, una opinión pública todavía indiferente y poco informada sobre el divorcio.

En contra del divorcio se posicionaban fundamentalmente los católicos, también desde posiciones laicas. Para ellos este debate iba más allá de la promulgación de ley: ante las reformas que se proponían desde la izquierda y que consideran amenazadoras porque fuertemente subversivas, la alianza entre la Iglesia y el Estado se presenta como una necesidad por la que hay que luchar si se quiere evitar la ruptura de la nueva Italia, empezando por su núcleo, la familia.

De esta manera, se presenta el catolicismo como sinónimo de italianidad y la tradición católica como nación italiana, sentando, de esta manera, las bases de un modelo de patria católica con unos valores en los que se debería inspirar la nueva sociedad italiana (De Troja, 2016a: XLV).

Se trata, por tanto, de hacer primar a la colectividad por encima del individuo; por eso, consideran el divorcio como una ley individualista y contraria a la tradición italiana y, con ella, a la identidad del italiano. La introducción del divorcio, junto a la obligatoriedad del matrimonio civil recogida en el Código Civil italiano de 1865, llevaría a la completa laicización de la institución matrimonial y sacaría a la Iglesia de su tradicional esfera de influencia (Franceschi, 2012: 59). La campaña antidivorcio apela también a la experiencia en otros países, especialmente Francia, de los que se concluye un balance catastrófico.

⁶⁴ Especialmente tras la introducción, ya muy polémica, del matrimonio civil en el Código civil de 1865. Pero, salvo en este aspecto, este código aporta pocos cambios para la familia presentada “como una pequeña monarquía en la que el padre es soberano absoluto” (De Troja, 2016a: X).

Los opositores al divorcio también acusan a sus contrarios de estar inscritos en la masonería o de ser de origen hebreo, por tanto, de atentar también contras las estructuras e instituciones básicas del catolicismo. Además, consideran que el divorcio conduce al amor libre, al libertinaje.

Por su parte, los defensores de la disolución del matrimonio no ven en esa ley un ataque a la institución de la familia, sino el reconocimiento jurídico de una realidad que ya existe.

Desde las filas socialistas el divorcio se presenta fundamentalmente como un problema social: los matrimonios infelices repercuten en el ordenamiento social, por lo que se hace necesario que la ley defienda a la familia de todo aquello que no le permita llevar a cabo su función en la sociedad. Las estadísticas sobre separaciones personales, filiación ilegítima, delincuencia conyugal y familiar, torturas domésticas, dejan muy claro que se trata de un problema de gran embergadura que requiere una pronta solución. La ley tiene que liberar a las víctimas, castigar a los culpables y proteger a los hijos inocentes (Berenini, citado en Franceschi, 2012: 46).

Al principio no se puede hablar de auténtica campaña a favor del divorcio ya que se trata de reivindicaciones vinculadas a la iniciativa de personas concretas muy carismáticas, como Salvatore Morelli⁶⁵, miembro de la Izquierda parlamentaria y pionero de las libertades civiles y de la dignidad de las mujeres, quien, a pesar de que sus propuestas en 1878 y 1880 no llegarán a desarrollarse en la Cámara, tiene el mérito de llevar, por primera vez, el tema del divorcio al Parlamento y darle la dimensión política necesaria. Esta propuesta saca a la luz la oposición evidente entre Estado e Iglesia⁶⁶.

En 1881 el ministro de Justicia, Tommaso Villa, presenta un proyecto de ley sobre el divorcio en la misma dirección que Morelli y, de nuevo, se quedará en una propuesta sin desarrollo parlamentario. Desde la política se teme que esta cuestión

⁶⁵ Autor de *L'abolizione della schiavitù domestica con la reintegrazione giuridica della donna accordandole i diritti civili e politici*, 1867.

⁶⁶ Ya el papa León XII en la encíclica de 1880 *Arcanum divinae sapientiae*, defendía la indisolubilidad del matrimonio e instaba a una nueva santidad laica, la de resistir en el matrimonio.

produzca serias grietas en un estado joven, todavía no bien afianzado como para romper de una forma neta con la Iglesia. En estos años los masones se posicionan a favor del divorcio⁶⁷. A nivel jurídico, con el Congreso jurídico nacional que se celebró en Florencia en 1892 asistimos a la “asunción formal de la cuestión del divorcio por parte de la cultura jurídica italiana” (De Troja, 2016b: 34).

Pero cada vez con más fuerza, el sector católico⁶⁸ y la acción de su prensa, especialmente *La civiltà cattolica*, alzan su voz en contra del divorcio y lo hacen ya desde las parroquias de los centros más pequeños a los más grandes en toda Italia. En 1883 el ministro Giuseppe Zanardelli presenta otro proyecto de ley sobre el divorcio muy parecido al anterior, pero con algunas modificaciones.

Aunque esta propuesta tampoco va a prosperar en el Parlamento, el movimiento prodivorcio continúa su actividad difundiendo sus ideas frente a los opositores. Ha llegado el momento de acercarse a las bases, de buscar un apoyo más amplio en la ciudadanía – que, hasta entonces se había quedado al margen del debate –, hay que difundir los motivos para la disolución del matrimonio y conseguir que se entienda verdaderamente cuáles serían las consecuencias.

De esta manera, a finales del siglo XIX nace el Comité protector de la ley sobre el divorcio en el que participan juristas y políticos de la época, pero ahora también intelectuales; nace el periódico *Il Divorzio*; se organizan numerosas conferencias por todo el país y aparecen escritos para que se conozcan las razones a favor y en contra del divorcio. En este debate intervienen incluso el Papa León XIII y el rey Vittorio Emanuele III.

En septiembre de 1891 se celebra el Congreso jurídico de Florencia con el título “Si y bajo qué condiciones se puede admitir la institución del divorcio” que tendrá mucho éxito y supondrá un paso adelante para los sostenedores del divorcio.

⁶⁷ Desde las logias masonas se exorta a los adeptos a apoyar la ley del divorcio a través de conferencias, de la *Rivista della Massoneria italiana* y de *Il divorzio. Rivista critica della famiglia italiana*, creada en 1892.

⁶⁸ A partir de los años ochenta, y sobre todo a través de la Obra de los congresos y de los comités católicos, se combate por todo el territorio italiano la propuesta de ley.

Ese mismo año Villa propondrá un nuevo proyecto de ley sobre el divorcio y presentará otro más también en 1893, siempre en la misma línea. Una vez más, la delicada situación política por la que atraviesa el país no permite que se discuta en el Parlamento.

Ya en el siglo XX se vuelve a hablar de divorcio con el impulso de numerosos estudios relativos al divorcio, la emancipación de la mujer, la separación conyugal, los hijos ilegítimos, ... En estos años se hace cada vez mayor la oposición frontal de la Iglesia y de la alta burguesía conservadora que se van a enfrentar con los socialistas, ahora ya con fuerza en el Parlamento, que han tomado el relevo a favor del divorcio. De hecho, esta cuestión aparece englobada en su programa como una de las reformas necesarias para la regeneración de la sociedad burguesa, aunque, como se verá claramente después, esta no será su prioridad⁶⁹.

El movimiento antidivorcio se organiza también por oposición al partido socialista que llevará muy pronto a una alianza política entre católicos y liberales conservadores.

En 1901 los diputados Berenini⁷⁰ y Borciani presentan un nuevo proyecto de ley sobre el divorcio, esta vez más innovador y que preveía, entre otros, la ampliación de las causas de divorcio discutidas anteriormente. La idea de base es el interés colectivo de esa ley y la obligación de esta de partir de la realidad. La propuesta cuenta con una comisión favorable, pero, de nuevo, no llega a discutirse en el Parlamento.

El debate llega a su apogeo en 1902, el año en el que se publica *Adelante el divorcio* de Anna Franchi: es ahora cuando, por primera vez desde la Unificación, se considera verdaderamente factible una ley del divorcio. Los motivos de entusiasmo se presentaban claros, como examina Seymour (2006). Por primera vez se sale del ámbito cerrado del Parlamento y de los debates académicos para ampliarse a los medios de comunicación, la

⁶⁹ Efectivamente, el Partido Socialista Italiano no consideraba que el divorcio fuera el remedio más importante contra las injusticias sociales, sino tan solo un paso más en la atenuación de los sufrimientos de la población. Para ellos, había otras medidas decididamente más urgentes y que tenían que ver con las clases sociales más bajas, mientras que el divorcio afectaría más a los burgueses. En este sentido, en *L'Avanti* se afirma que la solicitud de divorcio no es una de las reivindicaciones del Partido Socialista.

⁷⁰ Un año más tarde Berenini publica *Divorzio dinanzi alla Camera*.

literatura y las conferencias dirigidas a un público más amplio. Además, tras dos decenios de dominio liberal, los socialistas empujan también el debate en el Parlamento al considerar que el divorcio significaba un primer paso hacia reformas más ambiciosas. A que el debate se abra a la población contribuye también el hecho de la resonancia que tuvieron casos aislados de divorcios de italianos en el extranjero gracias a momentáneos cambios de nacionalidad.

Se explica a la población, muchas veces a través de casos reales concretos, las razones por las que una ley sobre el divorcio es necesaria en ese momento. Se apela a la joven edad de muchas mujeres a la hora de contraer matrimonio, a su inexperiencia; se insiste en que la disolución de un matrimonio no representa una amenaza para la institución de la familia y que la separación – hasta entonces la única posibilidad para un matrimonio roto – no rompe con el vínculo por lo que da lugar a familias irregulares – adúlteros e hijos bastardos –; se habla de homicidios y suicidios a los que se llega tras un matrimonio infeliz; de defensa de los más débiles en la sociedad – mujeres y niños – y de leyes que son legales, pero que no son honestas.

En febrero Vittorio Emanuele III expresa la intención del gobierno de suavizar el principio de indisolubilidad del matrimonio⁷¹. En noviembre se presenta el proyecto de ley a iniciativa de los ministros Zanardelli y Cocco Ortu, “Disposiciones sobre la legislación de la familia”. Esta propuesta consta de dos partes bien definidas: “Condiciones para disolver el matrimonio” y “Los hijos nacidos fuera del matrimonio y la paternidad”. Se trata de un proyecto de ley más moderado que el de Berenini-Borciani, pero aun así fue objeto de una gran polémica, incluso dentro del gobierno, cuenta con poco apoyo por parte de los socialistas y los diputados católicos, liberales y conservadores se enfrentan en bloque a ella. De hecho, las organizaciones católicas se movilizan y entregan en el Parlamento tres millones y medio de firmas contrarias al divorcio. La Comisión parlamentaria, presidida por Antonio Salandra, reconocido exponente antidivorcista, rechaza la parte del

⁷¹ Se trató de un discurso muy moderado que no tuvo la resonancia esperada y que no ayudó al frente prodivorcio.

proyecto relativa a la disolución del matrimonio apelando a la autoridad de la tradición en Italia.

Cristina Gragnani (2011) expresa las razones por las que no prospera esta propuesta de ley. En primer lugar, era innegable el puesto central que la familia ocupaba en la sociedad católica del tiempo y su importancia en el proceso de construcción de la nueva nación y en la formación de la ideología liberal. Se teme que una ley del divorcio produzca grietas en la institución familiar, base de la sociedad.

Por otro lado, tampoco ayuda la ambigüedad del propio Partido socialista en relación con el divorcio y en especial con la emancipación de la mujer.

Además, aunque se intenta que ese debate llegue de lleno a la opinión pública y que esta se implique con fuerza, no se consigue dar a la cuestión del divorcio la dimensión humana necesaria.

Finalmente, las mujeres no desempeñan un papel principal en el debate: muchas se muestran indiferentes y otras lo rechazan de frente⁷², movidas por la moral católica y por el miedo a que el divorcio las deje sin seguridad económica⁷³.

Con el diseño de ley Zanardelli-Cocco Ortu prácticamente se da por concluido el debate sobre el divorcio en el Parlamento. Es verdad que habrá todavía algún intento más – el proyecto Comandini en 1914 o el Marangoni-Lazzari de 1920 –, pero ya el acuerdo entre católicos y liberales lo hacía inviable. Durante el fascismo no se vuelve a tratar el tema y solo ya en la década de los setenta Italia contará con una ley del divorcio.

Desde la Unificación de Italia se habían presentado regularmente proyectos de ley sobre el divorcio en Italia que se

⁷² Es el caso, entre otras de Vicentina de Felice Lancillotti – con su conferencia *Il divorzio e la donna*, del 15 de mayo 1892, probablemente el primer discurso de una mujer sobre esta cuestión –, de Maria Alimonda Serafini – *Matrimonio y divorcio* en 1873 – y de de Luisa Anzoletti – *Il divorzio e la donna*, 1902. En relación al debate sobre la oportunidad de legislar la disolución del matrimonio en los discursos de Anna Franchi y Luisa Anzoletti en 1902, véase Martín-Clavijo (2018a).

⁷³ Sin embargo, algunas mujeres, junto a Anna Franchi, van a desempeñar una labor fundamental en esta dirección con ensayos y conferencias en defensa de posiciones prodivorcio. Entre ellas destaca Teresa Labriola con *Divorzio. Discussione ética*, 1901.

quedaron, a pesar del debate, solo en propuestas. Sin embargo, ya se indica claramente que estamos ante una cuestión que es jurídica, pero también de carácter político, religioso, moral y social y que cuenta con una repercusión fuerte en la opinión pública. Esta, como ocurre también en el Parlamento, todavía está muy dividida y la Iglesia sigue siendo un poder fuerte en Italia, a pesar de que el periodo a caballo de los dos siglos es el “de mayor contraste con la Iglesia, de la cuestión romana y del anticlericalismo más ardiente, en el que la masonería, el socialismo, el republicanismo y el radicalismo representaban ideologías muy hostiles a los católicos” (Franceschi, 2012: 59).

3.2. Escritos teóricos de Anna Franchi sobre el divorcio

Además de la novela *Adelante el divorcio* en estos años Anna Franchi lleva a cabo una profunda reflexión sobre la mujer, sus derechos y, en especial, sobre el divorcio que presentará al público en las formas de ensayo y conferencia.

Del mismo año que *Adelante el divorcio* es el ensayo *Divorzio e la donna*. El lazo de unión con el diputado socialista Agostino Berenini también es evidente en la dedicatoria inicial y, a lo largo del texto, sus ideas encuentran eco en las palabras de la autora. Franchi comienza con una constatación, el divorcio “más que una reforma impuesta por el progreso humano, es una reivindicación del sentido moral que de repente ha revelado a los hombres la gran inutilidad de este impedimento a la libre expansión de los sentimientos” (Franchi, 1902b: 5). A la hora de buscar argumentos para convencer a los que se oponen a la ley del divorcio opta por el sentimiento y por la verdad, dos palabras que se repiten siempre en su discurso.

En él arremete contra aquellos que se oponen a la disolución del matrimonio en nombre de la moral – y la resignación que esta impone al católico – y consideran que ataca los fundamentos de la familia como institución argumentando con numerosos ejemplos. Franchi insta al divorcio como rebelión que “nace espontáneamente de esta necesidad inmediata de verdad, de ese anhelo que siente esa buena humanidad de liberarse del encadenamiento del vicio, de la necesidad de respirar” (Franchi, 1902b: 10). Ya que los opositores argumentan con razones

religiosas, ella también ofrece ejemplos de la Biblia y de la historia de la Iglesia.

En su discurso se centra fundamentalmente en las mujeres, como indica ya el título; ellas son las víctimas más débiles del matrimonio, por eso las insta a que se manifiesten a favor de la disolución de este para que pueda renacer una nueva mujer. Con la aprobación de esta ley la mujer no sería más

una reina soportada gracias a la ley, sino una compañera por virtud del amor [...] Ya no es una esclava del placer, ya no es una madre sin leche, ya no es una educadora débil, sino una esposa amorosa, una compañera elegida y respetada, segura del cariño, que infunde en sus hijos el máximo respeto por la honestidad de la vida (Franchi, 1902b: 20).

Por ello, siente dolor cuando ve a otras mujeres inteligentes – aquí la referencia explícita es a Luisa Anzoletti – que prestan su talento para luchar en contra de esa ley. A partir de ese momento va contestando paso a paso a todas las ideas que Anzoletti (1902) ha expresado en su discurso *Il divorzio e la donna italiana*, publicado ese mismo año: argumenta contra la consideración que el divorcio sea “ultraje supremo”, que atente contra la conciencia científica, que instigue al amor libre.

Franchi termina con unas líneas referidas a los defensores de la ley y con un alegato a la mujer para que luche por la paz siguiendo el ejemplo de Francia: “Vamos hacia la paz. [...] Y es en nombre de esta paz, en nombre de la verdad y en nombre de los que sufren, que pido a la humanidad un plebiscito de justicia” (Franchi, 1902b: 27-28).

En la conferencia que dicta en la Universidad Popular de Parma en 1903 y que lleva por título *Divorzio*, Franchi centra su discurso fundamentalmente en torno a tres palabras: sentimiento, resignación y deber. Desde el principio expresa su intención de apelar más al sentimiento que a las motivaciones jurídicas cuando se trata de una cuestión como la del divorcio que considera vital, ya que el sentimiento “siempre gana sobre todas las razones” (Franchi, 1903a: 3). Apela entonces al sentimiento y a la necesidad de observación de la realidad para que caiga de una vez la venda de prejuicios; cree en la necesidad de una rebelión

“nacida de una fuerte e inmediata necesidad de verdad, de una abrumadora necesidad de humanidad buena, de humanidad serena para liberarse de este encadenamiento riguroso al vicio, a la mentira, a la prostitución” (Franchi, 1903a: 4).

Se enfrenta duramente con una de las máximas de la moral católica, la resignación que no considera un sentimiento humano, sino “una de esas palabras inventadas para cubrir con compasión alguna falsedad” y que, por tanto, es “para los egoístas, los viciosos, las falsas criaturas a cuya alma ninguna voz le habla de lealtad” (Franchi, 1903a: 6). Considera “insoportable imposición creada por el código” el tener que vivir con alguien que te “asesina lentamente” y tener hijos bastardos “víctimas de la indisolubilidad que exigen insistentemente que se le ponga remedio” (Franchi, 1903a: 7).

La otra palabra base de su discurso es el deber: “El deber es fácil cuando nace en el afecto, en la dulzura; el deber no tiene valor cuando es el resultado de una imposición” (Franchi, 1903a: 9).

Hasta este momento hablaba a un público general, ahora se dirige solo a la mujer:

Es la mujer la que tiene que encontrar en esta ley humana el principio firme de su regeneración moral, de una elevación hacia una posición social más digna.

Compañera igual al hombre, unida por el afecto, no solo por el deber, realmente deseada en la tranquila certeza del amor (Franchi, 1903a: 10).

Una mujer que nada tiene que ver con el modelo impuesto por la sociedad patriarcal: “Ya no una mujer casada, madre sin leche, educadora débil, sino una mujer cariñosa, madre y verdadera nodriza de la sangre y de la mente de sus hijos” (Franchi, 1903a: 10).

En la segunda mitad del discurso Anna Franchi entra de lleno en el polémico debate, cita las argumentaciones de Luisa Anzoletti que rechaza y presenta con pasión las de Morelli, Villa y Berenini. En la parte final, con la ley del divorcio reclama, desde la verdad, la necesaria paz: “Y es la paz lo que queremos de verdad y es hacia la paz que nos dirigimos. ¡Pedimos paz! ¡Finalmente, paz” (Franchi, 1903a: 15).

En su volumen *Cose d'ieri dette alle donne di oggi*, de 1946, Anna Franchi dedica el capítulo VIII al divorcio. Evidentemente,

han pasado ya más de cuarenta años desde el momento que escribió su novela y los otros dos textos sobre la cuestión de la disolución del matrimonio y esa pasión que la caracterizaba se ha perdido en parte a favor de una reflexión más madura y desde una Italia en la que todavía no había divorcio, aunque ya sí se permitía el voto de las mujeres precisamente desde el año de la publicación de su obra, lo que bien podría hacer pensar a nuestra escritora que Italia ya estaba preparada para una ley sobre el divorcio.

Además, le permite insistir y hacer consciente a las mujeres de esa década de la importancia de estas luchas a principios de siglo, cimientos tan necesarios para los logros que ahora se estaban alcanzando.

Desde el primer momento Anna Franchi habla del divorcio como una “Cuestión grave y penosa. Penosa porque se dijo y se difundió que el divorcio enturbiaba para siempre la santidad del matrimonio, grave porque era necesario luchar con los que no querían entender” (Franchi, 1946a: 135).

A la hora de afrontar tan grave cuestión Franchi decide trazar una breve historia de la lucha contra el divorcio que relaciona estrechamente con la corrupción en general y con el Cristianismo y la Iglesia católica en particular. A continuación, hace un repaso a las propuestas de ley sobre el divorcio llevadas a cabo en la Italia a caballo entre los dos siglos, deteniéndose en el “vivo contraste que se dio entre los juristas que querían considerar el matrimonio como un puro contrato civil y la doctrina canónica que insistía en ver en el matrimonio un sacramento” (Franchi, 1946a: 138).

Para ilustrar las manifestaciones a favor del divorcio en esos años Franchi trae a la memoria del comicio en el Politeama de Livorno en 1903, llena de público y con varios oradores, entre los cuales ella misma que habló en nombre de todas las que sufren. Termina con las palabras de Alfieri: “En Italia no hay necesidad de una ley de divorcio porque el matrimonio en sí es un divorcio...” (Franchi, 1946a: 144).

3.3. Novela y divorcio

Ya hemos dicho que hacia finales del siglo XIX el debate sobre la ley del divorcio sale fuera de los límites de la política y de la academia para poder llegar a un público lo más amplio posible. En esta búsqueda de una implicación del ciudadano de a pie – y,

de manera especial, de la ciudadana – desempeñan un papel importante los medios de comunicación que empiezan a hacerse eco del debate, publicando artículos, columnas, dedicando secciones, colaborando con activistas de uno u otro bando, pero también un número creciente de conferenciantes que recorrerán Italia difundiendo sus ideas a favor o en contra de la disolución del matrimonio.

En este contexto de difusión del debate ocupa también un lugar importante la literatura como medio para hacer llegar a la población unas ideas nuevas y, fundamentalmente, para humanizar la campaña. La ausencia de los intelectuales y escritores en el debate había sido patente en las primeras propuestas de ley, ahora también ellos se van a poner manos a la obra.

De hecho, la relación entre la ley y la literatura no era nueva. El filón parlamentario ya constituía un tipo de novela que se había hecho muy popular en los años 80 del siglo XIX que tenía como meta “denunciar al Parlamento y, en general, a las instituciones políticas de la Italia de los Saboya, cuyas infames intrigas en sí mismas parecen ser ficticias en el peor de los sentidos” (Re, 2009: 9). Más aún cuando se trata de un sistema jurídico todavía muy joven que necesita reformas urgentes.

De esta manera, la literatura se convierte en un lugar desde el que se pueden denunciar los abusos, desde el que se puede oponer a la ley, al Derecho y desde el que poner en tela de juicio la objetividad del Código (Karam-Magalhães, 2009).

En este sentido, el Derecho de Familia será uno de los más controvertidos en estas décadas, especialmente por la regulación de la indisolubilidad del matrimonio y el tema de la paternidad y la tutela de los hijos, puntos fundamentales de las propuestas de ley sobre el divorcio que están sobre la mesa desde finales del siglo XIX.

Las escritoras, a las que ese código influye en su vida cotidiana imponiéndoles una serie de trabas, empiezan a poner en duda precisamente la viabilidad de dicha ley, instan a que la necesidad de cambiarla es urgente y, para poder convencer, deciden presentar casos concretos que puedan ilustrar su punto de vista.

En este sentido, las escritoras apuestan por el *derecho contado*, (Ost, 2004: 41), como un instrumento válido para la reivindicación de las leyes a través de la narración de casos concretos relacionados con un tema jurídico y en contraposición

con el *derecho analizado*, es decir, el que tiene su origen en “fundamentos hipotéticos articulado alrededor de pirámides de normas, marcado por la atemporalidad metafísica” (Karam-Magalhães, 2009).

Con la vía del derecho contado se abre un nuevo camino que corre paralelo a la discusión parlamentaria sobre la ley del divorcio y que se muestra estratégico para completar algunas lagunas que el sistema jurídico presenta.

De esta manera, la literatura, y fundamentalmente la novela, se convierte en un documento de aplicación del derecho: puede, y debe, abordar algunos temas de carácter jurídico. Por un lado, contribuye a que se comprenda mejor la ley y que se haga una reflexión, a nivel individual y colectivo, sobre un tema humano, social y existencial importante.

Por otro, a través de la narración de casos concretos en contextos reales se puede ver cuáles podían ser las consecuencias de su aplicación en la sociedad, en un contexto real, en la vida cotidiana de personas reales, que tienen sentimientos, emociones, incluso cuando se trata de personajes ficticios.

Además, la literatura cuenta con muchos instrumentos para persuadir al lector a través de las emociones, de los sentimientos; puede incitar a su empatía con determinados personajes, le hace ponerse en la piel de otros, experimentar otras situaciones sin ponerse en peligro, examinar los efectos de una determinada ley a través de personajes, que, aunque los haya creado el autor, el lector los considera cercanos. De esta manera, le ayuda a posicionarse de forma también crítica ante cuestiones que son reales, prácticas.

En el caso de las mujeres escritoras muchas veces en su obra consiguen desmontar la aparente neutralidad del Derecho y hacer reflexionar sobre el sexismo que subyace en las normas jurídicas.

De hecho,

La escritura de las mujeres cumple, por tanto, una doble función: por un lado, representa una realidad y un punto de vista descuidado por los legisladores y, por otro, se traduce en una condena de las instituciones contemporáneas, con una inversión de la relación jerárquica entre las mujeres y los órganos políticos (Iaconis, 2017: 160).

Probablemente *Adelante el divorcio* (1902) de Anna Franchi es la novela más representativa de este filón parlamentario en el cambio de siglo en Italia, pero no es la única que intenta activar la opinión pública en torno al tema candente de la disolución del matrimonio. En el mismo año se publica *Dopo il divorzio* de Grazia Deledda y en 1905 *Cavalieri moderni* de Fanny Salazar. *Catene* de Virginia Tedeschi Treves, Cordelia, es anterior, de 1882⁷⁴.

3.4. La recepción de la obra⁷⁵

La novela de Franchi causó escándalo desde el primer momento. De hecho, el volumen se había presentado con una portada roja y atado con un lazo. El mensaje era claro: se trataba de un libro peligroso y había que dificultar que se consultara fácilmente⁷⁶. Pero ¿escándalo, por qué? Porque se trata de una obra inmoral, que insta al amor libre⁷⁷, una obra casi pornográfica⁷⁸, obscena⁷⁹, afirman desde las filas católicas; porque a la autora le

⁷⁴ Para un análisis de estas obras en relación con *Adelante el divorcio* véase Martín-Clavijo (2018b).

⁷⁵ Sobre la recepción de esta obra véase Gigli (2001), Gragnani (2011) y De Troja (2016b).

⁷⁶ A este respecto señala Jarro sin medias tintas: “La señora Anna Franchi ha publicado un libro sobre el divorcio, con portada roja y las ideas más rojas que la portada. El libro se vende atado con una cinta blanca y sellado. Pero, mientras que el libro está atado, el estilo es muy suelto... Un enemigo del divorcio me decía: –Era mejor que, en lugar del libro, se atara a la autora...” (Jarro, 1903).

⁷⁷ En *L'Avvenire d'Italia* aparece una reseña con el título *Intermezzo letterario sul divorzio* en la que se afirma: “Como la señora Franchi exige el divorcio para legalizar el amor libre, de la misma manera, nosotros lo rechazamos porque no queremos saber nada del amor libre” (Citado en Gragnani, 2011: 97). En la misma dirección se sitúa la reseña de Alfio (1903): “La señora Franchi exige el divorcio para legalizar el amor libre [...] ¡No vamos a luchar por el divorcio para que se legalice la posición social de las madres que engañan a sus maridos o que huyen con su amante!”.

⁷⁸ Rina del Prado escribe en la revista *Arte de Trieste*: “Anna Franchi en sus páginas desalentadoras tiende a demostrar esa necesidad con cuadros de un realismo que, a menudo, roza lo pornográfico, lo nauseabundo” (Citado en Gragnani, 2011: 97).

⁷⁹ Gian Pietro Lucini en *Italia del popolo* afirma: “Es grosera, lucha; relata como una periodista; no vela con eufemismos la palabra cruel y grosera [...] Anna Mirello, primero ingenua, pasiva, luego atenta y crítica, por tanto, indignada, voluntaria, rebelde. El suyo es un matrimonio obsceno” (Citado en De Troja, 2016b: 11).

interesa más la tesis que defiende que la parte estética⁸⁰. Incluso otras mujeres escritoras se mostrarán contrarias a la obra porque se trata de la historia de una mujer que privilegia su propio crecimiento al de sus hijos⁸¹, porque se trata de un caso solo y se invoca un remedio que no está probado que vaya a funcionar⁸²; porque no sigue las convenciones literarias de la novela sentimental femenina⁸³, porque propone un modelo de mujer anticonvencional.

⁸⁰ En este sentido escribe De Roberto: “Llevada prevalentemente por la tesis que quiere demostrar, la autora, no se preocupa tanto de producir una impresión estética como de demostrar la urgencia de una medida social. [...] La intención de hacer una obra artística no concuerda con la de hacer al mismo tiempo una obra persuasiva” (De Roberto, 1903). De esta misma opinión es esta reseña anónima publicada en *La rassegna internazionale* en enero de 1903: “Nos gustaría que Anna Franchi nos diera una verdadera novela, con intenciones artísticas y no propagandísticas, porque el fenómeno de *La cabaña del tío Tom* es, y seguirá siendo, único en el mundo [...]. La literatura y el arte viven una vida propia si no quieren estar al servicio de las cuestiones del momento, ni tratar de cosas para las que existen instituciones especiales, el periodismo, el Parlamento, la cátedra” (Citado en Gigli, 2001: 98).

⁸¹ “¡Y los hijos están en casa de su abuela y crecen como plantas salvajes, con poco amor, con escasa educación. La autora querría mostrarnos la fatalidad del dolor humano; es más bien la fatalidad de madre, de la mujer que en el amor maternal no satisface sus sentimientos [...] porque no hay vísceras de madre las que se consuelan con las horribles desgracias de sus hijos.... escribiendo un libro!” (Cammeo, 1903: 103-104).

⁸² Flavia Steno afirma: “Un *caso* no prueba nada; ni siquiera este caso, aunque rezume sangre y lágrimas. Ya se sabía que hay uniones muy infelices, más terribles que arrastrar las cadenas del condenado [...] Lo importante es ver si el remedio invocado es realmente un remedio, si las consecuencias de la liberación que un egoísmo puede desear ardientemente no pesarán en otra vida, en otras pequeñas vidas inocentes” (Steno, 1903).

Esta misma autora en *Secolo XIX*, en diciembre de 1902 ya había señalado que “las desgracias de la infeliz Anna Mirello no me hacen llorar; esta mujer insiste demasiado en su actitud como víctima para resultar simpática. Si fuera estúpida, entendería sus lágrimas, su dolor, su hielo. Pero no, es una mujer inteligente, tanto que, cuando decide rebelarse, pone en juego todo lo que todavía tiene: juventud y corazón, alma y cuerpo, reputación y orgullo. Anna Mirello no ama a su marido, ni ama al amor: es una criatura de belleza y de languidez” (Citado en De Troja, 2016b: 45).

⁸³ Virginia Olper Monis (1910), en la revista *La Favilla-Rivista di letteratura ed educazione*, había calificado a Anna Franchi “escritora sin tramas” (Citado en De Troja, 2016b: 51).

Pero también *Adelante el divorcio* suscita reacciones muy positivas y alentadoras: unos alaban su valor, especialmente por enfrentarse a la Iglesia⁸⁴, otros insisten en la verdad y el dolor que esta novela transmite⁸⁵, en la eficacia de la narración, aunque se señalen, como hace Ada Negri, algunos aspectos tanto de escritura como de contenido con los que no están de acuerdo⁸⁶.

3.5. *La mia vita: Anna Franchi ante Adelante el divorcio cuarenta años después*

En 1940 Franchi publica *La mia vita*. En su autobiografía la autora va a relatar y reflexionar sobre su vida, también sobre los años que aparecen narrados con gran profusión de detalles en *Adelante el divorcio*⁸⁷.

Han pasado casi cuarenta años, muchas luchas en distintas direcciones, unas ganadas, otras perdidas, una guerra, una dictadura. Anna Franchi no es la misma que a principios de siglo y esto se va a reflejar en su relato de los años de matrimonio y de su separación.

De hecho, en su autobiografía pasa muy deprisa sobre este periodo, no aporta muchos datos sobre su vida privada, su relación con su marido, su nueva pareja; no insiste tampoco en la batalla ante el tribunal.

⁸⁴ “Este valiente libro, esta fiel descripción de un caso igual a otros mil, ha herido la susceptibilidad de todas las faldas, negras y de color, precisamente por esta sola razón: dice cosas verdaderas” (R. L., 1903).

⁸⁵ “Tanto más hace sufrir, sacude e indigna, cuando la autora, dejando hablar a la realidad desnuda de los acontecimientos, se accontenta con transcribirlo todo, los hechos y los sentimientos, casi como si el alma turbada de Anna Mirello se hubiera transformado en ella y hubiera dictado como saben dictar solo los grandes dolores” (Capuana, 1903, citado en Gigli, 2001: 99).

En la carta que Ada Negri escribe a Anna Franchi: “Ahora siento la necesidad de escribirle cuánto interés, simpatía y dolor me ha despertado su doloroso libro que tiene toda la sinceridad de un documento humano [...] Tal y como es, el libro es hermoso, conmovedor y convincente” (Lettera di Ada Negri ad Anna Franchi, 1903).

⁸⁶ “El marido está pintado quizás demasiado siniestramente, el amante es, en cambio, demasiado perfecto e ideal; y el error de la mujer es haber seguido durante muchos años a ese marido indigno en una vida de vagabundos y desarticulada, mientras que debería, simplemente, haberse quedado con los hijos” (Lettera di Ada Negri ad Anna Franchi, 1903).

⁸⁷ Sobre este aspecto véase Gragnani (2008) y Boero (2012).

A distancia del tiempo, y con un final triste para la batalla por el divorcio, podemos constatar que la autora deja de lado explícitamente los aspectos políticos de su vida. Su defensa de los derechos, de los ideales, de los valores que considera fundamentales se mantiene igual con el tiempo, pero hay implícita una crítica a esa rebelión de la que era portadora: “De la traición, de la envidia, de las calumnias, de todas las pasiones que me han rodeado, oprimido, descorazonado, que me han empujado a rebeliones que en la edad madura he deplorado, ha llegado a mí una fuerza de reacción que ha acabado por darme paz” (Franchi, 1940: 119).

Para Boero (2012: 137), Franchi integra los eventos narrados en *Adelante el divorcio* en un arco de tiempo más amplio, el que cubre en la autobiografía, y los encuadra en una perspectiva de crecimiento y de evolución personal fuera de la agenda política de 1902. Anna Franchi se muestra contraria a que su propia vida pueda tener el valor absoluto de ejemplo e instrumento de lucha: “La vida no es un caso prestado a una idea o a un programa, pero tampoco algo que rechazar” (Boero, 2012: 138).

4. LA CONSTRUCCIÓN DE UNA NUEVA IDENTIDAD FEMENINA

4.1. El descenso a los infiernos

Como hemos visto, la protagonista de *Adelante el divorcio* se casa muy joven, a los dieciséis años, con un hombre mayor que ella y del que se declara enamorada. Hasta el momento en el que se inicia el noviazgo la vida de Anna se ha caracterizado por la felicidad, el amor y la salud y la autora se prodiga en anécdotas que ilustran precisamente estos aspectos: Anna Mirello tiene una familia que la quiere y se preocupa de ella, unos amigos con los que tiene un sinnúmero de afinidades (Icilio), una salud y una fuerza muy grande y una moral muy arraigada en ella. Durante su infancia y parte de su adolescencia Anna es una chica que demuestra talento – por el piano – y que se apasiona, que se enamora – de Angelo, su vecino –, una joven de la que todo parece asegurar un desarrollo positivo para su vida: tanto su personalidad – ella es fuerte, decidida, valiente – como su entorno orientan al lector hacia una vida muy diferente de la que más adelante va a ser testimonio.

Evidentemente, todas estas primeras páginas, en las que se repite con una anécdota y otra esta promesa de una vida feliz, no son gratuitas. Anna Franchi tiene una tesis muy precisa en mente: su historia concreta tiene que servir como ejemplo de la necesidad de que se apruebe la ley del divorcio en Italia, por lo tanto, no debe ser la fragilidad de la protagonista la que la conduce a un matrimonio fallido, sino la ineficacia de una ley que no la protege; además, este contraste tan fuerte entre infancia y matrimonio va a ir *in crescendo* hasta la aniquilación completa de la protagonista.

En este sentido, Franchi nos presenta el matrimonio verdaderamente como un descenso a los infiernos, en el que cada escalón significa una bajada todavía más profunda en el reino de los vicios, en el mal, en el degrado. Anna Mirello caerá en lo más profundo del abismo y la escritora nos lo relatará paso a paso, sin pasar por alto un solo detalle.

En la novela *Anna Franchi* va aportando algunas de las razones que, a lo largo de esta campaña a favor del divorcio desde los albores de la Unidad hasta ese año 1902, se habían presentado como causa del divorcio. Se centrará en algunas de ellas, dejando de lado otras⁸⁸.

El primer detalle en el que se insiste es el de la extrema juventud de la protagonista cuando se casa. Ella, a dieciséis años no sabe nada de la vida, es una niña, no ha salido de casa, apenas tiene una educación más allá de la norma y del matrimonio sabe solo pocas cosas y todas ellas las tiene profundamente idealizadas. Es importante esta insistencia, ya que se entendía que era una de las razones para poderse beneficiar del divorcio. *Anna Mirello* es casi una niña y carece de cualquier tipo de experiencia.

Franchi ilustrará con pormenores algunas de las causas que ya el Código civil apuntaba para la separación y que fueron ampliadas y posteriormente reducidas en estos años: en primer lugar, la infidelidad, las vejaciones, la extrema prodigalidad, la incompatibilidad de carácter que causa contrastes y desórdenes en la familia y hacen imposible la convivencia⁸⁹ y el hecho de padecer enfermedades incurables y transmisibles.

Con el propósito de presentar al lector medio la motivación para la disolución del matrimonio, *Anna* tiene que cargar las tintas sobre la radicalidad de tales causas y trazar el perfil de los dos cónyuges como figuras opuestas, completamente contrarias tanto en carácter como en experiencias y modos de vida⁹⁰. De esta manera, en la primera parte de la novela, la escritora nos hace

⁸⁸ El proyecto ley de Berenini preveía una ampliación consistente de las causas del divorcio: interdicción por enfermedad mental de más de tres años o considerada incurable, la impotencia manifiesta y perpetua que llega durante el matrimonio y la condena a la condena perpetua o reclusión no inferior a 10 años por delito común – sobre esta causa se centra la obra de Deledda. Estas causas no aparecerán en la obra de *Franchi*.

⁸⁹ Sobre este tema véase Franceschi (2012).

⁹⁰ Por eso, desde el principio nos presenta un retrato del marido en el que lo pinta como un libertino, un hombre depravado, lleno de vicios, jugador, mentiroso, mal marido, mal padre. También, por el mismo motivo, *Anna Franchi* tiene que exagerar hasta el límite las cualidades de *Giorgio*. Esa confrontación entre el bien y el mal fue considerado punto negativo de su novela, incluso por escritores favorables a su obra y su mensaje, como ya hemos visto.

bajar a los infiernos del matrimonio de la mano de Anna Mirello, su *alter ego*.

Para reforzar la inexperiencia en todos los campos de la protagonista, su inocencia, su ingenuidad, ya durante el noviazgo se insiste en cómo el cuerpo de la joven, no su cabeza, intuye los dolores futuros a los que le va a conducir la vida junto a Ettore. Insiste en episodios que le van dando señales claras de lo que será su futuro, que la dejan con una impresión de amargura, de dolor o incluso de inmovilidad.

Indicativo es la narración de sus emociones el día de su boda al recordar algunos sucesos del pasado en relación con el que se convertiría ese mismo día en su marido:

Anna no sentía ninguna alegría viva, ni un vivo dolor; el recuerdo serio de los problemas, de los enfrentamientos dolorosos, le hacía sentir una incertidumbre que le daba a su rostro un poco cansado por el insomnio el aspecto de una completa indiferencia (p. 151)⁹¹.

Son unas páginas llenas de palabras negativas que no acaban con la ceremonia: cuando da el sí ella se da cuenta de que, todavía una niña, “ponía fin de repente a la existencia pasada para abrirle una vida nueva e inmutable” (p. 154). Ya en el tren para emprender su viaje de novios Anna se fija en los ramos de flores “los últimos recuerdos de su juventud immaculada que iba a ser manchada en la violación concedida al deseo cupido de un varón al que ella tenía que abandonar su cuerpo” (p. 155).

Todas esas premoniciones que no son racionales se van a ir haciendo realidad una a una en las siguientes páginas y de manera especial en la noche de boda, un punto de no retorno en su vida.

El momento de la primera relación íntima con su marido había sido objeto de preocupación y curiosidad por parte de la joven protagonista que no sabe nada del tema. Para ella, sexo y amor tienen que ser la misma cosa y solo se pueden relacionar con el juego, con esos juegos infantiles que tan feliz la hacían⁹². Ella es

⁹¹ Las citas de Adelante el divorcio de Anna Franchi se han tomado de la traducción que aparece a continuación en este volumen.

⁹² “Riendo locamente por cada cosa, casi olvidándose de que el hombre era su marido, su nuevo amo, como si hubiera vuelto a la época loca en la que corría por las pendientes, como si fuera solo un nuevo compañero de juegos” (p. 156).

consciente de que había llegado el momento de “saber qué era el amor. ¿Cuál habría sido el gran bien por el cual se padecían tantos sufrimientos, se derramaban tantas lágrimas?” (p. 158).

Ese “gran bien” se revela todo un acto de violencia y vejación en un contexto todo menos acogedor. Ettore es “el marido experto en placeres comprados” frente a ella, una virgen con “secretas incertidumbres”, con un “instintivo pudor” (p. 158). Es el momento en el que la joven pasa sin transición del ideal a la realidad experimentada en el cuerpo y el alma:

La hizo suya brutalmente, violando esa pureza que le abandonaba casi inconscientemente, la tomó impúdicamente, sin atenuarlo con bondad amorosa, sin ahorrarle nada, mientras que la pobre chica, angustiada, aceptaba a ese varón que, al quebrarle el cuerpo virginal, le arruinaba también el alma que todavía no se había abierto a sensaciones de amor fuertes y verdaderas, a esas sensaciones que en el coito ofrecen la plenitud, otorgan el olvido del ser que casi se consume al confundirse en un solo deseo dulce con la criatura deseada (p. 158).

La escritora nos relata lo que siente Anna en ese momento crucial para su vida matrimonial en el que ella solo puede sentir disgusto, frío, pero, en ningún momento, amor y ni siquiera placer.

Pasó de la completa virginidad de los sentidos y del alma a la violencia del deseo brutal; no conociendo bien lo que era el amor, alejada de repente del vago idealismo que había acunado su joven mente en sueños tan diferentes, esa cruda realidad le asustó, le disgustó, le provocó el asco invencible que viene de las cosas sucias (p. 159).

Sin embargo, en ningún momento a esa joven virgen se le ocurre oponerse ante ese acto brutal. Ante ella se alza con fuerza “la idea del deber”: “Se dijo a sí misma que así debía de ser, que ese era su deber, que era *necesario que fuera así*” (p. 157).

De esta nefasta experiencia, este trauma que termina con el ideal del amor con el que han crecido tantas jóvenes de finales del siglo XIX, y no solo, y que Anna Franchi relata con muchos

pormenores psicológicos también se habían ocupado otras autoras de este periodo.

Por un lado, la escritora y periodista Jolanda tratará este tema pocos años después, en 1909:

Una niña que ha salido la víspera de un internado o de los métodos de una educación rígida, que nunca ha mostrado dos dedos de piel más allá del cuello o las muñecas [...] tendrá que desnudarse en presencia de un joven, entrar con él bajo las sábanas de la misma cama y, de repente, sentir sus pudores más secretos, a menudo con depravación y brutalidad (Jolanda, 1909: 30).

Mantea (1905: 34) en *Gli sposi: la loro educazione e la loro salute* exclama: “¡Ay del hombre que maltrata a una mujer en esa hora suprema, hora destinada al principio de la felicidad perfecta, y que ha roto tantos pobres corazones heridos en las fibras más delicadas y celosas!”

Muchas, incluso en este momento, apelan al sacrificio, a la resignación: la esposa es una víctima sacrificial que se tiene que resignar con gracia evitando gestos teatrales (Mantea, 1905: 34).

En este contexto la noche de bodas sella para muchas mujeres como Anna Mirello el fin de su ideal de amor, el término de su infancia⁹³. A partir de ahora su cuerpo le deja de pertenecer por completo. Desde ese momento, como afirma Jacobsen en su artículo “La donna e il problema matrimoniale”, publicado en 1907 en la revista *Vita femminile italiana*, la mujer

siente su dignidad y lo mejor de su personalidad mortalmente heridas, cuando ve lo que se imaginaba como un gran intercambio entre dos personalidades íntimas reducirse a algo mecánico, cuando no se siente para el hombre más que un simple objeto de placer [...]. El matrimonio es la buena institución burguesa, que hace de esta perfidia un sistema en el que el hombre yace y se estira cómodamente, mientras que la mujer en

⁹³ La infancia termina con la despedida de Anna de su jardín y de la casa en la que había vivido. Ella se pregunta: “¿Habría vuelto a ver ese hermoso jardín lleno de frutas y flores?” (p. 150). Pero ya la noche antes de su boda, ella arranca las frutas del naranjo y las tira con fuerza al suelo, un importante símbolo de lo que va a pasar con su vida.

cientos de casos se siente *moralmente asesinada* (Citado en De Giorgio, 1992: 341).

En este momento Anna Mirello va a ser consciente de que con ese hombre ella es y será solo un objeto de placer, nunca podrá aspirar a ser un sujeto. Esta temática de las relaciones sexuales placenteras solo en una dirección⁹⁴ la desarrollará ampliamente a lo largo de la primera parte de la novela, recalcando las necesidades de afecto psicológico, pero también corporal, que no puede satisfacer y que irá poco a poco reivindicando.

De momento, Anna Mirello se siente ofendida en lo más profundo de su ser y ya intuye de alguna forma, aunque todavía necesite tiempo para interiorizarlo, que ha perdido el control sobre su cuerpo y sus deseos, supeditada de por vida a “la voluntad sexual del marido”, lo que se ha denominado “débito conyugal”; de esta manera, como afirman Francisco Vázquez García y Andrés Moreno Mengíbar,

las mujeres tienen que aceptar y resignarse a no tener un lugar en la sociedad – salvo en el hogar y con restricciones – y a una vida sexual totalmente pasiva, en la que ni su cuerpo ni su voluntad van a ser atendidos (1997: 376).

Cuando, poco a poco, su cuerpo vaya despertando y reclame su derecho a amar y a ser amada, tal impulso natural se verá obstaculizado por las convenciones sociales que califican como peligrosas a aquellas mujeres que quieren disponer de su propio cuerpo y satisfacer sus deseos. “Se ve como algo muy negativo el deseo de la mujer de verse querida: sería un síntoma de su voluntad de inserción activa en el mundo (Vázquez García-Moreno Mengíbar, 1997: 376). Realmente esta libre disposición de su cuerpo por parte de la mujer es uno de los aspectos de su emancipación, como se verá con Anna Mirello en la segunda parte de la novela.

⁹⁴ Es muy innovador que Anna Franchi realmente se detenga a narrar las diferencias existentes entre los comportamientos sexuales entre el hombre y la mujer, la “sexualidad espiritual de la mujer contra el sensualismo mecánico del hombre”, como lo define De Giorgio (1992: 341) y que se haga portadora de esta reivindicación tan importante en la esfera privada.

Esta vejación reiterada, esta explotación del cuerpo, este cuerpo colonizado solo deja a la mujer dos opciones: aceptarlo y cancelar todo deseo o transgredir la moral con comportamientos que se salen de los parámetros institucionales y que la condena a vivir siempre en los márgenes. Estas dos vías las recorrerá desde el principio hasta el final la protagonista de *Adelante el divorcio*, en la primera y en la segunda parte respectivamente.

4.1.1. El relato del infierno

Con la noche de bodas comenzamos el lento y atormentado descenso en los infiernos del matrimonio fallido. Reiteradamente, una y otra vez, Anna Mirello confiesa que no está contenta, que se ve condenada a una vida miserable, siempre igual, inmutable y llena de dolores. Su vida la considera incompleta, como esposa y como madre, los dos aspectos en el que se debería sentir completamente realizada una mujer según los parámetros de la sociedad patriarcal. Sin embargo, durante largos años continúa desempeñando esos dos roles por obligación, porque es su deber.

Con respecto a su papel como esposa, ella se da cuenta muy pronto de que vive con un hombre que no la quiere, así se lo demuestra continuamente, y al que cada vez está más convencida de no querer.

Su marido se debería comportar con ella también como un marido, respetarla, amarla y mantenerla económicamente a ella y a sus hijos. Sin embargo, pronto se revela que no va a ser así. Los rumores que corrían de su marido, que era un libertino, mujeriego incansable, pasan a ser una realidad contrastada con facilidad, como también sus deudas de juego.

Durante años, Anna se consume en la espera, en los celos, en la lucha contra la compasión de los demás. Pero se mantiene firme en su deber: ¿qué otra cosa puede hacer? E incluso lo disculpa, le facilita excusas, rebaja sus faltas, las silencia frente a los demás; cree en sus vanas promesas de cambio, de respeto hacia ella y su familia. Pero, por mucho que Anna intente cerrar ojos y oídos, por mucho que su inexperiencia no le permita entender lo que sucede a su alrededor fácilmente, por mucho que ella ponga de su parte para que su marido sea ese compañero fiel, ese amigo y confesor que toda mujer aspira a tener, la venda se cae y, cuando lo hace, irremediablemente le lleva hacia un cambio radical.

Ese episodio crucial es el del baile (pp. 177-181), donde ella confirma, con la vista y delante de un gran público, lo que su marido es en realidad y que ella solo sospechaba. De la idea se pasa a la constatación.

Ya hemos dicho que la infidelidad del cónyuge era motivo para la disolución del matrimonio, por tanto, este punto lo tiene que desarrollar la escritora y darle un gran espacio en esta primera parte de la novela: nos dará cuenta de sus relaciones con artistas varias, camareras, incluso con adolescentes⁹⁵, a veces hasta delante de la propia mujer. Al principio, lo relata con incredulidad, luego se obliga a no creerlo, más tarde sufre de celos hasta conseguir llegar a la absoluta indiferencia frente a él y su comportamiento. Se trata de un camino largo y difícil que Anna Franchi presenta en su totalidad, con todo detalle.

Por otro lado, el marido debería dar a la mujer y a los hijos una seguridad económica o bien a través de las rentas o con su trabajo. Sin embargo, este no es el caso: Ettore no solo se gasta lo que gana – y en algunos momentos en los que le va bien, los contratos que le hacen le podrían permitir un cierto desahogo –, sino también lo que pertenece a la familia Mirello. Al principio, Anna se lo va dando para evitar discusiones y conflictos, luego porque los acreedores les están a los talones; finalmente, para poder mantener a su familia. Este aspecto de un hombre que no solo no es capaz de mantener a su familia, sino que la lleva a la ruina es también uno de los casos para la disolución del matrimonio y, por tanto, desarrollado con profundidad en la trama de la novela.

Pero Ettore Streno incurre también en motivo considerado por los proyectos de ley como causa válida para la separación legal, el padecer una enfermedad que se pueda transmitir. En este caso en concreto, Ettore contagia a su mujer la sífilis⁹⁶ que, además de provocarle horribles dolores, afectará a sus futuras maternidades:

⁹⁵ Es precisamente la constatación de la relación que mantiene durante un tiempo con una jovencísima cantante, Giuseppina Calbretti, la que describe con mayor detalle en la obra: Anna Mirello conoce muy bien cómo se siente, se repite la misma historia que le ocurrió a ella, solo que ahora él está casado y con hijos.

⁹⁶ La autora no menciona en ningún momento el nombre de la enfermedad, solo que se la habían contagiado a él en una de sus acostumbradas aventuras y él se la había pasado a ella el mismo día.

un aborto y el nacimiento de una hija con serios problemas de salud y que morirá muy pronto.

Se trata, evidentemente, de cuestiones serias que hacen que la convivencia entre estas dos personas se vaya deteriorando y haciéndose cada vez más difícil: las discusiones son continuas, incluso delante de los padres y de amigos, las vejaciones y humillaciones se repiten a diario; además, poco a poco, Ettore la va separando de sus amigos⁹⁷, intenta incluso ponerla en contra de su madre con insinuaciones muy fuertes; la va aislando. La soledad hace mecha en ella. Cuando muere el padre, Cesare, Anna se quedará realmente sin nadie que luche por ella⁹⁸.

Finalmente, otro hecho termina por agravar la situación de Anna Mirello. A pesar de que el marido vive en el vicio, la sociedad, impulsada por el propio marido, la presenta como una mala esposa y madre. Mala esposa porque algún hombre ha osado quererla y, frente a este hecho, el marido ha reaccionado con unos celos locos que ha hecho públicos como si realmente se hubiera tratado de un hecho consumado. Mala madre porque ha dejado a sus hijos con la abuela para poder seguir al marido de una ciudad a otra. Para la sociedad, Anna no cumple con sus obligaciones como mujer ni como madre.

Por lo que respecta a su papel como madre, ya desde el primer momento asistimos a una reacción negativa por parte de Anna ante ese hecho. Al poco de casarse, se queda ya embarazada. Su marido ha empezado a llevar su vida irregular y ella se encuentra esperando sola un hijo que no es fruto del amor. La frase con la que expresa su maternidad es desgarradora: “Y, así, para obedecer al deber, se había convertido en madre” (p. 168). Será igual todas y cada una de las veces que se quedará embarazada. En ningún momento expresa su deseo, su decisión de ser madre. Tampoco la de Ettore: “¡Uno más! ¡Uno más! Nacido de un abrazo helado, nacido sin que ninguno de ellos lo quisiera” (p. 168). Ser madre de esta manera solo significa dolor, el continuo sufrimiento de un cuerpo todavía no preparado para tal tarea. Incluso se plantea en

⁹⁷ Ettore la amenaza con no darle tregua si continúa viendo a su amigo de la infancia, Icilio.

⁹⁸ El episodio en el que se narra la muerte del padre (pp. 189-194) insiste en este hecho: ¿quién va a ocuparse ahora de ella?

una ocasión abortar, ya que no considera a ese hijo realmente suyo, es decir, concebido con amor.

Ya desde el primer momento, desde la noche de bodas, el cuerpo de Anna Mirello se rebela ante todo este sufrimiento, ante esta vida privada de cualquier esperanza, del amor, de la paz que tanto ansía. Por eso, el cuerpo – antes que la cabeza – empieza a dar síntomas irrevocables de lo que ella siente.

El sufrimiento continuo se va revelando de distintas maneras: con enfermedades, complicaciones en los embarazados, fuertes dolores y, muy a menudo, en la afasia, en el completo abandono del cuerpo y del alma.

Pasaba los días, largos y aburridos, tumbada en la cama, sin fuerzas para levantarse, abatida también moralmente, como si un continuo dolor devorador, macerara su alma.

No siempre iba al teatro, más a menudo se quedaba en casa, inerte, desprovista incluso de todo pensamiento (p. 205).

Se trata prácticamente, y tal y como ella lo define, de una “destrucción moral voluntaria” (p. 163), se va dejando morir, cae en una depresión fuerte que se va a repetir regularmente con el paso de los años. En otros momentos habla de cansancio vital. A estos largos periodos casi siempre en la cama, se alternan momentos de gran vitalidad en los que se siente como si se despertara; entonces “bailaba desesperadamente, feliz de sentirse en movimiento, bromeaba como una niña pequeña, con todos, llevada como por un vértigo, luego caía otra vez en la tristeza, en el vacío del alma...” (p. 175).

La autora dedica también mucho espacio en la novela a esta decadencia del cuerpo y del alma, a esta vida suspendida en la nada a pesar de su juventud: “Siempre sola, mal cuidada por la vieja Caterina, nunca consolada por el amor de su marido, se consumía, se consumía, se moría” (p. 224).

Ese sufrimiento continuo y sin esperanza la va conduciendo del sufrimiento atroz, pasando por el abandono del cuerpo y del alma, a la indiferencia⁹⁹ ante todo lo que le rodea: “Sentía la

⁹⁹ “Una profunda indiferencia le daba ahora una gran paz: él le contaba sus conquistas, sus aventuras; volvía a casa al amanecer y ella no le preguntaba de

necesidad de descansar, de no pensar más en lo que él hacía. ¡Que se quedara fuera, que jugara, que pasara las noches en una orgía a su gusto, pero que ella pudiera descansar!...” (p. 166). Y llega a la paz en algunos momentos, pero solo después de grandes sacrificios – de quedarse sola, de vivir encerrada, vigilada –, de anularse como persona.

Al principio, no es consciente de los motivos por los que sufre y se pregunta a sí misma insistentemente: “¿Por qué, por qué sufro tanto?” (p. 183), pero solo encuentra a una culpable, ella misma: quizás haya sido ella la que lo ha empujado a la infidelidad porque se muestra fría con él. Por eso opta por el sacrificio.

pensó que quizás su frialdad era la primera causa de tanto mal... pensó que tenía que retenerlo con la sensualidad. Y padeciendo atrocemente por el disgusto, con el dolor que le daba vértigo, ofreció a su marido su cuerpo, fingiendo desearlo y en el supremo esfuerzo del cerebro que quería dar al cuerpo la sensación que había buscado en vano, ese pobre cuerpo suyo enfermo tuvo una convulsión de espasmos que él no entendió... (p. 223).

Más tarde decide que, aunque no se comporten como marido y mujer, ella tiene deberes con él y tiene que ayudarlo en su carrera. De esta manera, “Anna contribuyó con todos los medios a que fuera así; con afectuosa premura, animándole, sacrificándose” (p. 207). Por él lo va a abandonar todo: en primer lugar, a sí misma, sus pasiones, su realización personal; en segundo, a sus hijos que va a dejar con su madre durante mucho tiempo.

Para Anna Mirello, “ser mujer significa sufrimiento, soledad, sacrificio, sumisión, silencio y muerte. Condición de inferioridad irreversible” (Bracciante, 1986: 76). Una muerte en vida que le viene impuesta por su marido, sí, pero también por la sociedad que la juzga con unos criterios muy discutibles y, lo que es peor, también por ella misma. Aunque en la segunda parte veremos cómo Anna Mirello se levanta, aquí nos encontramos con una mujer que opta por el sacrificio personal en todas sus facetas y se

dónde venía; sabía que iba a lugares inmundos ya que siempre tenía prueba de ello y se regocijaba porque ya no tenía ningún contacto con él. Estaba contenta cuando él estaba lejos, cuando no volvía a comer, cuando no lo veía” (p. 230).

revela sin la fuerza ni la capacidad necesaria para afrontar su situación de otra manera. Como tantas otras mujeres, Anna es

incapaz de rebelarse, acepta las reglas porque las considera condiciones necesarias y las obedece con valentía, en silencio, con total dedicación. Su aceptación es sacrificio, de sí misma, es silencio y muerte de su propia vitalidad interior, es renuncia a lo propio en la costumbre cruel de la existencia (Bracciante, 1986: 82).

De esta manera, Anna toca fondo, llega a la aniquilación completa como persona, a la autodestrucción, especialmente porque se siente una mujer incompleta, una mujer que no había nacido para el amor, a pesar de anhelarlo con toda su alma:

Entonces también pensaba que en las mujeres debía ser así, siempre; un instrumento pasivo de placer en los brazos de los hombres, su único deber, tener hijos.
¡Dios mío, qué cansada estaba! No encontraba ninguna satisfacción en ser una esposa, ninguna en ser madre (p. 177).

De la aniquilación como persona al deseo de la muerte como liberación solo hay un paso. Y del pensamiento frecuente se llega también al acto, al suicidio.

En un momento de grandes discusiones entre Ettore y sus padres, agravado por un embarazo difícil y nuevamente no deseado, agotada en cuerpo y alma, Anna decide saltar por la ventana (p. 172). Cualquier cosa con tal de terminar con ese sufrimiento de ella y de los que tanto quiere.

Más adelante, cuando la ya degradada situación con Ettore llega a su culmen – es el momento en el que ella se ha enamorado de Giorgio y es correspondida – y toda convivencia y posibilidad de emprender una nueva vida se consideran imposibles, Anna implora al marido para que le dé la muerte: “– ¡No tengo miedo! ¡Mátame si quieres..., pero que esto termine de una vez! ¡sufro, sufro! ¡Mátame!” (p. 224).

Ettore no terminará matándola, pero sí amenazándola con un revólver y pegándola. Al fin y al cabo, es su marido: “Te mataré; tengo derecho a hacerlo” (p. 282). De cualquiera de las maneras,

su vida se ha convertido en una tortura continua, especialmente las noches:

Las largas horas del día dedicadas a oír las ofensas a las que era inútil contestar eran muy dulces en comparación con las temibles horas nocturnas.

Ella trataba en vano de no acostarse... y él la obligaba. Temblando en la cama, nunca cedía al sueño que la mayoría de las veces el aliento repugnante de ese hombre, casi siempre borracho, la hacía estremecer.

Se lo encontraba a su lado, encendido por deseos inmundos, y la lucha para defenderse era terrible.

Palabras soeces, actos obscenos, insultos triviales...

Una vez terminó con el cuerpo lleno de moratones (p. 282).

Como vemos Anna Mirello roza la idea del suicidio en distintas ocasiones, pero no lo llevará a cabo. Para Santoro (1997) el suicidio de las mujeres es

una señal de una rebelión que no podría haberse manifestado de otra manera. Sigue siendo el último eslabón de un razonamiento defensivo, un signo de conciencia cuando es (o parece) demasiado tarde: para no doblegarse, porque la vida así vivida no es vida, y así sucesivamente. Es un signo de impotencia, de no poseer una palabra como signo significante.

La protagonista de *Adelante el divorcio* logrará superar este momento de “rechazo de una vida indecente, pero también como un sentimiento extremo de no pertenecer a otro lugar”, pero, como enfatiza Santoro, si los personajes rondan la autodestrucción y estos son un doble de quien escribe, entonces en ellos “se refleja lo que le gustaría o teme ser, lo que ha sido. También refleja lo que no se conoce y que se formaliza para conocerlo” (Santoro, 1997).

No sabemos a ciencia cierta si a Franchi esta idea le rondó por la cabeza en distintos momentos difíciles de su vida, pero sí que ese pensamiento se ha trasladado en esta época repetidamente a algunos de sus personajes femeninos: Anna Mirello no llega a matarse, sí lo hacen otras protagonistas sobre todo en el volumen de relatos *Dulcia Tristia*. Si la protagonista de *Adelante el divorcio* se salva es gracias,

como veremos más adelante, a una serie de factores que le ayudarán a seguir adelante y a reclamar una ley más justa.

Pero, por ahora,

para el sujeto mujer la rebelión es una elección extremadamente difícil. La acción succionante por parte de la estructura familiar, a través de la red envolvente de lazos emocionales profundos, a menudo supera cualquier conciencia de la violencia sufrida, desencadena tentaciones regresivas y el mundo exterior (además estructurado no a la medida de las mujeres) despierta miedo en los que no están educados en la libertad y la autonomía (Di Giovanna, 1990: 342).

De momento, Anna Mirello se siente incapaz de buscar una alternativa a ese destino que la está torturando y tiene “una sensación de impotencia que socava cualquier carga subversiva en la raíz” (Di Giovanna, 1990: 338). Las instituciones que deberían ayudar a mantener el orden social “cazan al sujeto, con los ritmos y roles forzados que imponen, obligándolo continuamente a reducir y contraer la expansión de su ser en el mundo” (Muscariello, 2002: 73).

Como vemos el caso de Anna Mirello, tal y como nos lo presenta Anna Franchi, es tan solo uno más entre los muchos ejemplos de mujeres infelices en su matrimonio. Es verdad que la exposición clara y llena de detalles del infierno de su matrimonio y los claros ecos autobiográficos de la narración son ciertamente novedosos en la época y nos da la idea de la fuerza de esta escritora, pero es necesario ponerlo también en contexto. De Giorgio ha estudiado las revistas dirigidas a un público femenino ya desde finales del siglo XIX y ha constatado cómo no se trataba de una excepción que algunas lectoras escribieran a la revista y contaran sus miserias matrimoniales, sus historias con maridos que las engañan, que no las respetan, que las ofenden en cuerpo y alma. Esta cuestión lleva incluso a reflexionar sobre ello y a preguntarse, como haría *Cordelia* precisamente en 1902: ¿Cuál es el límite para que una mujer rompa las cadenas del matrimonio? Las respuestas de las expertas van casi siempre en la dirección de la paciencia y de no actuar con arrebatos. Especialmente si hay hijos, se aconseja que se queden junto al marido, los hijos son los

primero; pero si no hay hijos por medio, el asunto cambia: la mujer puede irse y buscarse un trabajo honesto, eso sí, sabiendo que, a pesar de todo, la sociedad la juzgará por su decisión y sentirá piedad por ella (Piccoli interrogatori domenicali, 1902: 565).

Por su parte, Ersilia Majno Bronzini, afirmará al respecto:

Creo que la prostitución en comparación con ciertos matrimonios es un hecho de pureza y bondad. ¿Cómo puede uno vivir con una persona que física e intelectualmente se odia a sí misma y que se desprecia desde el primer momento de su vida conyugal, deseándole el fin de su vida como solución? (Citado en Buttafuoco, 1985: 177).

4.2. Hacia una mujer nueva

Si prácticamente toda la primera parte de *Adelante el divorcio* está constituida por la bajada a los infiernos del matrimonio, en la segunda asistimos al despertar de una nueva conciencia y, con ella, a la construcción de una identidad propia a través de la ardua vía de la realización personal, de la emancipación. De esta manera, la novela constituye una parábola en la que la protagonista cae en las profundidades para luego levantarse y salir de la condición precaria en la que la sociedad, conformada por una mentalidad patriarcal, la ha empujado y con la ayuda fundamental de una ley que no se ocupa de los que sufren.

De esta manera, Anna Franchi relata con pormenores el sufrimiento de esta joven mujer, capta la atención y la compasión del lector para después intentar convencerle de la necesidad de una ley del divorcio que ponga fin a tanto dolor y permita una segunda oportunidad en la vida. Es fundamentalmente en esta segunda parte de la novela donde se hace hincapié en la ley.

Pero para poder llegar a la realización personal de Anna Mirello, la autora ha tenido que ir preparando el camino. De hecho, al narrar su infancia y algunos hechos de su juventud antes y después del matrimonio, Franchi insiste en algunos aspectos de la personalidad de la protagonista y en algunos pensamientos que se van a convertir en obsesivos.

De esta manera, el lector está preparado y la emancipación de esa mujer – claramente excepcional en la época – no le va a resultar extraña: Anna Mirello ha ido perdiendo toda su identidad

junto a su marido, se ha convertido en un ser que vive para él, que muere con él día a día, sin esperanzas más que en el sacrificio, condenada a una vida siempre igual, siempre triste, siempre sin amor, sin ideales, sin motivaciones. Pero ella es fuerte, es valiente y podrá luchar contra ello. Y eso es fundamental para la escritora: su protagonista, su *alter ego*, con la que ya tantas lectoras se han identificado porque sus vidas tienen mucho en común, tiene que alzarse como modelo de cambio para la mujer.

Anna Mirello es uno de los personajes femeninos que nos encontramos en la literatura a caballo entre los dos siglos, una de esas “figuras de mujeres ardientes, seguras de sí mismas, listas para usarse a sí mismas, su capacidad de amar, su alegría” (Santoro, 1997)¹⁰⁰. Son personajes conscientes del estado de subyugación al que se le ha relegado por ser mujer¹⁰¹, pero también, a partir de un determinado momento, van a ser conscientes, como afirma Bonfiglio (2011), “de su potencial redención, la aceptación de una condición que sabe que no merece y la visión de un mundo virtual”.

¹⁰⁰ Entre estas figuras femeninas Santoro (1997) señala las que pueblan las obras no solo de Anna Franchi, sino también de Lina Pietravalle, Carola Prosperi, Sfigen o Clelia Pellicano.

¹⁰¹ Sobre esta condición de la mujer generalizada Franchi hace hincapié, de manera clara, inequívoca, a lo largo de la novela, como se puede constatar en estas afirmaciones:

“— ¿Qué más podría desear esta ridícula reina de la casa, que es una criada mal pagada, una esclava de la pasión? Tiene razón, abogado. La mujer no puede y no debe querer nada más” (p. 292).

“¿Qué importa si el marido es un necio? ¿Si no sabe administrar los bienes de su esposa? Él siempre es el dueño. ¿Qué importa si juega? ¿Qué importa si gasta mal el dinero de su mujer?

Él es el dueño.

La mujer nunca tiene que tener un criterio, una voluntad, eternamente bajo una tutela que se le ha impuesto, sin que nadie haya juzgado si ese tutor es honesto y adecuado para desempeñar su tarea; más a menudo es la víctima de esta ley negligente que pone freno al mal...” (p. 316).

“Sometida a la necesidad de complacer, la mujer debe reprimir todo signo de expresión individual.

Ni siquiera una madre, de verdad, en el buen sentido de la palabra, puede hacerlo.

Una madre cariñosa, sí, solo aparentemente, mientras sepa mentir sobre los vicios de su esclavitud al mundo y a su dueño. La rebelión en la mujer es un crimen... y los crímenes tienen que ser castigados” (p. 365).

El cambio se va a producir muy lentamente, a Anna Mirello le va a llevar muchos años, toda su juventud, pero poco a poco va a ir despertando del sopor, de ese letargo en el que se encuentra postrada. De ahí el uso continuado de la escritora del campo lexical del sueño y del despertar, de la muerte y de la vida; una oscilación muy marcada en la primera parte, sobre todo de la parte del letargo, y más hacia la vida en la segunda parte.

En este largo y difícil recorrido del despertar de una conciencia Anna Franchi nos presenta una serie de hitos que lo van a marcar y que van a sellar su emancipación: algunos rasgos de su carácter, la necesidad de amar y ser amada y la escritura.

4.2.1. Rasgos de su carácter

Ya desde las primeras páginas a Anna Franchi le interesa configurar los rasgos distintivos de la personalidad de su prototonista. Por eso, dedica tantas páginas a su infancia; no se trata tanto de trazar una biografía de Anna Mirello, sino más bien de presentarnos un personaje que, aunque le veamos que llega casi a la autodestrucción, desde la infancia muestra una serie de características que van a hacer posible su despertar y su acción futura. Ya desde niña Anna Mirello se presenta como una persona fuerte, decidida, llena de vida, apasionada, valiente, capaz de amar y de ser amada y enemiga empedernida de la mentira¹⁰². De hecho, la cuestión de la verdad¹⁰³ y de la mentira es fundamental en *Adelante el divorcio*: ya desde la introducción Berenini habla de verdad y del deseo de que “ninguna verdad se esconda, *si un ejemplo más, si una verdad humilde narrada simplemente puede despertar alguna conciencia dormida a la lucha...*” (p. 122). Se

¹⁰² A lo largo de la novela Anna Mirello va constatando que la realidad está moldeada en la mentira y su paso por el mundo de los teatros le confirma esa verdad: “Observaba, a menudo divertida, otras con disgusto, pero en ese pequeño mundo Anna aprendía la verdad del vasto mundo: aprendía a conocer de qué estaba hecho el mundo” (p. 214). Otro episodio importante en el aprendizaje de la protagonista de un mundo basado en la mentira lo encontramos con la muerte de su padre y la reacción hipócrita de gran parte de sus parientes: “Esas humildes mentiras a Anna le disgustaban más que la verdad, fuera la que fuera” (p. 198).

¹⁰³ La primera parte está precedida por una parte del título de la novela de Guy de Maupassant (1850–1893) *Una vida (La humilde verdad)*, 1883, una obra que presenta muchos aspectos en común con *Adelante el divorcio*.

trata de que salga a la luz esa “humilde verdad”¹⁰⁴, sumergida por tantas mentiras.

Por eso, es necesario subrayar en la narración el hecho de que Anna Mirello no miente, que todo lo que cuenta es verdad irremediamente porque su carácter fuerte así se lo dicta, no podría hacerlo de otra manera. Ya desde niña, la verdad estaría por encima de todo y así lo afirma con rotundidad ante su querido amigo Icilio: “– Porque, quién es mentiroso, es ladrón, y yo no quiero ser una mentirosa” (p. 125)¹⁰⁵.

Además, Anna, que ya desde niña tiene el don de la palabra y sabe relatar historias a sus compañeros de juegos, tiene una preferencia absoluta por las cosas reales, no cree en lo sobrenatural y subraya su incredulidad total ante las historias de milagros que cuentan los campesinos. Aquí ya tenemos presentadas las dos características de su narración que había resaltado también Berenini en el prólogo: realidad y verdad.

¹⁰⁴ *Adelante el divorcio* termina con estas palabras: “La verdad. Decir la verdad, para que sea útil a los que sufren. Ella ya no necesita nada. La ley de su corazón le basta y, además, su vida será corta. Pero si un ejemplo más, si una verdad dolorosa, narrada con sinceridad, puede despertar a la lucha alguna conciencia dormida... bien, entonces..., que no se esconda esta humilde verdad” (p. 369).

¹⁰⁵ La verdad, además de ser algo innato en su personalidad, se lo va a inculcar también su maestro como única vía para llegar a ser una escritora “– Llegarás – le había dicho ese maestro por el que albergaba una gratitud inmensa y seguía adelante, adelante, sin alejarse nunca de la visión libre de la verdad, representando impresiones sentidas, tratando de preservar solo la manifestación serena de esta verdad que siempre ofrece lo nuevo, que siempre ofrece un encanto poderoso.

Su mente serena no sabía cautivarse con artificios; una observación precisa y segura le daba siempre la percepción de la verdad, y se las ingeniaba para representarla sin ocultarla bajo la máscara de inútiles zalamerías.

Las absurdas concepciones de los estetas, de los simbolistas, siempre le daban un doloroso cansancio, producían en ella el mismo efecto que se siente frente a una de esas pinturas llamadas *de género*. Tan arregladas, adornadas, embellecidas, empalagosas, se sostienen solo gracias al rico adorno, a una luz efímera; la deslumbrante luz del sol las hace muy ridículas porque son falsas. La verdad, en cualquier caso, la verdad siempre es bella; suave u horrorosa que sea; la verdad humana, siempre cargada de ejemplos, de enseñanzas.

El arte que envuelve el vicio con un velo maligno, con perfumes embriagadores, producía en ella el mismo asco/disgusto que la mentira y ella rechazaba la mentira (p. 340).

Pero el carácter de Anna Mirello se va delineando con otros rasgos muy marcados. Por un lado, se trata de una niña valiente, que no se echa atrás ante las dificultades, que desafía incluso a la naturaleza¹⁰⁶, con una gran fuerza de voluntad y una resistencia de hierro; “una de esas criaturas nacidas para la lucha y que, bajo la apariencia de una gran dulzura, tienen una fuerza de voluntad extraordinaria, una resistencia del hierro ante las tormentosas ventiscas de la vida” (p. 136). Ya tenemos aquí a una luchadora nata, por lo tanto,

habría sido fácil decir que a esa niña nunca la habrían vencido, y que ese germen que le venía de los lejanos antepasados, siempre la mantendría por encima de la vulgaridad, que le daría la facultad de crearse un mundo propio y que, tarde o temprano, también le daría el poder de un bien grande e ilimitado” (p. 136).

Ella será capaz de todo en el futuro. Todavía no, porque “todavía no sabía cómo ser mujer” (p. 146), tendrá que aprender, formarse; primero tendrá que despertar.

4.2.2. El amor

Ya desde la primera parte de la novela, y mucho más en la segunda, la autora subraya el derecho que tiene al amor: a amar y a ser amada. En esa larga formación como mujer, Anna Mirello llegará a ese amor que se identifica con el ideal puro con el que ella siempre había soñado y que está a las antípodas de su marido.

Todavía una adolescente, y antes de conocer a Ettore, Anna conocerá el amor en la figura de Angelo, un vecino de su edad, un amor tranquilo y puro que, a pesar de todo, se verá truncado en sus inicios por la familia, pero que ella conservará en su corazón y le ayudará en los momentos difíciles de su matrimonio (pp.136-138).

Este primer amor, connotado siempre por la pureza y el respeto, es necesario también para establecer precisamente que la protagonista es capaz de amar y también que puede ser amada, aspectos estos que la propia protagonista pondrá seriamente en duda durante su matrimonio.

¹⁰⁶ La larga anécdota de Anna en el mar luchando contra las olas (pp. 133-134) es ilustrativa de este aspecto.

Su experiencia con el marido – que es, hasta que llega Giorgio, el único hombre con el que ella ha estado – es tan negativa en todos los aspectos que ella no puede por menos que preguntarse: “¿Era posible que alguien todavía la amara? ¿Ella seguía siendo una mujer que se podía amar?” (p. 182) Un amor que no sea solo posesión del cuerpo no lo conoce. Por eso, es fundamental que antes que Giorgio aparezcan otras figuras de hombres que se enamoren de Anna y, aunque no se llegue a nada, le confirmen que el amor existe y que ella tiene derecho a amar y ser amada, pese a todo. Esta es la función que tienen en la novela los personajes de Gisleno Dalla Casa y el de Alfredo Reina, como bien señala Gragnani (2011: 94-95): dos amores puros, opuestos a ese impuro que, sin embargo, es el único legal.

Durante los diez largos años de vida conjunta con Ettore, Anna se siente sola y así lo grita en numerosas ocasiones. Tiene necesidad de un amor, que involucre cuerpo y alma, que la haga vibrar, que la saque del vacío en el que se encuentra sumida:

A los veintiséis años no había abrigado la verdadera pasión, esa pasión que en la cuita del deseo goza de todas las dulzuras del alma, que arrastra tanto al pensamiento como al cuerpo, que nos hace sentir una impresión de vacío, como si nos faltara parte de nuestro ser que necesita completarse en un abrazo supremo con la criatura deseada (p. 242).

Sin embargo, la ley no se lo permite. Si se enamorara de nuevo, si decidiera empezar una nueva vida con otro hombre lo tendría que hacer al margen de la ley. Sería una adúltera y la sociedad y la ley la castigarían con gran dureza. Por eso, cuando conoce a Giorgio, cuando se da cuenta de lo que significa el verdadero amor, se encuentra frente a frente con la ley y con el delito del adulterio. Ese amor puro, honesto, fundado en el respeto por el otro, la ley lo considera impuro, deshonesto, porque atenta contra la sagrada institución de la familia, garante social¹⁰⁷.

En estos años a caballo entre los dos siglos la cuestión del adulterio aparece tratada tanto en algunas revistas femeninas – a través de los testimonios de algunas lectoras malcasadas y a las

¹⁰⁷ Sobre el matrimonio y el adulterio en estas décadas véase De Giorgio (1992).

que normalmente se les aconseja la resignación y el sacrificio por sus hijos – como en la literatura y el ensayo: “En una pluralidad de situaciones, sobre todo en el ambiente burgués, la violación de la fidelidad conyugal es el episodio revelador de la mentira matrimonial” (De Giorgio, 1992: 336).

Pero el tema del adulterio es también una cuestión jurídica tratada por las leyes; la legislación condena el adulterio, pero lo hace en medida diferente dependiendo del sexo del adúltero: para la mujer basta el hecho, para el hombre es delito solo si se lleva a la casa familiar a la concubina¹⁰⁸.

Anna Mirello no va a poder renunciar a ese amor: “no pudo sentir vergüenza por estar sola con ese hombre enamorado de ella, porque ese amor le pareció bueno, honesto, sincero; porque vislumbraba en él una futura regeneración, porque tal vez en ese amor se invocaría la grande paz, el bien esperado...” (p. 253).

Giorgio le ofrece la posibilidad de una regeneración, de rehacer su vida, de volver a vivir y de poder llegar a esa paz que tanto ansía y de la que se ha visto privada hasta ese momento. Aunque no puedan consagrar su unión, “ese beso tan bueno, tan dulce, tan puro, a él le pareció un verdadero noviazgo, a ella una santa promesa de unión, de una unión más válida, más sincera” (p. 253).

La autora nos relatará el amor de Anna y Giorgio paso a paso y siempre en contraposición con la historia vivida con Ettore. Por eso, reviste gran importancia la narración del primer encuentro íntimo con él: “Luego llegó ese día; con dulzura, púdicamente, casi como si no quisiera asustar una ignorancia virginal, él la convenció para que le siguiera a su habitación; la persuadió con

¹⁰⁸ Esta desigualdad de la ley ya la señalaba Anna Maria Mozzoni (2007: 32) en *La liberazione della donna*: “El artículo 486 del Código Penal dispone que ‘la esposa, culpable de adulterio, será castigada con pena de prisión’ [...] y que ‘el marido, culpable de concubinato, será castigado con pena de prisión’ [...] la esposa puede ser adúltera siempre, mientras que el marido no lo es salvo cuando la concubina se encuentre en la cama conyugal...”. Por eso, Mozzoni (2007: 38) después de exponer a las mujeres “la verdad, que es el muelle y la síntesis del mecanismo social”, señala lo que queda por hacer: la mujer tiene que protestar contra la condición en la que se encuentra y pedir, entre otras, que “el adulterio y el concubinato estén sujetos a las mismas pruebas legales y a las mismas consecuencias” y que se permita “la búsqueda de la paternidad y esté sujeta a la evidencia legal a la que está sujeto el adulterio”.

palabras, palabras muy castas, de las cuales solo se desprendía un amor sincero y fuerte” (p. 254).

En esta ocasión todo va a confluír para que ese momento sea de verdadera unión: la habitación, que en la primera noche con Ettore estaba connotada por el frío, por la fealdad, esta vez tiene solo un color, el blanco, con todas las acepciones evidentes; Giorgio la tranquilizará con sus palabras, con sus gestos. Todo “le daba la visión de un amor forjado no solo de pasión y deseo, sino de respeto y lealtad [...] Anna quería por primera vez [...] Este era el primer amor, el amor verdadero, el amor consciente” (255-257).

Con la relación con Giorgio Anna recupera su cuerpo, ya no explotado como antes, objeto solo de placer para el otro, sino también ella, por primera vez, sujeto de placer.

La protagonista renace, ya no está sola. El amor le da el valor que necesita para enfrentarse al marido, a la sociedad, a la ley: “Nuevas reflexiones, nuevas convicciones la impulsaban a la acción. Demasiados años de sufrimiento justificaban esa rebelión y la renovación de su existencia” (p. 256).

El primer paso en esa nueva vida es decir la verdad a Ettore: no puede empezar esa nueva fase desde la mentira, no puede “arrastrar el adulterio entre miedos y engaños” (p. 256), porque “así no podía seguir..., toda su vida en esa ficción” (p. 266).

Al mismo tiempo que Anna renace al amor en manos de Giorgio, también se va a ver potenciado el cariño que siente hacia sus hijos.

Como ya hemos señalado, una de las críticas que se le hacen a esta novela es que la protagonista, que es madre a su pesar, haya dejado a sus hijos al cuidado de la abuela y que ella haya optado por seguir a su marido, aunque no lo quisiera. Es un peligro que la escritora conoce y que en esta segunda parte de la novela intenta paliar. Sus hijos están lejos, es verdad, pero son suyos y su bienestar es su única prioridad: “Que no estuvieran con ella, pero que una persona buena les dedicara tiempo y amor, que se sintieran queridos, que les educaran, les cuidaran” (pp. 257-258).

Además, el amor por Giorgio es perfectamente compatible con el amor por sus hijos y esa “nueva e inmensa pasión le llenaba el corazón de dulzura y reavivaba incluso el amor por sus hijos” (p. 258).

Pero mientras que Anna Mirello se siente con fuerzas para afrontar el adulterio, cuando se trata de sus hijos las cosas se hacen mucho más difíciles. Y es precisamente aquí cuando la cuestión se hace más y más jurídica, cuando la ley se muestra completamente contraria a rehacer una vida ya completamente rota. Es con respecto a los hijos que Anna Franchi muestra todavía con más fuerza la necesidad de una reforma de la ley. De hecho, la condición de los hijos era un aspecto crucial tanto para los posicionados a favor como en contra del divorcio. La nueva propuesta de ley de Zanardelli y Cocco Ortu, además, resaltaba el tema de los hijos ilegítimos y le otorgaba una de las dos partes de su *Disposizioni sull'ordinamento della famiglia*, la primera dedicada a las condiciones para la disolución del matrimonio y la segunda a la tutela jurídica de los hijos nacidos fuera del matrimonio y la búsqueda de la paternidad.

Anna Mirello, con su historia, nos presentará la situación en la que quedan, tras la separación, los hijos fruto de su relación con su marido y la hija que tiene con Giorgio, por tanto, ilegítima. En los dos casos, la situación de la madre, siguiendo el Código civil en vigor, sería la peor posible. Mientras siguiera unida a Ettore, los hijos eran también suyos. El problema se presentaba en el momento de la separación legal; si la declaraban adúltera, perdería la tutela sobre ellos que pasarían a ser solo hijos del marido. A pesar de todo. Esta posibilidad que Anna contempla como muy real se presenta como el obstáculo más grande para esa regeneración prometida por su amor.

Por otro lado, la hija de Anna y Giorgio sería considerada bastarda por la sociedad y ante la ley que atribuye al marido separado la paternidad de todos los hijos nacidos de la mujer de las uniones ilegítimas que haya tenido con otros hombres. Si la madre aspira a mantener la tutela, lo puede hacer solo bajo el paraguas del matrimonio, la única unión legítima y, por tanto, ese hijo llevaría el apellido del marido. La otra opción es el reconocimiento de su paternidad por parte del padre biológico. Al no estar unidos en matrimonio, ese hijo sería solo del hombre, la madre quedaría al margen de su tutela.

Anna Franchi dedica muchos párrafos a hablar, con mucha pasión, de la situación en la que la ley deja a los hijos ilegítimos, a esos bastardos de la sociedad.

¡Siempre sería un bastardo, el hijo de una culpa, con una maldición en la frente inocente! ¡Ah! ¡Qué horrible! ¡Qué injusto estigma de una vergüenza hecha de convenciones! Con qué peso de infame imposición va a cargarse a los inocentes que no pidieron la vida y que irán por el mundo como los demás, consagrando sus fuerzas para que este engranaje abrumador, que es el estatus social, siga funcionando, con el miedo, siempre alerta, de que le echen en la cara esa ridícula ignominia hecha de una sola palabra: bastardo. [...] El hijo de Anna sería un bastardo. Por mucho que la sutileza irónica de la ley considere menos bastardo al hijo reconocido por su padre y, si se tratara de una niña, lo tendría todavía más difícil para ser aceptada en una familia honesta, aunque esa honestidad estuviera hecha de barro (265-266).

no pidieron la vida y que van a ir por el mundo como los demás, consagrando sus fuerzas para que este engranaje abrumador, que es el estatus social, siga funcionando, con el miedo, siempre alerta, de que le echen en la cara esa ridícula ignominia hecha de una sola palabra: bastardo.

Pero no es solo la ley. La sociedad está permeada por una mentalidad patriarcal e injustamente no igualitaria que no sigue a su conciencia, sino a unas tradiciones y unas convenciones que están muy arraigadas. Esta sociedad que juzga y condena al hijo ilegítimo aparece en la novela encarnada incluso en la propia abuela, la madre de Anna, la misma que se ha ocupado de sus nietos legítimos y que ahora rechaza a la más pequeña, la única que, verdaderamente, es fruto del amor.

De nuevo Anna Franchi nos presenta este tema como una cuestión de conciencia y de honestidad:

Sin embargo, para su conciencia Anna consideraba más honesto dar al mundo a un bastardo que darle a ese niño un padre que no era el suyo. Habría sido fácil encubrir esa maternidad bajo la protección de una concesión.

Pero para ella, entregarse a dos hombres habría significado verdaderamente prostituirse (p. 26).

La hija de Anna y Giorgio morirá muy pronto afligida por una enfermedad que tiene su origen en Ettore y la cuestión de los

bastardos se cierra aquí; sin embargo, la batalla por la custodia de sus hijos legítimos la encontraremos a continuación en la novela. Una lucha perdida de antemano si no cambia la ley en vigor

4.2.3. El oficio de escritora

De forma muy marcada en la segunda parte de la novela, Anna Franchi nos presenta la importancia del trabajo para la mujer: sin la independencia económica esta no podrá conseguir nada, no podrá emprender el camino hacia la emancipación¹⁰⁹. Por eso, la liberación solo será posible con la entrada en el mundo laboral, lo que asegura a la mujer una libertad económica, una independencia del padre o del marido.

En el caso particular de Anna Mirello, el trabajo le sirve también “para no dejarse morir. Ella no descansa..., se siente *vencida* (p. 36). La actividad le hace salir de su letargo, despertar y retomar las riendas de su vida, empezando por la recuperación de la energía vital.

Al principio no se trata de un trabajo remunerado, sino más bien de una ocupación para pasar el tiempo, para ocupar la cabeza en otras cosas, para no pensar: ella escribe poesías solo para ella y también encuentra alivio en la pintura.

La protagonista de *Adelante el divorcio* poco a poco irá adentrándose en el mundo de la escritura. Si, al principio, consideraba que el amor era lo único que la podía salvar, cuando comience a escribir se dará cuenta de la fuerza que tiene el poder expresarse y que la creación, el arte, la pueden también ayudar a remontar desde ese infierno en el que se encuentra desde hace tantos años. De hecho, como señala De Troja, “si los deseos o los dolores no encuentran un lenguaje, si no se formalizan con palabras, nada cambia” (2016b: 21).

De esta manera, Anna Mirello descubre “el bien de esa soledad poblada por criaturas nacidas de nuestro propio cerebro, nacidas de nuestra fantasía y que nos aman, nos levantan, nos acarician como no lo puede hacer nunca una criatura materialmente viva” (229).

De la mano de Franchi asistimos a la entrada de su protagonista y *alter ego* en el mundo de la escritura profesional con “cantos

¹⁰⁹ En este sentido, Franchi sigue de cerca las ideas de Anna Maria Mozzoni y Anna Kuliscioff.

los que su boca muda pronunciaba siguiendo la voluntad de la mente” (p. 22) hasta la escritura de su primer poema, la representación de su primera obra teatral¹¹⁰ o la publicación de un libro. No será un camino fácil, pero desde el momento en que lo emprende, Anna Mirello ya no se aparta de él. Lo siente como una necesidad de su alma¹¹¹ y, al mismo tiempo, como un rescate de una vida miserable, “como una lluvia benéfica para refrescar su pobre alma sedienta de paz” (p. 228). Esa paz que ella tanto ansía se la da la escritura, un “hermoso sueño que tomaba forma, era realmente una nueva alegría” (p. 228). Por ello, “pensó que la lucha sería larga y llena de dificultades y que el camino sería no poco fatigoso si quería recorrerlo sin ayuda. No se desanimó del todo. Tenía por delante un objetivo..., una esperanza..., no se dejaría vencer tan fácilmente” (p. 304).

En estos años de convivencia con el marido, Anna Mirello pasará por fases no creativas, de pasividad absoluta, pero siempre volverá a escribir hasta que se convierta realmente en una profesión que coincidirá en la novela con la convivencia con Giorgio. Él le da la tranquilidad que necesita y le proporciona el ambiente adecuado para el crecimiento personal y profesional. Será entonces cuando escribirá “sus cosas mejores, más sinceras, en las que se transparentaba el dolor de su alma, en una forma bastante elegante y correcta” (p. 314).

Anna Mirello escribe, pero sabe bien que tiene todavía mucho que aprender, que su formación está llena de lagunas, que necesita

¹¹⁰ A sus primeras poesías, algunas de las cuales presenta directamente en la novela, le sigue el relato amplio sobre la representación de su primera obra teatral *Per amore* (pp. 299-304), su éxito en escena, la constatación de que ese era el camino al que ella tendía naturalmente, “ese bien que es el poder del intelecto, que es la posibilidad de expresar las ideas más sentidas, los recuerdos, las fantasías...” (p. 299). Este acontecimiento también la reconduce inmediatamente a la cruda realidad del mundo artístico, a la necesidad de elegir siempre. De cualquiera de las maneras, ni siquiera esta conciencia de la dureza del camino que le espera la frena: “desde ese momento decidió trabajar seriamente. Buscar el camino..., encontrarlo..., lograrlo” (p. 304).

¹¹¹ La protagonista se pregunta: “¿Quién le había enseñado a hacer versos? ¿Quién le había puesto en el alma la armonía de la rima? ¿La naturaleza o el dolor?” (p. 228). Es aquí donde de forma explícita señala esos dos aspectos que han configurado su expresión artística: el amor hacia la naturaleza, al arte y el dolor.

un maestro, una guía, el profesor Ersilio Brizzi. De su mano, Anna irá mejorando su escritura siempre en una dirección: el amor por la verdad.

Poco a poco este amor por lo real la invadió, sus obras eran a veces punzantes, a menudo un poco brutales, pero siempre verdaderas. Y con el amor por la verdad, la visión de las desgracias humanas la apasionó; si antes había sido extremadamente compasiva, ahora tenía una sensibilidad exagerada hacia ciertas miserias evidentes que le permitían adivinar otras terribles.

Los recuerdos del dolor alimentaban en ella el deseo de ayudar a los que sufren (p. 338).

Realmente en esta constatación de los ejes centrales de su obra, Franchi repite las mismas palabras que Berenini había pronunciado en el prólogo a la novela: verdad y realidad; solidaridad con los que sufren.

Estas palabras que resumen la tesis de la novela se condensan en el final de la obra: es verdad que para Anna Mirello la aprobación de la ley del divorcio que se espera ese mismo año 1902 ya habría llegado demasiado tarde, pero, al menos, le quedan las satisfacciones personales, su amor y la escritura. Por eso, la obra termina con una reseña que un desconocido publica sobre el libro que acaba de salir¹¹²:

«... se siente que es una mujer querida la que escribe y se entiende que esta mujer ha soñado con un ideal, ha tenido una fe y ha amado todo lo que le parecía que estaba lejos de las cosas comunes, más elevadas y más altas [...].

A ella... le estarán agradecidos todos aquellos en quienes no ha desaparecido todavía, en medio de los bienes materiales, el generoso sentimiento de la belleza que, indómita y segura en los acontecimientos cambiantes, conquista las almas y subyuga los corazones fervientes.

G. O.» (p. 368).

¹¹² En 1902 se publica su libro *Arte e artisti toscani; dal 1850 a oggi*.

4.2.4. La ley: el mayor obstáculo para la construcción de la nueva mujer

Si en la primera parte de la novela Anna Franchi raramente se refiere a las leyes¹¹³, en la segunda esta se encuentra en el núcleo de la narración. Una vez que se ha preparado el camino y que la protagonista ha llegado a tomar conciencia de quién es y qué necesita para ser feliz, una vez que Anna Mirello se decide a salir del infierno, para darse una nueva oportunidad en la vida cueste lo que cueste, la escritora empieza a cargar las tintas y a presentarnos esa ley promulgada por el hombre y privada de sentimiento. Es en esta segunda parte donde la ley se alzarán con toda su dureza y arbitrariedad; son páginas llenas de juicios, abogados, jueces, testigos, declaraciones, acusaciones y condenas.

A partir de un caso concreto, el de Anna Mirello, Franchi se adentra en los meandros de la justicia, nos describe con todo lujo de detalles la sala de audiencias, los discursos de los abogados, las sentencias. Sitúa frente a frente a una mujer que sufre con una ley fría que hace caso omiso de ese sufrimiento, que se presenta rígida, alejada del ser humano, que demuestra que no conoce cómo este está hecho.

Anna Franchi, que, como Anna Mirello, no encuentra consuelo en la religión, intenta encontrarlo en la ley, luchará una y otra vez para que le devuelva su dignidad, la posibilidad legítima de unirse a otro hombre con lazos de amor y de tener la tutela de sus hijos. Pero se trata de una lucha desigual e inútil. Sin un cambio de esa ley ningún juez, aunque comprenda su situación, aunque se identifique con su sufrimiento, con la vida a la que se la condena, va a absolverla.

Es en esta parte donde se realizan reflexiones amplias y críticas sobre la justicia y, aunque el punto de partida es siempre ese caso concreto que se narra, podemos ver esa apertura del zoom hacia

¹¹³ Solamente al final de la primera parte Anna Mirello se preguntará por la desigualdad de la ley en el trato de la misma causa cuando se trata de una mujer o un hombre: “¿Por qué, por qué, tiene él que tener todo el derecho, por qué él me quiere esclava hasta en el pensamiento? ¿Por qué tengo yo que darle toda mi vida, por qué tengo yo que dejarme cubrir de lodo, aceptar y sufrir su vida de vicio y no tener nada que me compense de tanto dolor? ¿Qué infame ley me obliga? ¿Cuál es la ley que hace de mí, débil, la esclava de este sucio patrón? (p. 232).

una colectividad que sufre y con la que también la protagonista se identifica completamente¹¹⁴. Se habla de cambio de ley, pero solo en contadas ocasiones se pronuncia la palabra “divorcio”, a pesar del título de la novela y del escándalo que este provocó. De hecho, para muchos lectores y lectoras de principios de siglo, esa palabra era casi impronunciable.

Anna Mirello implora:

¡Soltad a las almas humanas de la cadena de la indisolubilidad! Dadles la libertad del cariño, dadles la libertad del amor y el amor se elevará más dulce, más humano, más honesto.
¡Paz! Dadles a las criaturas la posibilidad de poder alejar un cáliz demasiado amargo... Dadles a todos la manera de vivir una vida feliz y, con más sinceridad, el amor traerá frutos más dulces (p. 345).

Arremete contra esos jueces, que son “criatura humana, ser incompleto y débil”, pero que se atribuyen el “derecho a juzgar y maldecir a un alma parecida” (p. 344); lo considera una barbarie – de nuevo son palabras repetidas en los discursos en el Parlamento:

¿Qué exceso de barbarie se encuentra en esta imposición que une a dos conciencias, dos mentes, de una forma tan estrecha, y a veces tan ansiosos que para deshacerse de este vínculo llegan incluso a cometer un crimen? (p. 344).

Como ya hemos visto en sus discursos a favor del divorcio, Anna Franchi apela fundamentalmente al sentimiento y a la verdad.

Quiero contar la verdad de una vez por todas; quiero conocer esta justicia de los hombres...; quiero echarle en la cara, a este marido descarado, que no se sonroja al arrastrar a la madre y el nombre de sus hijos al tribunal, todo lo que pienso; quiero contarles a esos

¹¹⁴ Ya en la primera parte, pero sin entrar en materia, solo citándolos, Franchi nos había presentado el caso otras mujeres que se encuentran en una situación parecida, de víctimas de una sociedad y de una ley que no las tiene en cuenta. Es el caso de la señora Facchini, marginada porque convive con el hombre que ama o el de la mujer infiel de Corri molida a palos por el marido (p. 176).

hombres con toga, un caso, tal vez no raro, producido por los efectos de las leyes (p. 317).

Pero una cosa es la verdad del sentimiento y otra la de la ley. El nudo principal y el escollo más difícil de superar es el relativo al adulterio cometido por la mujer. En este sentido, son muy ilustrativos los dos juicios¹¹⁵ a los que Anna Mirello se enfrenta siempre por la misma causa, la denuncia de su marido por adulterio.

En el primero, el abogado defensor, Telemaco Martinelli, no quiere saber nada del sentimiento, aplica la ley fría tal y como es: “el hecho existe”, repite obsesivamente, Anna es una adúltera y ella misma lo ha reconocido; ante esto todo lo que ella pueda contar poco importa, porque no se puede revertir y le priva de todos los demás derechos que puede tener como mujer y como madre. Estamos ante un abogado rígido y frío, cínico, que sirve a la autora para presentarnos el punto de vista que predomina en la sociedad, que permea la mentalidad de la época y que se refleja también en la ley.

Ante la petición repetitiva de Anna de contar la verdad, todos los hechos, el abogado le propone artimañas, trampas para beneficiarse de la ley, para que no le sea tan contraria; le plantea que mienta¹¹⁶, como constata De Troja:

El hecho existe es como una letanía por parte de la ley; lo importante es que Anna no sea sincera, que se niegue a sí misma, a los demás, a la ley, a su verdad. Todo es preferible a la verdad: incluso matar a su marido en un arrebato, por razones de honor [...]. La mentira de la ley oficial es preferible a la corrección de las relaciones y los sentimientos (2016b: 23-24).

Anna Franchi intenta llevar el debate al campo de la honestidad humana¹¹⁷, que la discusión sobre la disolución del

¹¹⁵ Un análisis sobre los dos juicios lo presenta Gragnani (2011).

¹¹⁶ El abogado le recomienda: “Vuelva con su marido por un día..., o más bien por una noche... Procúrese unos testigos... y luego se va..., pide la separación...; él ya no tendría derecho a demandarla...” (p. 293).

¹¹⁷ Pero no lo consigue, lo que le lleva a afirmar: “era una mujer indigna porque no había sabido engañar al mundo, al marido y a los hijos” (p. 332).

vínculo matrimonial gire en torno al eje verdad-honestidad, mentira-deshonestidad, unos conceptos mucho más cercanos para el ciudadano de a pie al que se dirige la escritora:

Ante el mundo, ante las leyes, ante las mentiras convencionales de la moral burguesa, era una mujer deshonesto y poco importaba si frente a la compacta organización social hecha de ironías tan grandes, de fraudes tan deshonestos, ella se sentía serena, si creía que el único mal que había cometido era el de no haber declarado inmediatamente el estado de su alma.

La gran verdad, por la que para vivir con respeto hay que ser deshonestos, se le aparecía con una claridad desesperada (p. 288).

Franchi habla de víctimas de la ley – la mujer y los hijos – y se centra en el sufrimiento al que se los condena cuando la ley le da toda la autoridad y todos los derechos solo y exclusivamente al padre, al marido, indiscriminadamente, no importa las circunstancias personales de cada uno.

El abogado le aconseja que vuelva con el marido: “– Y ¿eso no es peor? No es más honesto, más humano que yo me haya liberado, en lugar de prostituirme¹¹⁸ con dos hombres; como ha hecho él...” (p. 289).

Con estos presupuestos legales y personales, Anna Mirello no tiene ninguna posibilidad de ganar: se separará legalmente de Ettore, sí, pero tendrá que pagar un precio muy alto, admitir que ella es la culpable¹¹⁹ de la separación, renunciar a la tutela de sus hijos, pero responsabilizándose de su manutención. Así es la ley

¹¹⁸ En esta novela la palabra “prostituta” y todo su campo semántico se utiliza exclusivamente para hablar de la impuesta relación sexual con el marido, por tanto, en el marco de una relación bendecida por la ley y por la Iglesia, cuando en ella no existe ni amor ni respeto. Esa palabra se utiliza en confrontación con el amor verdadero, puro, aunque fuera de la legalidad.

¹¹⁹ El tema de la culpa aparece también muy desarrollado en *Adelante el divorcio*. Anna Mirello presenta la idea de culpa de la sociedad patriarcal imperante con otra perspectiva más abierta, más ética: “¡Ah! que se riera el mundo, que la arrojara en la cara su culpa... ¿Culpa? Eh, ¡vamos! Culpa es la mentira, culpa es prostituirse con el hombre que no se quiere, culpa es la contaminación vergonzosa de un cuerpo al que se impide todo lo bueno para siempre, al que el inmundo veneno le quita el poder del intelecto. ¿Culpa? Y que así sea. [...] ¿Es una culpa su amor? Culpa era su silencio” (pp. 266-267).

tal como está en ese momento y Anna Mirello entiende muy bien “en qué pedestal de la justicia está la honestidad, la felicidad, toda la vida de las criaturas humanas” (p. 290).

Para la sociedad imperante y para la ley ella es impura, culpable y la casa donde vive y pretende criar a sus hijos es “una casa deshonestas; sin embargo, allí se vivía de trabajo, cariño, paz, sin la sombra del engaño, con una unión perfecta, basada en la estima incondicional” (p. 350). La casa del marido, donde ni siquiera se encuentra él la mayor parte de las veces, donde ha confiado a sus hijos a una mujer de dudosa moralidad y bondad, sin reglas, sin lo más básico para la vida – comida, ropa, educación – y en continuo contacto con el vicio, esa casa la ley la considera honesta.

Ante esta situación, ¿dónde puede Anna Mirello encontrar reparo? No en Dios, en el que no cree, pero tampoco en los hombres “para los que *la justicia* es una forma legal para la mentira y el crimen” (p. 234).

Ya antes, cuando se afianza su relación con Giorgio y ella siente la necesidad real de decirle la verdad a su marido, es perfectamente consciente de que en la sociedad, tal y como estaba organizada, “la lealdad llevaría a la ruina de sus hijos” (p. 256) y, por ello, acepta, por un tiempo, la mentira: “Se dio cuenta de que nadie la compadecería, nadie la defendería; se dio cuenta de que ninguna ley la libraría de este peso deshonesto... Ninguna ley podría devolverle la libertad de su corazón...” (pp. 256-257).

De su caso personal, Anna Mirello pasa a la colectividad, de nuevo el binomio ley-mentira se refleja en otros casos de mujeres adúlteras:

Miró a su alrededor: vio a cien mujeres adúlteras, respetadas y cogidas del brazo de su marido, vio a cien mujeres despreciadas cogidas del brazo de un amante querido... vio a tantos niños pequeños desesperados... vio a sus hijos abandonados, corrompidos por el ejemplo de ese padre degenerado.

Y no dijo nada (p. 257).

Cuando la protagonista vuelve a presentarse ante otro tribunal para conseguir la tutela de sus hijos el abogado defensor es muy diferente al que hemos visto anteriormente. De nuevo, en este

sentido, es evidente la tesis de Franchi, ya que presenta a los dos abogados como claros opuestos. El nuevo, un hombre joven y lleno de entusiasmo, empático con el sufrimiento de la protagonista y deseoso de otorgarle la paz que se merece, lucha para que la ley revierta la situación injusta a la que la ha condenado previamente. Se trata de un hombre laico e ilustrado, como lo define Gragnani (2011: 99) con el que se pretende educar al lector en una perspectiva laica, divorcista y compasiva. Por eso, el alegato del abogado no va dirigido solo a un juez que dictamina, sino al lector que deberá juzgar desde el punto de vista moral y ético a esta mujer¹²⁰.

El discurso de Sarri no tiene desperdicio. En él se encuentran todos los elementos que se presentan en el Parlamento para la defensa del divorcio, empezando por el derecho del sentimiento:

No, no creáis que en esta sala vaya a hablar solo las leyes: no, no creáis que en el pecho de los jueces no vibre la cuerda del sentir humano.

Si por el egoísmo inexorable de macho, la ley os da la razón, el corazón también tiene sus derechos y nadie puede hacer caso omiso de esas necesidades del alma que son la ley universal y que se alzarán siempre triunfantes, derribando los prejuicios inhumanos (p. 328).

Gino Sarri evidencia que no estamos ante un crimen calculado con frialdad, que no se trata de una causa áridamente complicada, se trata de “un proceso de pasión [...] Era un proceso de amor; había que reconstruir toda la psicología de dos almas profundamente diferentes, que un relato de hechos dolorosos fuera conmovedor” (p. 323).

Desde el principio, la presenta como una mujer muy joven que sufre por las acciones vergonzosas del marido:

La arrancasteis todavía niña y sin consciencia de la vida de los brazos maternos por vergonzoso capricho; le disteis el ejemplo de vuestros vicios; nunca habéis querido conquistar su amor,

¹²⁰ En otras novelas ella nos pone de frente a mujeres sinceras que se ganan al juez: la novela *Mamma* o el relato “In tribunale” en el volumen *Dulcia tristia*.

siempre y únicamente habéis tenido en cuenta vuestros propios intereses (p. 328).

Trae a juicio a muchos testigos que hablan desde la sinceridad, en contraposición con las palabras aprendidas, falsas de Ettore. Deja hablar a las víctimas – a Anna, a su madre – y les permite que se expresen libremente, que cuenten los hechos desde su perspectiva. El abogado es convincente, sus testigos también lo son; Ettore se muestra como un mal marido y un mal padre, tanto en su testimonio como en el de sus testigos.

El juez lo reconoce todo, pero, con la ley en mano, no puede quitarle la tutela al padre. Anna Mirello saldrá del juicio con la cabeza bien alta, pero sin la tutela de sus hijos. Para eso, sería necesario que la ley cambiara, que se aprobara precisamente la ley del divorcio que en esos meses se va a presentar en el Parlamento.

4.2.5. Por la paz

¿A qué aspira Anna Franchi por encima de todo? La autora no se cansa de repetírnoslo tanto en sus conferencias, como en sus discursos, ensayos y también en la novela *Adelante el divorcio* en la que aparece el término más de cien veces: a la paz, la paz que te otorga la vida digna, junto a la persona a la que quieres, con tus hijos, con un trabajo digno. En la palabra “paz” ella encierra todo aquello que le promete una vida digna, lejos de los dolores, las ofensas, el profundo sufrimiento y aniquilación como ser humano¹²¹.

Ella aspira a la paz que ha sentido en algunas ocasiones: unas veces otorgada por la naturaleza, como cuando va al campo cerca de Lucca – “Había pasado unos meses con su madre en las ricas colinas de la ciudad de Lucca, entre castaños y olivares, y una gran paz le había permitido descansar” (p. 239) –, cuando siente que se llena de energía ante el jardín de su casa, ante un “alegre espectáculo de verde, de las flores, del sol” (p. 163), frente al “mar claro de la Riviera, en los verdes paseos de palmeras y olivos que adornan la playa que va de Génova a Niza” (p. 249), en San

¹²¹ Este gran tema de la conquista de la paz, lo encontramos, como bien señala Gragnani (2011: 107) también en Sibila Aleramo.

Remo, “alegrada con la abundancia de flores, la dulzura de ese clima donde el olor acre del mar se mezcla con el aroma de muchas flores” (p. 249). Es ante esa naturaleza que ella se llena de paz, “era como la adoración a la belleza que le daba un gozo que había buscado en vano en otros lugares, que le llenaba el alma, proporcionándole una pálida apariencia de alegría” (p. 249). Es la grandiosidad de la naturaleza la que le da esa paz, esa serenidad que tanto ansía, como cuando en tren descende por los Apeninos y siente “casi como si toda la paz de las magníficas montañas le penetrara en el alma, como si la alegría de ese primer rayo también le infundiera un atisbo de alegría” (p. 263).

Otras veces es la contemplación del arte lo que le proporciona momentos de paz, “el arte con sus inmensos beneficios le daría paz, el olvido del pasado” (p. 344).

Paz: – los grandiosos pórticos de la plaza de San Pedro se abrían como dos brazos colosales que llamaban hacia sí a los cansados infelices y que invitaban a la dulzura de una paz celestial.

Paz: – ella veía escrito en la fachada de la inmensa catedral que se alzaba desde la sombra, mientras el sol iluminaba el otro lado de la plaza, haciendo resplandecer como diamantes los rayos de agua que se vertían en las enormes pilas de las fuentes (p. 342).

Otras veces son las personas: el recuerdo de su primer amor le volvía “como un oasis de paz, como el reposo procedente de los buenos recuerdos a los que no se une ni amargura ni culpa” (p. 138), su hijo recién nacido le hace sentir “una paz sin fin había vuelto con él” (p. 163), la compañía de sus buenos amigos le proporciona a Anna un poco de paz y de olvido.

La actividad, tanto la pintura, pero fundamentalmente la escritura, le proporcionan intensos momentos de paz, al igual que los que la proporciona Giorgio “siempre igual de fiel, siempre igual de amante y siempre dispuesto a llevársela, lejos, para darle una paz verdadera y continua” (p. 260). Por eso, cuando está con él siente “una sensación de descanso, el tiempo fluía quieto y una paz infinita le permitía olvidarse de todos los problemas de su existencia” (p. 246).

Pero se trata solo de momentos de paz, concretos, esporádicos, mientras que en su vida cotidiana está completamente ausente. De

forma regular a lo largo de la novela, la autora se pregunta: ¿Paz? Y la respuesta es siempre la misma: Paz no. No se la consiente su marido Ettore al que le implora una y otra vez. Para conseguir esa paz se distancia de su marido, se une a Giorgio y lucha por la custodia de sus hijos. Hace todo lo que un individuo puede hacer, sin embargo, no es suficiente: “La paz no..., la paz no podía esperarla... Frente al mundo, frente a la ley, era una mujer demasiado culpable... y los culpables tienen que ser castigados” (p. 286). Porque para tenerla tenía que

haber aceptado plenamente su vida de tormentos, debería haberse arrancado el corazón...; el amor no está hecho para las mujeres..., debería haber aceptado la vergüenza, la ofensa; dejar que se le pudrieran las carnes, tal vez morir en un hospital para sífilíticos..., o cambiar de amantes hasta la saciedad, o bien revolcarse en el barro..., pero con él..., con su marido..., y callar...
[...] La paz no...
Nunca, nunca.
La desesperación..., deshonra..., la picota (p. 294).

La paz no, porque “todo un pasado con sus recuerdos de dolor y vergüenza minaría la paz de su alma tan zarandeada de un sentimiento a otro, de una inquietud a una incertidumbre” (p. 288).

Anna Mirello llega a la conclusión de que “la paz es el fruto de un fin, de una red muy sutil que envuelve la existencia, formada por las infamias más grandes y dentro de la que disfrutáis serenamente riéndoos de todos los que no ven nada más que lo que os gusta enseñar a vosotros” (p. 288). La paz no es otra cosa que “un sueño y los sueños se desvanecen con la realidad del amanecer” (p. 364).

Frente a las ruinas de Roma, Anna Mirello abre su corazón e invoca a la humanidad:

Oh, ¡paz! paz por fin; que se apague el odio alimentado por el rencor de ver huir a una criatura, también odiada, pero que una ley dura os entrega. [...]
¡Por fin, la paz! (pp. 344-345).

Anna Franchi lo dice con claridad: para conseguir la paz es necesaria una nueva ley para que muchas mujeres no se sientan,

como ella se ha sentido, “una criatura diferente a todas las demás, una mujer incompleta” (p. 176) para que puedan tener satisfacciones como mujeres y como madres, para que puedan llevar una vida digna, para que puedan amar y sentirse amadas.

4.2.6. La llegada de la nueva mujer

Hemos visto que esta novela tiene un mensaje político claro que quiere transmitir a sus lectores y una tesis que defiende desde el propio título, la ley del divorcio. Pero, además, Anna Franchi nos va delineando con gran abundancia de detalles lo que va a ser un nuevo modelo, “la mujer nueva” y que Anna Mirello, que resurge de sus cenizas, va a ilustrar perfectamente.

Este modelo alternativo de mujer va a ser todavía más valioso porque se presenta en su proceso de construcción: la autora no sitúa al lector, y sobre todo, a la lectora, ante esta nueva mujer ya perfectamente conformada; le interesa más bien que asista al lento proceso de su creación, a la toma de conciencia de la condición en la que se encuentra personalmente – y con ella misma la de otras muchas mujeres, antes y después que ella. Nos quiere presentar el proceso de autolegitimación de la mujer, partiendo de la tradicional imagen burguesa de esta que se va a ir deconstruyendo poco a poco y con grandes dificultades para poder llegar a la emancipación final¹²².

Para ello, Anna Franchi se sirve de otras mujeres que todavía representan en muchos aspectos esa “mujer vieja” que se intenta sustituir y fundamentalmente lo va a hacer sirviéndose de la figura de la madre de la protagonista, Virginia Mirello. Ya desde la infancia, donde hemos visto que se conforman los rasgos más destacables de la personalidad de la protagonista, esta se identifica reiteradamente con el padre, no con la madre, es a él al que reconoce como modelo a seguir¹²³. Anna emprende otro camino muy diferente, y lleno de obstáculos, al de su madre. De hecho, se nos pinta a la niña Anna como rebelde, decidida, valiente, ciertamente fuera de la norma, con una red de relaciones sociales; a su madre como una figura solitaria, fiel, sumisa, sin

¹²² La trama de emancipación y afirmación corre paralela a la de la propaganda, como ya señala Gragnani (2011: 101).

¹²³ Este aspecto nos lleva a pensar en *Una donna* de Sibilla Aleramo.

decisión, sin voz y claramente portadora de ideas muy generalizadas en la sociedad – el episodio en el que muestra su desprecio hacia su nieta bastarda es muy ilustrativo – y que se resume en dos: una mujer que se realiza tan solo como esposa, como madre y como abuela y capaz de todo tipo de sacrificios para sacarles adelante.

Pero, a excepción de la narración sobre la infancia, la protagonista durante mucho tiempo, durante su adolescencia y los más de diez años de matrimonio, no se diferencia sustancialmente del modelo de mujer imperante en la sociedad a caballo entre los siglos XIX y XX: Anna Mirello se casa, es esposa y madre; renuncia a sus pasiones y a su derecho a amar y a ser amada; sigue a su marido en una vida de vagabundeo y perversión; durante mucho tiempo abandona su cuerpo y su mente, se deja llevar sin tomar las riendas de su vida, sin luchar, sin presentar gran resistencia; en otras palabras, intenta por todos los medios realizarse según los parámetros de la sociedad, amoldarse a ella. Realmente no está tan lejos del ideal de mujer burguesa. Hasta que toca fondo y comienza a rebelarse contra las imposiciones de la sociedad, de su marido, de la ley. Es entonces cuando abandona cualquier forma de normalidad social para “realizarse fuera de los esquemas constituidos y llegar a la propia afirmación a través del trabajo” (Gagnani, 2011: 101). A partir de este momento asistiremos a la creación de un nuevo modelo de mujer.

Evidentemente, este modelo de “mujer nueva” no era algo desconocido en la Italia de Giolitti. En este periodo se hablaba de *new woman* o della *femme nouvelle* en otras culturas y se transplantaba también a Italia en estos años importantes para el cambio de la condición social y cultural de la mujer. Como bien señala De Giorgio,

las organizaciones de mujeres laicas y católicas, las asociaciones de sufragistas, las ligas de trabajadores, las revistas de mujeres, aunque luchen en diferentes frentes, invocan casi corralmente el advenimiento de la “Nueva Mujer”. Se habla de *mujeres nuevas* o de *evas modernas*, se distingue entre *mujeres* y *hembras*, se periodiza sobre *mujeres viejas* y *mujeres nuevas* (1992: 22).

Se trata de un nuevo modelo de mujer que se aplica tanto en la política como en la literatura e implica un profundo cambio en la mujer que no puede por menos de desestabilizar a la sociedad: el hecho de valorizar a la mujer supone la transgresión de normas, de conductas, de una mentalidad todavía muy arraigada en la población. Se trata de un enfrentamiento directo con el orden patriarcal y con la institución de la familia (De Giorgio, 1992: 22).

Pero Anna Franchi es muy consciente que todos los modelos están idealizados y que se pueden considerar como algo imposible. Y probablemente sea en esta constatación de fondo lo que ha llevado a la escritora de Livorno a intentar ponerle remedio y lo que, en última instancia, la hace más original.

Como afirma Boero, “un modelo no puede ser una estéril encarnación de un ideal que no se puede alcanzar. Un modelo se acepta si supone, por lo menos, un comienzo para construir papeles individuales en la esfera de lo privado y lo público (2012: 112). Por eso, Franchi tenía que hacerlo posible, tenía que mostrar las evidencias de su factibilidad: si Anna Mirello lo ha conseguido, a pesar de que todo estaba en su contra, también será factible para otras muchas mujeres. Por eso, la escritora se decide a narrar con detalle la historia de Anna Mirello, para convertir su experiencia en vehículo eficaz para la consolidación de este nuevo modelo de mujer emancipada.

5. BREVES CONCLUSIONES FINALES

Anna Franchi publicó su novela *Adelante el divorcio* en 1902. Su convicción de la necesidad de la promulgación de una ley que permita la disolución del matrimonio y su actividad febril durante esos años – con ensayos, conferencias y también con esta novela – para conseguir que ese sueño se hiciera realidad se integran perfectamente en un contexto, el de la Italia a caballo entre el siglo XIX y el XX, en el que desde el Feminismo, pero también desde el Parlamento, se lucha por la mejora sustancial de la condición de la mujer y por la consecución de los derechos más necesarios – el del voto, el divorcio, las mismas condiciones laborales, ... Una lucha que, sin embargo, no va a tener sus frutos hasta décadas más tarde. En este sentido, su obra se convierte en testimonio, también para los lectores del nuevo milenio, de esa larga batalla que ha emprendido la mujer por la conquista de sus derechos, llena de obstáculos, de sufrimientos, de renunciaciones y sacrificios. Se trata de una obra que, de nuevo, nos quita la venda, nos hace ver que lo que tenemos hoy es fruto de esas luchas del pasado y que, aunque entonces no tuvieran éxito, han ido poniendo las bases de nuestro futuro.

Pero, además, Anna Franchi pone sobre la mesa la función que tiene la literatura como arma de denuncia para luchar contra una legislación que tiene sus deficiencias y que necesita que se presente a un público más amplio desde una óptica menos abstracta, menos técnica, más humana.

Finalmente, se trata de un libro en el que la mujer, en primer lugar, va a ir tomando conciencia de su condición subalterna en todos los campos de su vida; en segundo, va a luchar para que eso no siga siendo así y se pueda realizar plenamente y, en tercer lugar, nos muestra la capacidad de la autora de llevar todo eso a la escritura literaria. Esta toma de conciencia existencial y sociopolítica de Anna Mirello, y en la que se refleja también la propia vida de Anna Franchi, se expande para llegar del caso

concreto, individual, a una colectividad mucho más amplia. En este sentido, Antonia Arslan (1988) la sitúa en el contexto de una toma de conciencia más general, amplia y muy articulada ya a lo largo del siglo XIX que se lleva a cabo a través de una gran cantidad de artículos, ensayos y novelas de distinto tipo en los que se ponen de relieve todos los aspectos socialmente relevantes que tienen que ver con la mujer, con su separación, con su infelicidad.

6. REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Obras de Anna Franchi

- Franchi, A. (1897a). *Dulcia-Tristia*. Rocca S. Casciano: Cappelli.
- Franchi, A. (1897b). *Per gli umili*. Livorno: Tipografia della ragione.
- Franchi, A. (1900). *Cirillo a reggimento: scene della vita militare*. Disegni di Carlo Chiostrì. Florencia: Salani.
- Franchi, A. (1901a). *Decadente. Novella*. Catania: Niccolò Giannota.
- Franchi, A. (1901b). *I Viaggi di un soldatino di piombo*. Disegni di Carlo Chiostrì. Florencia: Salani.
- Franchi, A. (1902a). *Avanti il divorzio*. Milán: Remo Sandron.
- Franchi, A. (1902b). *Il divorzio e la donna*. Florencia: Nerbini.
- Franchi, A. (1902c). *Arte e artisti toscani: dal 1850 ad oggi*. Florencia: Alinari.
- Franchi, A. (1903a). Divorzio: conferenza tenuta all'Università di Parma. Parma: Tip. Luigi Battei.
- Franchi, A. (1903b). *Quinta esposizione di Venezia*. Florencia: Lumachi.
- Franchi, A. (1904a). *Mafia e giustizia: a proposito del processo Palizzolo*. Florencia: Nerbini.
- Franchi, A. (1904b). Il Femminismo. *Pagine libere*.
- Franchi, A. (1904c). *La casa di Dante*. Génova: Tipografia Sambolino.
- Franchi, A. (1907). Il voto alle donne. *Corriere Toscano*.
- Franchi, A. (1909a). *Un eletto del popolo*. Milán: Remo Sandron.
- Franchi, A. (3 maggio 1909b). Fatti e idee. *La domenica fiorentina*.
- Franchi, A. (1910a). *La carboneria. Brano storico del Risorgimento italiano*. Milán: Soc. Editoriale Milanese.
- Franchi, A. (1910b). *Dalle memorie di un sacerdote*. Milán: Remo Sandron.
- Franchi, A. (1910c). *Giovanni Fattori*. Florencia: Alinari.

- Franchi, A. (1911a). *Mamma. Romanzo*. Milán: Soc. Editoriale Milanese.
- Franchi, A. (1911b). *La Giovine Italia. Racconto popolare*. Milán: Soc. Editoriale Milanese.
- Franchi, A. (1912a). *Nino Bixio. Racconto popolare*. Milán: Soc. Editoriale Milanese.
- Franchi, A. (1912b). *Burchiello. Quattro atti*. Milán: Libreria Editrice Milanese.
- Franchi, A. (1914). *Tra il ceppo e la neve*. Milán: Marucelli.
- Franchi, A. (1915). *Città sorelle*. Milán: Treves.
- Franchi, A. (1916a). *A voi, soldati futuri, dico la nostra guerra*. Milán: Vallardi.
- Franchi, A. (1916b). *Alba italiana. Secolo XX*. Franchi, A. (1917). *Il figlio alla guerra*. Milán: Treves.
- Franchi, A. (1917). *Il figlio alla guerra*. Milán: Fratelli Treves.
- Franchi, A. (1919a). *Ironie*. Florencia: Battistelli.
- Franchi, A. (1919b). *L'ultimo re. Novella senza principio*. Milán: Sonzongo.
- Franchi, A. (1920a). *Chi canta per amore. Novelle*. Milán: Treves.
- Franchi, A. (1920b). *Il merlo del portinaio*. Con illustrazioni di Gino Baldo. Milán: Sonzongo.
- Franchi, A. (1920c). *Speroni d'acciaio*. Milán: Caddeo.
- Franchi, A. (1920d). *La donna e la guerra. Almanacco della donna italiana*. Recuperado de <http://www.bibliotecadigitaledelledonne.it/270/> [Fecha de consulta: 03/05/2019]
- Franchi, A. (1921a). *Per colui che verrà*. Milán: Caddeo.
- Franchi, A. (1921b). *Speroni d'acciaio*. Milán: Caddeo.
- Franchi, A. (1921c). *Alla catena*. Milán: Treves.
- Franchi, A. (1922a). *Le guerre dei nonni e le nostre. Le vicende dell'Unità esposte ai Ragazzi con numerose illustrazioni*. Milán: Vallardi.
- Franchi, A. (1922b). *La voce dei venti*. Illustrazioni di Enrico Mauro Pinochi. Milán: Nugoli.
- Franchi, A. (1922c). *Giovan Battista Fagioli*. Roma: Nuova Antologia.
- Franchi, A. (1924). *Livingstone attraverso l'Africa*. Illustrazioni di Gustavino. Turín: Paravia.

- Franchi, A. (1926). *Fate e geni padroni del mondo*. Florencia: Salani.
- Franchi, A. (1927a). *La torta di mele*. Milán: Treves.
- Franchi, A. (1927b). *Il viaggio di Tardo Pie' attorno alla sua casa*. Disegni di Carlo Chiostri. Florencia: Salani.
- Franchi, A. (1928). *Nei giardini delle fate*. Disegni di Tilde Ragni. Florencia: Salani.
- Franchi, A. (1929a). *Pinocchio dalla fata dai capelli turchini*. Disegni di Ezio Anichini. Milán: Salani.
- Franchi, A. (1929b). *Le guerre dei nonni e le nostre: le vicende dell'unità italiana esposte ai Ragazzi*. Milán: Vallardi.
- Franchi, A. (1930a). *L'arte e la storia delle Mille e una notte*. Milán: Giovanni Bolla.
- Franchi, A. (1930b). *Pinocchio tra i selvaggi*. Disegni di Carlo Chiostri. Florencia: Salani.
- Franchi, A. (1931a). *Caterina de' Medici regina di Francia. La storia*. Milán: Ceschina.
- Franchi, A. (1931b). *Donne e amori*. Milán: Ceschina.
- Franchi, A. (1932). *Le fate piccine*. Milán: Bietti.
- Franchi, A. (1933). *Dono d'amore*. Milán: Treves.
- Franchi, A. (1934a). *Aldo Sguanci. 24 maggio 1883-30 luglio 1933*. Florencia: Alinari.
- Franchi, A. (1934b). *Maria Teresa d'Austria*. Milán: Ceschina.
- Franchi, A. (1936). *Volo di rondini*. Milán: Treves.
- Franchi, A. (1937). *David Livingstone*. Turín: Paravia.
- Franchi, A. (1940). *La mia vita*. Milán: Garzanti.
- Franchi, A. (1941b). *Vita semplice di Pippo Duranti. Romanzo*. Illustrazioni di Bruno Angoletta. Milán: Dall'Oglio.
- Franchi, A. (1942). *Nessuno saprà. Romanzo storico*. Florencia: Nerbini.
- Franchi, A. (1943a). *Era quello l'amore. Romanzo*. Florencia: Nerbini.
- Franchi, A. (1943b). *La lettera dell'onorevole. Novella*. Florencia: Nerbini.
- Franchi, A. (1944a). *L'ombra del delitto*. Florencia: Nerbini.
- Franchi, A. (1944b). *San Vincenzo de' Paoli apostolo della carità*. Florencia: Salani.
- Franchi, A. (1944c). *David Livingstone. Illustrazioni di Gustavino*. Turín: Paravia.

- Franchi, A. (1944d). *Kikiricò il grande pollo. Romanzo per Ragazzi*. Illustrazioni di Fucilli. Milán: Valsecchi.
- Franchi, A. (1945a). *Fra diavolo*. Milán: VIR.
- Franchi, A. (1945b). *Oltre la terra. Romanzo per Ragazzi*. Illustrazioni di Fucilli. Milán: Valsecchi.
- Franchi, A. (1945c). *I macchiaioli toscani*. Milán: Garzanti.
- Franchi, A. (1946a). *Cose d'ieri dette alle donne d'oggi*. Milán: Ulrico Hoepli.
- Franchi, A. (1946b). *Fanciulli vi parlo di Gesù*. Tavole di Beato Angelico. Milán: Allegranza.
- Franchi, A. (1946c). *Gingillo*. Illustrazioni e tavole fuori testo di Giuseppe Riccobaldi. Milán: Lombarda.
- Franchi, A. (1947). *Santa Margherita da Cortona*. Florencia: Salani.
- Franchi, A. (1952a). *Storia della pirateria nel mondo*. Milán: Ceschina.
- Franchi, A. (1952b). *Poema di una notte*. Livorno: Società Editrice Tirrena.
- Franchi, A. (1953a). *Polvere del passato*. Milán: Garzanti.
- Franchi, A. (1953b). *Giovanni Fattori, Silvestro Lega, Telemaco Signorini. Conferenze e saggi*. Milán: Ceschina.
- Franchi, A. (1954). *Scopri l'oriente meraviglioso*. Illustrazioni di Loredano Ugolini. Florencia: Salani.
- Franchi, A. (1955). *Luci dantesche*. Milán: Ceschina.
- Franchi, A. (1960). *Le teorie estetiche di Bernardo Berenson. Filosofia*.
- Franchi, A. (1998). *Cenci e coralli*. Livorno: L'informazione.
- Franchi, A. (2012). *Avanti il divorzio*. A cura di Elisabetta De Troja, prefazione di Agostino Berenini. Florencia: Edizioni Remo Sandron.
- Franchi, A. (s.f.). *Una parola gli uomini in favore delle donne*. Milán: La Castaldi
- Franchi, A. (s.f.). *L'ora presente. Femminismo. Pagine libere*.

Estudios sobre Anna Franchi y su contexto

- AA. VV. (1983). *Parabola della donna nella letteratura italiana dell'Ottocento*. Bari: Adriatica.
- AA. VV. (2004). *Salotti e ruolo femminile in Italia tra fine Seicento e primo Novecento*. Venezia: Marsilio.

- AA. VV. (2013). *Scrittrici italiane dell'Otto e Novecento. Le interviste impossibili*. Pondera (Pisa): Bibliografia e Informazione.
- Aguiar e Silva, J. (2001). *A prática judiciária entre direito e literatura*. Coimbra: Almedina.
- Anna Franchi (1867-1954). Recuperado de http://www.fondazionebadaracco.it/archivi/anna_franchi/franchi.htm [Fecha de consulta: 02/09/2017]
- Aleramo, S. (1978). Il femminismo in Italia. En B.Conti (a cura di), *La donna e il femminismo. Scritti scelti 1897-1910*. Roma: Conti, Editori Riuniti.
- Aleramo, S. (1978). La donna e il femminismo. En B. Conti (a cura di), *Scritti 1897-1910*. Roma: editori Riuniti, Roma.
- Alfiore, E. (9 febbraio 1903). Intermezzo letterario sul divorzio. *L'avvenire d'Italia*.
- Alterocca, B. (1968). La stampa femminile. En n AA. VV., *La donna che cambia*. Turín: SEI.
- Anzoletti, L. (1902). *Il divorzio e la donna italiana, discorso*. Segunda edizione con aggiunte. Milán: Tipografia Editrice L. F. Cogliati.
- Arslan, A. (1988). Ideologia e autorappresentazione. Donne intellettuali fra Ottocento e Novecento. En A. Buttafuoco-M. Zancan (a cura di), *Svelamento. Sibilla Aleramo: una biografia intellettuale*. Milán: Feltrinelli.
- Arslan, A. (1997). *Dame, droga e galline. Il romanzo popolare italiano fra Ottocento e Novecento*. Padova: Cleup.
- Arslan, A. (1998). *Dame, galline e regine. La scrittura femminile italiana fra '800 e '900*. Milán: Guerini.
- Astola Madariaga, J. (coord.) (2008). *Mujeres y Derecho: Pasado y presente I*. Universidad del País Vasco.
- Azzolini, P. (2001). *Il cielo vuoto dell'eroina. Scrittura e identità femminile nel Novecento italiano*. Roma: Bulzoni.
- Bandini Buti (1984). *Poetesse e scrittrici*; Carlo Cordiè, 'Benedetto Croce in una testimonianza su F. Zampini Salazar'. *Critica letteraria*, XX, 217-53.
- Bartlett, K. T. (1990). Feminist Legal Methods. *Harvard Law Review*, 103, 829-88.
- Beccari, G. A. (1881). *Un caso di divorzio: dramma in 3 atti*. Bologna: Tip. Militare.

- Berenini, A. (2012). Prefazione. En A. Franchi, *Avanti il divorzio*. A cura di Elisabetta De Troja. Florencia: Edizioni Remo Sandron.
- Berni, M. C. (1997). Anna Franchi: ritratto di una signora del nostro secolo. *Quaderni della Labronica*. 73, IX-XXVIII.
- Berni, M. C. (1997). Ritratto di una signora del nostro secolo. *Nuova Antologia*, CLXXIX, n. 2203, 335-355.
- Bertacchini, R. (1991). *Il romanzo italiano dell'Ottocento. Dagli scottiani a Verga*. Roma: Studium.
- Bertoni, J. (1965). La stampa femminile in Italia. AA. VV., *Enciclopedia delle donne*. Roma, Editori Riuniti.
- Biondi, M.- Moretti, S. (1997). *Capriccio e coscienza. Scrittrici fra due secoli*. Cesena: Società Editrice «Il Ponte Vecchio».
- Biscàro, S. (1932). Anna Franchi. *Liburni Civitas*, V, 6, 412-425.
- Boero, S. (2012). Avanti il divorzio di Anna Franchi: la scandalosa autobiografia educativa di una exmoglie. *Mnemosyne o la costruzione del senso. La figure du rebelle: Ecriture de soi et formes d'autolégitimation*. Beatrice Barbalato, editor. n° 5, 101-114.
- Buonanno, M. (1978). *La donna nella stampa. Giornaliste, lettrici e modelli di femminilità*. Roma: Editori Riuniti.
- Buttafuoco, A. (1981). Condizione delle donne e movimento di emancipazione femminile. En AA. VV., *Storia della società italiana, XX. L'Italia di Giolitti*. Milán: Teti.
- Buttafuoco, A. (1985). *Le Mariuccine. Storia di un'istituzione laica. L'Asilo Mariuccia*, Milán: Angeli.
- Buttafuoco, A. (1986). Solidarietà, emancipazionismo, cooperazione. Dall'Associazione Generale delle Operaie all'Unione Femminile Nazionale. En AA. VV., *L'audacia insolente: la cooperazione femminile 1886-1996*. Venecia: Marsilio, pp. 79-110.
- Buttafuoco, A. (1988). *Cronache femminili. Temi e momenti della stampa emancipazionista in Italia dall'unità al fascismo*. Siena: Dipartimento di studi storico-sociali e filosofici dell'Università degli Studi di Siena.
- Cammeo, B. (giugno 1903). In biblioteca. Due libri-due donne. *Unione femminile*.
- Campos Rubio, A. (2008). Aportaciones iusfeministas a la revisión crítica del Derecho y a la experiencia jurídica. En J. Astola Madariaga (coord.), *Mujeres y Derecho: Pasado y presente I*. Universidad del País Vasco, pp. 167-226

- Capitini Maccabruni, N. (1965). *La Camera del Lavoro nella vita politica e amministrativa fiorentina (dalle origini al 1900)*. Florencia: L. Olschki.
- Capezzuoli, L. y Cappabianca, G. (1964). *Storia dell'emancipazione femminile*. Roma: Editori Riuniti.
- Capuana, L. (1903). Romanzi e novelle. *La Nuova Antologia*.
- Capuana, L. (enero-febrero 1907). Letteratura femminile. *Nuova Antologia di Scienze, Lettere ed Arti*, CXXVII, 104-120.
- Casadei, Th. (a cura di). (2015). *Donne, diritto, diritti: prospettive del giusfemminismo*. Turín: G. Giappichelli Editore.
- Catene. Racconto di Cordelia (28 marzo 1883). *La Civiltà cattolica*, Volumen II della serie duodecima, anno trigesimoquarto, quaderno 787, sección *Rivista della stampa italiana*, pp.83-88. Firenze: Luigi Manuelli libraio.
- Cesarini, G. (1952). *La stampa femminile dal '700 ad oggi*. Roma: Edizioni Noi Donne.
- Chemello, A.- Ricaldone, L. (2000). *Geografie e genealogie letterarie. Erudite, biografe, croniste, narratrici, épistolières, utopiste tra Settecento e Ottocento*. Padua: Il Poligrafo.
- Chemello, A.-Zaccaro, V. (2011). *Scrittrici/giornaliste giornaliste/scrittrici*. Vol. 3. Modugno: Favia.
- Cifarelli, M. R., Villa, L. (a cura di). (1995). *Donne e modernità 1870-1930: impegno intellettuale e itinerari creativi*. Génova: Tilgher.
- Cingari, S. (1999). Discese dai troni di nuvole. Le donne negli scritti di Croce. *Passato e presente*, 47, 50-52
- Ciopponi, N. (2006). *Parola di donne. Otto secoli di letteratura italiana al femminile. Le signore della letteratura italiana dal Duecento al Novecento*. Massa: Edizioni Clandestine.
- Chueiri, V. K. de. (2006). "Direito e literatura". En: V. Barretto (org.), *Dicionário de filosofia do direito*. São Leopoldo: Unisinos; Rio de Janeiro: Renovar, pp. 233-235.
- Cocuzza, G. (2019a). La condizione delle donne nella prima opera di Anna Franchi: la solitudine e l'incomprensione in *Dulcia Tristia*. En *Pioneras, creadoras y escritoras del siglo XX*. Salamanca: Ediciones de la Universidad de Salamanca, pp. 287-300.
- Cocuzza, G. (2019b). Anna Franchi y la Primera Guerra Mundial: los mitos del Risorgimento y el sacrificio de los hijos. En J M. Martín Martín (coord.), *Memoria traumática: visiones femeninas de guerra y posguerra*. Madrid: Dyckinson (en prensa).

- Colombara F. (2008). Operai e contadini in trincea: lettere, diari e racconti. Recuperado de http://anpi.it/media/uploads/patria/2008/10-11/13-18_COLOMBARA.pdf. [Fecha de consulta: 12/05/2019]
- Costa, E. V. (2010). *Patriarcalismo e patronagem: mitos sobre a mulher no século XIX*. En *Da monarquia à República: momentos decisivos*. 9. São Paulo: Edunesp.
- Costa-Zalessow, N. (1982). *Scrittrici italiane dal XIII al XX secolo. Testi e critica*. Ravenna: Longo.
- Crispino, A. M. (a cura di). (1999). *Oltrecanone. Per una cartografia della scrittura femminile*. Roma: manifestolibri.
- D'Agostino, D. (2009). *Ida Baccini scrittrice per l'infanzia nell'Ottocento* (Tesis doctoral). Sevilla: Universidad de Sevilla.
- Debenedetti, G. (1983). *Il romanzo del Novecento: quaderni inediti*. Milán: Garzanti.
- De Blasi, J. (1930). *Le scrittrici italiane dalle origini al 1800: storia-antologia*. Florencia: Nemi.
- De Felice Lancillotti, V. (1893). *Il divorzio e la donna*, conferenza letta nella Sala del Colleggio La Carità a' 15 maggio 1892. Nápoles: Luigi Pierro editore.
- De Giorgio, M. (1992). *Le italiane dall'Unità a oggi*. Roma-Bari: Laterza.
- De Longis, R. (a cura di). (1986). *La stampa periodica delle donne in Italia. Catalogo 1861-1985*. Roma: Istituto Poligrafico dello Stato.
- De Longis, R. (1991). Le donne hanno avuto un Risorgimento? Elementi per una discussione. *Memoria*, n. 31, 80-91.
- De Nicola, F.-Zannoni, P. A. (a cura di). (1995). *Scrittrici d'Italia*. Génova: Costa & Nolan.
- De Nicola, F.-Zannoni, P. A. (a cura di). (2002). *La fama e il silenzio: scrittrici dimenticate del primo Novecento*. Venecia: Marsilio.
- De Roberto, F. (agosto 1903). La critica. *Avanti il divorzio. La Giostra*.
- De Troja, E. (a cura di). (2016a). Introducción. En A. Franchi, *Avanti il divorzio*. Florencia: Edizioni Remo Sandron, pp. VII-LV.

- De Troja, E. (2016b). *Anna Franchi: l'indocile scrittura*. Florencia: Firenze University Press.
- Deledda, G. (2014). *Dopo il divorzio*, Versión digitalizada Liber liber www.liberliber.it (conforme a la edición de Torino-Roma, Roux e Viarengo, 1902).
- Di Russo, A. (2003). *Anna Franchi: un percorso bibliografico*. Tesi di laurea triennale in letteratura moderna e contemporanea, relatore Marina Zancan, Università degli Studi di Roma "La Sapienza", Facoltà di Scienze Umanistiche, Anno Accademico 2002-2003.
- Dolfi, A. (1992). *Del romanzesco e del romanzo. Modelli di narrativa italiana tra Ottocento e Novecento*. Roma: Bulzoni.
- Ducci, L. (2017). Fanny Salazar: la libertà femminile da Napoli a Chicago. En M. Spani-M. Marino (a cura di), *Donne del Mediterraneo. Rappresentazioni e autorappresentazioni*. Lanciano: Rocco Carabba, pp. 129-46.
- Farina, R. (1995). Ad vocem Franchi Anna (1867-1954). En *Dizionario biografico delle donne lombarde 568-1968*. Milán: Baldini & Castaldi, pp. 471-472.
- Ferruggia, G. (1890). Le novellatrici e le romanziere. En AA. VV., *La donna italiana descritta da scrittrici italiane in una serie di conferenze tenute all'esposizione Beatrice in Firenze*. Florencia: Civelli, pp. 296-297.
- Ferruggia, G. (1902). Prefazione. En A. Franchi, *Dulcia Tristia*, Rocca S. Casciano: Licinio Cappelli Editore [1897].
- Ferruggia, G. (5 dicembre 1907). Oro, neve, omre. Alle amiche di Donna. *La Donna*, III, n. 71, p.14.
- Fichera, A. (2007). *La terza pagina. Una tradizione italiana fra giornalismo e letteratura*. Acireale: Bonanno.
- Folli, A. (2000). *Penne leggere. Neera, Ada Negri, Sibilla Aleramo. Scritture femminili italiane fra Otto e Novecento*. Milán: Guerini.
- Franceschi, F. (2012). I progetti per l'introduzione del divorzio in Italia in epoca post-unitaria. *Stato, Chiese e pluralismo confessionale*. n. 34, 1-60.
- Fraisse, G.- Perrot, M. (1996). Introduzione. En G. Duby-M. Perrot (a cura di), *Storia delle donne in Occidente, IV. L'Ottocento*. Roma-Bari: Laterza.

- Franchini, S.-Soldani, S. (a cura di). (2004). *Donne e giornalismo. Percorsi e presenze di una storia di genere*. Milán: Franco Angeli
- Gabba, C. F. (1880). *Della condizione giuridica della donna*. Turín: Unione Tipografica Editrice.
- Gabelli, P. (1999). *Fenicotteri in volo. Donne comuniste nel ventennio fascista*. Roma: Carocci.
- Gastaldi, M. (1936). Donne, luce d'Italia. Panorama della Letteratura Femminile Contemporanea, *Quaderni di poesia*, Milán, pp. 364-366.
- Giannantonio, P. (1995). Le scrittrici della Nuova Italia. En F. De Nicola-Zannoni, P. A. (a cura di), *Scrittrici d'Italia*. Génova: Costa e Nolan.
- Giardelli, M. (1958). *I macchiaioli e l'epoca loro*. Milán: Ceschina.
- Gigli, L. (2001). La passione politica di una scrittrice. Appunti per una biografia di Anna Franchi. En P. Gabrielli (ed.), *Vivere da protagoniste. Donne tra politica, cultura e controllo social*. Roma: Carocci, pp. 83-105.
- Gigli, L. (2008). 'Noi vi seguiremo senza vacillare': Anna Franchi, la propaganda, la letteratura'. *Storia e problemi contemporanei*, n.49, a. XXI, 87-100.
- Gigli, L. (2014). Latino e calza. Educazione ed esperienze biografiche ne «La mia vita» di Anna Franchi. *Espacio, Tiempo y Educación*, 1(1), 97-113.
- Gozzini, G. (2000). *Storia del giornalismo*. Milán: Mondadori.
- Gragnani, C. (2008). *Avanti il divorzio e La mia vita: Anna Franchi tra autobiografia e autofinzione*. *Mnemosyne o la costruzione del senso*, 1, 127-138.
- Gragnani, C. (2011). Un io titanico per un'umile verità: ideologia e disegno letteraria in *Avanti il divorzio* di Anna Franchi. En O. Frau-C. Gragnani (a cura di), *Sottoboschi letterari: Sei case studies tra Otto e Novecento (Mara Antelling, Emma Boghen Conigliani, Evelyn, Anna Franchi, Jolanda, Flavia Steno)*. Florencia: Firenze University Press, pp.85-114.
- Gragnani, C.-Frau, O. (2014). Late Nineteenth Century Italian Women Writers between Marginalization and (Aspirations of) Inclusion: A Puzzling Balance. In P. Sambuco (ed), *Italian Women Writers, 1800-2000: Boundaries, Borders, and Transgression*. Vancouver: Farleigh Dickinson University Press, pp. 31-44.

- Gragnani, C. (2016). L'altra sponda del conflitto: le scrittrici italiane e la prima guerra mondiale. *Allegoria. Rivista Semestrale per uno Studio Materialistico della Letteratura*, 74, 41-62.
- Grandi, L. (1991). *Donne o cosa? I movimenti femminili in Europa negli ultimi due secoli*. Turín: M. Carra.
- Guida, P. (2012). *Donne politica e scrittura. La rivista post-unitaria «Cornelia»*. Milán: Franco Angeli,
- Guidi, T. (1912). *Il libro della vita delle donne italiane*. Rocca di S. Casciano: Cappelli.
- Iaconis, V. (2017). Le catene moderne della nuova Eva. La critica della letteratura femminile al codice Pisanelli. *Chronica Mundi*, vol. 12 Issue 1, 147-178.
- Il fondo Anna Franchi della Biblioteca Labronica di Livorno (1998). Introduzione di Maria Chiara Berni, testi e ricerca a cura del gruppo dell'UNITRE coordinato da Bruna Palmati. Livorno: Comune di Livorno.
- Illiano, A. (2001). *Invito al romanzo d'autrice: '800-'900, da Luisa Saredo a Laudomia Bonanni*. Fiesole: Cadmo.
- Imarisio, E. (1996). *Donna poi artista: identità e presenza tra Otto e Novecento*. Milán: Franco Angeli.
- Inchiesta sul femminismo. (luglio-agosto 1911). *Nuova Antologia*, vol. CLIV.
- Isastia, A. M. (2003). Ad vocem Anna Franchi. En E. Roccella-L. Scaraffia (a cura di), *Italiane*, vol. I. Roma: Dipartimento per l'informazione e l'editoria, pp. 86-87. Recuperado de <https://viadellebelledonne.wordpress.com/2009/06/09/anna-franchi/> [Fecha de consulta: 14/07/2018]
- Jarro. (15 gennaio, 1903). Teatri. Alcuni appunti. *La Nazione*.
- Jolanda. (1909). *Eva Regina*. Consigli e norme di vita femminile contemporanea. Florencia: casa editrice italiana.
- Karam Trindade, A.- Magalhães Gubert, R. (2009). Derecho y Literatura. Acercamientos y perspectivas para repensar el Derecho. *Revista Electrónica del Instituto de Investigaciones "Ambrosio L. Gioja"*, Año III, Número 4, 174-175.
- Kroha, L. (1992). *The woman writer in late-nineteenth-century Italy: gender and the formation of literary identity*. Lewiston: The Edwin Mellen Press.
- Kulisciuff, A. (1900). *Il monopolio dell'uomo*. Imola: Fondazione Giangiacomo Feltrinelli.

- Labriola, T. (1901). *Del divorzio, discussione etica*. Roma: Loescher & Co.
- Serafini, M. A. (1873). *Matrimonio e divorzio: pensieri*. Salerno: Stabilimento tipografico nazionale.
- Landini, M. (1987). Scrittrice, Giornalista e donna politica. Anna Franchi una vita di passioni. *Rivista di Livorno*, II, 2-3, p. 25.
- Lettera di Ada Negri ad Anna Franchi (23 aprile 1903). conservata presso la biblioteca di Villa Amaria a Livorno nel volume VI della corrispondenza, lettera datata “Milano 23 aprile 1903.
- Lilli, L. (1976). La Stampa femminile. En V. Castronovo-N. Tranfaglia (a cura di), *Storia della stampa italiana*. Roma-Bari: Laterza, VI, pp. 253-311.
- Loisy, A. (1930). *Mémoires pour servir à l'histoire religieuse de notre temps, I*. París: Nourry.
- Malaguti, E. (2009). Biografie: Anna Franchi, in [letteraturadimenticata.it](http://www.letteraturadimenticata.it), 2009. URL Recuperado de <http://www.letteraturadimenticata.it/Franchi.htm> [Fecha de consulta: 20/02/2018]
- Mantea (1905). *Gli sposi: la loro educazione e la loro salute*. Turín: Streglio.
- Marola, B.-Munini, M.T.-Regio, R.-Ricci, B. (2003). *Fuori norma: scrittrici italiane del primo novecento: Vittoria Aganoor, Paola Drigo, Rosa Rosà, Lina Pietravalle*. Ferrara: L. Tufani.
- Martín Clavijo, M. (2018a). 1902 y el debate sobre el divorcio en Italia: Anna Franchi vs Luisa Anzoletti. En D. Pastor (coord.), *Escritoras en redes culturales transnacionales: Reconocimiento artístico y agenda transgresora común*. Berlín: Peter Lang, pp.163-178.
- Martín Clavijo, M. (2018b). En torno a *Avanti il divorzio* de Anna Franchi. Novela y divorcio a principios del siglo XX. En A. Cagnolati (coord.), *Escritoras en lengua italiana (1880-1920). Renovación del canon literario*. Granada: Comares, pp. 79-88.
- Meldini, P. (1975). *Sposa e madre esemplare: ideologia e politica della donna e della famiglia durante il fascismo*. Rimini-Florenca: Guaraldi.
- Meleri, F. (1876). *Il divorzio*. Crema: Tipografia Sociale.

- Mondello, E. (1987). *La nuova italiana. La donna nella stampa e nella cultura del ventennio*. Roma: Editori Riuniti.
- Morandini, G. (1997). *La voce che è in lei. Antologia della narrativa femminile italiana tra '800 e '900*. Milán: Bompiani.
- Morpurgo, L. (29 marzo 1911). La rosea speranza. *Corriere della Sera*.
- Mozzoni A. (1864). *La donna e i suoi rapporti sociali*. Milán: Tipografia Sociale.
- Mozzoni A. (1866). *Un passo avanti nella cultura femminile. Tesi e progetto*. Milán: Tipografia Sociale.
- Mozzoni A. (2007). *La liberazione della donna*. En liber liber, edizione elettronica del 2 agosto 2007. Sigue la edición de 1975: Milán: G. Mazzotta Editore.
- Murialdi, P. (1995). *La stampa italiana dalla liberazione alla crisi di fine secolo*. Roma-Bari: Laterza.
- Murialdi, P. (1996). *Storia del giornalismo italiano*. Bologna: Il Mulino.
- Muscariello, M. (2002). *Anime sole. Donne e scrittura tra Otto e Novecento*. Nápoles: Edizioni Dante e Descartes.
- Noce, T. (2007). Anna Franchi, appunti per una biografia. En A. Scattigno (a cura di), *Carte di donne. Per un censimento regionale della scrittura delle donne dal XVI al XX secolo: atti della giornata di studio*. Roma: Edizioni di storia e letteratura, pp. 341-359.
- Nozzoli, A. (1978). *Tabù e coscienza: la condizione femminile nella letteratura italiana del Novecento*. Florencia: La Nuova Italia.
- Ost, F. (2004). *Raconter la loi. Aux sources de l'imaginaire juridique*. París: Odile Jacob.
- Padovani, G.-Verdirame, R. (a cura di). (2001). *Tra letti e salotti. Norma e trasgressione nella narrativa femminile tra Otto e Novecento*. Palermo: Sellerio.
- Panzini, A. (18 aprile 1929). Letteratura al femminile. *La Fiera Letteraria*.
- Parati, G. (1996). *Public History. Private Stories. Italian Women's Autobiography*. Minneapolis-London: University of Minnesota Press.

- Pickering-Iazzi, R. (1994). The Politics of Gender and Genre in Italian Women's Autobiography of the Interwar Years. *Italica*, Vol. 71, No. 2 (Summer), 176-197.
- Piccoli interrogatori domenicali. (luglio 1902). *Cordelia*, XXI, n. 39, 13, p.565.
- Pierucci, M. (2004). Anna Franchi: il femminismo tra cultura del Risorgimento e interventismo. En *L'emancipazione: i diritti e i doveri (157-170)*. Firenze: Centro ed. Toscano.
- Pieroni Bortolotti, F. (1963). *Alle origini del movimento femminile in Italia. 1848-1892*. Turín: Einaudi.
- Pieroni Bortolotti, F. (1974). *Socialismo e questione femminile in Italia 1892-1922*. Milán: Mazzotta.
- Pieroni Bortolotti, F. (1978). *Femminismo e partiti politici in Italia 1919-1926*. Roma: Editori Riuniti.
- Pisano, L. (2004). Introduzione. En L. Pisano (a cura di), *Donne del giornalismo italiano: da Eleonora de Fonseca Pimentel a Iliara Alpi. Dizionario storico bio-bibliografico secoli XVIII-XX*. Milano: Franco Angeli.
- Pulce, G. (1990). Ad vocem Franchi, Anna. En *Letteratura italiana. Gli autori, I, Dizionario bio-bibliografico*. Turín: Einaudi.
- R. L. (1 febbraio 1903). Le ire clericali. *Corriere toscano*.
- Rasy, E. (1984). *Le donne e la letteratura*. Roma: Editori Riuniti.
- Re, L. (2009). Nazione e narrazione: Scrittori, politica, sessualità e la 'formazione' degli italiani, 1870-1900. *Carte Italiane*, 2. 5, 1-38.
- Reim, R. (1991). *Controcanto. Novelle femminili dell'Ottocento italiano*. Roma: Sovera.
- Ribero, A. (1980). *La questione femminile in Italia*. Turín: Paravia.
- Rocci Lassandro, G. (1995). *Donne e cultura tra Otto e Novecento*. Nápoles: Edizioni Scientifiche Italiane.
- Rosmini, A. (1845). *Filosofia del diritto*. Nápoles: Batelli.
- Rovito, T. (1922). Ad vocem Franchi, Anna. En T. Rovito (ed.), *Dizionario Bio-bibliografico*, II. Nápoles: Teodoro Rovito edizioni.
- Samek Lodovici, S. (1942). Ad vocem Franchi, Anna. En *Bibliografie di storici, teorici e critici delle arti figurative (1800-1940)*. Roma: E.B.B.I., pp. 156-157.

- Santoro, A. (1987). *Narratrici italiane dell'Ottocento*. Nápoles: Federico & Ardia.
- Santoro, A. (1997). *Il Novecento. Antologia di scrittrici italiane del primo ventennio*. Roma: Bulzoni. Recuperado de <https://annasantoro.it/2017/04/12/1997-introduzione-a-il-novecento-antologia-di-scrittrici-italiane-del-primo-ventennio-bulzoni-1997/> [Fecha de consulta: 13/10/2017].
- Sanvitale, F. (a cura di). (1995). *Le scrittrici dell'Ottocento. Da Eleonora de Fonseca Pimentel a Matilde Serao*. Roma: Istituto Poligrafico di Stato.
- Schwartz, G. (2006). *A Constituição, a literatura e o direito*. Porto Alegre: Livraria do Advogado.
- Serao, M. (1905). *Saper Vivere*. Nápoles: Perrella.
- Serra, R. (1958). Frammenti iediti del secondo volumen de *Le Lettere: Le donne*. En G. De Robertis-A. Grilli (a cura di), *Scritti*. Florencia: Le Monnier, pp.605-607.
- Sestito, M. (a cura di). (2006). *Attraversamenti: generi, saperi, geografie nella scrittura delle donne*. Udine: Forum.
- Seymour, M. (2006). *Debating Divorce in Italy: Marriage and the Making of Modern Italians, 1860-1974*. Nueva York: Palgrave Macmillan.
- Steno, F. (1903). Un libro per una battaglia. *Il Secolo XIX*.
- Treves, V. (Cordelia). (1910). *Catene*. Milán: Treves.
- Trigila, M. (2004). *Letteratura al femminile: dalle origini ai nostri giorni in Italia*. Caltanissetta: Sciascia.
- Ungari, P. (1974). *Storia del diritto di famiglia in Italia (1796-1942)*. Bologna: Il Mulino.
- Valsecchi, C. (2004). *In difesa della famiglia? Divorzisti e antidivorzisti in Italia tra Otto e Novecento*. Milán: A. Giuffrè.
- Vázquez García, F.-Moreno Mengíbar, A. (1997). *Sexo y razón. Una genealogía de la moral sexual en España (Siglos XVI-XX)*. Madrid: Akal.
- Verdirame, R. (1990). *Finzione, rassegnazione e rivolta: l'immagine femminile nella letteratura dell'Ottocento*. Enna: Papiro.
- Verdirame, R. (2009). *Narratrici e lettrici (1850-1950)*. Limena: Libreriauniversitaria.
- Wood, S. (1995). *Italian Women's Writing 1860-1994*. Londres: Athlone.

- Wilson, P. (2004). *Gender, Family and Sexuality: The Private Sphere in Italy, 1860-1945*. Nueva York: Palgrave Macmillan.
- Zambon, P. (a cura di). (1987). *Novelle d'autrice tra Ottocento e Novecento*. Padua: Nuova Vita.
- Zambon, P. (1989). Leggere per scrivere. La formazione autodidattica delle scrittrici tra Otto e Novecento: Neera, Ada Negri, Grazia Deledda, Sibilla Aleramo. *Studi novecenteschi*, vol. 16, n. 38, 287-324.
- Zambon, P. (1993). *Letteratura e stampa nel secondo Ottocento*. Alessandria: Edizioni dell'Orso.
- Zambon, P. (1994). Novelle d'autrice tra Otto e novecento: appunti per un sistema. En *Les femmes-écrivains en Italie (1870-1920): ordres et libertés*. Parigi: Chroniques Italiennes-Université de la Sorbonne Nouvelle, pp.271-292. Recuperado de <http://chroniquesitaliennes.univ-paris3.fr/PDF/39-40/Zambon.pdf>. [Fecha de consulta: 13/09/2017].
- Zambon, P. (1997). La narrativa realista nei romanzi d'autrice di fine Ottocento. *Problemi*, XXIX, 108, 166-177.
- Zambon, P. (1998). *Novelle d'autrice tra Ottocento e Novecento*. Roma: Bulzoni.
- Zambon, P. (2004). *Il filo del racconto. Studi di letteratura in prosa dell'Ottocento/Novecento*. Alessandria: Edizioni dell'Orso.
- Zambon, P. (2009). Linea d'autrice/linea d'autore nelle figurazioni del racconto italiano tra verismo e decadentismo. En *Scrittrici e figure femminili (Letteratura italiana e italo-spagnola)*. Sevilla: Arcibel, pp.371-396.
- Zambon, P. (2012a). La provincia nel romanzo realista di fine Ottocento: Torriani, Zuccari, Serao. En AA.VV., *Letteratura e oltre. Studi in onore di Giorgio Baroni*. Pisa-Roma: Fabrizio Serra, pp. 220-224.
- Zambon, P. (2012b). Sulle scrittrici della nuova Italia (dal Risorgimento alla modernità): questioni di intellettualità. En AA.VV., *Verso una storia di genere della letteratura italiana*. Bologna: Il Mulino, pp.211-234.
- Zambon, P. (2014). Le scrittrici della tradizione letteraria italiana: appunti su una questione. En AA.VV., *Ricerche in corso. Scritti in ricordo di Alessandro Zijno*. Padova: Cleup, pp.177-186.

- Zampini Salazar, F. (1986). *Cavalieri moderni*. Roma: Enrico Voghera.
- Zancan, M. (1986). La donna. En *Letteratura italiana, V, Le questioni*. Turín: Einaudi.
- Zancan M. (1987). Rappresentazione e autorappresentazione delle donne nella letteratura italiana tra '800 e '900. *Quaderni di storia delle donne comuniste*, n. 1.
- Zancan M. (1998). *Il doppio itinerario della scrittura: la donna nella tradizione letteraria italiana*. Turín: Einaudi
- Zancan M. (2000). Le autrici. Questioni di scrittura, questioni di lettura. En AA. VV., *Letteratura italiana del Novecento*. Turín: Einaudi.
- Zuccoli, L. (24 marzo 1911). Il pericolo roseo. *Corriere della Sera*.

NOTA DEL TRADUCTOR

La traducción de *Adelante del divorcio* que aquí presentamos se ha realizado a partir del volumen editado por Elisabetta de Troja (Sandron, 2016) en la que se reproduce la edición primera de la obra de 1902, también publicada por esta editorial.

En la traducción se han omitido las innumerables notas de carácter cultural que aparecen en la edición de De Troja.

Queremos dar las gracias a Mariadonata Tirone, Giulia Cocuzza y Caterina Turibio que han colaborado en la realización de la traducción.

II

ADELANTE EL DIVORCIO

DEDICADO A QUIEN SUFRE

PRÓLOGO

Para no agredir a la amable escritora con alabanzas brutales en el santuario de su concepción artística y responder a su amable invitación, escribo unas líneas a modo de prólogo a la novela. La crítica serena (y siempre es serena la crítica, incluso cuando retumba en el aire el nimbo de los conflictos penosos y reavivados por los prejuicios y la mala fe) juzgará el libro y a quien lo escribió, a quien deseo la admiración devota de los espíritus libres, al igual que a la mujer que llama la atención distraída del público sobre un caso doloroso igual a tantos otros, con la sugestión de un arte hecho con lágrimas vertidas y penas inefables.

¡Oh, los filósofos! ¡Los juristas, los canonistas, los sabios!

¡Que cierren el libro de su ciencia más elevada que es la destilación refinada de egoísmos feroces y que se acerquen, sin pudores embellecidos y aristocráticos, a la vida que se vive!

¡Qué desilusiones y qué debacle de los grandes, inmortales y absolutos principios!

Aquí la dulce fragancia del idilio perenne, allí el hedor de la extenuación fétida; aquí la alegría de dos corazones unidos en el nudo indisoluble del amor, allí el espectáculo repugnante y penoso de dos corazones lacerados por el odio, obligados en el círculo de hierro de la legal indisolubilidad: por todas partes, el heroísmo de las luchas diurnas combatidas en la sagrada alianza de dos almas por el ideal divino de la familia; por todas partes, la abyecta insidia en todo momento y la vulgar discusión. Aquí la planta exuberante que tiene raíces firmes, follaje y frutos orgullosos, alegría de sombras y luz suave de colores iridiscentes, allí el tronco árido con ramas puntiagudas, con míseras raíces que contrastan con el jugo vital.

La ciencia áulica ya no está de moda, el método experimental triunfa, por lo tanto ¿por qué hablar de indisolubilidad cuando la

disolución protesta con los hechos? ¿Por qué, en nombre de un principio abstracto, se cierran los ojos a la dolorosa y pecaminosa realidad? ¿Por qué se combate con tanta e insensata tenacidad la ley de la libertad que se anuncia, con la ley de la coacción que asfixia, mientras se exaltan los beneficios de la libertad, con los himnos más fervientes, los beneficiosos frutos? Pero no es aquí donde las disquisiciones científicas son más profundas, sino menos inteligibles.

Anna, la protagonista de la novela, habla la lengua de su dolor, más persuasivo que diez volúmenes de teología y, si nos conmueve, ha salido vencedora tanto para sí misma como para sus compañeras de infortunio.

La piedad es la intuición de la justicia, porque la voz del vencido, del que ha sido atacado, es la protesta contra la injuria, contra el abuso, contra la violencia. Quien lo oye y no lo escucha, quien lo oye y no responde con una palabra de consuelo, quien lo oye y no se convierte en apóstol de la redención es instrumento inconsciente, negativo, pero poderoso, donde las cadenas se reafirman en las muñecas de los que sufren.

Pero oigo repetir: quién es prudente, es sabio y feliz.

¿Quién obligó a los dos a una unión intolerable? – La ley no, que permite la libertad de elección. Fue la víctima contra sí misma despreocupada e injusta. Y ¿qué pide? ¿piedad? ¿consuelo? ¿defensa? – Que le den dolor y consejos de resignación heroica que purifica, como la llama, consumiendo, pero no defensa. ¡La sociedad bien vale el martirio de una criatura: y el orden social no debe ser perturbado!

Era una criatura sin cariño y sedienta de amor y él le prometió todo con sus ojos brillantes de deseo. Pasó el sueño y él la había engañado: engañado con los besos que no eran puros; engañado con la fe que era mentira; engañado en el corazón que era una fábrica de mentiras; y ¿de qué se duele? – ¡Tenía que haber sido más prudente! y ¡ahora, ahora que se resigne y cumpla con sus deberes como esposa y madre!

¡Pobre mujer que sube al frío tálamo con la angustia del inocente que ha sido condenado! Pobre madre que destila el odio con las lágrimas en el corazón de los niños que, en vano, piden a su querida familia consejo y deseo de vida.

Y los felices miran y pasan triunfales con su buena suerte, como el rico, en el bullicio de la calle llena de gente, no se da cuenta o no hace caso a los pobres mendigos que lo miran con ojos sombríos de envidia, o que imploran por la degradación de la energía agotada en la miseria infinita.

Si los bendecidos por la fortuna ayudaran a los indigentes y rompiesen las cadenas ¡cuántas lágrimas secas, cuántas almas liberadas, cuántos crímenes evitados, cuántos vicios erradicados, cuántas virtudes resucitadas, cuántas energías renovadas!

Que hable la novela por los mil documentos de dolores vividos, narrados a quien escribe en la hora presente de esperanzas renacidas; ¡que el libro sea una lanza rota por un gran acto de justicia y habrá llegado a la gloria!

Pero, y ¿luego qué? – La ley de la libertad que invocan los afligidos será un remedio extremo para los males que la ley de coacción genera o que agudiza; pero la libertad, que ilumina y fecunda los grandes caminos del progreso humano, nos señala muchos otros medios de redención para cuando las razones de la vida social hayan encontrado la ley suprema que distribuye entre los hombres el pan y el amor con medida sabia y equitativa.

Aquí está el gran problema: económico y moral – el que no pretenden, o evitan, impotentes, pusilánimes y egoístas, los que se lanzan como perros a morder el talón de los partidarios del divorcio –; los que no se preocupan por indagar en los aplausos sentimentalistas a la reforma por un sentido de piedad exuberante y que no ven a los pacientes agitados por el dolor y la esperanza que es la esencia del pensamiento y del propósito de los que encuentran en las uniones infelices el exponente de una miseria más amplia y más profunda, el efecto inexorable de esas múltiples causas donde la sociedad de los hombres durante siglos se ha visto turbada por luchas interminables, atormentada en la eterna antítesis del bien y del mal, de la fuerza y de la debilidad, de la riqueza y de la pobreza.

Por lo tanto, el divorcio pertenece a la categoría de esas reformas que tienen como objetivo inmediato el alivio del sufrimiento humano y abren el camino a esas transformaciones más amplias, en las que las causas de los males se van eliminando al surgir nuevas reformas de la vida, por el establecimiento de

nuevas leyes éticas, por el devenir lento y fatal de un nuevo orden de relaciones sociales.

Quien a esta fe opone la perseverante y serena lucha por el ideal contra la muchedumbre ruidosa de los calumniadores de todo tipo y de cualquier iglesia, insinuando burlescamente la colectivización de la riqueza y el amor libre, como dos cosas disparatadas o indecentes; y reconfortado por una íntima convicción de que en el reino del amor, la monogamia, en el campo de la economía, la propiedad, triunfarán, llegarán al grado más alto y más perfecto de su evolución, a la pureza de su esencia, solo cuando el hurto organizado e inconsciente de las cosas y de los afectos deje de ser ciego y feroz dispensador de fortuna y de miseria.

Pero la fe, aunque perseverante, serena y combativa, debe, para poder vencer, tener la consistencia de los hechos y estar libre de misticismos siempre perniciosos; y aquí está la razón por la que es útil, necesaria la narración de *casos* o con la desnuda y árida forma de la estadística o a través de la autopsia psicológica y antropológica o bajo la luz vivificadora del arte en la estatua, en el cuadro o en la novela.

Por todo esto, sabiamente, nuestra autora cierra la historia dolorosa de Anna Mirello, augurando que ninguna verdad se esconda, *si un ejemplo más, si una verdad humilde narrada simplemente puede despertar alguna conciencia dormida a la lucha...* la enorme lucha, es decir, aquella donde todo el mundo moral se transforma en las leyes y en la costumbre y de la que son etapas gloriosas también las más modestas reformas.

Parma, 20 de noviembre de 1902.

Agostino Berenini

PRIMERA PARTE

La humilde verdad
Guy de Maupassant

En un día tranquilo de septiembre, mientras sonaban las doce, Anna Mirello e Icilio Salvetti corrían de la mano por el paseo que conduce a la casa de campo.

Era la hora del almuerzo; el señor Gaetano Salvetti, el farmacéutico de Casciana, esperaba a los chicos en la puerta de la cocina con una impaciencia a la par de su urgente apetito.

Los distinguió y se volvió hacia la gente que estaba en casa:

– ¡Aquí están estos pícaros! – exclamó riendo.

Pero Anna y Cilio se habían detenido en la plaza y se habían quedado charlando.

El vestido de la niña estaba manchado de barro y los pantalones cortos del niño estaban rotos.

Anna miraba a su compañero a la cara y se reía con ganas como si tuviera algo muy ridículo frente a ella y también él la miraba y se reía, contagiándose, mientras tenía en sus ojos una expresión de consternación.

– Y ahora ¿qué vamos a hacer? – dijo el niño.

– Ahora vamos a contar lo que ha pasado.

– ¡Estás loca! Nos van a regañar.

– Paciencia. ¡Mira que estás ridículo!

– Y ¿tú no? Me da rabia, eso es todo. ¿Por qué quieres que te regañen?

– Porque quién es mentiroso, es ladrón y yo no quiero ser una mentirosa.

– Pero ¿qué pasa? – dijo el señor Gaetano – ¿Hoy no se come o qué, chicos?

Anna se movió la primera.

– Y ¿qué habéis hecho? – exclamaron a coro los señores Mirello y Gaetano Salvetti que había cogido a su hijo por la oreja y le hacía dar varias vueltas sobre sí mismo.

– Si deja que se vaya, se lo digo yo – dijo Anna irritada al ver que ponían tan en ridículo a su pequeño compañero. Que gritara, pero que no le diera vueltas de esa manera; ¡eso era de una maldad despiadada! Y en su carita serena la irritación adquirió una expresión tan cómica que todo el mundo se rio.

Esa risa había disipado la tormenta que había pasado así sin estallar.

Una ráfaga de viento, el aire se oscureció y se alejó. Icilio, que ya estaba a punto de llorar, se calmó.

– Venga, escuchemos vuestras hazañas, dijo el señor Gaetano, con aire adusto. Habló Icilio:

– Leone había dejado el carro en el camino de Parlascio... y yo... y yo... y ella... y ella...

– Y yo, y tú siempre te embarullas para no decir las cosas como son. Hemos encontrado el carro en el camino. Estaba vacío. Checca y Leone estaban cargando las cestas de uva en otro carro. Me han entrado ganas de ir hasta Parlascio. Yo le he dicho: “¿Vamos?” Él no quería.

– Sí que quería...

– Cállate, tonto. Él no quería, pero le he convencido. Y ¿quién conduce? Yo, ha dicho él. Nos hemos subido, le ha dado con la fusta y en marcha... Durante un rato, en subida, hemos ido bien, pero en la curva de la carretera principal, quién sabe por qué, el carro se ha quedado varado en el terraplén; Icilio le ha dado con la fusta, el caballo ha dado un salto más fuerte y el carro se ha volcado...

– Y luego ¿qué?

– Y luego nada más. Nos hemos caído en el lodo de la fosa... A él se le han quedado los pantalones pegados a las espinas del endrino y se le han roto... un poco.

– Ah, ¿un poco?

– Vamos, que se le han roto.

– ¿Qué hay del caballo y del carro?

– Hemos llamado a gritos a Leone... y ha venido y lo ha puesto de nuevo en el camino.

– ¡Pícaros, traviosos! Y a Amelia ¿dónde la habéis dejado?

Se miraron el uno al otro y se rieron.

– Amelia nos espera sentada en el muro de la viña... Le hemos dicho que volveríamos a recogerla. Ella no ha querido venir.

Amelia era la hermana de Icilio. Dos años mayor que Anna, era una chica pálida, delgada, muy callada.

– ¡Pero mira que sois unos trastos! Y ella que os está esperando... ¡Venga, id ya a buscarla! ¡Os voy a dar yo con la fusta!

Y el señor Gaetano cogía la fusta de la pared.

Pero los dos ya estaban lejos y su risa se escuchaba en el fondo del camino. Como habían evitado el peligro, habían reanudado su alegría, listos para inventar nuevas trastadas. De hecho, Anna se sintió atraída por un racimo de uvas que colgaba de una pérgola rica y había subido, tan rápida y ágil como un gato, por los palos que sostenían la reja de la pérgola. Y el señor Gaetano, que la miraba de lejos:

– ¿Sabes que te estoy viendo, ardilla? ¡Ya voy yo para allá! ¡Ahora verás qué azotes en esas pantorrillas! Pero ¿qué pasa, acabas de hacer una trastada y ya estás pensando en la siguiente?

– ¿Qué le voy a hacer! – Y la niña traviesa cogió tranquilamente el racimo y salió corriendo como el viento, escapándosele de las manos.

– ¡Pero qué bicho! – y se mordió el dedo índice riendo – ¡A casa! ¡A casa!

– ¡Nos volveremos a ver! – Anna gritaba al final del camino, internándose en la finca.

Era siempre así.

Anna Mirello animaba con su vitalidad la vieja casa Salvetti, y el farmacéutico del hermoso pueblo toscano situado en las encantadoras colinas de Pisa esperaba ansiosamente el momento en que Cesare y Virginia Mirello venían a pasar los dos meses de vacaciones a su casa y traían también con ellos a su pequeña hija.

Por tanto, Anna e Icilio habían crecido juntos y juntos inventaban juegos y travesuras, casi siempre dejando a un lado a Amelia, demasiado delicada para seguir sus locas correrías por los campos y fincas.

Esa misma tarde los niños no salieron de casa. Tenían que prepararse para ir de caza al día siguiente.

A Anna, el padre, un cazador apasionado, quería inculcar el amor por los largos paseos en el bosque, las emboscadas

silenciosas esperando a un pájaro y a la niña, con tanta energía sana, le gustaba correr, no tenía la gran paciencia del cazador.

Sus robustas piernas nunca estuvieron débiles y nadie le había oído nunca quejarse por el cansancio.

Esa mañana habían salido muy temprano acompañados por el campesino y por el padre de Anna, que luego los dejaría al final del camino principal. Cesare Mirello era un hombre maduro, veinticuatro años mayor que su mujer, una criatura muy hermosa que parecía que se había casado con él un poco por interés, pero también mucho por cariño. Con todo, era un hombre simpático, tenía modales extremadamente señoriles y una gran dulzura. Adoraba a su hija Anna, una niña entonces de once años, quizás demasiado, e idolatraba a su mujer; con las dos se mostraba demasiado condescendiente. Anna había heredado su dulzura, un cierto amor por las aventuras ya que él era un viajero intrépido y había viajado por los mares cuando Italia no acogía a los que tenían ideas de libertad; también tenía su valentía, a veces disparatada, y una repulsión instintiva por las cosas vulgares. La historia de las vicisitudes sufridas en Australia, de los viajes peligrosos, le hacía estremecerse de entusiasmo y no temblaba de miedo ante la historia de los peligros evitados por sucesos afortunados.

Al borde del bosque Cesare Mirello se desvió porque había quedado con su mujer en una capilla cercana y los niños, que con dificultad habían reprimido el deseo de moverse a su manera, justo bajo las sombras del extenso bosque de Gello, que va de Casciana a Acciaiuolo, comenzaron a correr como locos, sin que les pudieran contener los avisos del campesino, sin encontrar ningún obstáculo que pudiera detenerlos.

Esa mañana, incluso Amelia los había seguido, contra la voluntad de los que pensaban que era una carga porque sus piernas no eran muy resistentes.

Después de todo, no se ocupaban de ella y la pobre chica debilucha se quedaba descansando o en una roca o al pie de un árbol.

El bosque profundo, a veces oscuro y denso con robles grandiosos, otras soleado como si un bordado alegre, hecho de luz y sombras vagas y móviles descansara sobre los musgos, el susurro de los riachuelos, el susurro de las lagartijas, el canto de

los pájaros que, descansando sobre las ramas, hacía que cayeran las hojas muertas, daban a los dos niños renovadas alegrías, siempre agradables sorpresas, siempre una gran diversión.

Podía ser un almizcle que nunca habían visto, o una flor más bonita, a veces entablaban serias discusiones sobre el olor de esa flor, otras tramaban prudentes emboscadas para coger una lagartija o una libélula, o se maravillaban con un insecto bonito o con una hoja encendida por un color rojo muy vivo.

Y siempre se animaban, iban y volvían, rehacían el camino cientos de veces.

Almorzaron en un claro. La cacería había sido discreta esa mañana. Cuatro pájaros se habían quedado en la trampa atraídos por las halagadoras reverencias del búho y cuatro los habían cogido con los cepos que Leone, el campesino, había colocado en un seto en particular. Eran muchos y los muchachos se habían contenido demasiado tiempo para no perturbar el silencio necesario para no malograr el trabajo del reclamo.

Tenían ganas de comer y de correr, tenían ganas de hacer locuras, de vivir.

El abundante almuerzo preparado por la madre previsora lo devoraron en un momento. Huevos, carne, algunas rebanadas de pastel dulce... vino. Una gran canasta llena de comida que luego los niños trajeron de vuelta llena de hierbas, guijarros, musgo.

– Tengo sed – había dicho Anna a la que no le gustaba el vino.

– Escucha, ahí abajo hay agua.

– ¿Nos vamos?

– Vámonos de aquí.

– ¿Está lejos?

– No ¿no oyes?

– Está al final de la bajada, señoritos – dijo Leone. – ¿Os la tengo que coger yo con un vaso?

– No, voy yo. Ven, Icilio.

Y ya están bajando por el empinado camino pedregoso, resbalando sobre el musgo, saltando sobre las rocas, agarrándose a un árbol, persiguiéndose el uno al otro, como dos corzos, advirtiéndose mutuamente de un peligro...

– Cuidado, resbala.

– Esa piedra se desprende.

– Para....

–... No... corre... corre...

Respondiendo con risas al miedo de Amelia y del campesino.

– Vaya despacio, señorita.

– ...Ahora me paro...

– Señorito, se va a hacer daño, – gritaba el pobre hombre.

Pero ya al borde del arroyo los chicos estaban bebiendo agua en el hueco de la mano.

Sobre las piedras limpias, apiladas, un hilo de agua bajaba, saltaba, se rompía, se desviaba en curvas extrañas, luego formaba un pequeño lago, más tarde volvía a correr hinchado por otro hilo que, al brillar bajo un rayo, descendía por el lado opuesto. Guijarros de todos los colores parecían cobrar vida bajo el agua más clara que el cristal, gélida y pura y Anna e Icilio la recogían. Había piedras de forma extraña, piedras que dejaban una marca roja o verde como un lápiz; y sumergían sus manos en el agua, buscaban, hacían montones de ellas, se llenaban los bolsillos. A Anna, mientras se agachaba, la pesada y larga trenza de su pelo castaño se deslizaba de sus hombros e iba a bañarse al arroyo.

Gritaba a Icilio:

– Échame hacia atrás el pelo.

Pero Icilio quería reírse y la metía todavía más dentro, obligándola a inclinar la cabeza.

– Me voy a caer.

– ... ¡Eh, abajo!

– Eh, espera, ¡y verás! – Y, una vez libre, Anna, para vengarse, se sacudía el pelo mojado justo en su cara y él intentaba responder salpicándola con más fuerza, recogiendo agua y lanzándola hacia ella, con la mano abierta. Pero la niña rápida se ponía a cubierto y, con un salto en el momento justo, apoyando un pie sobre una piedra que sobresalía del agua, se abalanzaba corriendo hacia la orilla opuesta.

– A que no me coges...

– ¡¿A qué te pillo?!...

Y él intentaba cogerla mientras la chica ganaba terreno: un pie había resbalado en el agua, no lo había puesto bien sobre la piedra que sobresalía. Anna trepaba, moviendo los gruesos arbustos, por una pendiente empinada, sosteniéndose en las zarzas, sin preocuparse por nada, animada por el juego. Icilio la seguía, la alcanzaba. Entonces se libraba una batalla. Anna también había

cogido de un madroño un puñado lleno de frutos maduros. Y, rápidamente, con valentía, impulsivamente, había aplastado en la cara de Icilio los suaves madroños. Él quería devolverle la jugada, la lucha entre risas y gritos era viva, tan viva que ambos se fueron a rodar a un arbusto de madroños jóvenes, entre las zarzas, se pincharon las manos con la dureza de una tierra que no la habían labrado nunca, con las ramas secas que nadie había recogido, con las plantas de endrinos. Y se reían locos de alegría, esos dos chicos llenos de vida, con las mejillas encendidas, que no veían delante de ellos más que nuevas correrías, nuevos juegos, nuevas locuras.

Después, como siempre, se habían parado en la casa del campesino para comer sopa de col, que su mujer servía en pequeñas jofainas; sopa humeante, sabrosa, sazonada plato por plato con un chorro de aceite que descendía mudo, dando como un placer goloso, un deseo de que le echaran mucho, por esos reflejos verdes, y que daba a la col y al pan un brillo apetitoso.

Anna e Icilio comían siempre mucha sopa, Amelia no, le resultaba pesada, tenía un estómago muy delicado; luego, tras un breve descanso, se volvían a poner en camino. Ese día Anna se iba, los campesinos la saludaron con mayor efusión. Era la última excursión, ya que pronto tenía que volver a la ciudad.

- ¿Nos vemos el año que viene?
- ¿Se ha divertido otro año más, señorita?
- Hasta pronto ¿eh?
- Va a volver ¿no?
- Seguro que voy a volver. ¿Por qué no?

Pero Amelia, después, comportándose como una pequeña dama que está al corriente de los secretos de la familia, dijo:

– Quién sabe si volverás con nosotros. Mi padre quiere establecerse en la ciudad. Vende la farmacia y la casa de campo.

Anna frunció el ceño por un momento. Habría sido un gran disgusto. Luego, por la despreocupación de la edad, olvidándose de las palabras de Amelia, le dio la mano a Icilio, sin acordarse del sol que todavía ardía en un septiembre que terminaba, dejando atrás a la niña cansada, apoyada en el brazo de Leone, comenzaron con sus charlas habituales.

Al volver Anna siempre le contaba largas historias al chico solo un poco más joven que ella. Él se sentía un poco dominado

por la naturaleza exuberante de esa niña precoz y le parecía que nadie podía contarle historias tan bonitas mejor que Anna. Ella no le hablaba nunca de hadas o genios y si, por casualidad, se dejaba seducir por las mil y una noches, se apresuraba a repetirle:

– No te lo creas, eh, que no son cosas reales.

Anna no creía en lo sobrenatural.

Y si de los campesinos escuchaba historias de milagros, de visiones, de curaciones impensables, una sonrisa incrédula se diseñaba en la boca un poco grande, pero con una sonrisa simpática, franca y sonora que descubría dos filas perfectas de dientes muy blancos.

Ese día Icilio quiso que le repitiera la historia, siempre seductora, de los viajes de Cesare Mirello y ella se apasionaba al contarla como si hubiera sido su compañera:

– ¿Entiendes? ¡Qué momento! – decía, – toda la tripulación había conspirado... porque la nave estaba llena de polvo de oro... Pero un viejo marinero lo descubrió, fingió que estaba de acuerdo con ellos... Querían matar al capitán... hacerse con los pasajeros... el marinero le reveló todo al capitán. Se distribuyeron las armas y ataron a todos los miembros de la tripulación...

– ¿Cuántos habéis cogido? – gritaban alegremente desde la puerta de la farmacia Cesare Mirello y Gaetano Salvetti.

– Ocho, papá... ocho – respondió Anna interrumpiendo el relato y corriendo para lanzarse al cuello de su padre. Él la esperaba con los brazos abiertos, resguardándose mal de la furiosa manifestación de cariño de la niña que zarandeaba triunfalmente el manojito de pájaros.

– Ocho, papá, mira qué bonitos... ocho... – y se los frotaba en la cara, se los ponía sobre la cabeza calva, trepando sobre él..., aferrándolo con las piernas.

– ¡Soy mejor que tú, papi, papi, papi, papi, guapo!...

En 1880

La familia Salvetti se había establecido en la ciudad donde Gaetano Salvetti había comprado una farmacia y los chicos, al crecer, estaban aún más unidos en una amistad consolidada por el roce.

Salían a caminar juntos, pasaban largas veladas juntos, iban juntos al mar.

Anna era una nadadora atrevida; Amelia la miraba con admiración, Icilio se ponía pálido cuando la veía alejarse con esas olas de las que no parecía tener miedo.

Una mañana a finales de agosto, el viento de siroco, tras dos días de violencia casi trágica, tras derribar árboles y tejas en su furia ciega, cedía lentamente.

Pero como si guardara un remanente de rencor, como en un último período de furia, mugía en el fondo de las aguas espumosas, levantándolas en olas anchas, cansadas, que rompían con un ruido sordo, casi un profundo suspiro de agotamiento.

No era la hora en la que las casetas de baño se vive una vida de coqueteos y de atrevimientos; era la fresca hora matutina en la que solo hay familias burguesas, para las que el baño es una verdadera necesidad física, una orden del médico; familias de comerciantes, empleados, que no tienen tiempo de sobra y no pueden pasar largas horas holgazaneando. En algunas casetas no se podía entrar porque el agua latía con demasiada furia; de las otras, de las más cercanas a la playa, donde el agua era más baja y más tranquila, partían gritos de mujeres, de niños asustados. Se salpicaban de agua, los que no habían cerrado la boca a tiempo se tragaban la ola amarga, agitaban los brazos, gritaban los que creían que podían contener así esa masa que avanzaba con la majestuosa serenidad de la fuerza inconsciente.

En la última terraza, en la que más se adentraba en el mar, las ondas rompían con un lento refunfuñar de agonía, dejando allí un largo rastro de espuma blanca.

Pero Anna Mirello no tenía miedo de las olas.

Su cabeza morena con todo el pelo recogido como un casco en la parte superior, aparecía y desaparecía un poco sobre el agua turbia. Robusta y rápida, luchaba contra las olas, cortándolas con sus brazos siempre un poco delgados y desproporcionados, con los brazos todavía de una niña y con el cuerpo apoyado en el lado derecho.

Mantén la cabeza y el pecho en alto, esperando a la ola amenazadora que avanzaba como si quisiera tragársela, la seguía mientras se levantaba, dejándose arrastrar un poco y luego salía de esa furia con un movimiento de la cabeza para ganar terreno y encontrarse con la nueva ola con un movimiento robusto de la espalda y las piernas.

De repente, su cuerpo aparecía en la cima de la montaña de agua, luego ya no se veía, hasta que volvía a aparecer a poca distancia.

Poco a poco algunas personas se habían reunido en el paseo marítimo para observar ese cuerpo rápido de chica joven que, tranquila y fuerte, no se cansaba en la desigual batalla.

A veces la ola más fuerte la hacía retroceder, entonces ella dejaba que la cubriera por completo y, al sumergirse más profundamente, reaparecía más cerca.

Icilio, parado en la terraza, la miraba cada vez con más ansiedad, como si quisiera salvarla del peligro solo con la fuerza de su mirada y, cuando Anna salió del agua, él desató su miedo con una exclamación de ira:

– ¡Eres una estúpida!

– ¡Y tú un memo!

Anna se estaba convirtiendo en una mujer joven y bonita. Pequeña, delgada, no se parecía a la madre en sus opulentas formas y en sus pasos reales. De su padre tenía cada vez más la dulzura de su carácter y una repulsión muy marcada por toda mezquindad, la vulgaridad del ambiente en el que vivía, como si llevara en las venas exagerados instintos que quizás habían dormido en la sangre de varias generaciones, procedentes de lejanos, grandes y nobles antepasados y que ahora volvían a

florecer en ella. No se parecía a ninguna de las amigas chismosas que había conocido en la sociedad a la que pertenecía y, a menudo, la antipatía instintiva se leía con claridad en la frente espaciosa, se trataba de una contracción que profundizaba una arruga, que nacía en la mitad de la frente, moría entre las dos cejas y que solo se manifestaba cuando tenía el alma contrariada.

Anna ya había tenido un sueño y una desilusión, había vislumbrado un futuro glorioso, conseguido gracias a la rara habilidad que sus pequeñas manos tenían cuando era niña. Era pianista, había soñado con ser concertista, con viajar por el mundo, con embriagarse de aplausos y, cuando su delgada mano corría sobre las teclas rápidas y ligeras, cuando se sentía dulcemente acunada por la fantasía de Weber o por un dulce nocturno de Chopin, tenía la clara visión de una sala abarrotada que aplaudía y una gran alegría iluminaba su rostro con rasgos que no eran del todo regulares, pero sí llenos de energía. Sin embargo, los hermanos ricos de su padre, un honesto hombre de negocios, a quien ayudaban porque en esos últimos tiempos se había desprendido de todas sus posesiones para no ir a la quiebra, le habrían prohibido llevarla a Milán donde tenía que continuar sus estudios y completarlos, y ella se había sentido profundamente abatida, como si su vida no pudiera tener otro objetivo.

Tal vez no tenía una verdadera pasión por la música, su grande pasión era sentirse diferente de la mayoría.

Cuando tocaba en algún concierto, la niña desaparecía y la artista brillaba con orgullo, se olvidaba del público y su mano nunca fallaba. Pero ahora no entendía la necesidad de estudiar y, si pasaba largas horas al piano, lo hacía solo para poder soñar a su antojo. Anna guardaba un secreto.

Un joven de su edad le había sonreído con cariño, le había dicho que la quería y la chica soñadora había puesto en ese ingenuo cariño infantil todo un mundo de sueños.

Anna no era una niña completamente ingenua, pero había salido pura de las instructivas lecciones de sus compañeras de escuela y las desagradables preguntas que le había hecho un confesor cuando pasó ocho días en el convento para la primera comunión le habían inspirado un profundo disgusto por esa imposición de dogma, incrementado su repulsión por el acto que

su mente ya había considerado inútil. Esas preguntas le habían mostrado al desnudo cosas que solo intuía naturalmente, pero ninguna curiosidad enfermiza perturbaba su mente, ningún estremecimiento perturbaba sus sentidos. Estos dormían, solo el intelecto estaba muy despierto en su interior.

Había salido de ese confesionario con la cabeza alta y una expresión de disgusto en la cara. En ese momento, quien la hubiera observado fácilmente habría visto en esa niña a una de esas criaturas nacidas para la lucha y que, bajo la apariencia de una gran dulzura, tienen una fuerza de voluntad extraordinaria, una resistencia de hierro ante las tormentosas ventiscas de la vida.

Habría sido fácil decir que a esa niña nunca la habrían vencido, y que ese germen que le venía de los lejanos antepasados, siempre la mantendría por encima de la vulgaridad, que le daría la facultad de crearse un mundo propio y que, tarde o temprano, también le daría el poder de un bien grande e ilimitado. La vivacidad de su infancia, su valentía, su impulsividad parecía que ahora se ampliaban a través de la palabra fácil o de su mirada tan fascinante. Anna nunca dirigió la mirada de sus aterciopeladas pupilas hacia el suelo. Los grandes ojos se alzaban leales y firmes sobre el rostro de quienes le hablaban y parecían cuestionar, escudriñar, lo que a veces forzaba un involuntario bajar de pupilas.

Anna había sufrido mucho por su sueño, roto por una voluntad más fuerte, por lo que el cariño por ese joven era como un consuelo, era como un nuevo deseo que le llenaba el alma de una gran dulzura.

Angelo Lazzeri, como lo llamaban, era su vecino, vivía en el primer piso y ella en la planta baja. La esperaba a la ventana y ella desde el pequeño jardín lleno de perfume le dirigía una rápida mirada.

A veces Angelo le pedía una flor y Anna se la sujetaba a un cordón que él le lanzaba. Angelo besaba la flor, Anna se sonrojaba.

– Querida – le había dicho una vez. Y había experimentado un estremecimiento largo e intenso, como escalofrío extraño de fiebre. Era la primera revelación de amor.

La descubrieron, la reprendieron mucho. A esas sonrisas se les dio una importancia exagerada y la regañaron como si verdaderamente tuviera culpa alguna.

Esas reprimendas fueron para Anna un verdadero tormento y le produjeron un doloroso abatimiento.

Le faltaba las fuerzas y un hipo convulsivo le mantuvo agitado el pecho toda la noche. Sentía esa clase de rencor que viene de sentirse injustamente humillada. A ella no le parecía que hubiera cometido culpa alguna y el deseo de ver a Angelo de nuevo se le hacía más y más vivo. Era muy difícil; escuchaba sus pasos apresurados por la escalera, lo oía silbar en la ventana, pero ya no se le permitió cruzar el umbral del jardín. Y, aunque el sufrimiento se hizo poco a poco menos agudo, en la mente de la niña esa represión de los sentimientos despertaba en ella como un sentido de revuelta, como una necesidad de hacer lo contrario de lo que se le obligaba a hacer.

Y, para estar sola, para aislarse, para vivir en su mundo de sueños ingenuos, pasó más horas al piano. No por la esperanza de volver a conectarse con su sueño de gloria, sino para pensar en ello, no por su pasión por la música, ella tocaba para acunar sus sueños. Y, mientras los dedos corrían rápido sobre las teclas, el pensamiento corría más rápido por los pocos recuerdos del breve pasado a un mundo sublime de hermosos castillos en el aire.

Solo cuando escuchaba el paso o la voz de Angelo se consolaba, fabricando ingeniosos planes para verlo; planes que se deshacían al terminar la melodía.

Esa niña soñadora encontraba gran consuelo en el pensamiento. Cuando estaba sola y nadie la distraía, al volver al pasado con su mente o al construir eventos, se sentía casi feliz. Vivía mucho en sí misma y vivía mucho de su fantasía.

Su mente iba continuamente de un hecho a otro, inquieta, de una esperanza a un recuerdo, de un deseo inmediato a un sueño vago.

Recordaba los juegos, las travesuras organizadas con Icilio.

Recordaba con pesar sus correrías por caminos empinados, libre de toda vigilancia, embriagada por el aire, por el olor acre del bosque, por la libertad de moverse a su antojo. Y sonreía a los recuerdos, siempre demasiado niña para ocupar la mente solo en sueños y en tristezas. Sonreía a los recuerdos y, entre ellos, la

cabeza morena de Angelo se le aparecía sonriente, mientras que la dulce melodía de Schumann o una deliciosa mazurca de Chopin acunaba su fantasía...

Entonces, un día, la hicieron cambiar de apartamento; ya no oiría la voz de Angelo, ya nunca más sus pasos, ya nunca más la esperanza de hacerle saber que la tenían casi encerrada... y en esa nueva habitación, bajo los blancos velos que adornaban la virginal cama, pasó una noche de desesperación. Las lágrimas reprimidas estallaron en lamentos que intentaba sofocar en la almohada, retorciéndose como si nada en el mundo la fuera a consolar nunca. Pero con el alba se quedó dormida, cansada; con el sol se despertó mucho más tranquila.

Poco a poco la imagen de Angelo se empalideció y no quedó de él más que un dulce recuerdo, recuerdo que en los años de dolor volvía a ella como un oasis de paz, como el reposo procedente de los buenos recuerdos a los que no se une ni amargura ni culpa.

Y la vida habitual comenzó de nuevo, vacía, árida, monótona, igual.

Anna, oprimida entre las necesidades y los prejuicios de su pequeño mundo burgués, sin explicarlo, sin ni siquiera vislumbrarlo, sentía un aburrimiento, diría que feroz, porque la arrastraba lentamente para convertirse en lo que son todas las chicas de su condición; una chica a la caza de un marido.

Por naturaleza ella necesitaba estar activa, su mente tenía que estar ocupada.

Sentada bajo una ventana que daba a un sórdido patio, bordaba el ajuar esperando a su marido, mientras tanto dejaba su mente libre, que se dispersaba, se perdía en aventuras legendarias. Ahora creaba planes peligrosos, luego largos viajes por el mundo, más tarde regresaba al deseo de gloria y maldecía a los que le habían impedido llevarlo a cabo.

A veces la realidad se confundía con la irrealidad, las ilusiones de las mil y una noches entraban en la frontera de lo posible y la transportaban más allá de los horizontes nacidos en un espléndido mundo lleno de dulzura.

El amor latía en su corazón, pero en el alma de la joven no se presentaba en la realidad de un marido.

Aunque ella vivía en un ambiente donde la conquista de un estado social se concluye con el matrimonio, tan lejos como estaba de cualquier baja codicia, todo eso le disgustaba.

Tal vez ella tenía otros sueños latentes en su mente, pero, al haber pedido en vano la ocupación de un estudio serio y completo, Anna esperaba que el amor colmara el vacío que sentía en su corazón.

Bordaba el ajuar a la espera de que cualquier hecho le trajera un cambio. Sabía que vendría un día u otro y, mientras tanto, creaba novelas... nunca tan complicadas, nunca tan dolorosas como la verdadera novela de su vida.

En su mente de niña, sus sueños se desvanecían, demasiado pronto reprimidos como para que tuvieran la fuerza de la rebelión, o nacidos demasiado pronto para desarrollarse por su cuenta sin que antes los cultivaran.

Ahora estaba esperando a su marido... y preparaba el ajuar.

Estaba cada día más y más guapa, las formas se le redondeaban, las facciones se hacían más perfectas y en los ojos castaños y profundos había más dulces caricias.

No le faltaban los pretendientes y ella se sentía halagada sin sentir en absoluto el deseo de un novio; no le faltaban candidatos porque, debido a la muerte de un tío, Anna se había convertido en un buen partido.

En 1881

En una reunión de amigos, en una casa de conocidos, Anna Mirello volvió a ver a Ettore Streno.

Era un joven de veinticinco años, no guapo, pequeño, sonriente, espigado, con una carne sin transparencia que le daba la apariencia de un convaleciente, tenía bigotes rojizos y gruesos; los ojos de un gris ceniza oscuro, ligeramente verdosos, no decían mucho de lo que pensaba, solo lanzaban destellos extraños que Anna no entendía, salvo que se trataba de ese destello de deseo, que arde en la sangre del varón ante una visión impura, por una sensación de sensualidad que, serpenteando fugazmente en la carne, da a las pupilas vibraciones ardientes.

Él era uno de esos hombres que pueden fascinar a una criatura nueva en el amor y que pueden atraer a una mujer por la tácita promesa de sabios placeres.

Violinista, sacaba de las cuerdas de su violín melodías celestes; había representado en el teatro una ópera y, cuando Anna lo volvió a ver, regresaba de una gira artística con éxito y una reputación de libertino. Se le atribuían mil aventuras y las familias burguesas que conocía lo consideraban un hombre depravado.

Virginia Mirello lo había conocido cuando era casi un niño, había sido amiga de una hermana suya, una persona muy querida, fina, culta y de una exquisita bondad, absolutamente diferente a toda la familia Streno y pronto se estableció una intimidad amistosa entre Ettore y la familia Mirello.

De las raras visitas de conveniencia pronto pasó a visitas diarias y después de pocos meses se estableció que Anna cada día daría clases de música con Ettore Streno.

Una jovencita que conocía tanto a Anna como a la familia Streno, una criatura viciosa y pérfida, al darse cuenta de la simpatía que Ettore había despertado en la chica y deseando

apagarla, le contó a Anna todas las habladurías que había sobre él.

Escenas de vicio, noches pasadas en escandalosas orgías con mujeres de mala vida... También le narró cómo había abandonado a su novia para huir con una cantante de opereta.

Anna recordaba haberlo conocido una noche en el teatro con una chica guapa y vulgar que le habían señalado como su prometida. También recordaba que Ettore, al verla de nuevo, después de muchos años de ausencia, le había dirigido un cumplido que le había parecido atrevido y que no le había gustado para nada, porque la chica la había mirado de arriba a abajo en un acto casi despectivo. Había sentido rencor y había tenido un instante de orgullo que le había dado durante un momento la soberbia certeza de estar mucho más arriba que esa mujer tan vulgar.

En ese momento esas habladurías provocaban en su alma un disgusto invencible, pero, pese a todo, en su mente, en su alma buena, nació una enorme lástima por ese hombre perseguido por los cotilleos.

“Le tienen envidia porque tiene talento”, se dijo a sí misma. O también: “Es la exageración normal de toda esta gente aburrída”.

Y la conversación con él le gustó mucho más y cada vez más su pensamiento lo fue ocupando él.

Él siempre le hablaba con gran dulzura, conseguía aislarla completamente de todo lo que les rodeaba, en cualquier lugar en el que estuvieran, y la dejaba con el corazón lleno de mil dulzuras vagas a las que ella no daba forma alguna.

Mientras trabajaba sentada bajo la ventana, el sueño inconsistente de la niña tomaba forma; ya no corría la mente por regiones irreales y se sentía más contenta de volver a despertar los recuerdos.

Ahora la mañana en que se casó Aspasia, la hermana de Ettore Streno, le volvía a la mente tan clara como si fuera un recuerdo querido. La novia ceñida en un vestido gris sedoso, con un largo velo que la envolvía como una ola; su madre que acompañaba a su amiga, tan guapa en la opulencia de las formas escultóricas, con los hermosos rizos castaños que le caían sobre el vestido, también de seda, clara como el primer aire matutino; la confusión de los brindis, el bullicio de las hermanas más jóvenes; luego más

claro el recuerdo de la velada en la que habían aplaudido las brillantes melodías de la obra que él había compuesto. Incluso algunos motivos que antes ya se habían perdido le volvían a la mente. Un trío especialmente divertido y una serenata preciosísima que Franceschi había cantado. Recordaba: estaba vestida de paje, con pantalones con bullones azules sobre medias de seda pálida como la carne, una capa le caía sobre los hombros y del cuello alto y del encaje blanco que le rodeaba el cuello surgía una linda cabecita, todavía más extraña por la peluca rubia y rizada que llevaba. Quizás esa era la mujer con la que había pasado las noches de orgía.

Ese pensamiento le despertó un sufrimiento.

Cada vez que sonaba la campana se asustaba y dos o tres veces en pocos días le sucedió que se sentía como si le faltara la vida. Una vez, mientras subía las escaleras de casa, se vio obligada a sentarse en los escalones porque sus piernas se le doblaban y un sudor frío le mojaba la frente y las mejillas descoloridas.

Sufría languideces extrañas que nunca había experimentado, horas de completa ausencia de pensamiento.

La primera vez que tocaron juntos una melodía de Schubert Anna no fue capaz de seguir el ritmo; un temblor, una emoción invencible le paralizaba la mano, esa mano que era tan ágil.

Él tenía la potencia del éxtasis, la fascinación de la magia, las notas de su violín eran palabras, gritos, suspiros, narraciones de cosas dulces, de cosas desgarradoras, eran cantos humanos; y en la gran pasión que brotaba de ellas, la dureza natural de la pobre cuerda animal desaparecía, como si no se tratara de un arco tenso con finas crines el que alzara su voz, sino una caricia de angélica mano invisible.

Anna sentía la emoción que había imaginado cuando soñaba con ser concertista de piano. Luego, vencida la primera timidez, estudiaba para conseguir que su ejecución fuera más dulce, más aterciopelada, para que el sonido ligeramente amaderado del piano no rompiera la dulzura, la maravillosa armonía. Nunca le preocupó que la admiraran; dotada de una gran suavidad, con el ligero toque de su mano experta, era capaz de fundir el acorde del piano en un solo sonido extremadamente dulce con la melodía del violín.

Y cuando tocaron juntos por primera vez, en un concierto, ante un público selecto, ella, en los aplausos que se dirigían a él, encontró parte de ese cumplimiento del deseo de gloria que con tanto ardor había soñado.

Y en su alma, los sueños, los deseos y las ansiedades se confundían en una aspiración que le pareció un amor grande e inmenso.

Nada más pudo leer en sí misma, excepto que quería a Ettore; e incluso una cierta vanidad hizo que le pareciera un bien supremo que ese hombre, a quien vislumbraba un futuro glorioso, se hubiera enamorado de ella.

¿Qué podría haber de mejor para ella?

No sabía nada al respecto.

Lo esperó ansiosa a la ventana a la hora fijada para las clases, se ruborizaba con sus largas miradas, con sus sonrisas, la languidez se tornó inapetencia, melancolía; las largas tardes que pasaban juntos a la orilla del mar acompañados por la familia, indiferente o complaciente, le parecían dulces, parecían asegurar el colmo de la felicidad, y la niña... la pobre niña que habría tenido en el intelecto, en la sangre, en la carne, en todo su ser, un tesoro de sueños elegidos, le entregó a ese amor su alma entera.

El ambiente en el que vivía no le hablaba de otra cosa que de vulgares mezquindades, de bajas pasiones veladas por comodidades necias, de comedias repugnantes para conseguir apropiarse del pretendiente que le llevase ante el altar de Dios. Tal vez ella había soñado, había buscado, vaga, inconsciente y débilmente, había pedido otra vida. No la habían observado ni estudiado quienes la amaban; sus padres, buenos, honestos, cariñosos, eran también criaturas que estaban demasiado lejos de la naturaleza de su hija. No pudieron leer sus inclinaciones, no pudieron apoyar, desarrollar sus instintos.

Cedía a la fuerza de las cosas, sin que nadie la sostuviera, sin la posibilidad de que se le mostrase un horizonte diferente en su lejano futuro.

Ella no sabía nada del mundo real, no había visto nada de él, no había ni siquiera podido intuir nada. En su mente se habían asomado ideas, gustos, voluntades, luego habían desaparecido en la nulidad de un ambiente no adecuado para desarrollarlas.

Y, al no tener otra ocupación, como todas las *señoritas* de la casta, que la de *tener novio*, a pesar de que ella era sincera y creía en ese amor, y ciertamente por un refinamiento inconsciente del sentimiento, la hizo palpitar un hombre que tenía una apariencia de fama gracias al arte o creada por el vicio. Quizás también porque entre los que la rodeaban era el único que podía despertar la atención de esa pequeña alma en la que dormía latente un profundo sentimiento del arte.

En su cara alargada aparecían palideces repentinas, enrojecimientos fugaces, las manos le temblaban a menudo sobre las teclas; sus preferencias eran más débiles en ella: ya no tenía más ambiciones femeninas, ni deseos de leer, ni de flores.

Una tarde, frente al inmenso mar, mientras el sol se abandonaba languideciendo, como si estuviera cansado por el gran amor que había dado a la tierra, él la cogió de la mano, dulcemente y le dejó una nota.

Al contacto Anna había temblado, pero había apretado el pequeño papel doblado.

Lo esperaba, ese momento, esperaba ese pequeño papel lleno de palabras desconocidas. Se quedó lánguida, sin habla, pálida, confundida; el corazón le latía precipitadamente.

La mirada de sus ojos de terciopelo se elevó sobre él que tenía una expresión interrogativa en el rostro; Anna tenía un himno de amor en las profundidades de sus pupilas.

Y, sin embargo, cuando ocho días después, tras haberse intercambiado unas cuantas cartas – sencillas y cortas las de Anna, prolijas y declamatorias las de Ettore –, él le susurró claramente, sujetándole la mano que hacía palpitar un suave nocturno de Chopin:

– Mi amor, ¿quieres ser mía para siempre? ¿Quieres que hable con tu padre? ¿Quieres seguirme en la vida? ¿Lo quieres, Anna? Dime.

Ella, como impulsada por una repulsión desconocida, sin voluntad decisiva:

– ¡No, todavía no, todavía no! – murmuró. Y él mostró una viva contrariedad en su cara.

Pero un mes más tarde, Ettore Streno le pidió la mano de Anna, uniendo a la petición las cartas que ella le había escrito y Cesare

Mirello no tuvo valor para oponerse a su hija. Sonriendo le había dicho:

– Ettore Streno ha pedido tu mano. Veo que tú también lo quieres...; no es rico, y podrías esperar a alguien mucho mejor. Pero, por otro lado, tiene talento y, además, no vamos a dejar que te vayas de casa. Entonces, ¿quieres casarte con él?

– Sí, papá, – Anna había respondido; pero el rubor le había sonrojado las mejillas al ver sus cartas en la mano de su padre. Le pareció casi una traición, la violación de un secreto querido, íntimo, que debería haber permanecido sellado entre dos almas enamoradas. Casi se sintió ofendida, pensó que, a pesar de las cartas, si no hubiera querido, nadie la habría obligado... Pero no se atrevió a reprochárselo. Todavía no sabía cómo ser mujer.

El compromiso se celebró en la gran sala de la antigua casa de los Mirello, de nuevo en manos de Cesare gracias a la herencia de su hermano.

Acudieron todos los parientes de Ettore que cansaron a Anna con manifestaciones de afecto abrumadoras, molestas y poco sinceras. A ella, esos besos, esas palabras, esas graciosas palabras le provocaban una ligera impaciencia como si se tratara de algo aburrido y sentía una repulsión secreta como si una barrera formada por recuerdos inconcebibles y malos se levantara entre su alma y esas personas con las que no se sentía una igual. No se trataba de desprecio, ni de orgullo, ni de antipatía, sino de algo diferente e insuperable.

De todos ellos la única que le gustaba era Aspasia, la mayor.

Sabía que estaba enferma de una enfermedad irremediable; al respecto había oído expresiones de compasión por parte de su marido que aún era muy joven; y el esfuerzo que hacía esta mujer, cuyo matrimonio era un tormento y un sacrificio, para que ella creyera en la felicidad, la emocionaba.

– Yo siempre estoy tan feliz como el primer día – le decía acariciándola. Y luego: – He sido tan feliz, tan feliz, al saber que Ettore se había unido a la hija de mi buena amiga. Tú eres un ángel, lo harás feliz y él tendrá que amarte mucho, mucho... Quieres a Ettore, ¿verdad?

– Sí, mucho.

– ¡Ojalá él sepa conservar tu amor!

Pero la emoción se hizo más viva cuando se quedó sola en la habitación de niña. Sentada al pie de la cama, con la cabeza apoyada en las colchas inmaculadas, con los inmaculados velos de las cortinas que escondían la mitad de su persona y que caían en suaves pliegues, Anna se dejó conquistar por el llanto.

La llama de la vela que descansaba en la mesita de noche, movida por el agitado aleteo de una mariposa nocturna que había entrado por la ventana entreabierta, hacía que las sombras temblaran sobre la cama nívea y, ya que Ana, con el rostro lloroso inclinado sobre el hombro, tenía el brazo extendido sobre la colcha y la mano abierta, el temblor de la llama amarilla hacía resplandecer el pequeño diamante del anillo de prometida.

La mirada errante se movía por aquí y por allá sin pararse a pensar, porque el llanto era involuntario y había nacido de un contraste de sensaciones demasiado latentes para que ella pudiera entenderlas por completo; esa mirada vaga e incierta, casi maravillada por el brote espontáneo de un involuntario dolor, se posó sobre el brillo iridiscente de la piedra.

El llanto se hizo más lento, volvía de vez en cuando, se parecía al llanto de un bebé y, poco a poco, en su preocupación y distracción involuntarias apareció el resplandor de los rayos iridiscentes.

Luego se levantó, lentamente se secó las últimas lágrimas; estaba tranquila; las impresiones que habían causado esa ligera tormenta del alma iban desapareciendo y Anna sintió otra necesidad inconsciente: refrescar la cabeza caliente en el fresco baño de la brisa de la noche. Abrió las persianas y se asomó. Al principio no distinguió nada, era una noche sin luna y en la oscuridad, apenas conquistada por el brillo lejano de las estrellas, los árboles del jardín se delineaban como masas oscuras en el ya oscuro aire.

Algunos ruidos inciertos, como el crujido de las hojas secas, pequeños ruidos sordos, susurros leves, le causaron un ligero escalofrío que, si no era precisamente de miedo, era siempre un temblor que te invade cuando aparecen de repente las tinieblas y, con ellas, los ruidos incomprensibles que el ojo no puede precisar.

Se acordó de que, desde esa misma ventana, su padre, de joven, había descargado su rifle en el aire para asustar a los ladrones que estaban destrozando la rica espaldera de cítricos y afiló la mirada

para ver si había alguna criatura viva que estuviera escondida por allí. Pero por esa natural disposición que había en ella, por ese desprecio del peligro que le dejaba el corazón en calma incluso frente a hechos que agitarían a otras criaturas, poco a poco se resignó a todos los ruidos y sonrió ante el estremecimiento que la había invadido.

¿Había tenido miedo? ¡Qué tonta! Y, sin embargo, cuando era una niña pequeña corría por los oscuros caminos de Casciana, sola, y, si alguien le preguntaba:

– Anna, ¿no tienes miedo?

...respondía:

– No, tengo un bastón.

Su padre bromeaba diciendo que había nacido niña por error y la vistió de hombrecito hasta los siete años.

Recordaba que, una vez, la puerta de la casa se había quedado abierta hasta después de medianoche y su padre no estaba, las mujeres del servicio tenían miedo; ella, que desde la cama lo había oído todo, se había levantado y sola, con una vela en una mano y un bastón en la otra, había recorrido todas las habitaciones de la casa, rebuscando debajo de las camas, detrás de las cortinas.

Ahora se reía, se reía de su bravuconería y también un poco de la emoción que la había invadido.

Cerró la ventana sin ganas; de una pequeña caja sacó el retrato de su novio y lo besó.

Un pájaro nocturno atraído por la luz golpeó con fuerza contra las persianas y ella se estremeció.

Después, se quitó la ropa siempre sin ganas y, cuando se metió en la cama, un intenso frío la invadió.

Tuvo fiebre.

En 1883

Se había acordado que se casarían tan pronto como Anna cumpliera los dieciséis y que Ettore se hubiera asegurado una mejor posición social.

El noviazgo no había transcurrido con serenidad.

Entre la madre y Ettore siempre había una discrepancia por distintos motivos y esta continua pelea verdaderamente hacía sufrir a Anna.

Luego él había tenido grandes dificultades para asegurarse el futuro; finalmente, cuando los contrastes se habían hecho cada vez más vivos y el descontento había crecido en la familia Mirello, a Ettore le nombraron profesor en una escuela de música de una pequeña ciudad de la Toscana.

Y el matrimonio se apresuró, ya que él tenía que irse a vivir al lugar al que le habían destinado.

En los últimos días, justo cuando todo estaba ya preparado, nació un serio conflicto de intereses.

Ettore Streno exigía una asignación dotal que Cesare Mirello no quería dar y que no había aconsejado tampoco el notario, ya que Ettore carecía de medios para asegurarla.

Streno, seguro ya del amor de Anna, no quiso ceder y se alejó.

El dolor de la niña no se manifestó con inquietud, era tranquilo, pero sombrío.

Cesare Mirello tuvo miedo; Anna le había dicho que se iba a retirar en un convento.

La idea de perderla habría conseguido que cediera, pero en el último momento Ettore Streno, dándose cuenta de la inutilidad de su pretensión, ya que Anna era la única heredera de los bienes paternos, regresó.

Le dijo a la chica que el amor por ella había sido más fuerte que todo lo demás.

– Si no te hubiera querido, no habría cedido. ¡Y solo por ti, por ti, solo por ti!

Pero en Anna lo sucedido le había dejado una ligera impresión de amargura.

Esa mañana de febrero de 1883, Anna Mirello se levantó al alba. Era un amanecer gris y en el aire húmedo parecía que las últimas gotas de lluvia, que habían caído furiosamente por la noche, se habían quedado suspendidas. Un viento tibio aún prometía agua.

Había encendido la luz.

Se vistió de prisa, con cuidado, con precaución, para que nadie la escuchara; entreabrió la puerta de la habitación, luego apagó la luz y, de puntillas por el comedor vacío, por el pasillo, entró en una pequeña sala de estar. Abrió la ventana. El naranjo grande, alto, rico, que había plantado el abuelo Domenico Mirello, un raro ejemplar de vegetación exuberante, lleno de frutos amarillos, recubría gran parte del jardín, como un paraguas fantásticamente salpicado de oro. Anna tuvo un antojo. Extendió la mano y cogió un fruto de una rama que casi entraba en la casa. Lo sostuvo un poco bajo la nariz, embriagada por el perfume agudizado por la gran frescura, luego, con un movimiento lento, casi involuntario, abrió la mano y lo dejó caer. La fruta se rompió en el borde de una maceta donde el tronco de un rosal esperaba, temblando, la primavera. Anna, miró la fruta aplastada, miró alrededor del jardín, luego, como invadida por un deseo invencible de destrucción, cogió una fruta más y la dejó caer, una más y una más hasta que no quedaron más en la rama. Después le quitó las hojas, sujetó el tronco desnudo con fuerza en la mano, unos instantes, luego lo rompió y lo tiró lejos, en el jardín.

Un ligero suspiro le hinchó algo el pecho; observaba como desconcertada.

¿Habría vuelto a ver ese hermoso jardín lleno de frutas y flores?

Se volvió; la salita de estar donde había pasado tantas horas durante esos dieciocho meses de noviazgo estaba completamente vacía.

El aire húmedo, el viento que, viniendo del mar, penetraba en la habitación templada llena de perfumes penetrantes, le dio una sensación de desfallecimiento; se apoyó en la ventana y miró a su alrededor.

Nada más. Las paredes están desnudas; ni una silla, ni un sofá, ni un solo signo de vida. Se movió como si la hubiera empujado la necesidad de ver algún objeto. El comedor estaba vacío, la sala de estar donde se encontraba el piano ya no tenía los muebles habituales. En un rincón había una mesa llena de platos, vasos, botellas y una decena de sillas estaban apoyadas en la pared.

Abrió despacio la puerta; en la gran sala se encontraba pegada a la pared una estrecha mesa ya preparada y, a la tenue luz del lento amanecer invernal, los lienzos blancos, la vajilla de plata, los cristales, presentaban brillanteces imperfectas, como si se pusiera un velo muy ligero, ahora sí ahora no, encima de ellos.

Anna, se quedó parada un rato, no demostró ni alegría ni emoción. Esa mesa era para ella, la fiesta era para ella, la casa estaba vacía por ella, todo por ella, porque se iba a casar y ella se iba y su padre y su madre la seguían.

Los muebles ya los habían enviado a la nueva casa. Anna no sentía ninguna alegría viva, ni un vivo dolor; el recuerdo serio de los problemas, de los enfrentamientos dolorosos, le hacía sentir una incertidumbre que le daba a su rostro un poco cansado por el insomnio el aspecto de una completa indiferencia.

Recorrió de nuevo las habitaciones vacías, bajó al jardín, caminó unos minutos, arrancó pequeñas plantas, buscó en cada rincón, recogió violetas tempranas, muguets y luego lo tiró todo; subió de nuevo y, como si el mudo y rabioso adiós la hubiera agotado, se volvió a echar encima de la cama. Después de un rato, la madre llamó a la puerta.

- ¿Ya te has levantado, Anna?
- Sí, mamá, estoy terminando de vestirme.
- Es tarde.
- ¿Es tarde?
- Sí, es de día.
- Ya voy, mamá.

Ahora la asistenta también se había levantado, alguien había venido de fuera, el movimiento comenzaba, ese movimiento apresurado de gente que prepara algo diferente a lo habitual.

Anna se había sentado al pie de la cama, con las piernas cruzadas y miraba el vestido de raso rosa pálido que habían colocado en las sillas.

Pronto habrían sonado las ocho y Anna se vestía o, mejor dicho, dejaba que la modista y su madre la vistieran, un poco precipitadamente porque el tiempo apretaba. La mente de la joven estaba ausente.

Le hubiera gustado que sus padres no la siguieran, ¡quedarse a solas con él!

Sentía la libertad de efusión reprimida, se sentía cohibida, atada, presentía nuevos y más duros dolores.

La modista corregía las pequeñas imperfecciones con hábil mano, mientras Anna, con la mirada fija en el vacío, pensaba en el pasado y no se atrevía a pensar en el futuro.

– Camine un poco – le dijo la modista inclinada sobre sus rodillas.

Y ella caminaba automáticamente, sin ni siquiera dignarle de una mirada al rico vestido pensado como para una fiesta...

– Agáchese....

Y se agachaba lentamente, cansada por la noche inquieta, por la espera...

– ¿Tenemos que poner flores?

Y la corona immaculada de flores blancas de azahar enmarcó la gruesa trenza oscura, enrollada en la nuca. La cara era demasiado juvenil bajo el peinado tan alto, desentonaba en un contraste ofensivo y los alegres adornos que cubrían su persona no estaban en armonía con las arrugas de su frente contrariada.

– ¿Ponemos el velo?...

El largo velo blanco la cubrió como si una nube muy ligera quisiera ocultar toda la agitación que tenía en el alma.

Ettore iba a llegar.

Ella sonrió, como si una alegría repentina hubiera disipado recuerdos y miedos, le ofreció la frente, levantando la ola blanca que parecía estar allí para defenderla del primer asalto brutal de ese varón al que pronto se habría entregado.

Y luego, mientras el carruaje la llevaba a la iglesia, la turbaron otras visiones bien diferentes.

Su vida germinaba, no entre las expectativas estériles del amor, sino bajo la mirada ansiosa de un hombre que le había hecho

sentir en su sangre llena de juventud estremecimientos calientes, momentos de abandono, durante los cuales él podía tomarla completamente, si una mirada vigilante no lo hubiera impedido.

La promesa del placer que el amor le daba a la joven, brotada inmediatamente como una flor en el invernadero al calor de un amor correspondido, a veces hacía que anhelara los besos. En los raros momentos en que podía estar a solas con Ettore se arrimaba a su cuello y le ofrecía sus labios ávidos y él le susurraba en la boca mientras le correspondía:

– ¡Qué sensual tienes que ser!

Esta palabra le prometía un mundo de dulzuras desconocidas.

Pero en ese momento, los recuerdos de esas dulzuras vislumbradas pasaban por su mente enfriándose al chocar con otros recuerdos. Y, justo cuando bajaba del carruaje y pasaba por la puerta de la iglesia, le volvió, en rápida visión, un hecho extraño a esa hora de amor.

Una noche en el teatro, maravillada ante los frenéticos aplausos que Ettore dirigía a una hermosa *chanteuse*, Anna vio pasar por su rostro extraños destellos de luz que le afeaban y le daban una expresión malvada repulsiva. Tenía los ojos abiertos y fijos en esa mujer, como si quisiera penetrarle en la carne con la mirada, se atormentaba el bigote con los dedos contraídos por un temblor y las fosas nasales se le hinchaban. A Anna la había invadido una sensación de asco.

– ¿Conoces a esa mujer? – le había preguntado.

– Sí – respondió con dureza, y salió del palco.

Anna lo distinguió entre bastidores y sintió dolor. No se lo reprochó, no habló, por miedo a provocar una discusión, pero estaba segura de que en ese momento algo muy malo había pasado por el alma de Ettore, algo que ella no concebía completamente y que era muy diferente a su amor.

Y a esa hora, mientras entraba en la pequeña iglesia de los Capuchinos, adornada solo con flores y perfume, recordó ese teatro, ese palco, esa mirada y se volvió para ver si la misma expresión estaba en el rostro de él.

Él le sonrió y Anna miró a su alrededor con sus ojos límpidos ahora más tranquilos.

La pequeña iglesia estaba abarrotada. En el barrio densamente poblado la familia de Anna la conocían desde hace muchos años;

todos esos lugareños, rudamente cariñosos, habían acudido en masa a ver a la graciosa señorita, cuyo abuelo había vivido y muerto entre ellos. Le abrían paso mientras ella caminaba con solemnidad, confundida, pálida bajo el velo níveo que daba al raso rosa de la túnica una tonalidad más suave, atenuando sus reflejos, más vivos a la luz de las cien velas, y un murmullo de admiración se levantaba a su alrededor, mientras que su antiguo maestro de piano, desde el órgano, tocaba con vibraciones melódicas un hosanna de alegría por la felicidad de su pequeña pupila. La melodía se perdía en el aire grave de perfume y el incienso ardía levantando sus anillos que envolvían a la esposa niña, inclinada, con la cabeza sobre el terciopelo del reclinatorio, con la mano en la mano del novio esperando el anillo de bodas, después de pronunciar con voz lenta el sí que ponía fin de repente a la existencia pasada para abrirle una vida nueva e inmutable.

Las ideas se le confundieron por un momento: el contacto de la mano que le apretó un poco los dedos la hizo temblar dulcemente. Un nudo le apretó la garganta, dos lágrimas aisladas le cayeron por las mejillas; entonces se sintió avergonzada por haberse dejado vencer por la emoción y, como no tenía el alma predispuesta a la oración ni nunca había conseguido aislarse en el misticismo, a su mente volvieron en masa, como siempre, las visiones del pasado y las del futuro.

Aspasia, ceñida en el vestido de raso negro, triste y amable, al verla tan absorta, le susurró:

– ¿Qué es lo que te pasa? ¿Estás mal?

– No, no – respondió rápidamente y bajó todavía más la cabeza.

A la salida fue Ettore quien le dio su brazo y en el mismo carruaje se dirigieron al Ayuntamiento. Ante el código, Anna estaba menos distraída; le pareció mucho más serio; la lectura de los artículos de la ley, la firma, la sala solemne, el alcalde... todo le habló, más que en la iglesia, del acto solemne que la ataba para siempre; ya no escuchó nada más, hasta que estuvieron de nuevo en el carruaje, ni las frases juguetonas de Aspasia, ni las amables palabras de Ettore; como si estuviera soñando, escondiendo el pensamiento bajo una sonrisa forzada, tuvo una vaga sensación de temor que, tan pronto como llegó a casa, se disolvió en un llanto en los brazos de su madre.

Unas horas más tarde, sin el velo blanco y el vestido de novia, ceñida en un vestido oscuro, se echó sobre los hombros una capa, bajó las escaleras de la casa paterna para ir a la estación. Ya no habría vuelto allí; la pareja se quedaba en Pisa esa noche y, al día siguiente, irían a Florencia y luego a Arezzo, donde se reunirían con la familia de Anna. El padre y la madre iban antes para preparar el apartamento.

A duras penas la habían arrancado de los abrazos demasiado vehementes de las cuñadas, de los apretones de los amigos, había besado durante mucho tiempo a su madre emocionada mientras lloraba sonriendo, luego había subido al carruaje. Amelia, la amiga de su infancia, fue la última en besarla y, mientras Anna se inclinaba desde la puerta del carruaje para darle un abrazo tierno, un llanto mal reprimido la maravilló. Volvió la mirada. Al final de la escalera, medio escondido a la sombra del portal, Icilio, su compañero de juegos, lloraba y no había podido reprimir el llanto que le asaltaba, más fuerte que la voluntad que hubiera querido sofocarlo en la garganta.

– ¡Pobrecito! – murmuró Amelia.

– ¿Por qué está llorando? ¿Por qué? – dijo Anna y lo llamó, también ella entristecida. Pero ya era tarde; el carruaje se movía y ya no vio a nadie; distraída, aturdida, pronto se esfumó por completo el recuerdo de ese llanto; por primera vez se quedaría sola, completamente sola con ese hombre al que, enamorada, había jurado fidelidad, amor y al que ahora estaría atada de por vida. La pesadumbre se asomó nuevamente a su alma turbada por tantos acontecimientos; en el último abrazo de su padre sintió la ansiedad que le latía en el corazón, sintió que él estaba sufriendo al dejarla y, cuando ya no lo vio, el miedo a lo desconocido se apoderó aún más de ella. El vagón estaba inundado de flores. Todos los ramos de flores los habían puesto entre las maletas, los últimos recuerdos de su juventud inmaculada que iba a ser manchada en la violación concedida al deseo cupido de un varón al que ella tenía que abandonar su cuerpo.

Durante el corto viaje habló mucho por el miedo de que ocurriera algo de inmediato; ahora en su poder, esos escalofríos sensuales que con los besos le pasaban a la sangre parecían desvanecerse en la realidad del hecho que estaba a punto de ocurrir. Anna tenía frío y miedo.

Habló mucho, le pidió que le prometiera que iba a ser muy bueno con sus padres, hizo que le prometiera paz. Sufría mucho por esas discusiones, sufría un intenso dolor y pidió a su marido que le procurara días tranquilos.

Hablaba como para distraerlo..., pero él tenía demasiada experiencia en placeres y un ardor demasiado impetuoso no le apremiaba en la sangre.

¡Ya había disfrutado mucho!

Quería probar la sensualidad poco a poco; esa niña era demasiado deseable con ese pequeño cuerpo virgen, flexible, fresco como un lirio, ajeno a cualquier contacto, era demasiado tentador para sus sentidos, y no hubiera querido poseerla así, en el asiento de un vagón... ¡Tenía tiempo! Al bajar del tren, Anna se sintió aliviada, le parecía que tenía que pasar un tiempo indefinido antes de que llegara la tarde y, de nuevo, feliz por esa apariencia de libertad, sin sentirse vigilada, se divertía como una niña, sintió mil pequeños deseos, quiso subir a la alta torre inclinada, quiso visitar la iglesia de los Caballeros, quiso correr por la ciudad en un carruaje, animada por una nueva alegría, riendo locamente por cada cosa, casi olvidándose de que el hombre era su marido, su nuevo amo, como si hubiera vuelto a la época loca en la que corría por las pendientes, como si fuera solo un nuevo compañero de juegos. Al caer la noche, la euforia se calmó; la memoria de lo que tenía que ocurrir le volvió, dejándola, de repente, fría.

Se detuvo a mirar el efecto mágico de las calles a lo largo del río Arno de Pisa iluminadas por la larga hilera de farolas que formaban como una estela luminosa, igual, ininterrumpida y que brillaba en el agua con pequeños puntos brillantes. Pero, realmente, estos lugares, tan bonitos por esa curva luminosa, perfecta, que acompañaba el solemne pero también caprichoso descenso de las aguas, no le decía nada en ese momento. No tenía todavía el alma abierta a ciertas bellezas grandiosas y, en ese momento, otro pensamiento serio le martilleaba en la cabeza.

– ¿No tienes prisa tú? – ...le murmuró Ettore en voz baja; con un temblor nervioso en la voz.

– No estoy cansada – respondió Anna.

– Es tarde, primero comeremos, y luego... ya sabes. – Y la abrazó.

Ella se dejó guiar.

En el mesón le pareció que todos los ojos la miraban fijamente, que todo el mundo sabía que ella era la esposa que esperaba el amor, una loca vergüenza se apoderó de ella, no fue capaz de levantar más los ojos que, sin embargo, llenos de pureza fijaban la mirada en la de los demás.

No comió, mientras que a él le servían todo tipo de manjares apetitosos.

En la puerta de la vulgar habitación del hotel sintió vértigo, se paró un momento, casi le pareció que se iba a caer.

Hacía frío; no habían encendido el fuego. Anna estaba temblando.

La sentó sobre sus rodillas y la besó. Lentamente le quitó la capa, el sombrero y, de repente, levantándose:

– Venga, desnúdate, – le dijo casi brutalmente.

Anna se preguntaba si de verdad quería a ese hombre.

Luego, mientras estaban casi desnudos, él se dio cuenta de que no había sábanas. Blasfemando, llamó a la camarera, mientras que, a toda prisa, Anna se ponía la capa sobre los hombros.

Todavía estaba temblando y sus dientes le castañeaban como si tuviera fiebre.

Mientras se disculpaba diciendo que no le habían dejado la llave, le pareció que una sonrisa burlona deambulase por los labios pálidos de esa mujer, de esa camarera ante cuyos ojos tantas y tantas cosas habían pasado y una ola de sangre le sonrojó las mejillas.

Sentía el calor de la fiebre y temblaba. Una debilidad convulsiva le doblaba las rodillas, hacía que le dolieran los huesos que sentía rotos como por el agotamiento.

Cuando la camarera salió, tras la atenta invitación por parte de él, la fría resolución que siempre en los momentos extremos caracterizaba su fuerza, la reanimó.

Se dijo a sí misma que así debía de ser, que ese era su deber, que era *necesario que fuera así*. Trató de recordar la dulzura de los besos intercambiados fugazmente, trató de *querer desear*, no lo consiguió, pero de cualquiera de las maneras se desnudó y después de un minuto, acurrucada bajo las sábanas se quedó esperando. Había sentido una emoción más intensa; acostumbrada a la calidez de la cama preparada por su madre, el

frío húmedo de esas sábanas le penetró en el cuerpo que ya estaba tiritando, un ligero grito le salió de los labios un poco quemados, luego cerró los ojos anhelando el final.

Estaba a punto de saber qué era el amor.

¿Cuál habría sido el gran bien por el cual se padecían tantos sufrimientos, se derramaban tantas lágrimas?

En ese minuto de espera, una multitud de pensamientos le pasaron por la cabeza como un torbellino vertiginoso de cosas mágicas.

En la cama helada, pura en el cuerpo y en el alma, pura de sensaciones, pura de deseos, Anna esperaba el calor del amor, esperaba ese placer supremo con el que él la había hecho soñar, esa sensualidad que él decía que le iba maravillosamente bien.

Ella lo sentía cerca y el estremecimiento le serpenteaba en la sangre mientras esperaba.

Se demoraba el marido experto en placeres comprados, no podía conocer las secretas incertidumbres de una virgen, ni las delicadezas que se necesitan para no herir su instintivo pudor. Quiso encerrarse en la cama amplia y quiso que todas las cortinas bajadas escondieran ese primer abrazo y, como estas no cedían al cordón, se puso de pie en el suelo antes de ponerse toda la ropa de cama y sin esconder su desnudez.

¡Qué horrible sensación la que arruinó en ella todo un ideal! Un profundo e irreparable disgusto enfrió todavía más ese pobre cuerpo que esperaba el amor... y él la hizo suya sin que una rebelión la sacudiera, sin que en una revuelta de dolor intentara escapar de él, padeciendo atrozmente impertérrita a la idea del deber, pero sin la más pálida apariencia de placer, sin el más mínimo gesto de sensualidad.

La hizo suya brutalmente, violando esa pureza que le abandonaba casi inconscientemente, la tomó impudicamente, sin atenuarlo con bondad amorosa, sin ahorrarle nada, mientras que la pobre chica, angustiada, aceptaba a ese varón que, al quebrarle el cuerpo virginal, le arruinaba también el alma que todavía no se había abierto a sensaciones de amor fuertes y verdaderas, a esas sensaciones que en el coito ofrecen la plenitud, otorgan el olvido del ser que casi se consume al confundirse en un solo deseo dulce con la criatura deseada.

Pasó de la completa virginidad de los sentidos y del alma a la violencia del deseo brutal; no conociendo bien lo que era el amor, alejada de repente del vago idealismo que había acunado su joven mente en sueños tan diferentes, esa cruda realidad la asustó, le disgustó, le provocó el asco invencible que viene de las cosas sucias.

No pudo reaccionar, no pudo pensar, se abandonó inerte a los muchos coitos, luego cuando él, saciado y cansado, se durmió, en la larga e infinita noche como su disgusto ella no se atrevió a moverse ni casi a respirar por temor a que el hombre se despertara insatisfecho y volviera a ensuciar sus pobres miembros quebrantados.

En 1884

De la luna de miel volvió ligeramente indispuesta debido a una enfermedad que su marido le había contagiado.

Como sufría, el médico le había aconsejado que se quedara en la cama sin decirle qué enfermedad padecía. Pero había oído un suave cuchicheo, extrañas preguntas dirigidas a Ettore; había entendido vagamente. No se había sentido muy afligida por la inconsciencia de su edad y porque había estado sufriendo durante muchos días por los coitos conyugales.

Ese primer horror siempre fue el mismo y ella habría hecho cualquier cosa para escapar de esa porquería, aun estando segura de querer a su marido con toda la fuerza de su intelecto.

Anna no estaba contenta. Había encontrado en el matrimonio un tormento más y la visión de un futuro siempre igual.

Después de unos meses se quedó embarazada y, afligida, se había abandonado perezosamente a los delicados cuidados de sus padres, sin sentir ningún entusiasmo ante la próxima maternidad. Ettore ya había comenzado una vida diferente. Poco a poco se había alejado de la familia y llevaba una vida poco regular. Hubo discusiones, cuestiones vehementes, luego una pelea sorda todos los días, en todo momento.

A menudo no almorzaba en casa; por la noche volvía muy tarde, a veces deseoso de su mujer que cada vez estaba más cansada, siempre más disgustada por la dolorosa espera.

A menudo ella no lo veía durante todo el día y luego volvía de noche de un humor de perros, presentando débiles excusas para esas ausencias.

Un miércoles por la noche, en enero, mientras con ansiedad escuchaba los pasos de los vagabundos nocturnos en los que poder reconocer los de Ettore, sintió un dolor agudo que parecía que le iba a romper los riñones.

Tuvo miedo y pidió ayuda. El largo trabajo del parto había comenzado. Su madre y toda la gente de la casa se agitaban a su

alrededor y ella, que siempre estaba escuchando con mayor ansiedad, unas veces se sentía angustiada por el retraso de su marido, otras, se sentía sacudida por los tremendos dolores.

Durante toda la noche, durante todo el día y mitad de la noche siguiente, Anna se retorció por los desgarradores dolores.

A veces apoyaba la cansada cabeza en el hombro de su padre, como si él pudiera ayudarla:

– ¡Papá, papá! Pasaré pronto, ¿verdad?

La voz casi apagada parecía un lamento infantil.

– ¡Papá, otra vez! ¡Otra vez! – decía cuando la contracción volvía de nuevo, cada vez más fuerte y le hinchaba, le deformaba la cara.

En las raras apariciones de su marido en ese largo día angustioso, ella no pudo corresponder a su ternura.

– Vete, si tienes cosas que hacer, vete, pasará, todo terminará pronto.

Le parecía distinguir una señal de tedio en su cara.

Y cuando la tumbaron en la cama, que ya había alcanzado los últimos sufrimientos, en el dolor supremo ininterrumpido, de hecho, excitado, prolongado por el médico que temía que le abandonaran las fuerzas, ella creyó que iba a perder la vida.

– ¡Me muero, doctor! ¡Me muero! ¡Que sea pronto, por favor!
– y las manos aferradas a dos trapos fuertes, que crujían por el esfuerzo, que nunca era el último, nunca el último. Luego el crujido de los huesos se hizo más intenso, el esfuerzo fue inmenso, algo sobrehumano pareció ayudarla, algo que no era solo su única fuerza y un grito sofocado, desgarrador, en el que había desesperación y al mismo tiempo liberación, hizo que se alzara, mientras bajo las sábanas, de su cuerpo descendía algo grande y suave en el torrente sanguíneo caliente y cayó exhausta, casi desmayada, con los brazos llenos de moratones que ya no tenían fuerza para moverse.

Había nacido un niño.

Ettore, en un rincón de la habitación, se secaba los ojos, parecía emocionado.

Anna, en la dulce calma de la liberación, sintió un gran deseo de perdón, de paz. El rencor que los dolores habían aumentado por el hombre del que cada día temía un sufrimiento, desaparecía, se fundía en una suprema necesidad de ternura. Lo besó con amor.

– ¡Quiéreme un poco! ¡He sufrido tanto!

– ¡Pobre Anna! ¡Pobre Anna!

Durante toda la noche, la pequeña madre sintió suaves estremecimientos; miraba a su pequeño y le parecía que una paz sin fin había vuelto con él. Lo acariciaba suavemente, por temor a hacerle llorar y, a pesar de las recomendaciones del médico, no se volvió a dormir, muy emocionada por una agitación buena y reconfortante.

Una semana más tarde, Anna otra vez sufría esperando a su marido.

Escuchó a la matrona, que creía que estaba durmiendo, contarle a su madre que él había pasado la noche de orgía con unas bailarinas del teatro.

Y la vida habitual comenzó de nuevo, entre largas esperas y reproches, sin poder encontrar la paz de la adaptación que les da a ciertas criaturas la posibilidad de vivir serenamente en cualquier tipo de miseria moral, incluso en la abyección.

Ella sentía un vacío a su alrededor que ni siquiera se explicaba; y se sentía a veces sorprendida, incluso en los momentos más tranquilos, de sentir un deseo agudo, loco, de algo que no se precisaba en su mente.

Ahora casi no tocaba más, rara vez se acercaba al piano, ni siquiera acompañaba a su marido cuando tenía que tocar en público, aunque él declarara que nadie le seguía con la precisión y dulzura de ella.

Una indiferencia casi hostil por todo lo que la rodeaba la hizo parecer dura, descortés. Intercambiaba raras palabras con sus padres, acariciaba poco a su pequeño; era su madre la que lo cuidaba y se desvivía por él porque, al nacer enfermo, había tenido que superar momentos de grave peligro.

Se quedó embarazada de nuevo y el tedio que esto le producía la entristeció todavía más.

Vencida por un desánimo imbatible, dejó que su pensamiento la abandonara por completo. Ninguna fuerza de voluntad acudía en su ayuda; durante tres meses permaneció casi siempre en la cama y nadie conseguía distraerla de esa destrucción moral voluntaria.

Si con oraciones o con imposiciones absolutas el doctor o el padre conseguían que caminase, sus piernas se le doblaban, se ponía pálida y se desmayaba.

Luego, un día, ella había salido voluntariamente de ese letargo sin causa, sin apremio. Era verano, abandonada en un sillón, frente a la ventana que daba al jardín, alegre espectáculo de verde, de las flores, del sol que hacía que se desvanecieran en un baño de luz los tonos demasiado vivos de las rosas en llamas y de los geranios, le pusieron en la sangre una enorme necesidad de moverse, como si hubiera encontrado paz en ese jardín tan alegre, tan fresco. Y sola, sin pedir ayuda, se levantó, caminó por los paseos, cogió flores, hizo un ramo con ellas; con la necesidad de sentir una alegría, sintió también la de darla y, acercándose a la puerta de una habitación donde el padre pasaba las horas calurosas leyendo o descansando, abrió la puerta y se le apareció casi con un aire triunfante:

– ¡Soy yo, papá! – dijo.

– ¡Oh, Anna! ¡Muy bien! ¡Muy bien!

Desde ese momento intentaron distraerla, mimarla para que no cayera en el abandono.

Organizaron una excursión a Casentino donde habían sido invitados por algunos amigos y todos fueron allí; incluso Ettore.

Fueron a Camaldoli y en los grandes bosques de abetos, ante las maravillosas vistas, Anna disfrutó unos días de una alegría despreocupada que pronto se apagó, pero, en cualquier caso, había vuelto a encontrar la fuerza de la vida, la fuerza de su vida inmutablemente angustiada.

Una noche se había quedado en el salón para terminar el bordado de un vestido para el hijo que iba a nacer. Su padre se lo había dicho:

– Anna, son las once, vete a la cama.

– Ya me voy, papá.

– ¿Ettore llega tarde?

– Creo – ella había respondido vagamente. Pero no sabía nunca nada.

Se levantó con dificultad; fue a la habitación del ama de cría, besó al pequeño Cesarino que estaba dormido; luego, como un

gran cansancio la oprimía, se apoyó sobre el brazo de su madre. El grosor de su cuerpo, mal escondido por la ancha túnica, la deformaba un poco.

– ¿Quieres que me quede despierta hasta que vuelva Ettore? – le dijo esta. – Creo que esta noche estás sufriendo.

– ¡No, no! – contestó como si se hubiera asustado.

Sabía que serían demasiadas horas de espera y prefería esperar sola, sin tener el tormento de todo lo que le diría su madre.

Varias veces lo habían esperado juntas; varias veces, en esos meses de malestar eterno, acostada en el gran lecho conyugal, había escuchado los lamentos de su madre, mientras que ella en su pobre cerebro cansado intentaba encontrar las razones que justificaran las largas demoras.

¡Prefería estar sola!

Esperarlo a solas, escuchar atentamente si se oía su paso resonar en el silencio de la noche y abrirle lentamente para que no oyese el chirriar de la llave y, así, al día siguiente poderle decir a su madre o a su padre:

– Sí, llegó temprano, anoche; inmediatamente; poco después de irme en la cama.

Y ellos fingían que la creían, para no darle más dolor; fingían que ella los había convencido, hasta que algún mal gesto por parte de él, alguna demanda de dinero, o algún hecho demasiado evidente despertaba revueltas en los padres de Anna; entonces nacían escenas terribles que la reducían a un estado extremo de postración.

Ella temía esto más que nada y, en la continua y feroz defensa, había terminado por persuadirse a sí misma de lo que su mente inventaba para disculparlo.

– Deja que me quede, – repetía su madre.

Pero Anna la convenció para que la dejara sola.

Y empezó a soltarse el pelo; la larga trenza ahora pesaba más sobre su cabeza más cansada que entonces.

Lo recogió con fuerza en la nuca, dejó caer la túnica, se agachó con dificultad para cogerla, con la punta del pie apoyada en el talón se quitó los zapatos bajos y, sin desnudarse, se acostó. Luego se puso a escuchar.

– ¿Estás en la cama, Anna? – Le pregunto de lejos su madre.

– Sí.

- ¿Cómo estás?
- Bien, mamá.
- Si lo necesitas, llámame.
- Claro que sí, mamá.

Esperó un poco más; luego, lentamente, con infinitas precauciones, se levantó, se puso de nuevo el vestido, sin hacer ruido, cerró la puerta y, con indecible ligereza, adquirida con la costumbre, como si fuera culpable, como si temiera una sorpresa, abrió la ventana.

Era octubre, un viento casi frío la hizo temblar, se estremeció con un dolor en el vientre, se dejó caer en un sillón y se quedó allí durante mucho tiempo.

Escuchaba con atención.

Luego un miedo la invadió. Se levantó rápidamente, abrió una caja de la cómoda alta y miró dentro: nada se había movido, nada había cambiado de lugar. Así que su madre no lo sabía.

Uno a uno sacó sus estuches... los pocos estuches de sus alegrías como esposa. ¡Estaban vacíos!

Dos días antes, había vendido el reloj de oro porque Ettore quería dinero y ella no había tenido el valor de pedírselo a su padre. La cadena de oro la había sustituido con una de metal amarillo; el anillo de pedida ya no estaba allí.

Suspiró al estremecerse, no por los objetos, sino por las luchas tan amargas de su corta vida. ¿Habría sido siempre así?

Estaba cansada, muy cansada, Anna Streno, cansada de tener que esperarle todos los días con ansiedad, de defenderle todos los días.

- ¡Si estuviera sola al menos!

Sentía la necesidad de descansar, de no pensar más en lo que él hacía. ¡Que se quedara fuera, que jugara, que pasara las noches en una orgía a su gusto, pero que ella pudiera descansar!...

Mientras tanto, se había asomado a la ventana.

Pasaban pocas personas; en las pequeñas ciudades de provincia hay pocos vagabundos nocturnos.

Pasaba un borracho y, después de un rato, dos estudiantes. Los reconoció, eran dos huéspedes de la señora Mascheroni que vivían en la subida de Pieve y subían lentamente por la empinada calle, divirtiéndose de la dificultad que el borracho tenía para estar de pie.

Ella se había retirado por un momento, por miedo a que la vieran.

El reloj de la plaza dio las doce y cuarto.

Se distrajo.

Pensó en ese reloj, tan raro, con su difícil dispositivo que daba los cuartos de la luna, los días, las estaciones y que en el mundo tenía solo un compañero. La torre alta de la iglesia parroquial se le aparecía ante él con toda su grandeza.

Pensó en la leyenda que decía que precisamente en esa iglesia se había detenido milagrosamente la cabeza de San Donato, el santo patrón. Se rio también de la leyenda: el santo había robado higos en el jardín de las monjas de Santa María, en Gradi; cuando le descubrieron, había huido por la Piaggia di Murello dejando una babucha al pie del árbol.

La babucha se conserva en la iglesia de las monjas.

Una vez en Prato, cayó, y la cabeza desprendida del busto, rodó hasta la iglesia donde se quedó. Todavía se adora el cuerpo en la Catedral.

Este es el milagro. Volvió a sonreír y fijó la mirada en la torre. ¿Quién sabe lo que debió haber sido esa iglesia en la antigüedad? La invadió un vago deseo de saber. Pero ¿cómo?

El campanario de cien agujeros parecía mucho más alto a la pálida luz de la luna naciente. Sonaron las doce y tres cuartos.

Le pareció oír un ruido y se apartó, poniendo el oído en la puerta.

Era el niño que lloraba.

¿Le dolía algo? ¿No podía mamar bien?

Se quedó un rato escuchando.

Todo estaba tranquilo. Respiró. Pero le dolían las piernas, arrastró el sillón junto a la ventana y se abandonó en él.

Pensaba: “Le oiré llegar”.

En esos momentos de soledad, el pensamiento siempre volvía al pasado; pensaba en los dulces temblores del amor naciente y en las horas tristes... ¡Eran mucho más numerosos los dolores de su corto pasado!

¡Pensaba que el matrimonio aún no le había dado ninguna alegría! No tenía un compañero fiel, ninguna de esas pequeñas satisfacciones de las mujeres casadas, era madre, pero solo de

manera muy incompleta, carecía incluso del olvido en algún raro momento de sensualidad.

Indiferente, sufría los caprichos de su marido, por obligación.

Sonaron las dos.

Se movió, se levantó y volvió a la ventana.

¡Cuánto tardaba! ¡Qué largo tormento por un día de tranquilidad, para evitar una discusión!

Y, así, para obedecer al deber, se había convertido en madre.

Cesarino, su primer hijo, había nacido enfermo. Una extensa úlcera en la lengua le había dificultado mucho la nutrición.

Ya entonces el médico le había hecho muchas preguntas a Ettore, – no a ella – y luego había dicho que el niño, después, habría necesitado muchos cuidados.

¡Si hubiera estado sola!

Saldría a buscarlo. ¿Dónde? ¡No era difícil encontrarlo! Ella sabía dónde... lo había oído tantas veces murmurar a sus discretos amigos.

Estaba jugando.

Todavía un paso con prisa.

Se quedó atenta. No era él.

Entonces, se dejó caer de nuevo en el sillón y sin fe, sin convicción, se dirigió a Dios:

– ¡Dios! ¡Dios! ¡Si tenéis poder, que vuelva a casa! Quitadme algo de vida, pero ¡que tenga un poco de paz!

Y lloró.

La criatura que llevaba en su seno se agitaba y ella sufría.

¡Uno más! ¡Uno más! Nacido de un abrazo helado, nacido sin que ninguno de ellos lo quisiera. ¡Pobres niños! Él a duras penas lo besaba. Cesarino, ¡una criatura que parecía un ángel! ¡El primero!

Se hizo una gran fiesta cuando nació. ¡El champán se sirvió abundantemente!

¿Por qué? ¿Por qué? ¡Si nunca hay alegría en la vida!

Sonaron las tres.

Anna estaba ansiosa.

La vela movida por el viento creaba extrañas sombras sobre los muebles, sobre la cama. Tenía una sensación de horror y volvió a asomarse a la ventana.

Pasaban dos hombres, jóvenes, se detuvieron frente a la Iglesia.

Hablaban en voz baja.

Permaneció en la ventana, ansiosa, con la esperanza de verlo comparecer desde lejos, porque estaba exhausta, agotada y ya no tenía miedo de nada más.

Oyó vagamente, como si se tratara de una voz lejana traída por el viento, estas palabras:

– Pero ¿quién es? ¿Espera al ligue?; A esta hora!

– Que no... ¿Es que no la ves? Es la Streno.

– ¿La mujer del maestro?

– Sí, ¡pobrecita!

Se alejaron y a ella la invadió un desánimo sin fin. ¡La compasión! ¡La compasión de todos la afligía tanto!

¿Así que todos sabían que era infeliz? Pero ¿qué hacía entonces este hombre, fuera a esa hora?

Pensó que no podía, ni podría nunca saber la verdad. Pero ¿qué podía hacer?

La idea de una nueva discusión le provocó un doloroso temblor por todo el cuerpo.

Tres y cuarto; tres y media; tres y tres cuartos.

Una pesada e invencible somnolencia la invadía y no podía defenderse de ella.

Si se iba a la cama, lo habrían oído...

El sonido de una cerilla que se encendía la estremeció. Era quizás su padre que, al levantarse, habría querido ver qué hora era.

Asustada, de un salto, llegó a la mesita de noche y apagó la luz. Luego se quedó allí parada, junto a la cama. No oyó nada más y volvió a la ventana.

Las cuatro.

La pesadez del sueño se hacía más fuerte; más que el sueño era una debilidad extrema, una de esas postraciones que comenzaban con un fuerte dolor en las sienes y que la dejaban mucho tiempo inerte, sin movimiento. Sufría. Una punzada aguda le procuraba un malestar de muerte en la sangre. Necesitaba ayuda. ¿Qué hacer? No quería llamar... no... Su madre no... Lo habría adivinado... Pero el malestar crecía, un hormigueo en la sangre, un tormento agudo en el cerebro, un zumbido en los oídos y cayó

al suelo, bajo esa ventana abierta donde había sufrido toda la noche, mientras una luz verdosa y pálida disipaba las densas sombras de la amplia habitación conyugal donde la cama estaba intacta y donde una criatura que caía exhausta, había pronunciado, aun en contra de su voluntad, la dulce palabra de los pequeños, la dulce invocación de todos los afligidos, jóvenes y viejos: ¡*mamá!*

Pero no la había oído su madre y, cuando volvió en sí, con fiebre, los huesos rotos, doloridos, la habitación aún estaba vacía, él no había vuelto.

Un horror exagerado la invadió, ahora era imposible evitar la cuestión, la tendrían que conocer a la fuerza.

Y bendijo la fiebre, porque quizás, sabiendo que estaba enferma, le habrían ahorrado un nuevo dolor.

Estaba delirando. Cuando le volvió la razón tenía a su alrededor a su madre, a su padre y al médico.

Ya era de noche. Hablaban en voz baja y ella contuvo la respiración y escuchó:

– Hay que tener mucho cuidado, mucho cuidado, querida señora, – decía el médico.

– Habría que decírselo... – contestaba la madre – ella lo sabe, doctor...

– Debe haber pasado la noche despierta o con ansiedad – había dicho el padre con voz de llanto.

– ¿No volvió anoche?

– No, para nada. Dice que ha llegado su hermano, un hermano que no quiero en mi casa, – había continuado el padre – y ha dicho que había pasado la noche con él.

– ¡Siempre igual!

– Y ahora ¿qué?

– Ahora... desde esta mañana no lo hemos visto. Ni siquiera para preguntar cómo está.

Anna se movió; se callaron. Estaban a su alrededor, el médico le preguntó qué le había pasado, pero ella no quiso responder.

– No lo sé, doctor, me he despertado dolorida... con fiebre...

– ¿Ayer por la noche se sentía mal? ¿Sentía dolor? ¿Le dolía la cabeza?

– Un poco... Me sentía muy cansada, muy cansada... nada más...

– Trate de descansar tranquilamente, le he recetado unos polvos. Tome un sobrecito cada hora. Espero que mañana esté mucho mejor. Volveré pronto. Tiene que estar tranquila, muy tranquila, no solo por usted, sabe que tiene obligaciones.

Anna sonrió dulcemente, pero con tristeza.

– Estoy tranquila.

– No has dormido nada ayer ¿verdad? – el padre le preguntó mientras la madre acompañaba al médico.

Anna le dio la mano y no habló, se sentía tan cansada...

Cesare Mirello estaba muy emocionado.

A las doce de la mañana Ettore regresó. Entró en la habitación ansioso.

– ¿Cómo está? ¿Cómo estás, Anna?

– ¡Eso había que haberlo pensado antes! – dijo la señora Virginia, no pudiendo contenerse.

– ¡Cuando he podido! – contestó él con dureza.

A Anna le sacudió un temblor convulsivo.

– ¡Tenía que haber sido en su momento!

– Entonces, tendríais que haber abierto la casa a mis parientes.

– No vuelvas a hablar... ¡Toda la noche! ¿Todo el día con tu hermano mientras tu mujer está enferma y por tu culpa?

Levantaban la voz; Ettore respondía con arrogancia, Virginia Mirello no podía, no podía callarse.

– ¡Vas a conseguir que se muera! ¡Vas a conseguir que se muera! ¿Entiendes?

– ¡Me calumniáis!...

Cesare Mirello los empujó fuera de la habitación. Anna temblaba, temblaba en su cama, sin tener fuerzas ni para decir una sola palabra.

Las voces le llegaban sofocadas primero, luego a saltos, más fuertes. Su padre le acariciaba la mano, la consolaba.

– ¡Mi querida Anna, no es nada!... descansa; tu madre no puede quedarse callada.

– ¡Me hace mucho daño! ¡Papá! ¡Papá!

Las voces crecían... más fuerte, más fuerte todavía... Cesare Mirello se asustó, salió corriendo.

Siempre sacudida por el temblor, Anna se levantó apoyándose en los codos, se quedó escuchando, habían cerrado la puerta, no

podía oír las palabras... Pero, de repente, la voz del padre le llegó y claramente escuchó:

– No... no... ¡Virginia, te estás volviendo loca!

Anna tuvo como una visión de sangre..., de un salto estaba en la puerta, la abrió y...

Su madre tenía en la mano un par de tijeras afiladas y puntiagudas... y, sujeta entre los brazos de su marido, gritaba:

– ¡Perro! ¡Perro! ¡La vas a matar, no, no tiene que terminar así, no!...

Ettore, blanco como una sábana, temblaba ante tan orgullosa exasperación, ya no tenía valor... tenía miedo...

A Anna, el dolor le apretó la cabeza como si fuera un muelle; le martilleaba el cerebro; la fiebre, la visión de su madre tan enfurecida, de su marido tan cobardemente asustado, la sumió en una desesperación invencible, un deseo demencial de morir, de descansar para siempre. Gritó:

– ¡Mamá! ¡Mamá! ¡Mamá! – y de un salto se fue a la ventana...

Cesare Mirello la detuvo a tiempo mientras su cuerpo ya se había lanzado y la extendió en la cama como si fuera un trapo, desmayada, angustiada...

Le volvió el delirio, la fiebre y durante varios días el médico tuvo miedo de que pudiera abortar; luego su fuerza natural venció sobre todo.

Trató de reprocharle dulcemente a su marido, con una dulzura casi tímida, así, para tener paz:

– ¡Te lo ruego, te lo ruego, por piedad! Estas escenas dolorosas me hacen morir.

Y él se defendió:

– ¡Tus padres son malos! Le dan importancia a todo, a las cosas más pequeñas. Créeme, no hago nada malo fuera... paso unas horas con los amigos... o trabajo en la escuela.

Y Anna, para terminar, para tener paz:

– Yo te creo, te creo; pero tú también podrías hacer un pequeño sacrificio por mí. Prométeme que no volverá a suceder, nunca.

– Te lo juro.

Vana promesa.

Un día trajeron a casa a Ettore una pequeña tarjeta celeste. Anna no sabía qué era. Era la notificación de pago de una letra de cambio.

La cantidad no era grande, pero Ettore no tenía dinero. Se trataba de una deuda de juego. Cesare Mirello no quiso darle el dinero y él fingió envenenarse con una infusión de cerillas. Anna se asustó tanto que consiguió del padre lo que Ettore pedía; pasó una noche a la cabecera de su cama, ya curado, afligida porque tenía miedo de la trágica vena que se cernía sobre la familia Streno como una maldición.

Dos de ellos se habían suicidado en los últimos meses: Aspasia, la más dulce, la mejor de todos, había bebido ácido fénico que se usa para la desinfección... no había sido posible descubrir la causa. ¿Su marido, o la terrible enfermedad uterina? ¿Quién sabe? Tal vez nada de eso. Había dejado dos hijos. Luego Giulio, el menor, ese muchacho disoluto y vicioso, que había querido casarse y que tanto hacía sufrir a la desafortunada, se había tirado desde un cuarto piso, aplastándose la cabeza contra el adoquinado de la calle.

Esa ridícula comedia suicida le había hecho reír a Cesare Mirello.

Cuatro fósforos puestos durante media hora en un vaso de agua, un gesto trágico, le había dado a Anna largos tormentos.

Ya en el pueblo se murmuraba sobre Ettore Streno; su vida, claramente disoluta, en compañía de los más reprobados, lo alejaba de toda la buena gente y de todos los que podían serle útiles. Una noche en el teatro se mostraron hostiles contra él; el descontento era evidente y ni siquiera Anna pudo ocultar su tormento a la familia.

En 1885

Había dado a luz a otro niño, Gino, al que habían llevado al campo para que lo criaran y, tan pronto como se recuperó, tanto por el consejo del médico como por el cariño de la familia, se le preparó a Anna una existencia un poco más variada.

Empezó a hacer vida social, asistió a las recepciones semanales de la burguesía y de la aristocracia. Aceptó invitaciones a bailes, donde a veces la acompañaba su marido, otras su padre y su madre.

No le sirvió de mucho, porque la visión del mundo de la gente aparentemente alegre le hacía daño y le despertaba en el alma el sueño fantasioso de su corta vida como niña... No tenía ocupaciones; desde el bordado al sombrío aislamiento de la habitación matrimonial, desde las quejas atormentadas de sus padres hasta las más atormentadas de su marido; en su mente, oprimida por el continuo sufrimiento se abría camino una sola franja de azul... el sueño.

A veces el movimiento la despertaba; había veladas en las que sentía una energía casi inconveniente, bailaba desesperadamente, feliz de sentirse en movimiento, bromeaba como una niña pequeña, con todos, llevada como por un vértigo, luego caía otra vez en la tristeza, en el vacío del alma...

Y, entonces, Ettore le reprochaba ese raro brío y le hacía escenas de celos; ella no entendía, fruncía el ceño y fantaseaba.

Al ver a mucha gente, también muchas charlas le zumbaban en los oídos y en la cabeza y la dejaban nuevos pensamientos. Le habían hablado de una cierta señora Perez que había sido y seguía siendo la amante de todos los oficiales que pasaban por el cuartel; de la marquesa morena Guidicelli que se había alejado de la ciudad porque su marido la había sorprendido en una conversación demasiado íntima con su cochero. El escándalo de la condesa Subietti, que había tenido un hijo que su marido había rechazado y con el que no compartía desde hacía mucho tiempo

la cama, la divirtió y la afligió, porque todo el mundo hablaba del tema con demasiado desprecio. Una maravilla, un asombro la invadía cuando escuchaba hablar mal de mujeres con las que los rumores no eran muy benevolentes; una extraña confusión se producía en su mente y consideraciones extravagantes le hacían meditar horas y horas.

Una vez le prohibieron hablar con la señora Facchini; le dijeron que nadie se le acercaba porque el abogado Facchini no era su legítimo marido y que ella vivía con él en concubinato, ya que estaba casada con otro hombre. Ella era una dulce señora, amable; siempre le mandaba grandes ramos de flores y, cuando se dio cuenta de que la relación se había enfriado, le dijo:

– Nunca lo sabrá, es tan joven, tan feliz, por cuántas dolorosas vicisitudes he pasado para llegar a esto. Cuando me uní al abogado, creí que salía del fango.

Y Anna, que no estaba feliz, había sentido una simpatía viva, una compasión incondicional por esa mujer. Y también la había comparado con la marquesa Guidicelli que había vuelto del brazo de su marido a la sociedad, bienvenida y deseada, y pensó vagamente que se trataba de una injusticia grande y profunda.

Cuando en los salones corrieron los rumores de que el abogado Corri había maltratado y pegado a su esposa infiel, sintió una profunda lástima por esa mujer y se puso a defenderla calurosamente.

Sorprendió a todos, la miraron con una sonrisa irónica. Su marido se lo reprochó:

– Pero ¿qué te pasa? ¿Por qué defiendes de esa manera a sucias mujeres?

– La señora Corri era una mujer infeliz, ya lo sabes, su marido le ponía los cuernos en público.

– ¿Y bien? Eso no le daba derecho a hacer lo mismo. La mujer tiene ser siempre honesta, a toda costa.

Se quedó estupefacta y ya no defendió a ninguna más. Observaba y pensaba: tenía largas horas de paz, fantaseando, en su cama conyugal que nunca había sido testigo de verdaderas demostraciones de cálido amor.

Había terminado por creer que era una criatura diferente a todas las demás, una mujer incompleta... Por supuesto, si cuando el hombre le abrazaba ansiosamente, ella se quedaba como

congelada y no vibraba en ella ni una sola chispa de pasión; si, aunque queriendo a ese hombre, nunca había tenido, ni siquiera después de tiernas reconciliaciones, o en el deseo de olvido, ni en los tranquilos momentos de paz, ni un solo estremecimiento, si nunca se había satisfecho su deseo de sensualidad, todo eso significaba que ella era una criatura que no había nacido para el amor.

Sin embargo, sentía tesoros de amor en su alma.

Entonces también pensaba que en las mujeres debía ser así, siempre; un instrumento pasivo de placer en los brazos de los hombres, su único deber, tener hijos.

¡Dios mío, qué cansada estaba! No encontraba ninguna satisfacción en ser una esposa, ninguna en ser madre.

A sus hijos los cuidaba su madre; ella los besaba, los acariciaba, disfrutaba del incomprensible parloteo de Cesarino y luego se dejaba llevar por el cansancio. Cuando Ettore la deseaba, se sentía invadida por un miedo desmedido de volverse a quedar embarazada de nuevo.

Ese continuo deformarse le producía disgusto, ese sufrimiento continuo le daba miedo.

A veces, una obsesión profunda y aguda de placer le hacía llorar; tenía deseos vagos, un deseo de largos viajes.

Una noche, en un baile, le presentaron a Gisleno Dalla Casa. Era un hombre joven, un poco femenino, con el pelo muy rubio, los ojos de un celeste oscuro y extremadamente agradable, de una elegancia distinta y poco sofisticada.

Esa noche Anna estaba más atractiva de lo normal. Estaba con su marido, estaba animada y la fugaz alegría, al sonreír, le daba un brillo más profundo a sus pupilas. Llevaba un vestido de raso morado pálido, cerrado, adornado solo con grandes cintas entrelazadas. Ni una joya. Ya no tenía más.

El pelo dividido en la frente y colocado en trenzas pesadas detrás de la nuca le daba el bonito aire virginal de cuando era niña.

Se encontraba en uno de esos momentos en que el olvido de los días oscuros o la efusión natural de su juventud le daban un dulce descanso, como si algo nuevo tuviera que suceder, como si un acontecimiento inesperado fuera a provocar un cambio en su existencia y se hubiera desvanecido la infelicidad.

Anna bailó con Dalla Casa una mazurca corta y, cuando la música terminó, él le pidió que le concediera el primer vals.

Bailaba muy bien y ella asintió.

Apenas apoyada en su hombro, solo sujeta por la ligera presión de la mano que la ceñía y por el apretón de sus dedos, Anna se sintió arrastrada como por una fuerza invencible.

No se sentía mareada, no se sentía cansada.

Él sin jadear, sin una presión más insistente, la guiaba entre las parejas, esquivándolas, adelantándolas y sorteándolas.

Y daban vueltas y vueltas, como si los empujaran, como si no hubiera obstáculos, ligeros, flexibles, con una gracia de otros tiempos, como si bailaran la gavota y no un vals vertiginoso y daban vueltas con la boca sonriente, sin consumirse, sin dar señal de cansancio; daban vueltas y vueltas con los ojos medio cerrados, casi llevados por una embriaguez nueva, por la euforia del vértigo, como si una fuerza superior a su voluntad les empujara fatalmente.

Poco a poco todas las demás parejas se fueron deteniendo, se hizo un círculo a su alrededor, se quedaron solos dando vueltas en el gran salón; la armonía de la música parecía más solemne, un murmullo de admiración circulaba entre esa multitud de gente elegante que se dejaba fascinar por el mismo encanto que conducía con gracia vertiginosa a las dos jóvenes y hermosas criaturas y parecía como si estuvieran creando en ese momento el poema ilusorio de la danza.

Y, mientras un poco más apretados el uno contra el otro, sin darse cuenta, estaban entusiasmados, un estallido de aplausos resonó en la sala y todos se pusieron a su alrededor para agasajarlos como si fueran algo extraordinario.

Ambos se sonrojaron, como si les hubieran cogido en falta y Anna arrastró a su bailarín a otra habitación.

– ¿Cansada?

– No, no... me da vueltas un poco la cabeza, pero ahora... antes no...

Él le dijo algunas frases banales.

– Baila muy bien.

– También usted baila muy bien.

– ¿Vamos a bailar juntos otra vez?

– Me encantaría, pero espero que no nos aplaudan otra vez.

– Son cosas que pasan en la provincia – y ella sonrió con cierta fatuidad. – Hablo así porque sé que no es de aquí.

– ¿Me conocía?

– Sí. ¿Quiere volver a la sala?

– Vamos.

Le ofreció el brazo y regresaron.

Él siempre la seguía con la mirada; Anna se sonrojó.

Otra vez bailó con él, pero pronto se sintió cansada, le parecía que le pesaba la cabeza, que las piernas ya no tenían fuerzas; quiso sentarse.

Dalla Casa se le sentó cerca. Hablaron.

– ¿Ese caballero no es su marido?

– ¿Cuál?

– El que baila con la pequeña señora morena; mire, los que están pasando ahora mismo por aquí.

– Sí, es mi marido.

– Lo conozco.

– ¿Sí? ¿Dónde lo ha conocido?

Parecía que se acordaba, pero no respondió a la pregunta.

– ¿Se encuentra bien en esta pequeña ciudad tan somnolienta?

Una nube pasó por los ojos de Anna.

– Sí... – susurró; y se distrajo. Le pareció que su marido le hablaba al oído a la señora morena y que ella sonreía y se sonrojaba ligeramente.

Ya no hizo caso a las preguntas banales del joven y observó con más atención.

Ya no bailaban, caminaban y hablaban muy cerca el uno del otro.

Dalla Casa la miraba y pareció que se daba cuenta de lo que estaba pasando. Se quedó callado por un momento, luego le ofreció el brazo e insistió casi en llevarla al buffet. Después de un rato, llegaron Ettore Streno y la señora.

– No tengo suerte – dijo casi para sí mismo Dalla Casa. – ¿Vamos a dar una vuelta, señora?

– No, no puedo.

Anna, por primera vez, sentía celos, unos celos que habían nacido de un hecho real; se le hizo un nudo en la garganta, le entraron unas enormes ganas de llorar que no podía contener.

Su marido bailaba de nuevo con esa señora; luego la había llevado otra vez al buffet y estuvieron ausentes por mucho tiempo. Anna sufría atrocemente.

La invitaron, le suplicaron, se negaba. Sentada en un rincón seguía con la mirada todos los movimientos de su marido.

Para poder seguirlo por los salones, se agarró del brazo que le ofrecía Dalla Casa.

Él lo apretó levemente, pero Anna ni siquiera se dio cuenta.

Siempre lo había defendido, siempre había negado todo lo que se decía de él, siempre había hecho que pareciera que él la adoraba y ahora ese simple indicio de infidelidad le parecía más doloroso que cualquier otra cosa.

Cuando lo esperaba a la ventana, estaba tan preocupada por esconder todos esos excesos que le parecían casi culpas que compartía con él. Pero en ese momento lo veía hablar inclinándose hacia el oído de una mujer, veía como casi le tocaba el cuerpo, entendía que él le apretaba el brazo con fuerza y ella sufría, sufría terriblemente.

Dalla Casa intentaba retenerla, tenía miedo de un escándalo; le hablaba y ella no respondía nada porque ni siquiera le escuchaba; quería seguirlo, quería ver. Esa emoción viva, tras una noche agotadora, esa ansiedad que la atormentaba aumentó su debilidad, las piernas se les doblaron, un velo se le extendió ante sus ojos, se apoyó con más fuerza contra el brazo de él; él inmediatamente se dio cuenta de que estaba mareada y a punto de caerse.

– ¿Se encuentra mal, señora?

– Sí – respondió con un hilo de voz.

Sosteniéndola entraron en una pequeña sala y se sentó.

– ¿Puedo dejarla un momento? ¿Solo para que le traigan algo?

– No, es un momento, solo un momento; ya se me pasa.

Se sentía como si le faltara la vida, tenía un fuerte dolor en el pecho como si le hubieran dado un puñetazo, algo caliente le subía a la garganta, le llenaba la boca dándole una sensación de disgusto. Se llevó la mano a la boca casi sin querer, tosió ligeramente y, cuando retiró la mano, el guante estaba manchado de sangre.

Dalla Casa lo vio, estaba consternado.

– ¡Señora! ¡Señora! ¡Por favor! ¡Usted sufre mucho!

Anna también estaba un poco asustada. Poco, porque no era su carácter, ni había tenido nunca un exagerado cuidado de sí misma.

Más bien, tenía miedo de encontrarse mal en medio de tanta gente.

– Ya no me duele, gracias; por favor, vamos a buscar a mi marido.

Lo encontraron bailando con la pequeña señora morena.

Anna lo llamó, le dijo que no se encontraba bien, que quería irse a casa.

Él estaba visiblemente fastidiado:

– Pídele a tu padre que te acompañe, yo no me voy todavía a casa.

Y se alejó arrastrando en el baile a la pequeña señora que se reía con fuerza.

Entonces levantó los ojos y miró a su compañero; en sus ojos leyó una gran compasión y, por ese hábito de compadecer y de defender a su marido:

– Ahora ya estoy mejor... Vamos a bailar.

– ¡Tienes suerte, eh Dalla Casa! – le susurró al oído un joven, no lo suficientemente en voz baja como para que ella no lo oyera.

Desde esa noche, poco a poco, circuló una vaga voz por el pueblo: se decía que Gisleno Dalla Casa le hacía la corte a Anna Streno, cuando realmente ella – desde esa noche – no lo había vuelto a ver.

Había pasado un mes; a veces había pensado así en su bailarín, pero, de vuelta a sus tormentos, ni siquiera recordaba la simpatía momentánea que la compasión había despertado en él.

Una amiga le habló de él.

– ¿Sabes, Anna? Gisleno está enamorado de ti.

– Pero ¿qué dices?

– Lo que te estoy diciendo.

– Tú estás loca.

Le pareció una cosa enorme, un horror.

– Es la verdad. Me lo ha dicho casi llorando. Le has dado pena.

– ¡Oh! – dijo Anna fastidiada – ¿Por qué pena?

– Todo el mundo sabe que no eres muy feliz.

– ¿Y entonces?

– Y entonces, eso llama más la atención ya que eres bastante atractiva.

– Pero ¡qué tonta!
– Es así. Él incluso ha alquilado una habitación delante de tu casa.

– ¿Él? Pero si nunca lo he visto.
– Se conforma con verte de vez en cuando por la ventana... ¡Te adora! Ya no puede estudiar; tenía que irse unos días, pero no se va a ir.

Anna sentía casi una sensación de sufrimiento que, sin embargo, le producía placer.

– Lo mejor es que deje esa habitación y que se vaya.
– Pero ¡tú sufres tanto! ¿No es esto un consuelo para ti?
– No lo creo – casi susurró, Anna. – Y en cualquier caso sería un consuelo dado por una culpa... No me hables más de eso.
– ¿No te gusta Dalla Casa?

Anna evitó responder y se giró para ocultar que se había sonrojado.

La amiga la dejó con un gran desconcierto en el alma.
¿Era posible que alguien todavía la amara? ¿Ella seguía siendo una mujer que se podía amar?

El hecho de conocer este nuevo hecho la estremeció de nuevo. Le parecía que había vuelto a ser una niña.

Ya no se atrevía a mirar por la ventana, el solo pensar que un hombre estaba ahí cerca con el deseo de verla, hacía que se le subiera la sangre a la cabeza.

¿Por qué este hombre pensaba en ella? ¿Cuál era su propósito? ¿Cuáles eran sus esperanzas?

No era otra esperanza que la de poseer su cuerpo..., como su marido...

La vergüenza casi la estremecía.
Este hombre *nuevo*, que decía que la amaba, también deseaba lo mismo que siempre le causaba la misma repugnancia, quería su cuerpo, su desnudez, gozar de ella, ese gozo que ella no conocía.

Pasaba los días agitada; se veía a sí misma en los brazos de ese hombre, fría como siempre, y la vergüenza la estremecía repentinamente, como por un miedo inesperado.

Le parecía que todo el mundo podía leerle en la cara ese pensamiento y, por primera vez, rechazó con decisión a su marido.

La cara *del otro*, del que la deseaba, le estaba adelante con tanta obstinación que el beso de Ettore le parecía un beso dado por una boca nueva, por una boca desconocida hasta entonces, por la boca *del otro*.

Lo volvió a ver una noche en el teatro y habló con él. Estaba en un palco en la primera fila.

Su padre había salido un momento.

Dalla Casa estaba en un sillón y, cuando se levantó, volviéndose hacia el palco, Anna había pensado: “Ahora viene hacia aquí, ¿qué voy a hacer? ¿Qué le voy a decir?” Lo había seguido mentalmente por el atrio, luego por las escaleras, por el pasillo. “Está en la puerta”, pensó y la puerta se abrió.

Anna estaba helada, pálida, una extraña emoción le daba una sensación de aflicción.

Le dirigió unas pocas palabras de cortesía, estaba un poco confundido. Habló de la fiesta y le preguntó por su salud.

– ¿Se ha repuesto?

– Sí, gracias, ya estoy bastante bien.

Habló de su pueblo; había nacido cerca del mar, como ella; eso hizo que nacieran en ella deseos de la inmensidad azul y en la conversación confidencial se olvidó de las sensaciones que había sentido, de la vergüenza. Él se demoraba; le habló de música, le preguntó con tacto sobre su edad, sobre su matrimonio, sobre sus hijos, sobre sus ocupaciones.

Estaba con Anna la misma amiga que le había revelado su amor.

– Dalla Casa, váyase – dijo esta.

– ¿Por qué?

– Porque es mejor así.

Y miró a su alrededor.

Algunas señoras, en el siguiente palco, estaban sonriendo.

Y estrechándole la mano a Anna, por un tiempo largo, mirándola a los ojos, le susurró como en un soplo:

– ¿Por qué sufre tanto?

“¿Por qué, por qué sufro tanto?” se preguntó a sí misma Anna, esa velada, esa noche y luego, consecutivamente, durante varios días. “¿Por qué sufro tanto?” El vacío a su alrededor no tenía eco.

Una noche, mientras esperaba dolorosamente a su marido, le vino a la mente que frente a ella un joven enamorado, guapo, con una dulce expresión de bondad en la mirada, velaba con ella.

Él conocía sus sufrimientos porque le había dicho casi con dolor:

– ¿Por qué sufre tanto?

¿Y qué podía hacer por ella? ¿Cuál era el remedio?

Una correspondencia amorosa difícil: un engaño, una posesión...

Pasar de los brazos de un hombre a los de otro... ¿Era un consuelo? ¿Era un remedio?

Una luz brillaba pálidamente detrás de las persianas entreabiertas. Él velaba con ella.

Se sintió conmovida y miró hacia esa ventana.

Él pasaba largas horas esperando como ella... para verla, para entristecerse con sus tristezas.

Entonces, ¿la quería tanto?

La persiana se abrió completamente.

Estaba sentado allí, con un libro que no leía, con la mirada hacia ella.

El reloj de la plaza acababa de dar las doce, ninguna otra ventana estaba iluminada, todo era silencio.

Una fuerza desconocida la atraía hacia esa ventana. El corazón le latía precipitadamente.

Gisleno se había levantado y en la gran paz sin sol de la noche alta, con una voz que intentaba sofocar, pronunció estas palabras inútiles, estas palabras solo amables...

– ¡Buenas noches, señora! – y que para ella eran como mil palabras de amor.

Ella no respondió, que no podía, que le habría faltado la voz.

Pero desde una ventana cercana se oyó un leve susurro de voces, una risita tenue, frases cortas... todo un parloteo de gente al acecho, esperando un hecho que ya había sucedido.

La espiaban.

Dos días después, una carta anónima informaba a su marido de la relación amorosa entre ella y un joven rubio: ¡tenía que estar atento!

A partir de entonces, se añadió un nuevo tormento a los otros muchos. Su marido en todo momento la interrogaba como un

juez; la amenazaba. La había puesto frente a una imagen de la Virgen y:

– ¡Júramelo que no piensas en él! ¡Júramelo que no ha habido nada entre vosotros!

Y ella:

– ¡Pero si no salgo nunca sola!

– ¡Júramelo!

– Te lo juro... pero déjame en paz. Mienten, no me merezco este tormento.

Hasta Anna sentía la profunda inutilidad de tantos celos y no podía hacerse una idea clara de lo falsos que eran.

Unos habían oído estas escenas, otros hablaron de ellas. En un momento, a Anna la rodearon de chismes y de una vigilancia más estrecha. Nunca había sido libre; ahora era una esclava.

Sus actos, sus gestos, sus miradas las observaban todos, tanto los de casa como los extraños.

Ettore, exasperado por la lucha sorda e implacable emprendida contra él, ya señalado como una persona poco recta, privado de medios para continuar con su vida de juego y vicios, no pudiendo ya pedir dinero a su suegro, perseguido por las letras de cambio, desahogaba sobre Anna su descontento con los celos.

Fue el día después de una tormentosa escena que Gisleno Dalla Casa había presenciado, escondido detrás de la persiana, que Anna vio a su marido seguir los pasos de la pequeña señora morena con la que había bailado tanto y en la sonrisa que ella le dirigía leyó una relación secreta; ese fue el día que Gisleno con una estratagema arriesgada le envió una carta llena de pasión, valentía, compasión.

Anna, como si se quisiera rebelar, no quiso destruirla, no la contestó, pero la releyó cada vez que su marido la atormentaba con nuevos celos como un consuelo, como un descanso. La escondía cada día en un rincón diferente: entre los libros, entre las viejas cartas, entre la ropa de cama y, cuando estaba sola, la leía con un estremecimiento agitado, con una ansiedad que estaba a punto de transformarse en amor.

Un domingo de junio, lleno de sol y perfume, Cesare Mirello descubrió el secreto de esa carta y se la quitó.

Ese mismo primer domingo de junio, mientras la gente se alegraba con júbilo, Ettore Streno tuvo la certeza de que la

pequeña ciudad ya no estaba contenta de acogerlo. Podía quedarse, pero se preparaban días de luchas sordas, obstinadas, de las que saldría malparado.

Y fue ese mismo primer domingo de junio que, él con imprudencia, brutalmente, sin preocupación, sin honestidad, deshonoró públicamente su mujer.

Afligida por varias emociones, ella había llorado con su padre y le había entregado esa carta, esa larva de consuelo. Ella había abierto libremente el alma a su padre:

– La leía, esta carta, porque me daba una dulzura que nunca había probado, porque me parecía que colmaba el vacío de mi vida. Sufro tanto, papá, ¡sufro tanto! Nunca he hablado con él, ni siquiera le he estrechado la mano con la intención de afecto. La leía porque me pareció una rebelión contra los muchos sufrimientos y, luego, no sé..., papá, ¡sufro tanto!

– Mi pobre criatura, ¡en qué te he convertido! – había dicho Cesare Mirello, y habían llorado juntos.

Después su padre había roto esa carta, había reprochado dulcemente a su hija por no haberla rechazado y había vertido un bálsamo de amor sobre esa pobre alma atribulada.

En ese momento no quiso estar sola con su marido.

Pero Ettore Streno encontró algunos trozos de esa carta. Ya exasperado por un asunto serio, tal vez tramando un proyecto en su alma, se dejó llevar por una ráfaga de insultos.

– ¡Te he pillado, coqueta, ramera! ¡Ya lo sabía yo que ibas a acabar así!

Y el huracán de insultos, de gritos, se hacía aterrador.

Anna, invadida por un miedo exagerado, perdió la razón; impotente para hablar, para defenderse, corría por la casa perseguida por él, que gritaba detrás de ella:

– Sucia... sucia... ¡Putas!

¡Ese horrible insulto!

Ciego por una furia irracional, la sacudía golpeándole en los brazos, le gritaba las cosas más atroces en la cara, sin darle tiempo a pronunciar una palabra; luego, la dejó exhausta, con miedo y corrió a abofetear en la vía pública a Gisleno Dalla Casa.

En esa furiosa y vertiginosa lluvia de insultos Anna no supo ya distinguir la importancia de los hechos, le pareció que había

cometido una falta enorme y se humilló, pidió perdón, se arrodilló ante él, imploró piedad.

Cesare Mirello solo dijo, y con frialdad:

– ¡El tuyo ha sido un acto heroico! Te tendrás que batir y has deshonrado a tu mujer. ¿Tenías derecho a hacerlo?

– ¡Batirme! – Este pensamiento cambió repentinamente las cosas.

Ettore Streno pasó la mitad de la noche caminando agitado por la casa, mordiéndose las uñas, y la otra mitad persuadiendo a Anna de su perdón, de la gracia suprema que le hacía...

– Tú no lo has besado nunca, ¿verdad?

– No, no, no...

– ¿Qué te ha dicho?

– Nada... nada, nunca...

– ¿Por qué tenías esa carta?

– Así...

– ¿Le has sonreído?

– No... no. – repetía como en un lamento.

– ¿Y todavía me quieres? ¿Me quieres, Anna?

– Te he pedido perdón, tantas veces, y te lo vuelvo a pedir... dame un descanso... una hora... no puedo más...

– Entonces, si me quieres, vámonos.

– ¿A dónde?

– Lejos de aquí, volvamos a nuestra ciudad.

– ¿Así, inmediatamente?

– Así, rápidamente, en cuanto se haga de día.

– Pero... y tú lo dejas todo... así...

– Todo... todo... – y con un acto solemne: – ¿No tendrías vergüenza tú de mostrarte en público?

Pero no había hecho nada malo y *no sentía vergüenza*.

– ¿Qué vas a hacer? – preguntó tímidamente.

– No sé, ya veremos... Tu padre proveerá, no es por mi culpa. Quiero irme de aquí... Te perdono, me olvido de todo, pero me quiero ir.

Así pasó la noche; al amanecer informaron a Cesare y a Virginia Mirello de su decisión.

No quisieron discutir.

A las ocho salía un directo; se prepararon rápidamente.

Mientras esperaba, estaba agitado. Cada vez que alguien llamaba al timbre, un estremecimiento le hacía saltar.

Cesare Mirello tenía una expresión de desprecio compasivo.

En la estación, al ver a dos guardas civiles tranquilos que hacían en paz su trabajo, se sobresaltó de nuevo.

Cesare Mirello lloró al dejar a su hija a la que habría seguido unos días más tarde.

Desde ese momento Anna Streno ya no fue una mujer honesta para la gente... los chismes se difundieron y se dijo que se había ido de casa con un hombre, que su marido, tras suplicárselo mucho sus padres, la había perdonado... y que había dejado la ciudad porque el escándalo había sido enorme. A Anna Streno no la defendió nadie.

Nadie dijo que su marido habría tenido, no mucho más tarde, que dejar ese lugar por su mala conducta; nadie dijo que él había tenido miedo a batirse en duelo.

En 1888

Cesare Mirello se moría. En la grande habitación de la casa paterna, donde su padre había muerto, donde su madre había muerto, agonizaba, tras cinco meses de enorme sufrimiento.

Cesare Mirello no se quería morir y en las últimas horas toda su desesperación se resumía en estas palabras:

– ¡Anna, mi querida Anna! ¡Te quedas sola! ¡Mi pobre niña!

Un dolor sin lágrimas daba a Anna una desesperación lacerante.

¡Lo perdía todo! Y frente a ese hombre tan dulce, tan humano, tan bueno, que se iba para siempre, una imprecación sorda le salía del alma para subir hasta ese Dios al que había pedido en vano que salvara la vida a su padre.

Todo el dolor de dejarla sin un apoyo sólido, todo el dolor por esa debilidad que había sido la causa de la desgracia irreparable de su hija, se había concentrado con el último destello de vida en sus pupilas medio apagadas.

Anna no podía llorar.

Una visión más amplia de la vida había endurecido su triste alma; largos días de inmutable dolor hacían que se irritara desesperadamente, pero las lágrimas parecía que se habían secado en ese momento terrible, el más terrible de todos.

Apoyada en la cama, lo miraba, retorciéndose las manos hasta el tormento; su madre lloraba al lado de la cama, su marido recibía a sus parientes en el salón contiguo, deseoso de que se notara que se estaba ocupando de él. Tenía muchas esperanzas.

Amelia e Icilio, los viejos compañeros de la infancia, siempre fieles, habían intentado consolarla en vano.

De pie con la cabeza afligida por un martilleo ininterrumpido, se retorció bajo la desesperación de lo irremediable.

Ya no había esperanza alguna.

La feroz enfermedad de los huesos, inútilmente combatida por todas las celebridades médicas, le había infectado la sangre; en

vano habían intentado amputarle una pierna. Cesare Mirello sucumbía y Anna, con el corazón palpitante de dolor, se preguntaba si podía ser un Dios esa fuerza despiadada que se llevaba consigo su única ayuda, la única alma que la quería con un amor deseoso de remediar un mal creado por la debilidad, el verdadero padre de sus tres criaturas.

La cara de Cesare Mirello, un poco delgada pero muy serena, no era más que la descarnada caja de un cerebro medio apagado; un lamento de dolor, a intervalos, le salía de la boca quemada por la fiebre de tantos meses, un lamento por el dolor que el cerebro había probado por esa pobre pierna amputada; y ese lamento penetraba en el corazón de la joven como una punta afilada.

Habían llamado a un sacerdote, pero Cesare Mirello todavía no lo había pedido. Él creía en Dios, pero no era practicante.

A altas horas de la noche llegó el ministro de la iglesia y pretendía libre acceso a la habitación del moribundo.

Una animada discusión sacudió a Anna de esa imposición seductora que la mantenía inmóvil frente a esa agonía: voces vibrantes; la de su tío Lorenzo y la de un desconocido.

Fue corriendo, comprendió y cerró el camino a ese ministro de perdón y paz que quería llegar sin previo aviso a la cama de un hombre que, aunque agonizante, con perfecta lucidez mental no sabía que se estaba muriendo.

– “No vais a entrar”, dijo Anna con el orgulloso coraje de los pasados años, de su infancia. – No vais a entrar hasta que mi padre sepa que se está muriendo.

Un destello siniestro brillaba en sus pupilas, la atrevida niña resurgía en ese momento; un rencor por ese hombre enmascarado le daba el valor para rebelarse.

– Voy a entrar. Estoy aquí para traer el perdón a un alma que está a punto de presentarse ante nuestro Señor.

– ¿Este Señor vuestro quiere entonces la desesperación de sus criaturas incluso en las horas extremas? No; no vais a entrar hasta que mi padre sepa que se está muriendo, hasta que él os pida consuelo.

– Usted va a tener remordimientos...

– ¡Ningún remordimiento! Mi padre es un hombre honesto, sin culpa alguna. Si Dios existe, si el alma existe, nadie más que él es digno de gloria. Hacedme el favor de marcharos.

– Entonces ¿por qué me han llamado?

– Porque podría buscaros, porque podría deseáros. Si queréis esperar ese momento, os dejaremos una habitación donde descansar... De lo contrario, ahí está la puerta.

– Voy a entrar.

– No.

Era tanta la fuerza de voluntad en ese *no*, que el sacerdote salió para volver al día siguiente aceptado por Cesare Mirello a quien se le había hecho entender despiadadamente en qué condición se encontraba.

Anna estaba siempre muy agitada; con la cabeza entre las manos, arrodillada, acurrucada en sus rodillas, luchaba contra la desesperante imposibilidad de salvar a su padre. Ese sacerdote, ese aparato de la muerte, la angustiaba, la volvía loca. Gritaba, gritaba con los ojos secos, con las lágrimas que le quemaban los párpados, pero que no querían bajar.

– ¡Papá, papá! ¡Se lo están llevando! ¡Decidles que se vayan! ¡Que se vayan... que se vayan... que se vayan...!

Nadie podía calmarla, ni su madre, ni sus amigos, ni su tío quien, para no hacer ese momento todavía más terrible, la levantó como un fardo, la llevó a una habitación lejana donde la encerró.

La dejaron salir cuando el sacerdote ya había terminado.

– ¡Es un santo! – susurró el sacerdote, acostumbrado a ese dolor y con perfecta paz en la voz falsa. – ¡Es un santo!

Cuando volvió a la habitación de su padre, este se encontraba en ese breve período de calma que siempre precede a la muerte. Sobre un montón de cojines, respiraba jadeante y su árida boca intentaba en vano pronunciar algunas palabras. Nadie lo entendía.

– Me está buscando – le dijo Anna a su tío.

Se acercó. Una calma más desgarradora que el estremecimiento anterior se apoderó de ella.

– ¡Papá!

Tenía una sonrisa pálida, luego pareció que estaba buscando a otra persona.

– Cesare, – dijo su esposa.

Hizo un gesto con la mano. Seguía buscando.

– Cesare, – murmuró conmovido su hermano Lorenzo.

Entonces hizo un gesto vago hacia Anna y murmuró con supremo esfuerzo:

– Por... favor... Anna...

– No te preocupes, Cesare, me ocupo yo de Anna – respondió Lorenzo.

Y él sonrió y se quedó más tranquilo, mientras su pobre mujer apenas conseguía reprimir el llanto y a Anna el dolor le había dejado una extraña expresión de dureza en la mirada.

¡Pobre padre, moría con una última dulce ilusión! ¡Con la certeza de que su hermano se ocuparía de aliviar su dolor o al menos velar por su felicidad! Ese tío que siempre había estado lejos de ellos se habría olvidado de la santa petición. Anna ya lo sentía en su alma entristecida.

La noche ya había caído, una noche clara y serena de agosto. Había una franja de luz blanca sobre la cama. Anna levantó los ojos, le parecía que esa claridad estaba poblada de átomos vivos, de algo que palpitaba, que sentía dolor como ella... levantó los ojos...

En el desván del edificio situado frente a su casa, apretujadas en el hueco de una pequeña ventana, amontonadas, muchas personas miraban hacia la habitación donde Cesare Mirello se estaba muriendo. Algunas tenían un binocular. Esa curiosidad malsana, ese morbosos deseo de disfrutar del espectáculo de una agonía la horrorizó. Entonces, ¿era así toda la humanidad? También el dolor, la muerte, ¿no es nada más que un espectáculo?

Un escalofrío de terror le pasaba por la sangre, esa visión y esa muerte rompían algo en su interior, de tal modo que el pensamiento emitía sonidos opuestos... Todo a su alrededor le pareció falso, le pareció que todo decía mentiras; en la mente de sus familiares leyó la conveniencia de las lágrimas, en la de su madre el pensamiento de un futuro que todavía no se había manifestado, en la de su marido la ansiedad del dinero, la herencia, el anhelo de procurarse nuevos placeres. Y sintió la necesidad de gritarle a todos: “¡Mentirosos! ¡Mentirosos!” sentía un nudo en la garganta; la boca se le abría con una voluntad más fuerte que ella, tenía en su cerebro la impresión de haber dicho ya esa palabra y miraba a su alrededor asombrada de que nadie se moviera.

“¡Mentirosos! ¡Mentirosos!”, decía su alma sin que saliera ningún sonido de su garganta cerrada y la palabra resonaba en su

cerebro con una precisión insistente, como si estuviera recalcando las sílabas.

“Mentirosos” y la mirada se fijaba en los presentes que, ansiosos, miraban a su vez hacia ese pobre cuerpo derrumbado, esa pobre cara contraída por el último suspiro, mientras dos hombres pagados mojaban sus áridos labios.

“¡Mentirosos! ¡Ninguno de vosotros le quería! Ninguno de vosotros siente el tormento que yo tengo en el alma; lo pierdo todo con él; iré por la vida sin ayuda, sin consuelo, sin un intelecto amigo. Él me ha querido, mal, porque nunca estuvo dotado de voluntad, pero nunca me ha abandonado”.

“¡Mentirosos!”

Esos parientes con la cara arrepentida que nunca había visto, algunos de ellos le habían sido hostiles, esos parientes que habían rechazado a su madre por ser pobre, esos parientes que siempre habían luchado por la herencia de los Mirello le daban asco.

Esos Mirello, que siempre y solo se reunían cuando uno de ellos moría, le despertaban una ira sorda que no conseguía frenar.

Ese Ettore Streno que le había dado tanto dolor a Cesare Mirello, que le había ofendido, de quien había pretendido dinero, que había afligido a su única hija amada, ahora se secaba las lágrimas forzadas en medio de esos familiares y ni uno de ellos lloraba con lágrimas sinceras.

Ettore Streno había asistido con aparente abnegación a Cesare Mirello porque esperaba una compensación: si no fuera así, lo habría maltratado tanto en la muerte como de vivo.

¡Todos unos mentirosos! Y tenía unas ganas acuciantes de echarlos, de echarlos a todos, a todos...

Su madre lloraba... Anna sintió ternura: era muy joven, guapa, de una belleza divina, había vivido fielmente junto a ese hombre... Ella era sincera... entonces también tenía que sentirse sola ahora...

– Anna, sal de aquí – le dijo su tío... – tu padre ya no te puede ver...

Y Anna se dejó llevar. Agotada, abandonada en una silla, con la cabeza apoyada en el alféizar de una ventana, miraba hacia el jardín, ese jardín que había dejado llorando cuando se casó, que le recordaba las raras horas de descanso en la dulce conversación con su padre, ese jardín todo inmerso en paz.

Amelia se acercó a ella y la cogió de la mano; la pequeña criatura un poco torpe, pero buena, afectuosa y fiel, le habló con una voz que acariciaba:

– Tu padre ya no sufre más, Annina. – Ella la llamaba así.

– Ahora reza por ti... Lloro...

– No puedo.

Las dos se quedaron calladas durante mucho tiempo y luego Anna le preguntó:

– ¿Icilio?

– Se ha ido, volverá muy pronto, al amanecer...

– ¿Quién está ahí?

– Tu tío y Ettore.

– Y ¿mi madre?

– Tu madre estaba tan afligida que se ha quedado un poco dormida...

– Me gustaría ver a mi padre, Amelia.

– Tu tío no quiere.

– ¿Por qué?

– Porque... no sé... tiene miedo de que te haga demasiado daño.

– Quiero verlo, Amelia, quiero verlo.

– No, Annina, es mejor así. Lloro, lloro...

– No puedo! – y abandonó de nuevo la cabeza en el alfeizar.

Todo el jardín estaba claro y los grandes árboles se erguían lúgubres en esa gran blancura.

Amelia lloraba en silencio.

En 1888

Habría sido demasiado doloroso para Anna y para la viuda Mirello quedarse en esa casa; y mientras arreglaban la nueva, todos se habían alojado en casa Salvetti.

La compañía de sus buenos amigos le proporcionó a Anna un poco de paz y de olvido. La consolaron en el enorme dolor que sentía y la ayudaron a soportar los disgustos de la sucesión.

Hubo algunas dificultades. Cesare Mirello había dejado que Anna decidiera si dividir el capital en dos partes iguales o dejar a la viuda todo en usufructo.

Anna, temiendo que su madre echara de menos el bienestar al que estaba acostumbrada, quiso que gozara de toda la renta. Ettore se rebeló contra esta decisión, pero Anna fue firme.

Icilio y Amelia estudiaron cómo hacer menos penosos esos primeros días de luto.

Sacaron de las cenizas todos los recuerdos de la infancia y, a veces, incluso lograban arrancar a Anna una pálida sonrisa.

La continua búsqueda de Cesarino, que siempre, en cada momento, preguntaba por su abuelo, al que adoraba, renovaba continuamente el dolor, por lo que la lucha de sus amigos por compensar esos continuos despertares con un sopor benéfico era verdaderamente admirable.

Icilio y Anna nunca habían sido capaces de acabar con ese *tu* confidencial de la infancia. Ettore le había reprochado amargamente a Anna esa *confianza que ya no era apropiada para una señora*; pero Anna lo había mirado maravillada, no pudiendo entender, dada la bondad de su naturaleza, cómo se podía encontrar algo malo en todas las cosas. A ella le parecía que ofendería a su amigo si le propusiera cambiar a un Usted ceremonioso ese apelativo de un cariño tan sereno.

– ¿Por qué te parece mal? Hemos crecido juntos. Hemos aprendido a mascullar juntos las primeras palabras...

– Eso no está bien; a una señora casada se le debe un respeto. Díselo tú misma o se lo diré yo.

– Ni tú ni yo. Sería un disgusto y una tontería. ¿Es que yo no puedo tenerle cariño? ¿Es que yo no puedo conservar amistades que tanto quiero? ¿Tengo que estropearlas con una barrera de inútiles ceremonias?

Él se irritaba, fruncía el ceño de tal manera que hacía presentir una insistencia penosa y Anna, tan perfectamente segura de que no había inconveniente en seguir haciéndolo, no tenía la intención de ceder y se sentía realmente apenada, comparando estos pequeños matices de prejuicio con el verdadero mal que conocía de él.

Quizás Ettore Streno sentía en la voz de Icilio un cariño demasiado profundo...

Pasaban largas horas los tres reunidos en una sala de estar, hablando entre ellos, como si tuvieran asuntos serios que tratar; hablaban de deseos y dolores, esperanzas y desaliento. Volvieron a las dulces confianzas de la infancia.

Un día habían traído a Anna las tarjetas de visita con la ancha tira negra: “*Anna Mirello Streno*” estaba escrito en el rótulo.

Icilio estaba allí con ella; de repente, con un extraño arrebato, inconcebible, cogió una de esas tarjetas y la rompió para quitarle la palabra *Streno*.

El acto había sido tan violento y la cara de Icilio estaba tan pálida que Anna se quedó impresionada.

– ¿Qué haces? ¿Por qué?

– Porque sí.

– No entiendo la razón, – dijo Anna un poco irritada.

– La razón, la razón es que deberías seguir siendo así, – y le mostraba la tarjeta como la había dejado: *Anna Mirello*.

Ella sonrió.

– ¡Qué tonto! Si no es, es inútil. Y, ¿además?...

– ...y, además..., era mejor para ti...

– ...Realmente..., eso sí.

Se callaron: los pensamientos tristes hicieron que la impresión del acto impulsivo se desvaneciera.

Cuando Virginia Mirello y su familia se establecieron en el nuevo apartamento no se interrumpió la buena intimidad de esos días.

Anna tuvo otros dolores; se le había muerto el niño más pequeño, Folchetto. Ella había sufrido mucho y sus amigos habían sufrido con ella.

Fue Amelia la que acompañó al niño al cementerio, mientras Anna y su madre sufrían y Ettore Streno aporreaba el piano después de haberle dicho a un amigo presente:

– ¡Por fin Dios se ha acordado al menos de uno!

Icilio, a veces, por la noche, cuando veía la luz en las ventanas de Anna, sonaba el timbre. Casi siempre era ella la que se asomaba:

– ¿Eres tú?

– Buenas noches. ¿Los niños duermen?

– Sí, saluda a Amelia. Adiós, hasta mañana.

Otras veces, por el día, pasaba por su calle, subía las escaleras rápidamente, llamaba a la puerta y preguntaba por Anna; o le decía que abriera si la veía en el balcón.

Dos palabras apresuradas:

– Amelia te quiere ver.

– Voy a ir hoy. Salúdala de mi parte.

– Diles a los niños que esta noche les voy a traer algo bueno.

¿Dónde está su marido?

– En casa.

– Adiós.

Para esas tres criaturas que habían crecido juntas, que se habían querido con el santo cariño de la infancia ante la grandeza de la creación, que habían tenido en común tantas pequeñas alegrías, tantas pequeñas ansias, era verdaderamente una necesidad verse y contarse lo que pensaban. Para Anna, Icilio y Amelia eran un hermano y una hermana; en cualquier momento de su vida recurría a ellos como a un refugio y las pocas alegrías de su existencia quería compartirlas con ellos.

Pero tenía que perder incluso ese único y buen refugio; también la suavidad de una santa amistad la tenía que perder porque alguien sospechaba y no podía creer en la santidad de la amistad, en la posibilidad de un afecto dulce y puro.

Una mañana de verano todos se habían ido al mar; Anna, como siempre, se había alejado nadando. Su marido sabía que ella siempre se quedaba mucho tiempo en el agua y siempre lejos de

las casetas. Pero Anna no se sentía bien esa mañana, una contracción nerviosa la obligó a regresar pronto.

Al volver a la caseta se encontró a su marido, en bañador, chorreando, y a la criada en combinación, los dos en las escaleras, y se reían alegremente, bromeando no solo con palabras.

Anna volvió atrás y no dijo nada y, por la noche, en la intimidad de la habitación conyugal, le dirigió unas palabras amargas:

– Ahórrame, por lo menos, la humillación de preferir a la criada. Salva el amor propio de tu mujer. ¡Habrás muchas otras mujeres!

– No hacía nada, créeme... no has visto bien... te has equivocado...

Esas humildes mentiras a Anna le disgustaban más que la verdad, fuera la que fuera.

Habría preferido que, con un acuerdo leal, él hubiera consentido a no tener más contacto con ella.

Pero él le juraba que la quería y siempre insistía, aunque fuera claro el esfuerzo que Anna hacía para evitar el hecho y fueran obvias las astucias empleadas, gracias a las cuales conseguía salvarse durante meses enteros.

La criada culpable, recelosa, escuchó las palabras de su señora y se vengó, a pesar del agradecimiento que le debía por muchos motivos.

El día después, cuando Anna había salido, ella con un extraño descaro le dijo a Ettore:

– La señora se ha quejado de lo que ocurrió ayer; ... Pero ¿ella qué hace? ¿No coquetea ella con Salvetti?

El resultado fue una de las habituales escenas desagradables; pero Anna comenzaba a despertarse de ese letargo pasivo que venía también de la completa ignorancia de las cosas; además, la conducta del marido empezaba a resultarle más odiosa que dolorosa.

Se rebeló contra la acusación con todas las fuerzas de las que era capaz:

– ¡Desearía, desearía, ya sabes, que fuera verdad!

Y como la insultaba, como siempre, e involucraba a su madre en el insulto, la rebelión le produjo un arrebato ciego de cólera y

él le gritó en la cara, como si encontrara en esas palabras el placer de la venganza:

– ¿Dices que soy una digna hija de mi madre? Pues sí, si es así mejor, si mi madre es lo que dices, mejor; así tendré amantes, tendré tantos como quiera, por la sangre de mi madre que me corre por las venas, por el desprecio que siento por ti...

Pero luego la ira cedió y ella se quedó agotada, aturdida; el dolor de verse a sí misma siempre y en vano acusada por el que tanto pecaba, le producía el vértigo del pecado. La criada, arrepentida, se humilló, pidió perdón, confesó la venganza y ella se reconcilió, conservando una nueva amargura.

Esa paz le costó dos grandes sacrificios: distanciarse de su amigo y de toda la familia y una mayor insistencia por parte de su marido que, tal vez, no estaba ocupado en otra parte en ese momento.

En 1889

A la gran amargura de haber perdido la única buena amistad, la que le daba reposo a su existencia, se sumaba ahora otra más: la insinuación venenosa que Ettore le había inoculado en el alma.

¿Qué podía saber él de malo acerca de su madre que siempre le había visto fiel a su padre, que vivía muy retirada, que no pensaba en otra cosa que en su familia y que ahora consagraba su vida a sus hijos?

¿Qué oscuro secreto conocía para afirmar con tanta confianza que había sido una mujer deshonesta?

Superando su repugnancia, con el corazón que le latía con fuerza, con la vergüenza que se le veía en la cara, le hizo algunas preguntas, esperando, esperando de verdad que él le confesara que había dicho todo eso en un momento de perversión.

– Tú pronunciaste palabras raras...habías perdido la razón...es verdad... Esa chica ha hecho mucho daño, porque por su culpa tengo ahora una gran duda en mi corazón. ¿No te acuerdas?

– No.

– ¿No recuerdas lo que dijiste de mi madre?

– ¡Ah! – y sonrió con ironía.

– Dime la verdad.

– Es mejor que no la sepas.

– No es verdad; es mejor que yo sí lo sepa. – y con la misma ironía, – así sabré lo que me corre por la sangre.

Él no respondió.

– En fin, si has lanzado acusaciones incompletas en forma de insulto, tienes que completarlas. Es tu deber hablar, como es mi derecho saber.

– Son cosas viejas.

– Dímelas.

Ettore se mordía el bigote con ese movimiento impaciente que revelaba su vacilación, pero que, al final, no era sino una pose estudiada por un comediante experto.

- Te hará bien la verdad.
- ¿A mí?...
- Sí – y con el aire vehemente del que nunca dice la santa verdad: – Tú naciste antes de que tu padre y tu madre estuvieran legalmente unidos.
- Y ¿qué? – preguntó Anna sin turbarse.
- ¿No te parece ya demasiado? Tu madre era muy infeliz...
- Lo sé, lo sé... tenía un padre que siempre estaba borracho, trabajaba para vivir, era una chica desdichada...
- Que se mantuvo honesta durante mucho tiempo, pero un día desapareció y ya nadie supo de ella... estaba en un prostíbulo; allí conoció a tu padre... se la llevó con él... luego tú naciste y se casaron...

Anna estaba lívida. Ningún sonido salía de la boca que le quemaba, con dificultad, con un esfuerzo supremo, con una contracción de la garganta susurró:

- ¿Por qué me dices esto? Eres ruin.
- Tú lo has querido saber – continuó con esa glacial indiferencia que exasperaba.

Anna estaba abatida, desmoralizada. Horrorizada por lo que le había contado, medía la vileza de ese hombre que le destruía en el corazón el gran poema de su madre pura, pero tampoco podía ni siquiera medir su infamia ilimitada, ni tampoco podía considerarle mentiroso hasta el punto de creer que ni una sola palabra era verdad. ¿Cómo saberlo? Ahora ella no deseaba otra cosa que comprobarlo. Podría hacerlo fácilmente, pero le faltó valor.

A su madre le hacía mil preguntas.

- ¿Cuándo? ¿Cómo conociste a mi padre? ¿Dónde he nacido?
- ¿En qué casa? ¿Quién estaba cerca de ti cuando nací?

Y hacía que le repitiera la dolorosa historia de su juventud; y no encontraba ningún indicio, ni un atisbo de luz.

Entonces le hizo muchas preguntas a su abuela, la anciana, guapa, buena y serena que se había pasado la vida siempre llorando, consumiéndola en el trabajo tan solo para dar de comer a sus criaturas.

- Abuela, háblame de mi madre.

Y la abuela riéndose:

– ¿Qué, vuelves a cuando eras niña, Annina? – También ella la llamaba así. ¿Te gustan las novelas?

– No, no, abuela, me gusta saber lo guapa que era mi madre cuando se casó.

– Era realmente guapa, mi niña. Yo no podía hacerle un vestido de seda; tu padre se lo regaló; y de color morado muy pálido...

– Y ¿tenía el velo y las flores de azahar?

– Y ¿por qué no?

– ¿Dónde la conoció mi padre?

– En un pequeño teatro de aficionados, luego la seguía al paseo las raras veces que yo podía llevarla. Ha estado tanto tiempo encerrada porque no tenía un vestido para poder salir... ¡Pobre Cesare! No era joven, pero era tan bueno. Le hizo todo el ajuar.

La hermosa abuela se conmovía, así de simple, y había tanta honestidad en su amplia frente que Anna no pudo continuar.

Trató de olvidar, pero ese pensamiento se repetía como una obsesión.

De 1889 a 1891

En febrero de 1889 Anna había seguido a su marido a Génova donde le habían contratado como director de orquesta. Estaba agotada, un gran cansancio le consumía las piernas, de tal manera que, con dificultad, arrastraba la pesadez de su nueva maternidad.

Pasaba los días, largos y aburridos, tumbada en la cama, sin fuerzas para levantarse, abatida también moralmente, como si un continuo dolor devorador le macerara el alma.

No siempre iba al teatro, más a menudo se quedaba en casa, inerte, desprovista incluso de todo pensamiento.

Desde hacía unos días, una indisposición física, aguda, similar a la que había sufrido en los primeros días de matrimonio, hacía más arduo cualquier movimiento. Anna tenía miedo e insistió en llamar al médico.

Puesto entre la espada y la pared, Ettore tuvo que confesar a Anna de qué mal se trataba.

Ella lloró desesperadamente, se sentía tan ofendida por esa obscenidad que no podía encontrar paz.

Quiso saber dónde había estado, qué mujer había sido; con una cruel ansiedad, rebuscaba en el barro para averiguar hasta dónde había llegado. Casi como si estuviera loca, con una insistencia angustiosa repetía las mismas preguntas hasta que recibió la respuesta:

- ¿Dónde has encontrado a esta mujer?
- Por la calle...
- ¿Te gustaba? ¿Era guapa? ¿Cómo lo has hecho? ¿Has hablado con ella?
- Sí...
- Y ¿a dónde te ha llevado?
- A su casa.
- ¡Qué horror! ¡Qué horror! ¿Y te has quedado mucho tiempo? ¿Te has acostado con ella? ¿Con una mujer que te has encontrado por la calle! ¡Sin conocerla! ¿Qué hora era?

- Pero ¿qué importa eso?
- A mí me importa. ¿Qué hora era?
-
- ¿Qué hora era?
- Eran las cinco de la tarde.
- Y, dime... después... cuándo me has deseado... ¿Después de cuánto tiempo? Lo quiero saber...
- Esa misma noche.
- ¡Es una infamia!

La repugnancia le daba una inquieta necesidad de gritar, tenía una crisis de llanto sin fin.

No le había dicho nada a nadie y luego se lo ocultó a su madre, se lo ocultó también a su médico de cabecera.

Después del parto, la enfermedad agudizada la puso en grave peligro; cincuenta días de dolor atroz la dejaron irreconocible.

Entonces todo el mundo lo supo; el viejo doctor le dirigió unas palabras punzantes, su madre solo supo llorar.

El pequeño milagrosamente se había librado de la ceguera.

Anna perdonó.

Pero ese perdón concedido por el cansancio no alegró con una sonrisa la existencia de quien sentía que en la sangre se despertaba de nuevo la vida.

A veces se sorprendía deseando intensamente el amor, soñaba con la gran dulzura de sentirse amada.

– ¡Si no tengo nada! ¡Nada! ¿Por qué no busco amor?

Pero pensaba que tal vez el amor de su alma no encontraría quien le correspondiera, porque en ella no vibraba ningún otro deseo y entonces recaía en un desaliento más desesperado, porque algo desconocido agitaba todo su ser como en una nueva aspiración hacia una felicidad prometida e inalcanzable.

Se volvió más inquieta, le volvió un intenso deseo de movimiento, empezó a querer a sus pequeños con un amor que no había probado antes.

Se apasionó por la ropa bonita, por las flores, volvió a tocar el piano, empezó a soñar durante mucho tiempo ante el inmenso mar. Y como Ettore Streno se mostraba arrepentido y afligido por todo el mal que le había hecho, volvió a quererle, con un amor que no le despertó los sentidos, pero sí ardientes celos.

Él quiso instalarse en Florencia con su familia, pero Virginia Mirello después de unos meses, por un asunto serio que tuvo con él, se fue, llevándose consigo a los hijos de Anna.

Para ella había comenzado una vida de movimiento febril.

Ettore Streno había podido, de repente, por una circunstancia afortunada, demostrar su talento como director de orquesta y todo indicaba que iba a tener una maravillosa carrera artística.

Anna contribuyó con todos los medios a que fuera así; con afectuosa premura, animándole, sacrificándose.

Lo seguía a todas partes, siempre estaba a su lado, era su inspiración, su fuerza.

Le parecía que había vuelto a nacer. El pasado se derrumbaba, ella respiraba hondo esa juventud que le prometía una larga felicidad invocada tantas veces. Una gran esperanza de paz la invadió; e incluso la juventud sofocada le daba más sed de placer, de locuras, de extrañezas.

Las ocupaciones del marido también le permitían una mayor libertad; daba sola largos paseos sin meta y sentía una alegría sin límites al estar sola, sola, al caminar libre por las calles.

En el teatro, las tardes en las que se ensayaba, se acurrucaba al fondo de un palco o en un sillón. Conocía a todos, todos la querían.

Había aprendido el exquisito arte de librarse sin esfuerzo y con suma delicadeza de los adoradores demasiado atrevidos, sabía ser amable y atraer la atención.

Quería que el marido la considerara necesaria para algo más que por su cuerpo, quería que él la necesitara sin desecharla sexualmente. Pero, al mismo tiempo, no se atrevía a rechazarlo abiertamente porque estaba celosa.

En esta calma, Anna se había convertido en una mujer cada vez más simpática: tenía una aguda vivacidad de espíritu, una elegancia instintiva, una sensibilidad exquisita. Su inteligencia natural florecía al calor de una existencia más mundana, pero más acorde con su temperamento que necesitaba lucha, movimiento.

Su marido, impresionado por la agudez de sus puntos de vista, por la conveniencia de sus criterios, se había sentido completamente subyugado por esa fuerza que, de repente, se revelaba y no se dejaba aconsejar por otro que no fuera ella y ella creyó que lo había conquistado.

No era feliz porque su madre también estaba enfadada con ella y tenía muchas ganas de ver a sus tres pequeños. Pero, como sabía que esto no duraría mucho tiempo, confiaba en la bondad de su madre, se abandonaba a ese renacimiento de la vida con arrebatos que a veces hacían que se pareciera a una niña.

Vivía en un pequeño y bonito apartamento que adornaba con flores.

Se vestía simplemente con el elegante descuido del artista que no se aprende ni se imita; algo de orgullo, algún arrebato de niña retornaba corregido en la mujer.

Incluso su cara ligeramente alargada se iluminaba al sonreír y sus oscuros ojos tenían una profundidad que hechizaba.

Alguien le había dicho que sus ojos de terciopelo eran irresistibles y ella había sonreído serenamente sin ninguna vanidad.

Una intuición musical precisa hacía que sus consejos fueran razonables y eficaces; era la guía segura de su marido y nadie lo dudaba.

No tenía amigas, no tenía el alma predispuesta a tener amigas mujeres. Después de Amelia, a ninguna mujer le había entregado por completo su alma. Tenía conocidas, era exquisitamente amable con las alumnas del marido, pero no tenía una amiga. Aborrecía las charlas mundanas, los cotilleos, los chismes inútiles de las mujeres y solo raramente iba de visita.

No había querido criadas jóvenes en casa: ¡a su casa venía tan poca gente!

Una anciana – Caterina – de rara fealdad, iba unas horas y un joven, que habían acogido, y a quien su marido tendría que prepararle para su carrera teatral, suplían las necesidades materiales de su pequeño *ménage*.

Este joven – Pietro – tenía apenas dieciocho años y una voz maravillosa. Sin educación alguna, desprovisto de toda prudente delicadeza, no muy sincero, había contribuido a que se fuera Virginia Mirello al contarle las obscenidades que Ettore hacía en la casa de una florista y provocando, de esta manera, la seria cuestión que dividió a las dos familias.

Pero cuando su madre se marchó, le rogó tanto y le hizo entender que estaría completamente perdido si no pudiera continuar con sus estudios, que Anna le perdonó. Después de

todo, a ella le pareció que si el chico había dicho ese chisme era más por su mente corta que por maldad y pudo comprobar que un amor, casi como el de una bestia, le atraía hacia su maestro.

Siempre corría de un punto a otro, listo, obediente y, aunque Ettore se olvidara por completo de la lección que le había prometido, él progresaba, estudiando solo y aprovechando el permiso de Anna para pasar unos ratos al piano.

La amistad de un gran artista había colocado a Ettore Streno entre los primeros maestros directores; una de esas simpatías que son por sí mismas una protección le habían convertido en un maestro de moda. Ahora dirigía grandes espectáculos.

Anna tenía su palco en el teatro y a menudo lo regalaba, porque se quedaba de buena gana en el escenario.

Le gustaba esa visión rápida y variada de cosas continuamente distintas, ese cambio brusco de caras, esa vida apresurada, ese ajetreo de tantas personas. Todos la conocían, todos la saludaban respetuosamente. A veces paseaba por el escenario del teatro florentino más importante envuelta en el abrigo de piel para resguardarse de la algidez del gran vacío, deteniéndose a mirar al maquinista, al utilero que montaba un palacio, o un castillo, o un bosque con una calma desesperante, frente a la enormidad de lo que tenía que surgir en pocos minutos.

Pasaban los coristas, algunos ya vestidos, otros llegaban tarde, la saludaban y ella sonreía a todos como si fueran amigos. Luego era el empresario el que le preguntaba:

- ¿No va al teatro?
- Tal vez más tarde. ¿Cuánta gente?
- Promete.

Y también ella, atraída por la curiosidad de saber cuánto público había venido, miraba por uno de esos agujeros que la gente no percibe porque se encuentran en algún punto de la pintura que mejor se presta a ocultarlo.

Conocía las costumbres, sabía cómo juzgar desde el principio de la noche cuánta gente vendría.

- Se va a llenar.
- A mí también me parece.
- ¡Mire, todas estas son entradas! ¿Hay muchos *pases*?
- Esta noche no muchos...
- ¿Y cuántos de *claqué*?

– Los que ha dado él... – Y el hombre de negocios indicaba al *Divo* que siempre distribuía muchas entradas para que le aplaudieran.

Sabía distinguir entre aplausos deseados y aplausos espontáneos, sabía dónde el público se sentiría arrastrado por los *claquers*.

Y, a menudo, apoyándose en un bastidor, cerca de Clemente, el director de escena, se divertía indicando o previendo estos aplausos deseados.

Y mientras él gritaba a los coristas, o a los extras: *Atención, listos?...*

Anna decía:

– Es pronto, Clemente, hay aplausos. Aquí... mire... y se lo indicaba; allí en el palco... ahí está el aplauso... para poder coger aliento.

De hecho, mientras que el gran artista venía al proscenio dilatando el *si natural* y sosteniéndolo mucho más tiempo que los demás, a un gesto imperceptible un estallido de aplausos recubría por un segundo la voz, de tal manera que el artista podía retomar, con una rara rapidez, el aliento que estaba a punto de perder y mantener ese *si natural* de manera que todo el público, arrastrado por tan rara virtuosidad, estallaba en un ¡viva! clamoroso.

Ella conocía todas estas pequeñas malicias y las observaba, como observaba todas esas pequeñas luchas, mezquinas, esos amores efímeros de una temporada, esas envidias que, a veces, podían terminar en hechos serios.

Los *grandes*, esos dos grandes, siempre unidos – tenor y soprano – que, para entonces habían alcanzado la vertiginosa cima del triunfo, no tenían nada en común con el resto de la compañía. Salían del camerino casi cuando era el momento de decir su parte, pasaban con una bonita sonrisa acomodada, como la de los soberanos, entre los coristas, los extras, todo el personal les dejaba pasar y, cuando terminaban su parte, regresaban al camerino donde solo entraban el maestro y los sastres. Pero ella tenía el paso abierto en todas partes, de hecho, la gran artista la tenía en grande simpatía y a menudo le pedía que le comprara algo para lo que se requería buen gusto y siempre insistía en invitarla a comer a su casa.

Pero lo que más atraía su mirada eran *los otros*, los menos famosos, los principiantes; los aplausos locamente insistentes que se dirigían a los divos, las flores e incluso el teatro lleno, les crispaban los nervios.

Eran discursos en la puerta del camerino, entre la contralto y el barítono mientras terminaban de pintarse la cara con la suave patita de liebre, o se pintaban las uñas: a veces el bajo, ya preparado, entraba en el camerino de la coprotagonista, medio vestida, que se ataba un zapato, con el pie apoyado en una silla, o en la mesa, dejando toda la pierna a la vista, y criticaban a uno o a otro:

– Pero, cómo ha terminado el *divo*, ¿eh?

– ¿Y ella? – continuaba la mujer a la que esos triunfos se le subían a la cabeza como una llamarada de sangre caliente – Son los diamantes y la ropa... querido mío. ¿No os parece?

– Se entiende... ¡Qué pierna tenéis, vaya! – Y le daba un pellizco.

– ¡Sinvergüenza! Si no os vais, os tiro la silla encima.

Entonces se armaba un buen jaleo. Uno de ellos se sentaba en el suelo, en una alfombra, otro en las rodillas de la chica y la conversación tomaba un tono suficientemente... elevado.

– ¿Quién os ha regalado estos brillantes?

– Mi garganta, querido...

– Uhm... realmente no sabía que era... la garganta...

– En cualquier caso, no habríais sido vos.

– Yo, os digo la verdad, no me he gastado ni un céntimo...

– ¡Sois tan guapo!

– Tengo otras dotes escondidas... atractivas – y le decía palabras al oído.

– ¡Cerdo! – exclamaba la chica riendo con los ojos brillantes.

En las temporadas menos grandes, cuando no cantaban las celebridades, las escenas eran más picantes, más bajas las envidias, más mordaces las venganzas.

Los artistas se vestían a menudo con la puerta del vestuario abierta y en esas pequeñas habitaciones donde el aire respirable era un deseo, donde los olores agudos se subían a la cabeza, se podía percibir perfectamente esa gran mentira que es la vida y que el teatro refleja tan bien.

Vestidos de terciopelo desgastado, de algodón que parece seda, grandes perlas de vidrio, fondos de vaso en forma de diamantes, diademas de cartón, frascos pequeños, botellitas de ungüentos, trapos grasientos, en un rincón una maleta, la mesa envuelta en un paño discutiblemente blanco, cuatro velas que gotean, cuatro candelabros vacíos, porque el artista siempre ahorra en velas para llevárselas a casa. Y a menudo ocurren escenas semi trágicas en torno a las velas.

– ¿Cuántas velas da la empresa? – pregunta la *prima donna* al director de escena.

– Cuatro.

– Esto es de locos. ¿Es que estamos en Furecchio? ¡Cuatro velas en el gran teatro de la Pergola!

– Pero, si tenéis dos antorchas de gas.

– ¿Gas? Muy bien. Y ¿qué hago yo con eso?... Uso las velas para pintarme. ¿Cómo queréis que me maquille con la luz desde arriba?

– Se lo diremos al empresario; ya veremos.

– Advertídselo y pronto, que no me gusta que me traten como si fuera la coprotagonista.

Y el pobre director, resoplando, se lo va a decir al empresario, que se lo concede, aunque los dos están convencidos de que las velas que se van a encender pueden ser como mucho tres. Luego la costurera recoge los cabos... y se queja cuando encuentra pocos.

Y ¡mucho cuidado si silban al artista! La culpa es siempre de alguien, normalmente del maestro.

– ¡Es un prepotente!

Es cierto que a veces incluso el maestro... se venga con su batuta. Una entrada falsa... y todo está hecho.

Ettore Streno le faltó bien poco para hacer que silbaran a un artista. Se vengaba de.... ¿Quién sabe?..... Cosas sucias.

Se produjo un alboroto interminable. Las palabrotas silbaban como cohetes.

– ¡Ese cerdo del maestro, ese sucio prepotente! ¡Si no hubiera estado atento!...

Anna no se lo había creído... y se lo había preguntado a Ettore. Él había sonreído con complacencia.

A Anna le había dolido mucho.

Incluso las escenas en los vestuarios son más frecuentes, más picantes; los artistas de segunda clase tienen menos recato.

Casi siempre se llaman por el nombre del personaje que representan, llaman al camerino del compañero, gritan una impertinencia.

– Abrid, Rosina.

– ¿Quién es?

– Fígaro, por Dios.

– No puedo.

– Eh, ¡vamos! ¿No lleváis puesta una camisa? ¡

– Esperad un momento, *barítolo* – es mi madre.

– Brrr... ¿o más bien es el *madro*?

– ¡Sinvergüenza! – y se oye una risita alegre a través de los débiles tabiques, luego se abre la puerta.

– Pero si estáis vestida. Y ¿por qué no queríais abrir?

– Hay poco que adivinar – dice una nueva voz. Es Lindoro.

El Madro sale casi siempre: quiere ver si hay mucha gente en el teatro.

Entonces los dos varones se atreven a más. Uno rebusca un poco por todas partes, abre la maleta... La muchacha grita, no quiere, el otro, con curiosidad, insiste... y algo muy sucio sale en la punta del sable...

Entonces, hay gritos, risas, chillidos. Y el director de escena interviene:

– Silencio, por favor – Se ríe él también y vuelve a su puesto moviendo la cabeza.

Anna pasaba entre estas personas serenamente, observando, aprendiendo. No pocas veces, cuando su marido dirigía en otras ciudades, ella, que siempre le seguía, hacía vida en común con los artistas.

En aquella época eran largas paradas en los mesones, en los cafés, asistía a todos los ensayos, divirtiéndose con lo que observaba como si asistiera a una comedia más amplia y complicada.

Naturalmente, viviendo en medio de mujeres fáciles, entre hombres acostumbrados a conquistarlas con una suma más o menos elevada, también a ella, joven y atractiva, la cortejaban mucho.

Una vez su marido se había comprometido a una gira de conciertos con una compensación extraordinaria. El iniciador era un hebreo, agente de negocios, Numes, y un empresario, un marqués.

Para cenar el marqués se ponía siempre cerca de Anna. Una noche le dijo:

– Sois demasiado inteligente, señora, para no haber entendido la razón por la que yo me he hecho empresario; sois demasiado encantadora...

– Por favor, marqués, haced como si yo no entendiera nada...

Naturalmente la gira artística se esfumó.

Otra vez, se habían quedado sin dinero al marcharse el empresario y habían recorrido a la ayuda de un anciano señor hebreo.

La suma de dinero la habían devuelto, pero una vez en casa, un día, el anciano señor llamó a su puerta. Le anunciaron y pasó al salón; Anna insistió para que lo recibiera Ettore. Pero él estaba comiendo y no quiso incomodarse, quiso a toda costa que fuera ella. Anna tuvo que ir. El anciano le hizo muchos cumplidos, dijo que no hacía falta que se lo hubieran devuelto de forma tan inmediata.

– Podíais esperar... esperar mucho...no tenía prisa.

– Es usted demasiado bueno, gracias, pero no había motivo...

– Señora, si en algún momento tenéis necesidad, incluso de una suma más grande... sin prisa para devolverla... – y alargando la mano, le ciñó la cintura; Anna se levantó de un salto:

– Perdone, pero tengo mucho que hacer, le mando a mi marido.

La visión continua, clara, precisa, de tanta mentira, de tanto amor vendido como mercancía, no dañaba, no corrompía el alma de Anna.

Observaba, a menudo divertida, otras con disgusto, pero en ese pequeño mundo Anna aprendía la verdad del vasto mundo: aprendía a conocer de qué estaba hecho el mundo.

Envidias más grandes, o más escondidas, falsedades, mejillas mejor maquilladas, obscenidades menos visibles, pero en todas partes mentiras y mentiras.

Comparaba la comedia bien interpretada de muchas virtudes puras a esa libertad que tienen las mujeres de teatro, e incluso a veces le sucedía que sentía repugnancia por unas, lástima por

otras. ¿La diferencia? Unas engañaban al mundo y a sus seres queridos, escondiendo bajo el maquillaje la palidez de las orgías secretas, a menudo muy bien pagadas; otras, bajo los polvos, a menudo escondían una fresca juventud para divertir a las otras... que, ciertamente, no habrían querido estrechar su mano y tal vez se limitaban, libres, a concederse a un solo amante para satisfacer el deseo de lujo y alguna vez también por amor sincero.

Y, gracias a la serenidad glacial de sus sentidos, Anna podía observar sin que ninguna turbación alterase la visión de la verdad.

Y ni siquiera el amor por su marido se alteraba; le parecía que ella debía cumplir con una misión, un deber, y tenía fe en que una obra de buena inspiración tuviera como recompensa un amor seguro y fiel.

Lo había perdonado todo; la infidelidad y las enfermedades, casi se había olvidado de las malvadas insinuaciones contra su madre; orgullosa de la gloria de su marido, como si algo fuera también suyo, se sentía satisfecha. En la calma del espíritu, hasta los vanidosos erotismos de él se le escapaban; la gracia estudiada, cierta cortesía exagerada, que en otros momentos le habrían dado qué pensar, ahora no le molestaban. Si lo veía en una conversación cercana con una artista, si lo encontraba encerrado en algún camerino y no estaba solo, si regresaba muy tarde, ya no tenía necesidad de buscar una excusa o de defenderle, se conformaba con lo que él le contaba, o al no ver nada, no pensaba en nada. Era un momento en el que los celos también se habían adormecido. Tan ocupada en ayudarle en la gloria, ningún otro sentimiento fuerte encontraba lugar en ella.

Algunas pequeñas malignidades, algunas desavenencias a su amor propio de mujer casada y señora, ciertas visiones rápidas del vicio la tocaban y pasaban dejando un surco no muy profundo. Claro que ese surco no desaparecía del todo y podría fácilmente hacerse más profundo.

De hecho...

Él tenía, como alumna de canto, a una joven israelí de dieciséis años, rubia, con la piel rosea, ideal, con ojos azules muy móviles, como todos los ojos de esa raza, sin profundidad de pensamiento, pero atrevidos.

Miraban e invitaban sin fijarse; no decían nada, pero despertaban deseos; eran agudos, eran ojos que deseaban.

Se vestía audazmente exagerando las modas, tenía un andar suave, lento, de mujer demasiado gorda, de paso cansado, de creatura sensual.

Mientras que Ettore Streno descuidaba a todos los demás alumnos, nunca faltaba a la clase de Giuseppina Calbretti.

Ostentaba una ingenuidad de niña, tenía pequeñas gracias muy estudiadas y bien preparadas, aire lánguido; era excesivamente glotona, siempre tenía los bolsillos llenos de dulces y a menudo también indisposiciones por haber comido tantas pastas.

La lección de canto que Ettore le daba era siempre muy larga, y de un ejercicio a otro siempre había intervalos que hacían pensar en charlas íntimas.

A Ettore le habían ofrecido irse a América y Anna le aconsejaba que aceptara.

– Giuseppina ha llorado al pensar que me podía ir – dijo y recusó, alegando una exigua remuneración.

Una duda le penetraba en el alma.

Se informó y una persona interesada le aseguró que él había mentido y que la remuneración era buena.

Ella no insistió más, pero dudó; de la duda a la observación el pasaje era natural.

Una noche él salió llevándose consigo a Pietro, el joven tenor, y le dijo a Anna que tenía un ensayo en el teatro. Anna sabía que no podía haber ningún ensayo.

Se quedó sola en casa. Hacía frío; se acurrucó en un sillón frente a la chimenea.

Un pensamiento insistente la inquietaba y una extraña preocupación, casi un presentimiento de desgracia, la afligía.

Tenía temblores nerviosos, estremecimientos, un nudo en la garganta. Era algo similar a la ansiedad que la invadía durante las largas esperas del pasado, aunque ahora no era el miedo a las peleas, sino un tormento por una injusticia inesperada.

Ya era tarde; un cansancio por la continua angustia hizo que se quedara dormida, mientras el fuego se apagaba lentamente.

Una pesadilla, un sueño o una realidad, no se sabe, pero un soplo fuerte la sacudió, como si algo muy ligero pero voluminoso le pasase por el rostro, como si fuera el aliento de un espíritu.

Tuvo un temblor, un estremecimiento helado; intentó volver a encender el fuego, pero no lo consiguió.

Ya era muy tarde. Se sentía desesperada.

Cuando Ettore volvió a casa, con algunas preguntas hábiles, lo confundió, la sospecha creció; decidió que tenía que estar atenta.

La noche siguiente, en el teatro, se encontró por casualidad con el padre de la señorita, al que le había dejado su palco, le interrogó con habilidad:

– ¿Cómo es que anoche ha mandado a mi marido a casa tan tarde? ¿Han tocado música?

– Un poco, sí, señora; luego han jugado.

– ¿A la tómbola? – Anna dijo riendo, pero su risa estaba crispada.

– Pues sí.

Sabía lo suficiente. Lo dejó porque no podía respirar. Se volvió. Ettore desde el telón miraba hacia el palco donde estaba la chica, mordiéndose el bigote, señal esta de seria agitación.

Anna lo llamó, se lo llevó al camerino y, conmovida, casi ahogada por el llanto que quería sofocar, le suplicó:

– Ettore, mira lo que haces; acuérdate de todo lo que he sufrido, recuerda las angustias por las que he pasado, el derecho que tengo a tener paz. Sé dónde has estado anoche. Lo adivino. Nuestra paz está en peligro; estás a tiempo, no te apartes de mí... sería tu ruina.

– Eres una tonta! Pero ¡tú qué sueñas! Vas a hacerme perder a esta alumna... ¿Qué mal te he procurado?...

– Piénsalo bien... ¡es una niña!... No te vayas a arrepentir demasiado tarde...

Escondida detrás de los bastidores pudo ver que, mientras dirigía, él la lanzaba muchas miradas y muy expresivas; y que ella, con el cuerpo hacia fuera del antepecho, no tenía ojos que para él.

Un estremecimiento de dolor le daba a Anna el aspecto de un cadáver.

Clemente, el director de escena, se dio cuenta.

– Señora, se encuentra mal.

– No, Clemente, gracias.

Todo su bien se derrumbaba; todo era inútil.

Estaba desconcertaba, como si estuviera perdida en un interminable desierto; las piernas le temblaban.

Clemente le acercó una silla.

Se dejó caer allí exhausta.

Pero ya no era el momento de ocultarse la verdad a sí misma, ahora tenía que saberlo todo desde el principio hasta el final.

Reaccionó... sonrió, se reanimó; también le sonrió a él, disimulando.

El día después vio que ella le había dado una nota.

Quería sorprenderlos. Todavía no tenía una idea precisa de lo que iba a hacer; quería sorprenderlos. Siguió disimulando.

Alguna mañana más tarde salió más temprano de lo habitual. Anna aún estaba en la cama. En un momento se levantó, se puso un vestido; quería seguirlo. ¿Hacia dónde ir?

Vivían en la calle Ghibellina; con un paso desesperado corrió hasta el teatro Pagliano; no lo vio, volvió hacia atrás; Giuseppina Calbretti vivía en uno de los pequeños barrios de la zona de Le Cure; corrió por todas las avenidas hasta el Cementerio de los Ingleses. Era una dulce mañana llena de sol. La primavera empezaba a sonreír.

Un perfume de violetas y de jacintos se expandía por el aire.

Anna en su ansiedad febril suspiró con dolor.

¡Qué cielo tan hermoso! ¡Qué aire tan perfumado! ¡Qué felicidad tan inmensa en las cosas! ¡Y qué dolor tan grande!

De repente lo vio... Estaba doblando por la calle de Pinti; se había detenido. Ella se escondió detrás de una enorme máquina trituradora de piedras. Y le dejó que continuara un poco por la calle. Le había venido a la mente un buen pensamiento.

– Irá a casa de Sami. – Era un amigo.

A menudo iba allí por la mañana.

Vivía en el Paseo Principessa Margherita.

Y pensó: si dobla la esquina va hacia ella, si continúa, no.

Dobló la esquina. Así que Anna, empujada por el dolor, por la rabia, por la desesperación, se puso a correr como un niño, como una loca. Un hombre la siguió.

A mitad del Paseo Principe Amedeo se cayó. El hombre intentó levantarla. Ella se levantó sola, lo miró, le esquivó y continuó corriendo como una loca.

En una esquina de la calle Antonio Giacomini, Ettore Streno, como un joven enamorado, hacía gestos a Giuseppina Calbretti que, desde la ventana de una planta baja, respondía a sus insinuaciones.

No la vieron de inmediato; él se acercó a la ventana; se hablaron. Fue ella quien vio a Anna. La desdichada mujer estaba parada en la otra esquina de la calle, helada; algo atroz, algo trágico se le había metido en la sangre. Era la muerte de todas las esperanzas, de todas las ilusiones.

Giuseppina Calbretti se había retirado de la ventana, él, asustado, se acercó a Anna y la hizo entrar en un coche que pasaba.

No tuvo fuerzas para hablar, el temblor convulsivo le sacudía con fuerza una pierna, mientras que el resto de la persona estaba inmóvil.

Solo en casa, al cabo de unas horas, le dijo:

– Quiero saberlo todo. Quiero leer sus cartas.

Le dio algunas. Supo así que se había fijado una cita para el día siguiente: ella tenía que quedarse sola en casa durante unas horas... Supo que se querían desde hacía unos meses.

Y la invadió un extraño deseo de hablar con esa chica. Se fue para verla de inmediato.

Su madre la recibió amablemente; Giuseppina se puso muy pálida: una mirada de Anna hizo que bajara los ojos mientras trataba de salir de la habitación.

– Quédese, Giuseppina; he venido a buscarla para llevarla a un concierto...

– No puedo... señora... me he hecho un esguince y me duele.

– Se ha hecho daño esta mañana, al bajarse de la ventana – dijo la madre, ingenuamente.

– Cogemos entonces un carruaje – Anna continuó con firmeza, mirándola.

Giuseppina no se atrevió a negarse. Y fue.

Fuera de la casa, a Anna, como por arte de magia, se le fue toda la rabia. Esa chica débil, ligera, pero tan joven, le dio pena.

– Pero ¿qué esperaba? – le dijo sin más.

– ¡Señora! ¡Señora! Déjeme volver a casa.

– No, tenemos que hablar. Quiero saber qué ha pasado. Quiero leer sus cartas.

– Las tengo aquí... – respondió con miedo.

– ¿Todas?

– Todas.

– Bien. Venga a mi casa.

– Tengo miedo.

– ¿De mí? No quiero hacerle daño, se lo aseguro.

En casa Anna leyó todas las cartas, mientras que Giuseppina, tranquilizada, hojeaba un álbum de acuarelas. En esas cartas había frases estudiadas, de novela. La llamaba su ángel azul, su bella paloma; había algunas frases truncadas que no entendía... referencias a ella.

Una profunda amargura, al pensar que tal vez se burlaban de ella, le daba esa oscura calma que es más atroz que el dolor.

E impotente para mostrarse insolente, para reprocharle, por la imposibilidad de hacerla sufrir, por su debilidad, le dirigió a esa niña palabras maternas.

– Pero ¿qué podía esperar? Tiene tres hijos... no está libre...

– Me ha jurado que me va a querer siempre, eternamente.

– ¡Pobre tonta! También a mí me lo juró ante el altar de Dios. ¿Y bien? Sería su concubina, eso es todo. La dejaría por otra, cuando se cansara, como se ha cansado de mí. Y luego ¿qué? Si todavía no ha ocurrido nada entre vosotros, sálvese a sí misma, si está a tiempo; olvídense de él... ¿Dónde la arrastraría? Piense. Piense en su madre.

– Le quiero – susurró la muchacha con desesperación en la voz – le había propuesto que muriéramos juntos...

Anna sonrió con amargura.

– ¿Y él?...

– Me sugirió que me fuera a América.

– Más cómodo... ¡Desgraciada!

Anna hablaba con el deseo de salvar a esa joven del deshonor, de salvarla del disgusto por sí misma y por el amor, ese disgusto en el que ella, a la misma edad, también había caído, casada y enamorada. ¡Pobre niña! Tenía dieciséis años, como ella, como ella, en la misma trampa.

– ¡Sálvese! ¡Sálvese! Ya ve que no le hablo como una esposa engañada.

– Tal vez usted no tiene derecho – dijo ella de repente con audacia.

Anna no entendió. En la cara de la chica había aparecido una desagradable sonrisa de burla.

– ¿Qué ha dicho?

– He dicho que puede que usted no tenga derecho a exigir fidelidad.

Anna estaba desconcertada.

– Pero ¿qué dice? Explíquese.

Ella tuvo un momento de incertidumbre.

– ...Me lo ha dicho tantas veces... Él... que si me quería... era porque estaba solo, porque necesitaba amor... porque usted lo había engañado... y no solo una vez, porque tenía muchas razones para distanciarse de usted.

– Pero ¡qué infame! ¡miente sin ningún pudor!

Anna perdía la sensación de las cosas reales; se sentía morir, sentía una tal confusión en la cabeza, como si estuviera borracha. Su cara estaba descompuesta.

La chica, asustada por sus propias palabras, por la violencia del dolor que distinguía en esa joven mujer tan ofendida, tal vez tuvo miedo... pero todavía quiso arriesgarse con un golpe audaz.

– ¡Quiero verlo! ¡Quiero hablar con él! ¡Me ha engañado! Quiero que venga aquí...

– ¿Por qué? – había respondido Anna – es conmigo, no con él, con quien tiene que hablar... – pero luego tuvo una idea, mandó a Pietro a buscarlo, ordenándole que se quedara luego él fuera de casa.

No quería ningún testigo. Una idea de liberación la había invadido, todavía no completamente desilusionada de la lealtad de su marido.

Él acudió cuando se lo dijo Pietro.

Anna le dijo:

– Oye, le has dicho a esta chica que tienes derecho a buscar amor en otra parte... le has dicho que no tienes paz... que necesitas consuelo. Has mentido... Confiésalo y te perdono; te perdono por todo lo que me has hecho sufrir, te perdono por esta gran ofensa... Y escucha de nuevo: tal vez quieres mucho a esta chica... No deseo que seas infeliz... y, después de todo, no sé si podría vivir contigo sabiendo que en el corazón tienes otro amor. Puedes elegir. O ella, o tus hijos y su madre. ...Sin miramientos. Decide. No reclamaré nada... no volverás a verme nunca más.

Ettore no tenía palabras.

Giuseppina se puso a temblar, perdió el color, parecía que se iba a desmayar.

Anna llamó..., sonó el timbre...se había olvidado de que no había nadie en casa, que había dicho que se fueran Pietro y la mujer.

La joven inclinaba la cabeza...; luego salió de la habitación a buscar unas sales.

Ettore Streno conocía bien su gran bondad.

Cogió las manos de la chica, la sacudió, la reanimó por un momento, lo suficiente para poder murmurarle:

– Ánimo, tienes que ser fuerte; pídele perdón; haremos de Anna lo que queramos.

Así fue.

Giuseppina, recuperada, se puso de rodillas:

– ¡Señora! ¡Señora! ¡No soy tan perversa! ¡Perdóneme! ¡Perdónele a él también! ¡Por mi madre! ¡Que ella no lo sepa! ¡La bendeciré de por vida! ¡Tenga piedad! ¡Tenga piedad!

Anna no podía asistir impasible ante los sufrimientos de los demás. ¿Qué podía hacer?

– Que mi madre no sepa nada. Ha sido una aberración. Pero soy honesta. Sufriré un poco... Pero seré fuerte, se lo ruego, perdóneme.

Anna creyó en la efectividad del perdón, en la lealtad de esa niña.

No se lo mencionó a nadie, dejó que continuara con sus clases..., pero a partir de ese día, a partir de ese momento, fue para ella un suplicio atroz... los celos, unos celos ansiosos la atormentaban, le ponían espinas en la sangre, nunca le daban tregua.

Lo seguía, lo espiaba, lo acechaba, dudaba de esa lealtad.

Su perro, siguiendo el rastro de Pietro, la llevó a la puerta de la casa de ella; así supo que Pietro iba allí. Tal vez para llevarle las cartas. Se dio cuenta de que se hablaban con flores.

Todos la engañaban. Pietro entre la espada y la pared, por miedo a que le echaran, le dijo lo que pasaba, le dejó leer las cartas que le tenía que llevar a ella.

Una noche, Ettore, sorprendido, tiró entre las rendijas del escenario una nota. Ella quería recogerla.

Fue Clemente el que la encontró, pero la hizo pedazos para que ella no la pudiera leer.

El desánimo la volvió como loca.

Una mañana los sorprendió abrazados por las escaleras de la casa de ella. Les aguardaba desde hacía una hora. Al oír su voz, Ettore escapó, Anna empujó en casa a la chica que le impedía entrar.

Llamó a su madre e, invadida por una excitación exagerada:

– Su hija es la amante de mi marido...

– ¡Señora! ... Pero ¿qué dice?

– Digo que es la amante de mi marido... Digo que no quiero que vuelva más a mi casa! Digo que tiene que llevársela lejos... ¡lejos... lejos de aquí para que no la vuelva a ver nunca más!

– Ah! ¡cobarde! ¡y le he pagado hoy el mes! ¡y lo ha aceptado!

Pobre de mí ¿qué podía esperar de esa madre? Se fue asqueada.

Ella quería irse con su madre, con sus pequeños... Sentía que, si se quedaba, se volvería loca.

Pero él la detuvo en la estación, se lo impidió, le rogó, lloró... y ella se quedó.

Entonces tuvo un último impulso, un último gran sacrificio; entonces, al medir ya el horror de su estado, aun sabiendo que todo estaba perdido para ella, pensó que quizás su frialdad era la primera causa de tanto mal... pensó que tenía que retenerlo con la sensualidad. Y padeciendo atrozmente por el disgusto, con el dolor que le daba vértigo, ofreció a su marido su cuerpo, fingiendo desearlo y en el supremo esfuerzo de la cabeza que quería darle al cuerpo la sensación que había buscado en vano, ese pobre cuerpo suyo enfermo se estremeció, pero él no lo entendió...

Ese cuerpo lo tomaba con la mente puesta en otra, con los sentidos puestos en otra; en el delirio sensual un nombre, el nombre de la otra, le volvía a la boca, mientras que Anna, con los dientes apretados y las uñas clavadas en el pecho, sentía unas ganas impulsivas de estrangularlo.

Una crisis nerviosa se apoderó de ella... la excitación no se calmó y el médico temió que fuera a perder la razón.

Más aún, en esa horrible noche se convirtió de nuevo en madre.

Él, habiendo perdido cualquier recato, ya no podía separarse de ese amor, o más bien de ese deseo, que aún no se había apagado en la posesión, y Anna, afligida, solo tenía un pensamiento obstinado de odio hacia esa criatura que llevaba en su vientre y

que no le parecía que fuese suya; y, lentamente, con tenacidad, le batía en la cabeza un insistente impulso al delito.

– Abortar.

– ¡No quiero este hijo! ¡No es mío!

La sensación era fuerte, terrible. Pero el médico consultado, comprobó que solo estaba enferma, que la sangre se le iba, que la debilidad la obligaba a quedarse en la cama: le hicieron un tratamiento enérgico con medicinas ineficaces.

Siempre sola, mal cuidada por la vieja Caterina, nunca consolada por el amor de su marido, se consumía, se consumía, se moría.

El médico no encontraba ningún remedio y tampoco creía que estuviera embarazada.

Un día, abandonada en un sillón, pálida como una sábana, miraba con tristeza a su marido que se estaba vistiendo para salir.

Le reprochó por algo que no encontraba.

– Pregúntale a Pietro.

– ¡No eres buena en nada! ¡Te estás pudriendo en esa silla!

– ¿Cómo tienes valor para hablarme así?

– No hagas escenas... por favor... Tengo prisa.

– ¿Te está esperando?

– Si así prefieres.

– ¡Mira que eres malo! ¡No ves que me estoy muriendo!

– Tonterías....

– Pero tú ¿qué quieres de mí? ¿No vas a darme nunca paz? –
...Se había levantado. – ¿Es que quieres acabar conmigo? ¿Pero nunca te cansas de torturarme?

Se había acercado, se tambaleaba... salían de su boca palabras ardientes: se vertía toda la amargura de su sufrimiento. Él, con los ojos siniestramente entrecerrados, la miraba; en su rostro se podía leer el odio del hombre vicioso, al que le disgusta la mujer a la que está atado; sus pálidos labios temblaban....

– Cállate, – decía sofocado, – cállate...

– ¡No tengo miedo! ¡Mátame si quieres..., pero que esto termine de una vez! ¡sufro, sufro! ¡Mátame!

Fue en un momento. Él había cogido un bastón estoque, había sacado la hoja; ella retrocedió hasta la cama, donde se detuvo con los brazos en cruz, su mirada fija en él: él avanzaba, avanzaba, avanzaba... La hoja le tocaba el pecho a Anna, cuando, de repente,

Pietro, que lo había oído todo, entró en la habitación y, dando un salto, agarró la hoja por la mitad, le dio la vuelta y la desvió.

Ettore se puso como una bestia:

– ¿Qué es lo que quieres? ¿Estabas espiándonos?

Y se volvió hacia Anna, riéndose de mala manera:

– ¿Eras lo suficientemente fuerte para esto? ¿Él también?...
¡Ah! ¡Ah! ¡También el sirviente!...

Anna se cayó al suelo; un largo desmayo la dejó tan destrozada que no tuvo fuerzas para hablar.

Pocos días más tarde, el médico, al que llamaron al amanecer, con prisa, mientras Anna sentía que con la sangre se le iba la vida, le realizó un aborto. Fue una operación larga, dolorosa y peligrosa.

Mientras la operaban, mientras con el bisturí le hurgaban en el cuerpo dolorido, extrayendo de ella a una criatura podrida antes de ver el sol, la mujer que la asistía dejó caer en la cama un enorme ramo de lirios que una señora, una conocida, le había enviado en ese momento. Era un bulto blanco en el candor de la cama; el aroma de esas flores tan puras le dio a Anna descanso a los largos sufrimientos que padecía.

Dejó algunos lirios y los guardó hasta el final.

Con la convalecencia le vino el deseo de volver a ver a su madre y a sus hijos: todo lo demás le era indiferente.

La vida que volvía a fluir por sus venas desangradas parecía que le traía nuevas ideas, nuevos amores. Todo lo que hacía su marido ya no le interesaba más.

Volvió a ver a su madre, le habló de su gran dolor y desde entonces comenzó a querer todavía más a sus pequeños. Vagamente le vino la idea de abandonarle y de quedarse con ellos; un último escrúpulo la retuvo: se dijo que ese hombre podía tener una carrera gloriosa, que, si se quedaba solo, podría perderse, o se habría olvidado fácilmente incluso de sus hijos en los que casi nunca pensaba, y que ella tenía que quedarse con él, ser su hermana, su guía, tenía que sacrificar todas las aspiraciones de su alma por el amor de sus hijos.

Ella ya no lo quería, al contrario, le daba asco; ya conocía sus más mínimos defectos, conocía todos sus vicios, sabía de todas sus aventuras. Sonreía fría.

En el teatro, una noche, Clemente la entretenía con un largo discurso muy banal y muy vago; ella lo miraba, al principio intrigada, luego preguntándose si por casualidad no se había vuelto loco. No podía entender por qué le hablaba tan excitado, mirando aquí y allá como si la estuviera entreteniendo para evitar algo que no conseguía adivinar.

De repente, se volvió y vio a su marido mal escondido detrás de los bastidores encandilando a una vieja bailarina a la que acariciaba la cara.

– ¡Ya está! – exclamó Clemente.

– ¿Por eso? ¿Me hacía hablar para que no viera esto? ¡Pobre Clemente! – y se rio.

– ¡Señora!...

– Ya me he acostumbrado. Gracias... Usted es bueno... Pero yo ya no sufro más.

Ya no sufría por ninguna de sus malas acciones.

Cada uno llevaba su propia vida. Ella no le impedía nunca tener aventuras; sola por completo, sentía la necesidad de moverse, de aturdirse.

Tenía mucho miedo de enamorarse.

Para pasar el tiempo, había empezado a pintar y delante de la tela las horas pasaban sin darse cuenta. Luego iba a los estudios de los artistas y, poco a poco, su pasión por la pintura se iba haciendo más grande.

Sufría a ese hombre como si se tratara de una dolorosa necesidad; ahora había logrado evitar todo contacto; sus sentidos no hablaban y ella vigilaba su corazón.

Ahora no tenía otro bien que la libertad; la libertad de moverse, de caminar de un punto de la ciudad a otro, sola, de viajar, sola.

A la primera necesidad de dinero, ella aceptó hipotecar un título que estaba a su nombre, firmó un reembolso de mil ochocientas liras al final del octavo mes, cuando había recibido mil.

Antes de que terminara el verano, Anna siguió a su marido a Cortona.

Las enfermedades, los dolores, habían alargado un poco la oval de su cara, tenía el paso un poco más cansado, frecuentes desfallecimientos y un malestar que le había quedado tras la grave enfermedad que le había contagiado, le produjo dolencias muy

serias. Su cuerpo ya estaba ofendido por un peligro del que solo los cuidados la libraban, pero su alma era joven, su alma sentía impulsos hacia una felicidad de la que todavía no podía perfilar los contornos.

La ciudad negra, antigua, con sus empinadas calles con escalones, difíciles de subir, la cansaba; ella no sabía todavía distinguir las soberbias bellezas; había vivido lejos del arte y había escapado a la vulgaridad por una extraña repulsión de su ser, pero no precisaba todavía las bellezas de ese arte que emana de los viejos muros como un dulce y envolvente aroma.

Solo la grandiosidad de la naturaleza le hablaba a su alma.

Vivía en una pequeña casa un poco lejos de la ciudad y desde el jardín veía todo el enorme valle que se desplegaba verde y espacioso hasta el histórico Trasimeno. Era una ola de verde que hablaba con mil dulces susurros de palabras de alta poesía; era un cuchicheo que parecía amor, eran canciones, eran estribillos que subían al cielo límpido, eran los trinos de los pajaritos enamorados, un aleteo muy ligero, imperceptible, de alas batidas en el acoplamiento de dos mariposas irisadas. Y cuando el sol con sus rayos abrazaba la humilde tierra a la que otorga con orgullo la fertilidad, los trinos, los susurros, los cantos se quedaban en silencio durante largas horas y ese *silencio verde* dirigía palabras de amor aún más ardientes.

Anna se sentía fascinada, escuchaba como subían hacia ella las palabras desconocidas, comprendía por primera vez ese lenguaje de las cosas, todo cobró vida a su alrededor.

En su mente nacían palabras que su boca no pronunciaba, nacían palabras tan dulces, tan suaves, que ella no sabía que las conocía.

Y a veces miraba a su alrededor para ver si alguien las había pronunciado.

Luego estas palabras eran más claras, más límpidas. Entonces fueron cantos los que su boca muda pronunciaba siguiendo la voluntad de la mente; y se las decía a sí misma, a su corazón, mientras la mirada se perdía en esa gran paz donde el azul infinito besaba el último tono claro de verde y volvía a ver esas imágenes que la boca muda repetía al alma por voluntad de la mente.

Pero un día la boca se entreabrió, el sonido de la voz siguió a palabras de la mente y Anna, maravillada, contenta, feliz, escribió su primer poema.

¿Quién le había enseñado a hacer versos? ¿Quién le había puesto en el alma la armonía de la rima?

¿La naturaleza o el dolor?

¿Dónde había nacido la potencia del canto? ¿En el sufrimiento o en la inmensidad verde, en esas lejanas olas pequeñas y brillantes bajo los cálidos rayos, en los cantos de los pájaros, en el aleteo de las alas irisadas?

Anna nunca lo supo; el dolor y el amor por la naturaleza se fundieron y los cantos florecieron como una lluvia benéfica para refrescar su pobre alma sedienta de paz. Escribió para sí misma, para ella sola, y escondió esos poemas a todo el mundo. Era su felicidad la que escondía celosamente, era un hermoso sueño que tomaba forma, era realmente una nueva alegría.

Ya no sentía que su misión era la de guiar la gloria de ese marido vicioso y, aunque no podía ni siquiera imaginar una posibilidad de aplauso para sí misma, encontraba suficiente satisfacción en las deliciosas horas en que la mente le hablaba en el suave lenguaje de la poesía.

En otoño de 1891, Ettore Streno consideró que lo mejor era instalarse en Milán para tener más oportunidades de trabajo.

Habían vendido los muebles del apartamento de la calle Ghibellina y varios objetos de valor para poder hacer frente a las primeras necesidades.

En Milán Anna se sintió muy bien, tenía grandes motivos de distracción y más aún se sentía completamente separada del marido que, para entonces, llevaba una vida absolutamente libre.

Por parte de Ettore, tal vez porque se lo había contado a alguna de sus amantes, o a otros; en fin, por parte de quien debería haber hecho menos daño a Anna, se había difundido la noticia de que Pietro, el joven tenor que habían acogido en su casa, era su amante; una cantidad de chismes que habían dejado que crecieran hábilmente rodeaban a la desdichada mujer a la que se le atribuía demasiada bondad y demasiado perdón hacia su marido, para ser

verdaderamente inmune al pecado. Se sentía superior a todas esas charlas sucias y no se preocupaba por ellas.

Es verdad que había echado al joven de su casa, pero luego dejaba que la gente hablara, sin dar la más mínima importancia a todos esos rumores malévolos.

Su alma tan ocupada, tan llena de sueños, como entonces, como cuando era niña, había vislumbrado pálidamente la gloria, no podía ahora ponerse al bajo nivel del cotilleo mezquino.

En la gran ciudad lombarda, donde todos trabajan, donde el movimiento es febril, donde el gran señor del tiempo y de las mentes es solo los *negocios*, Anna estaba sola, tanto más sola cuanto más ruidosa era la vida a su alrededor. No le importaba. Pero sentía que le faltaba algo para ser completamente feliz en medio del fango y de la maldad de la existencia, sentía que el despertar siempre estaba velado por las nieblas del amanecer y, a pesar de todo, le daba consuelo estar ocupada. Liberada de las exigencias conyugales, con el corazón y los sentidos en calma, podía observar serenamente, sin ninguna turbación que la agitara.

Tenía momentos de desánimo; cuando el continuo malestar la obligaba a desear que alguien la ayudara, entonces intuía, es verdad, la dulzura que puede dar un alma fiel y cariñosa, sentía la necesidad de sentirse amada, de sentirse segura en los brazos de una criatura completamente suya; aún no conocía el bien de esa soledad poblada por criaturas nacidas de nuestro propio cerebro, nacidas de nuestra fantasía y que nos aman, nos levantan, nos acarician como no lo puede hacer nunca una criatura materialmente viva.

Joven, pero ya exhausta, los largos años de dolor la habían tenido sometida, le habían impedido ascender libre hacia el ideal luminoso que ahora empezaba a vislumbrar.

Dolor, nada más que dolor, la había acompañado a lo largo de su vida; una visión continua de vicio; ninguna bondad, nunca, y mil y mil pequeñas maldades que se repetían todos los días, a todas horas.

Su mente se había cerrado a todo y, por una providencial falta de sensualidad, no se había dejado fascinar por la corrupción.

Ahora, con un enorme esfuerzo, el alma sofocada se había liberado de los lazos de ese amor incompleto; Anna se daba cuenta de que nunca había querido a su marido, comprendía que

había sido la víctima de su pequeña vanidad infantil o en su jovencísima mente inquieta, ese deseo de amor no había sido más que una simple recompensa por las aspiraciones combatidas, por esas aspiraciones no comprendidas que se habían marchitado antes de florecer.

Una profunda indiferencia le daba ahora una gran paz: él le contaba sus conquistas, sus aventuras; volvía a casa al amanecer y ella no le preguntaba de dónde venía; sabía que iba a lugares inmundos ya que siempre tenía prueba de ello y se regocijaba porque ya no tenía ningún contacto con él.

Estaba contenta cuando él estaba lejos, cuando no volvía a comer, cuando no lo veía.

Había separado la cama, dormía sola, en su cama y cada noche sentía una agradable sensación de libertad cuando se metía bajo las mantas sin miedo a que le tocara el cuerpo ese hombre que le despertaba un asco invencible.

Caminaba por las calles sin rumbo, a veces tan contenta con su libertad que casi le parecía que estaba soñando; se demoraba en los escaparates, sentía extraños placeres frente a las lujosas exposiciones de diamantes, le gustaban esos vívidos destellos, sobre todo cuando un rayo de sol producía una irisación brillante, pero no sentía el deseo de posesión.

No duró mucho, pero tuvo un instante de pasión por los anillos y los llevaba puestos en casi todos los dedos; luego se vio obligada a venderlos y ya no los deseó más.

En la casa en la que vivía, habitaba en ese momento también un joven artista dramático: Alfredo Reina, hijo de una celebridad del teatro italiano, hermano de dos simpáticos artistas; él aborrecía el teatro, aunque se sentía atado a él.

Era un joven alto, no guapo, sus ojos eran muy claros y dulces y tenía una tranquila tristeza en la cara un poco delgada.

Ettore había sido amigo de su padre durante mucho tiempo y había nacido una amistad íntima entre Anna y Alfredo.

En los días oscuros y lluviosos del invierno milanés, Anna, abandonada en un pequeño sillón junto a una ventana que daba a la Galería Vittorio Emanuele, escuchaba sus tristes historias. ¡Era muy infeliz! La vida miserable del cómico al que le reservan las partes menores le daba un oscuro desaliento; una vida sin esperanza y sin serenidad; él había nacido para un amor dulce y

sereno, no se adaptaba bien a las pequeñas y feroces batallas de la escena. Tenía un alma llena de poesía, llena de sueños; aspiraba a un amor suave, sin que la brutalidad grosera de los bastidores se confundiera con él.

Anna lo entendía, le consolaba, le proporcionaba momentos de olvido.

Nunca iba al teatro por las tardes cuando él actuaba, porque había observado que a él no le gustaba.

Tenía una verdadera pasión por las violetas y siempre se las llevaba a Anna; ella no se atrevía a rechazarlas, aunque sabía que él hacía verdaderos sacrificios para comprárselas. Le habían dicho que muchas veces salía a hurtadillas de casa con grandes fardos y que volvía sin ellos; quizás otra mujer se habría reído, y el hecho de que él encontrara en el Monte di piedad o en alguna vieja tienda judía el poco dinero que necesitaba para ofrecerle esas flores tan humildemente delicadas, lo habría hecho ridículo ante sus ojos; Anna se sintió conmovida y se preguntó por qué lo había hecho y qué placer sentía al humillarse, al sufrir la vergüenza de mostrar al desnudo la miseria solo para ofrecerle unas flores.

En un largo mes de vida casi en común, nunca se le había escapado una palabra que fuera más allá de los límites de la cortesía.

Anna tenía que irse; seguía a su marido a Fiume.

Pocas noches antes de irse, Ettore se fue a Verona para asistir solo a la representación de una de sus operetas y Anna se quedó sola. Esa noche él tenía que actuar hasta el final del espectáculo, pero Anna tenía muchas ganas de saber cómo había terminado la noche. Era en honor de la querida y grande Adelaide Falconi que habría recitado la primera obra de Giannino Antona Traversa, “La mañana después” de la que ella misma había hecho una adaptación; por eso, le prometió que le iba a esperar.

A mitad de la noche la sorprendió un desmayo largo y un malestar que la dejó sin fuerzas. Tumbada en el sofá, medio dormida por un calmante, no lo sintió entrar, pero, de repente, se despertó por el leve contacto de una mano que le acariciaba la frente.

Era él, Alfredo, intensamente pálido; las lágrimas le temblaban en los ojos dulces y la miraba como si le pidiera una gracia.

Sobre la mesita estaba un enorme ramo de violetas.

Anna no tuvo fuerzas para hablar, le sonrió, y el efecto del calmante la volvió a dormir.

Alfredo la veló toda la noche.

La mañana en la que ella se iba, Alfredo la acompañó a la estación y, justo antes de que se cerraran las puertas de los vagones, le cogió de la mano y con dulce simplicidad, mientras le entregaba el último ramo de violetas y en presencia de su marido, le dijo:

– Señora, nunca me habría atrevido, pero hoy se va y no la volveré a ver más, nunca más; me permita que le dé un beso, será el recuerdo que me acompañará hasta el final de mi largo peregrinaje; ya que se marcha, puede hacerlo, no me volverá a ver.

Anna le ofreció la mejilla teñida de rubor. No pudo decir ni una palabra, una dulce emoción le penetró en la sangre; cuando el tren se movió, ella se echó frenéticamente sobre los cojines, escondiendo su rostro en el ramo de violetas que, con su ligero perfume, le daban la sensación de una caricia.

¡Dios mío! ¡Si pudiera amar! ¡Si pudiera ser amada!

No era precisamente el deseo del amor de Alfredo, era el alma que se elevaba hasta esa alta idealidad del amor. Tal vez, si se hubiera quedado cerca de él, su alma se habría despertado por él.

El marido le dirigió amargas palabras; no podía concebir la pureza de aquel beso; ella no se dignó a responderle; pero por la noche, mientras cruzaban los nevados Alpes, irritado por ese silencio despreciativo, le quitó de las manos el ramo de violetas que ya empezaban a doblarse lánguidas y lo tiró por la ventana.

Anna sintió un pinchazo en el corazón, se levantó de golpe, estiró las manos hacia esas flores, pequeñísima mancha en la nieve que solo se distinguía por la gran claridad de la luna; luego se quedó de nuevo en silencio, pero en la mente le surgieron mil pensamientos, estallaron como un chorro de fuerzas explosivas encerradas en un envoltorio demasiado pequeño.

“¿Por qué, por qué, tiene él que tener todo el derecho, por qué él me quiere esclava hasta en el pensamiento? ¿Por qué tengo yo que darle toda mi vida, por qué tengo yo que dejarme cubrir de lodo, aceptar y sufrir su vida de vicio y no tener nada que me compense de tanto dolor? ¿Qué infame ley me obliga? ¿Cuál es

la ley que hace de mí, débil, la esclava de este sucio patrón? ¡Ah, esclava! no completamente, porque mi corazón no me lo ha arrancado y se lo puedo dar a quien yo quiera.

Él disfruta de su bajo amor de los sentidos a su antojo, con quien quiere; también yo quiero disfrutar del amor de mi corazón.

Amaré, amaré; yo también quiero conocer esa gran dulzura”.

Y fue un himno que el amor le cantó en el corazón, que regocijó sus sueños, que le dictó poemas suaves, que ocupó toda su alma.

Valoró la miseria de su vida, la mezquindad de sus aspiraciones pasadas; se preguntó cómo había podido creer que quería a ese hombre; reprendió a los que ciegamente y con tanta debilidad la habían arrojado en sus brazos y sintió que tenía derecho a rehacer su vida.

Todo esto, tan confusamente, le daba vueltas y vueltas en la cabeza, de tal manera que no pudo tomar ninguna decisión: esperaba; esperaba el amor.

El Adriático azul susurró nuevas palabras para ella; iba sola en barca, arrullada por el ritmo monótono de los remos, sin destino ni pensamiento; paseaba por el puerto de la ciudad húngara, donde el dialecto veneciano resuena dulcemente, y se olvidaba de que las horas pasaban; iba sigilosa por los callejones negros y escarpados de la ciudad vieja, por los sucios antros de las adivinas que leen el futuro en las cartas y palpitaba como una niña cuando le predecían el amor de un *hombre rubio*.

Tanta poesía hacía que fuera más triste la visión de la realidad. La podredumbre contaminaba su dulce ideal; ¡estaba tan podrido el ambiente en el que vivía!

Ella veía que su marido se levantaba de la cama todas las mañanas y se iba a la habitación de al lado, donde se alojaba una joven cantante. Oía demasiado bien todas las obscenidades que hacían; sabía que esa mujer tenía la carne y la sangre envenenadas por un mal inmundito; tuvo que sufrir la vergüenza de ver, una mañana, mientras todavía estaba en la cama, entrar en la habitación a su marido, con esa muchacha sobre los hombros: estaban casi desnudos, la chica apenas cubierta con un abrigo de piel; ambos se reían excitados por el juego, y él, cansado, la dejó caer en la cama, en la cama donde él dormía, ¡en la cama junto a la cama en la que descansaba su mujer! Tuvo un momento de

revuelta, tuvo miedo de ahogarse en ese barro, tuvo miedo de ese contacto.

Se fue con un pretexto, fue a ver a su madre... pero era tarde... porque el contacto también la había contaminado; su sangre se había infectado, su carne afligida por una plaga inmundada.

¡Una vez más!

Y ¿cómo?

Quizás había sido ese beso frío al marcharse... la boca sucia, por el contacto sucio de esa mujer, había dejado en su boca un rastro maligno.

Sin estar todavía segura del mal que la afligía, pero sufriendo, junto a sus hijos y a su madre, lloró por su pobre salud perdida para siempre; sabiendo que tenía que sufrir siempre, también le parecía que su corazón ya no tendría fuerzas para amar y una maldición, desde el fondo del alma atormentada, corrió hacia ese hombre que, fríamente consciente, siendo solo una niña, la había llevado hacia un tormento inmutable.

Y ¿no lo habrían remediado ni Dios ni los hombres?

No Dios, por supuesto, y ella ni siquiera sabía cómo rezarle... No los hombres para los que *la justicia* es una forma legal para la mentira y el crimen.

Él la llamó para que volviera, la deseó, se encontraba mezclado en turbias intrigas, su presencia podía salvarlo.

Todavía no había en ella la fuerza de resistencia sostenida por un sentimiento potente; cedió.

Antes de partir, volvió a ver a Icilio Salvetti, su querido amigo, que le dijo:

– Anna, tú has sufrido mucho, pero yo también, ¿sabes? Yo también he sufrido mucho. Lloré el día que te uniste a él, lloré tanto el día que me impidió ser tu amigo... Me dabas tanta dulzura. Mira, este retrato tuyo, consumido, se lo he robado a Amelia: lo he tenido siempre conmigo, cuando era soldado, en el campo, lo tenía escondido bajo tierra para que no lo encontraran... me bastaba tu amistad... Ojalá pudiera liberarte, ojalá pudiera hacerte feliz...

Anna lloró con él, lágrimas que le dieron fuerzas para seguir por su camino.

– ¡Pobre Icilio! has sido mi compañero más querido, mi amigo más querido... Siempre te llevo en el corazón... Intenta procurarte un poco de felicidad... mi vida está acabada.

Y a su marido, al volver, le habló con palabras sinceras:

– Escucha: ya no te quiero, nunca podría olvidar en qué mugre de viciosas pasiones me has hecho vivir. Quieres que yo esté contigo; sea; no por ti, sino por mis hijos; no lo recordarás, pero la ley te hace mi dueño, no volverás a ensuciar mi cuerpo con tu contacto, ni volverás a mostrarte hipócrita en el amor. Seré tu compañera, tal vez hasta tu hermana, pero no tu mujer; soy libre, quiero salvar mi amor propio, no quiero ser el tormento humillante de tus sospechas.

– Entonces, terminarás amando... – dijo con engañosa humildad.

– Es posible y, entonces, te lo diré.

SEGUNDA PARTE

De 1891 a 1893

De una ciudad a otra, la vida había transcurrido casi igual para ella. El vago sueño que acunaba en su mente iba convirtiéndose en una pálida realidad. Seguía sintiéndose impreparada y estaba segura de que tendría que estudiar mucho; sin embargo, algunos poemas, si bien no eran formalmente perfectos, eran graciosos, los habían publicado en periódicos literarios, fáciles, que más que la forma y el nombre se preocupan por no pagar por el trabajo.

Al ver las palabras, esas palabras que ella misma había escrito, en un papel impreso, había sentido que su corazón latía con fuerza y, al mismo tiempo, también había probado un gran miedo por haber hecho algo mal, una timidez tan grande que se ruborizaba al ver ese periódico entre las manos de algún amigo. Había escrito un drama en un acto que el artista Gaspere Lavaggi le había prometido que se representaría en su teatro en Livorno.

También había tenido muchos problemas: la hipoteca de mil ochocientas liras había subido a siete mil e incluso la casa de su padre estaba hipotecada.

Una fatalidad inexorable y su propia debilidad habían arrastrado a Anna a asuntos sucios.

Se había encontrado en una pensión, con muchas cuotas que pagar y, por necesidad, había tenido que ceder ante un acuerdo ruinoso. Había pasado de un negocio a otro y todo su patrimonio estaba comprometido. Sabía muy bien que su marido no podría devolver nunca esas diez o quince mil liras que necesitaban para poder salvar casi cincuenta.

El futuro era sombrío; Anna no pensaba en ello.

Había pasado unos meses con su madre en las ricas colinas de la ciudad de Lucca, entre castaños y olivares, y una gran paz le había permitido descansar. Tumbada en una hamaca bajo una rica pérgola, con la imponente visión de una extensión de vegetación viva, se dejaba invadir por una sosegada quimera y junto a la mirada también el pensamiento saltaba de un lado a otro,

encantado con esa fecunda paz. Se sentía alegre como una niña si lograba encontrar un trébol de cuatro hojas, si le traían una fruta rica o un bonito ramo de flores del campo; bajo el espeso follaje de una arboleda, en la parte más tupida de castaños, había descubierto una cascada natural que desembocaba en una amplia cuenca de rocas; todas las mañanas bajaba a hurtadillas a esa arboleda, seguida por una niña que ponía de centinela, se quitaba el vestido y se acurrucaba bajo esa ola que caía, muy fría, y disfrutaba de la fuerte sensación que ese chorro de agua límpida le procuraba al cuerpo. Al salir se sentía como si hubiera renacido, con cierta audacia juvenil en la sangre y, a pesar de las luchas, las enfermedades, los dolores, sus veinticuatro años siempre tenían energías renovadas y destellos de esperanzas asombrosas.

La vida sencilla de las personas que no están completamente corrompidas por los vicios de la ciudad, ingenuamente honesta o ingenuamente culpable, le gustaba; puede que no pudiera vivir entre ellos, pero en su mente se mantenían fuertes las impresiones de escenas campestres que le procuraban un placer que podría compararse con el goce artístico que te da una pintura bonita en la que se representa la verdad de la vida.

Se enteró de que Alfredo se había matado en América; se lo habían contado, así, como un hecho cualquiera, y sintió un gran dolor.

No pudo conocer la causa del triste acontecimiento; algunos le habían dicho que había sido por deudas, otros que por amor.

Incluso Icilio, su querido amigo, estaba irremediablemente condenado. La tuberculosis estaba consumiéndole.

Eran todos pensamientos amargos que, a menudo, volvían para recordarle su larga vida de angustias.

Su marido ya no se atrevía a entristecerla con sus exigencias, la dejaba en paz, solo le contaba sus aventuras; ella sabía y veía con total indiferencia y pasaba igualmente fría y serena en medio de las tentaciones, sin ni siquiera haber sentido nunca un sentimiento fuerte por nadie.

A pesar de la serenidad glacial de sus sentidos, a menudo su corazón sentía un temblor temeroso de vacío; cada vez que se enteraba de una aventura indecente de su marido, el deseo agudo de amar casi la llevaba al llanto.

Anhelaba sentir dos brazos alrededor del cuello, una boca caliente en la suya; volvía a ella esa languidez suave que había sentido cuando era niña, pero ahora duraba más, era más agotadora y, si veía a dos amantes, sentía un nudo en la garganta que la sofocaba.

Había dejado que su marido se fuera solo a Berlín; la vida del teatro empezaba a cansarla; después, se había enterado de unas cuantas cosas escandalosas que él mismo y otros le habían contado: lo habían encontrado borracho tirado en la nieve; había pasado la noche en un carruaje con una *kellerina*; le habían pagado muy bien pagado, pero se había gastado todo el dinero en orgías.

Anna había sentido lástima por él y por sí misma, lástima por sus pobres veinticuatro años, por la miseria en la que se encontraba su alma solitaria.

De vuelta de Berlín, él tenía que ir a Florencia y fue allí donde Anna se reunió con él.

Le hubiera gustado quedarse en Milán, en la paz de su barrio sencillo, en sus tres pequeñas habitaciones, sola y tranquila, pero había pasado la Navidad con sus hijos en Lucca y, como los tendría más cerca en Florencia, no se atrevió a decirle que no estaría con él durante la temporada del Carnaval. Además, de esa forma podía volver a ver a algunos viejos amigos.

Florencia le pareció una ciudad diferente, la vio como si no hubiera estado allí nunca. Su alma gritaba con admiración y estupor frente a la grandiosidad del arte que, como por un soplo divino, ilumina la soberbia ciudad de las flores.

De repente, ante su mirada atónita, ante su alma que se había despertado del letargo, surgió la grandeza del pasado que le procuraba entusiasmo y gozo. Y el corazón joven latía con más suavidad y la sangre se llenaba de ardores más calientes y, con el fuerte amor por las cosas bellas, con el amor por la creación, también el amor por la criatura le apremiaba en el alma tan sedienta de luz. A menudo, al cruzar al barrio al otro lado del Arno, al mirar maravillada las torres y los palacios que surgieron con el soberano arte de los siglos de oro, al encontrarse uno a uno con los recuerdos de aquella época, las historias de amor, que se han mantenido como un triste poema que hoy ya no conocemos, murmuraba: *Estoy sola*.

Y en la cara los colores rosados se deshacían en una pálida melancolía y casi sentía la necesidad de dejarse caer al suelo, de abandonar por completo su ser.

Estoy sola; este grito de la pobre alma que se repetía en ella infinitamente suponía el renacer a la vida; era su mente que, tras un trabajo lento y agotador por las tenebrosas nieblas del dolor, se despertaba para alcanzar una aspiración más precisa; la sangre joven que temblaba de ansiedad, los sentidos que en la paz habían perdido la impresión de la repugnancia y anhelaban el amor.

Pero era tan complicado este sentimiento y las sensaciones eran tan vagas y se fundían en un único deseo de gozo especial que pudiera incluir en sí mismo todo el dulce sentimentalismo del alma enamorada, que su corazón no cedería fácilmente ante el primer latido del amor.

En ese momento Anna era atractiva; los años dolorosos no la habían estropeado, solo una sombra lánguida daba a los ojos intensos de terciopelo negro un encanto más penetrante.

Una vez un joven músico la había observado y deseado. Alguien le había dicho: *Es una mujer fácil*. Pero el joven se había sentido ofendido ante ese juicio lanzado con la brutal desvergüenza del varón. ¡Una mujer fácil! Eso decían de Anna, de ella a quien el amor aún no le había destinado ni una sola palabra llena de pasión. El joven artista intuyó que ese juicio era falso y no quiso intentarlo.

Pero en enero de 1893 volvió a verla, más mujer, más simpática, y sintió que el alma se le llenaba con su persona.

Aún joven, había sentido amores sentimentales y dulces, pero pasajeros. A los veintiséis años no había abrigado la verdadera pasión, esa pasión que en el sufrimiento del deseo goza de todas las dulzuras del alma, que arrastra tanto al pensamiento como al cuerpo, que hace sentir una impresión de vacío, como si nos faltara parte de nuestro ser que necesita completarse en el abrazo supremo con la criatura deseada.

Giorgio Minardi tenía la delicadeza y la timidez propias de las almas honestas; al volver a ver a Anna la deseó con más fuerza, pero le pareció que ante él se alzaba una barrera de dificultades.

La buscaba, la veía en los teatros, la esperaba por la calle, se escondía para verla pasar, la adoraba desde lejos.

A veces, había intentado que les presentaran; al estar cerca de ella, un temblor le atrapaba, casi tenía miedo a oír su voz.

Una noche se encontró por casualidad a su lado durante una cena de artistas. Entre el alboroto de esas personas desenfundadas, solo Anna mantenía la conveniente compostura, sin separarse completamente de los demás; hablaba con algunos, discutía tranquila, hacía poemas con rimas obligatorias, brindaba, pero no bebía, no se unía a la conversación de las mujeres y en su rostro bueno no había signos de cambio, no perdía esa quietud que a menudo permanece en el fondo de un vaso; solo se acentuaba la arruga en la frente.

En la confusión del final, cuando se forman unos grupos aquí y allá alrededor de la mesa, cuando el champán ha hecho subir hasta el último grado la audaz hilaridad de la ebriedad, Giorgio, tranquilo como ella, se atrevió acercarse, se atrevió hablarle.

Era la primera vez.

La voz de Anna, que era un poco fuerte, pero límpida, la palabra fácil y clara, le pareció una armonía en medio de ese ruido ensordecedor; esa palabra que partía de su boca sonriente le produjo el mismo encanto que una dulce música.

Sus discursos se referían a cosas vanas e inútiles, pero a Anna realmente le gustó ese joven que era absolutamente distinto a todos los demás y pasó el resto de la noche con él.

Al salir, se encontraron con que no había suficientes carruajes; Giorgio se subió al lado del cochero del carruaje en el que se encontraba Anna; ella le había dejado un chal para que se lo pusiera alrededor del cuello.

Al día siguiente, él, con la excusa de devolvérselo, emocionado, fue a su casa, pero ella no estaba.

Anna, sintió un poco de pena por eso.

Lo vio en el teatro y lo invitó a su casa. Él se convirtió en un asiduo; se hizo amigo de su marido, aunque Anna podía leer claramente en su rostro la aversión que sentía por ese hombre que, a menudo, le obligaba a acompañarle a lugares sórdidos o lo arrastraba en pos de cualquier *mercanta* del amor.

Y a menudo hablaba de ello con su mujer.

– Ese Giorgio es el casto José.

– ¿Por qué?

– Porque... siempre se queda esperando en la puerta.

Anna, sin explicarse por qué, sentía una cierta satisfacción.

Era el primer hombre que rechazaba esos placeres vulgares comprados a bajo precio.

A ella le resultó doblemente simpático.

Una noche Giorgio se la encontró sola. Anna estaba escribiendo. En esos días los versos le fluían con una extraña espontaneidad.

Eran poemas simples, tan solo la expresión de lo que pensaba; él le pidió que se los leyera. Sonrojándose, consintió.

Hablaban de su desesperación, de su tormento, de una forma triste, de esta manera:

Me duele la cabeza y los ojos ya no sostienen
del día el esplendor.

Estoy cansada de tener por aquí
a cada momento al doctor.

Ya lo sé; me están repitiendo
que, para que el dolor se cure,
la única medicina que se necesita
es que el corazón se calme.

¿Y qué pasa si no puedo tener calma?

¿si mi corazón no deja de palpar?

¿Y qué pasa si el cerebro, de tanto pensar,
acaba rebelándose al pensamiento?

Pero no lo ve, doctor, que tengo razón,
y que es mejor terminar...

Por el amor de Dios, por favor,
déjeme morir que no curar.

O bien, más afligida, el verso sonaba más oscuro, más torvo.

Luego, en el vago deseo de amor, soñaba, tramaba versos suaves donde la forma defectuosa sustituía a la espontaneidad del pensamiento:

Leía
una historia de amor.
Una dulzura desconocida
conmovía mi corazón.
Deseo,

en la sangre serpenteaba,
de tus cálidos besos.
El viento, que transportaba
suave,
como una dulce caricia,
el aroma de las flores;
de la celestial embriaguez,
llenaba
el alma extasiada.
La historia que leía
fue olvidada.
El libro
que se me cayó de la mano,
yacía en el suelo.
Y por un letargo extraño
invadida,
cerré los ojos.
Un beso me despertó.
– Tú – estabas arrodillado ante mí.

A Giorgio le conmovió. A él, quizás, esos pobres poemas le parecieron obras maestras y esa mujer le pareció desde luego una criatura con talento.

Muchas cosas le habían dicho sobre ella, y muy malas; las viejas habladurías que se habían ido agrandado naturalmente con el tiempo hicieron que la *mujer fácil* se convirtiera en la mujer de los *caprichos impuros*; palabras sucias se asociaban al nombre de Anna y todo el mal que el marido había dejado que se creyera e incluso que había hecho creer le zumbaba ahora en los oídos con una insistencia, diría yo, dolorosa, porque le hacía sufrir ante el disgusto de un ruido agrio, igual, incesante.

Giorgio no se lo podía creer, en su alma llena de amor no había lugar para la calumnia.

Después de un corto tiempo la amaba con ese impulso de todo su ser hacia la criatura esperada, hacia esa mujer que la mente ha invocado con la pasión juvenil, pero fuerte, propia de las almas ingenuas y sencillas que no conocen el arte de la seducción y que huyen de los goces experimentados, de esas almas para las que el amor es un placer muy dulce.

Giorgio Minardi tenía unos rasgos un poco infantiles, rubio, el pelo crespo un poco largo le caía en ondas ligeramente desordenadas, los ojos claros mostraban a veces el interrogante maravillado propio de un niño curioso. La bondad estaba impresa en los ojos, en la frente; su sonrisa la envidiaba la mujer más hermosa y expresaba toda la serenidad de su alma.

Cada vez que lo veía, Anna sentía una sensación de descanso, el tiempo fluía quieto y una paz infinita le permitía olvidarse de todos los problemas de su existencia. Se había dado cuenta de que él se sonrojaba cuando la veía, que la miraba extasiado durante largo rato; sin embargo, durante algún tiempo, ante tal admiración silenciosa, ella había sonreído, como si tuviera que luchar contra el amor de un niño.

Sentía dentro de sí misma una especie de superioridad, pero no podía entender de dónde venía; casi se sentía como si fuera una anciana; y quería hacer comprender a esta criatura demasiado joven la imposibilidad de dejarse querer.

Una noche le preguntó:

– ¿Cuántos años tiene?

– Veintiséis, señora.

– Igual que yo.

Y la impresión desapareció, casi se convirtió en compasión, ya que le pareció entonces que él también tenía una gran necesidad de ser amado por una mujer inteligente, que supiera entenderle, que pudiera enmascarar la suciedad de la pasión brutal con la seducción de lo intelectual, que supiera ser para él la mujer y la hembra, la amante llena de ardor y la hermana previsoras; que le mantuviera completamente aislado de la fealdad del vicio, mientras le otorgaba todos los placeres apasionados de la posesión.

Pero esta mujer inteligente y enamorada no podía encontrarla en el vulgar ambiente en el que vivía.

Cada vez que se le acercaba la impresión se hacía más viva; se sorprendía al pensar en ello y en vano intentaba distraerse, el pensamiento volvía con insistencia.

Un día ella bajaba lentamente por el Ponte Vecchio. Había estado en Santa Felicità. Tenía la cabeza llena de cosas antiguas, el alma que parecía dilatarse ante la grandeza del arte. Se había quedado un momento en medio del puente.

El Arno descendía majestuoso, hinchado por las abundantes lluvias; las pequeñas olas se perseguían como enfurecidas por la urgencia de alcanzar el gran mar y el pálido sol de invierno a punto de ponerse teñía ligeramente de oro la espuma un poco fangosa. Desde lejos, el parque de Cascine se perdía en una niebla espléndida y las casas a lo largo del río Arno parecía que hundían los cimientos en el oro. Anna se conmovía; una gran ternura la hacía estremecer. Le hubiera gustado llorar. ¡Qué hermosa era Florencia!

Además, las altas torres de la calle Por S. Maria habían despertado otra emoción en ella. Le parecía que doncellas de otras épocas iban a asomarse por las altas rejas o que una flecha aguda iba a salir de repente, preparada y terrible, por alguna torre albarrana para echar al suelo a un rival más afortunado.

Se dio la vuelta rápidamente... miró a su alrededor: la multitud se agitaba... sonrió.

Volvió al mundo real, se tachó a sí misma de estar francamente loca y bajó ligera por la calle Calzaioli.

Giorgio estaba parado delante de un escaparate.

– ¿Qué está haciendo aquí?

– Nada... Estaba esperando.

– ¿A quién?

– A la buena suerte.

– ¿En la forma de...?

– De una mujer amable.

– Educado como un caballero del pasado.

– Mejor del futuro.

– Eso creo... y también creo que es usted realmente el hombre del futuro.

– Explíquese.

– Inútil..., pero si quiere..., creo que es usted algo distinto a los hombres modernos.

– Gracias, señora... y ¿está segura de eso? Ha conocido a... Disculpe, no quería ofenderla... pero...

– ¡Oh! No me ofendo. Solo he conocido a unos pocos, pero he visto a muchos; todos tenían el alma del amo del pasado que hablaba en una mente modernamente viciosa... Usted me pareció un poco inadaptado frente a ellos. Así le dije.

– Si supiera el bien que usted me hace...

– ¿Hacia dónde se dirige?

– No tengo destino.

– Venga conmigo. ¿Le importa?

– ¿Le parece? – y la miró durante mucho tiempo.

Anna bajó los ojos y se sonrojó.

Ella todavía tenía el pudor de cuando era niña.

Caminaban despacio por las calles llenas de gente, pero luego, sin que ninguno de los dos lo mencionara, así con mudo acuerdo, se alejaron del centro. Dieron una vuelta alrededor de la catedral, bajaron por la calle del Oriuolo, por la calle Pietra Piana hasta la plaza Beccaria. Luego giraron a la izquierda por el paseo.

Él le hablaba como movido por una necesidad de confidencia; tenía tristeza en los ojos y en la voz y en Anna la emoción frente a las magníficas cosas antiguas crecía con la caricia de la dulce puesta de sol, con la caricia de esa voz enamorada.

– Es usted infeliz, señora, – dijo después de un breve silencio, como si un pensamiento fijo pidiera una explicación.

– Mucho – contestó Anna casi como si estuviera hablando consigo misma, de forma inconsciente, ya que nunca habría querido confesarlo.

Él se quedó sin palabras y la dejó pensar.

Carecía del arte de seducir; y, además, sentía un amor sincero.

– ¿Cómo pasa los días? – le preguntó después, ya que no pudo encontrar nada mejor que decirle.

Y ella, movida por un deseo loco de contar tantas cosas dolorosas:

– Me siento aturdida. Camino, deambulo por las calles, pinto en el estudio de Tommasi, corro de un lado a otro. Me siento aturdida, intento no pensar, no tener tiempo para pensar; intento no saber nunca nada, no *ver*...

– ¿No ver?... – preguntó.

Y Anna se recuperó.

– No haga caso de lo que digo. No sé, hoy me siento extrañamente inquieta. – Y sonriendo: – ¿Va a venir esta noche?

– Esta noche hay una representación.

– Me quedo en casa. Van a venir algunos amigos.

– Iré en cuanto pueda. Tengo que devolverle alguno de sus poemas.

– Rómpalos.

– No, claro que no...

Estaban en la puerta de casa.

Le cogió la mano y la apretó un momento en la suya. Parecía que estaba temblando.

Entonces Anna se detuvo en la puerta, se dio la vuelta; él todavía estaba allí parado... Se miraron el uno al otro. Se dijeron muchas cosas.

Y en esa mirada, en esa voz dulce como una caricia, ella pensó mucho, después, en la soledad de las vulgares habitaciones amuebladas, lo consideró una felicidad inmensamente deseada, un bien supremo, algo inmensamente codiciado.

Buscaba en el alma las impresiones pasadas, los latidos rápidos que ahogaba de inmediato, y comparaba; nunca había sentido una sensación igual; comparaba las ansias, las expectativas, los estremecimientos sentidos por su marido y percibía una profunda diferencia. Esas estaban hechas de miedo y de asco, estas de dulzura. Buscaba el recuerdo de los latidos juveniles de cuando era una chiquilla, cuando creyó haber amado y prometió el corazón y la vida... Pero esos recuerdos se perdían en la impenetrable oscuridad de las cosas borradas...

Comparaba: este sentimiento tan dulce de amor grande ella lo había intuido muchas veces... una misteriosa unión de amor por lo creado y por la criatura tantas veces le había proporcionado horas de placer... incompleto entonces, completo ahora.

Recordaba las pocas horas de exquisita paz que una vez pasó frente al mar claro de la Riviera, en los verdes paseos de palmeras y olivos que adornan la playa que va de Génova a Niza; recordaba las horas de tranquilidad pasadas en San Remo, alegrada con la abundancia de flores, la dulzura de ese clima donde el olor acre del mar se mezcla con el aroma de muchas flores. En ese momento sentía una sensación indefinible de paz y amor; entonces le parecía amar inmensamente las cosas con un profundo amor de enamorada, era como la adoración a la belleza que le daba un gozo que había buscado en vano en otros lugares, que le llenaba el alma, proporcionándole una pálida apariencia de alegría.

Titubeante, ignorante, sin tener conciencia de sí misma, afligida y disgustada, entonces, amaba toda la creación, por esas grandes bellezas que también pueden llenar el alma de estremecimientos y palpitaciones; después, un amor más fuerte

despertó en ella ese arte que, con una voz de verdad, la creación era capaz de representar como en un alto voto de admiración. Amó la verdad en el arte... y siempre inconsciente, siempre por una necesidad urgente, florecida de forma inadvertida..., amó con anhelos de desesperación un ideal perdido, destruido, antes de tenerlo, amó... un sueño. Luego, con más fuerza, sintió un amor santo por sus hijos..., por esos niños que estaban siempre tan lejos, los quiso con ansiedad, con delirio..., los quiso de forma estéril, ya que la vida vagabunda siempre la arrastraba lejos de ellos... y no podía alimentar con besos y caricias ese santo amor de madre que, tal vez, podría haber saciado su corazón, mientras que la mente habría satisfecho otros goces artísticos elegidos.

Estos amores que palpitaban descompuestos, inquietos, en sus venas, abrían el paso a otro amor dulce y fuerte, terrible y grandioso; juntos, fundidos en una aspiración hacia la felicidad nunca sentida de una verdadera pasión, en la soledad nutrían un amor inmensamente grande. No había nada cerca de ella que pudiera distraerla del peligro; un deseo latía en su corazón; ella no tuvo fuerzas para alejarlo. Se le clavó en la mente, en el corazón y en la sangre; en vano lloró, en vano trató de mantenerse serena.

En vano, en el oscuro silencio de la iglesia, rogó a Dios que le sacara del alma ese pensamiento.

La sangre siguió fluyendo con ardor, Dios no supo contestar a esa oración débil y poco convincente; ante el altar sagrado, ante la vasta santidad de la naturaleza, en los días luminosos, en las noches angustiadas... siempre se le aparecía un deseo, una visión, dulce, clara, suave: Giorgio Minardi.

«¡Pero si le quiero! Pero si le quiero», se repetía angustiada, consumiéndose en un delicioso delirio.

«¡Pero si lo adoro!», decía, como en un lamento en busca de compasión, dirigiéndose implorante incluso ante los objetos que la rodeaban. No más asco, no más sensaciones de repugnancia al pensar en los besos correspondidos en la completa posesión; nada, nada más que lo que durante diez largos años se le había pasado por el cerebro y por la carne... Nada más que una fuerte pasión irremediable la empujaba, la instaba, la arrastraba en los brazos de ese hombre con sus dulces pupilas tan llenas de miradas enamoradas, de ese hombre tan distinto a todos los hombres que

había conocido por el camino, tan distinto a su legítimo dueño, tan distinto... tan distinto...

El amor se leía en sus pupilas profundas, se leía en su andar cansado, en la palabra lenta, como rota por las incesantes vueltas del pensamiento...

– Usted está enamorada – le dijo el médico que intentó en vano curarla.

– Tú estás enamorada – le dijo su marido con una sonrisa infernal – quieres a Giorgio...

Y Anna tembló de miedo por él... tembló, porque él tenía los medios para hacerle daño y porque temía no volver a verle nunca más...

Ella se creyó fuerte, fuerte como siempre lo había estado en la glacial serenidad de la indiferencia y, para no perderle, para verle, quiso pedirle que se alejara de ella para que nadie pudiera leer el secreto que tenía en el corazón.

Le escribió una nota, invitándole a que la esperara en el paseo del Mugnone.

Era un día tormentoso de febrero; llovía a cántaros, él la esperó en un carruaje.

No estaba seguro. Esa nota le parecía una trampa. No podía creer que Anna, la misma Anna, fuera a él de forma tan espontánea.

Cuando la vio dar la vuelta por la esquina de la calle Landino, protegiéndose apenas de la lluvia, Giorgio tuvo la impresión de que el corazón se le rompía. Casi no tuvo la fuerza de bajar para ayudarla a subir al carruaje.

– Solo dos palabras, Giorgio; pero no voy a entrar en el carruaje.

– Señora... ¿por qué? Está lloviendo; no querrá quedarse ahí con este diluvio.

Él temblaba casi tanto como ella; por la emoción las palabras le salían entrecortadas de la boca.

Anna no se atrevía a entrar, pero la lluvia aumentaba, caía desesperadamente: algunas personas corrían a refugiarse en algún portal; Anna comprendió que tenía que dejarle o entrar. Entró.

– Al parque de Cascine – ordenó Giorgio al cochero.

– ¿Cómo ha dicho?

– Al parque de Cascine – repitió Giorgio.

– Están locos, – murmuró el cochero y azotando a la pobre bestia en la espalda sobre la que se abatía el agua: – ¡Al manicomio! – refunfuñó entre dientes, para que no le escucharan, puesto que ya olía una lauta ganancia.

Cuando se sintió sola, tan cerca de él, a Anna le faltaron las palabras.

¿Por qué lo había buscado? ¿Por qué estaba allí, junto a ese hombre? ¿Por qué estaba temblando de esa manera?

Se quedó acurrucada en un rincón, como si tuviera miedo del ruido de la lluvia, olvidándose de todo, con la mente perdida en mil ideas confusas, sin ninguna noción precisa de lo que estaba sucediendo.

Fue Giorgio el que habló:

– Señora... señora... hábleme.

– ¿A dónde vamos? – dijo despacio.

– No se preocupe... hábleme...

Entonces se esforzó para traer a la memoria:

– Quería decirle... que ya no venga más a mi casa... o al menos que venga muy de vez en cuando...

Él le cogió de la mano... Anna temblaba con fuerza. Giorgio estrechaba esa mano, como si quisiera, en el apretón, sentir cuánta convicción había en esas palabras.

– Quería pedirle que no me esperara..., siempre así..., donde yo vaya...

Sus ojos se llenaron de lágrimas... Giorgio la miraba fijamente, con un doloroso interrogante en los ojos... Anna lo entendía.

– Es inútil... es inútil, Giorgio... aléjese de mí... No ha pasado inobservado, – dijo con voz queda, como si esas palabras le parecieran una vergüenza, – aléjese de mí.

– No puedo, no puedo... – y se desplomó como si estuviera bajo el peso del pánico; se abandonó vencido por el dolor que en la breve exclamación desesperada expresaba todo un mundo de dolores, de esperanzas de amor.

– ¡No puedo! ¡No puedo! – dijo otra vez, agarrándose las sienes como para encauzar el flujo de los pensamientos llenos de angustia.

Anna se calló... abrumada, también ella... ya que, como él, sentía la amenaza de lo imposible.

– ¡No puedo! – se repetía a sí misma... y en ese momento, con el alma angustiada ante ese dolor tan grande, todo ese pasado de suplicio, esos diez años de tormentos le aparecieron más grandes, más horribles, más infames...; toda su vida desperdiciada al contacto de vicios y fealdades, le pareció la obra de un delito... y se sintió libre de todo tipo de vínculo, no pudo sentir vergüenza por estar sola con ese hombre que estaba enamorado de ella, porque ese amor le pareció bueno, honesto, sincero; porque vislumbraba en él una futura regeneración, porque tal vez en ese amor se invocaría la paz grande, el bien esperado...

Intuyó todo esto sin que el pensamiento se hiciera concreto... y, sobrecogida por el amor, por la emoción, por la dulzura de un estremecimiento divino, inclinó su cabeza sobre el hombro de Giorgio.

Fue un grito sobrehumano el que ahogó en la boca ansiosa de esa criatura tan deseada; fue un grito que parecía ser de dolor, ya que había nacido de la poderosa vibración de una pasión crecida en las incertidumbres y en los deseos; fue un grito que parecía fluir de las latebras más íntimas de aquella joven naturaleza y que expresaba todas las esperanzas de sensualidad y deleites.

Más que un grito, fue un suspiro, fue un lamento, fue un estremecimiento..., fue un largo beso de fuego que le quemó los labios, que despertó en la carne de los dos intensos escalofríos, nunca, nunca probados...

Anna lloró, lloró siempre apoyada en su hombro, lloró dulces lágrimas que descendían como un rocío para inundarle con un deleite reconfortante, mientras él le besaba las sienes, le acariciaba la mano, bebía esas lágrimas que le expresaban todo el amor de esa mujer afligida, toda la falsedad de quien había hablado de ella de forma tan repugnante.

En el sollozo lento que le levantaba el pecho, mientras sonreía pálidamente entre las lágrimas, las ataduras que la forzaban a ese difícil pasado se disolvían; esas lágrimas que descendían sobre su rostro demudado, con hermosos ojos oscuros e intensos, se llevaron una a una las dolorosas visiones de tantas obscenidades.

Ese beso tan bueno, tan dulce, tan puro, a él le pareció un verdadero noviazgo, a ella una santa promesa de unión, de una unión más válida, más sincera.

La lluvia había cesado... Giorgio le rodeaba la cintura con su brazo y con la otra mano le secaba las últimas lágrimas.

Volvía el sol... y Anna sonreía con la sonrisa del cielo que, lavado por la lluvia furiosa, volvía a ser profundamente azul.

El parque de Cascine resplandecía con una luz primaveral; los altos robles brillaban sacudiéndose alegremente las pequeñas gotas que quedaban en el hueco de las hojas. Habían llegado hasta la estatua del Indio; descendieron.

– Me parece un sueño – murmuró Giorgio...

No se habían intercambiado ni una palabra de amor, ni una frase, nada más que ese beso.

No se necesitaban palabras, se habían dicho todo, se habían prometido todo.

Tal vez una duda atravesaba el alma de Giorgio, una duda nociva, porque al cogerle la mano y apretarla con fuerza:

– Anna... ¿solo mía?

Ella entendió; primero su rostro se contrajo como surcado por recuerdos dolorosos, después se iluminó con una sonrisa y sonrojándose:

– Solo...

De hecho, se sentía como si fuera suya, se sentía elevada a una vida muy nueva; y la realidad en la que se hundió al regresar a la casa de su marido no logró disminuir el recuerdo de ese beso.

Volvieron a verse, a menudo volvieron bajo los grandes árboles del parque de Cascine, mientras germinaba la primavera y sus pequeñas flores blancas aparecían tímidamente entre el verde que ahora nacía y los montones de viejas hojas muertas; se volvieron a ver como dos novios, como si estuvieran esperando, embriagándose de poesía, el día de su boda.

Luego llegó ese día; con dulzura, púdicamente, casi como si no quisiera asustar la ingenuidad virginal, él la convenció para que le siguiera a su habitación; la persuadió con palabras, palabras muy castas, de las cuales solo se desprendía un amor sincero y fuerte.

La pequeña habitación era blanca, blanca como si la hubieran preparado para una virgen; muchas rosas blancas en los jarrones, tantas que algunas se habían caído al suelo; la cama era blanca, blancas las cortinas. Una suave fragancia se esparcía por el aire.

Él la recibió con un rubor fugaz, la hizo sentarse, se arrodilló frente a ella.

Anna había ido allí sin saber bien lo que iba a pasar; ese candor, esa amabilidad y respetuosa bienvenida la tranquilizaron.

¡Qué diferente era todo con respecto al pasado!

Había vivido por tanto tiempo en contacto con el vicio que la púdica dulzura de este hombre, aunque tan enamorado, le daba el sentimiento de una completa regeneración, le daba la visión de un amor forjado no solo de pasión y deseo, sino también de respeto y lealtad.

Giorgio, arrodillado ante ella, le besaba las manos frías por el temblor de la emoción y solo podía murmurarle:

– Sé mía, sé solo mía; ven conmigo, conmigo sola, lejos de todos; ya sé lo mucho que has sufrido, conozco tu vida..., ven, te daré la paz...

Anna le estrechaba las manos y no contestaba... porque tenía un nudo en la garganta...; habría querido expresar todo su deseo de paz..., pero no podía, no sabía... Le quería demasiado y estaba demasiado conmovida por el hecho mismo de encontrarse tan cerca del hombre adorado, para tener la fuerza de hablar.

Le miraba y el estremecimiento le procuraba un fuerte tormento.

Luego él la estrechó entre sus brazos..., la besó en la boca durante mucho, mucho tiempo; los besos le quemaban los labios, el estremecimiento se hizo más intenso... Anna no se dio cuenta de nada más..., se sintió arrastrada y se despertó como de un largo delirio, tumbada en una cándida cama, entre sus brazos, mientras él le besaba dulcemente, despacio, con besos de gratitud. Y una languidez suave le daba como una necesidad de desconocimiento, de aniquilamiento, como la necesidad de un olvido completo.

Con la cabeza inclinada sobre su pecho, los ojos entornados, en la inmensa dulzura de esos besos se olvidaba de toda la realidad de su vida.

Esta vez la vuelta a casa fue más triste. Le había dicho al marido en un día de desesperación y disgusto, ya que él había previsto un posible enamoramiento:

– Cuando ocurra, te lo diré.

La lealtad de su alma le imponía esta confesión. Se sentía la fuerza, tenía conciencia de ello, no le faltaba determinación.

Nuevas reflexiones, nuevas convicciones la impulsaban a la acción. Demasiados años de sufrimiento justificaban esa rebelión y la renovación de su existencia.

Ya que había vivido demasiado en el mundo, en la mente de Anna se habían ido formando unas ideas un poco distintas a las de la mayoría de la gente, pero que respondían de forma demasiado perfecta a la necesidad humana de amor y paz, necesidad que a ella le urgía incluso en la sangre, como a todas las criaturas vivientes.

Demasiadas veces se había preguntado por qué solo a ella, mujer, se le exigía una fidelidad absoluta, una fidelidad que no tenía que rebelarse ni ante ofensas, ni ante engaños, ni ante contaminaciones... Demasiadas veces había sentido unas ganas intensas de represalia... Demasiadas veces se había preguntado si no sería más honesto alejarse del espectáculo mugriento del vicio del brazo de una criatura buena, que supiera querer honestamente... Demasiadas, demasiadas obscenidades había visto y adivinado, demasiadas cosas había soportado... Estaba cansada.

De eso y de su amor sacaría la fuerza para decirlo todo. Se alegraría de echarle a la cara a ese marido infiel la verdad, lealmente, para no arrastrar el adulterio entre miedos y engaños.

Lo esperaba.

Y cuando llegó, con retraso como siempre, tras esperarle en vano para la comida, como solía hacer, ella se levantó, recta, segura, decidida...

Pero, de repente, una visión le cruzó la mente como si fuera un relámpago, una visión rápida pero terrible: sus niños.

Él, tan frío y malvado, se vengaría sobre sus hijos..., desde luego..., se los quitaría a su abuela... ¿qué sería de ellos?

¡Pobre de mí! Se desplomó abatida, las palabras se murieron en un suspiro doloroso y en una larga convulsión, espasmódica, la oprimió durante largo tiempo, hasta que el médico, que habían llamado con prisa, logró calmarla.

Y no dijo nada.

Considerando que la lealdad llevaría a la ruina de sus hijos, ella aceptó la mentira. Se dio cuenta de que nadie la compadecería, nadie la defendería; se dio cuenta de que ninguna

ley la libraría de este peso deshonroso... Ninguna ley podría devolverle la libertad de su corazón...

Miró a su alrededor: vio a cien mujeres adúlteras, respetadas y cogidas del brazo de su marido, vio a cien mujeres despreciadas cogidas del brazo de un amante querido..., vio a tantos niños pequeños desesperados..., vio a sus hijos abandonados, corrompidos por el ejemplo de ese padre degenerado.

Y no dijo nada.

No pensó que estaba sacrificando su amor, porque ninguna criatura humana, que quiere de verdad, puede llevar a cabo un sacrificio de esa magnitud. Los que alardean de haberlo hecho, mienten o no han querido de verdad.

La pasión grande, sincera, humana, no cede frente a ningún obstáculo; una pasión como esta, fruto del dolor, no podía generar un sutil remordimiento. Anna quería por primera vez, quería con el ímpetu de una juventud renacida bajo los rayos cálidos del amor, quería con la fuerza de sus veintiséis años, con la pasión del alma y de los sentidos, dormidos por tanto tiempo bajo el yugo del dolor y del disgusto.

Este era el primer amor, el amor verdadero, el amor consciente.

Era el amor completo, que le había revelado dulzuras, placeres que ignoraba, que le había dado horas inolvidables.

Abandonada al placer, había contado sus inquietudes, en un primer momento con el miedo de que no la creyera, porque todas las mujeres infieles se convierten en víctimas de imaginarias injurias, luego con más confianza, al no observar en él ningún signo de incredulidad.

Giorgio había presenciado muchas vergüenzas, tenía que creerla, al igual que tenía que creer que la poseía por completo, ya que el mismo Ettore Streno le había dicho que su mujer ya no tenía ningún tipo de relación con él.

Anna iba a verle todos los días, sin esconderse demasiado, tranquila, sin miedo a que la descubrieran; había guardado silencio por el bien de sus hijos, pero no haría nada para evitar una sorpresa.

Toda su fuerte pasión por Giorgio no reducía ni en un átomo el amor por sus niños. Esos hijos suyos, siempre tan lejos, que ni siquiera la llamaban mamá, los tenía constantemente en la mente. Que no estuvieran con ella, pero que una persona buena les

dedicara tiempo y amor, que se sintieran queridos, que les educaran, les cuidaran.

Virginia Mirello sentía una verdadera adoración por esos tres niños en los que el padre no pensaba en absoluto y cuya madre había sacrificado hasta entonces su juventud y su paz por una esperanza que iba a terminar en el desprecio.

Cuando Anna vivía con ellos, las ansiedades, los problemas, hacían más débil su ternura maternal; ya que no había ninguna necesidad de ocuparse de ellos, se los había dejado voluntariamente al cuidado de su madre; luego, cuando, para seguir a su marido, estaba lejos de ellos, vivió con la seguridad de que ellos estaban bien. Pero ahora esta nueva e inmensa pasión le llenaba el corazón de dulzura y reavivaba incluso el amor por sus hijos.

Tenía tanto miedo a perderlos que el amor se alimentaba a sí mismo, el estremecimiento ante una posible desgracia la volvía loca.

Un día no pudo contener el deseo de saber lo que pensaba su marido, tenía que preguntarle qué haría si supiera que estaba enamorada.

Fue un día en que, al salir de la casa de Giorgio, sintió que toda su vida la consagraría a ese hombre, que estaba fuertemente atada a ese amor y su repugnancia por la constante mentira se le agudizaba en la mente.

– ¿Qué pasa? Estás extrañamente agitada – le preguntó su marido.

– Pues.... nada nuevo.

– ¿Estás celosa?

– ¿Yo? ¿De quién?

– De mí no, por supuesto.

– Y, entonces ¿qué?

– Creo que estás enamorada.

Anna no contestó.

Ettore se contrajo como si estuviera sorprendido. Mordiéndose el bigote, repitió entre los dientes:

– ¿Me equivoco?

– A ti no debería interesarte mucho si estoy enamorada o no.

– ¿Quién sabe...?

Y mirándolo a la cara, muy fijamente:

– Dime, si esto pasara de verdad, si yo te dejara, ¿qué harías con los niños?

Él la observó durante un minuto y luego con indiferencia:

– Se los dejaría a tu madre.

El rostro de Anna se iluminó como por un rayo de alegría.

– ¿Me estás diciendo la verdad?

– Sí..., pero ¿por qué insistes? – y le apretó las muñecas como para fingir que estaba celoso.

Anna se soltó, pero no le contestó..., le pareció inútil.

Anna y Ettore Streno tenían que volver a Milán, la temporada de Cuaresma estaba casi terminando y ya se estaban estipulando nuevos contratos.

El momento de la separación se acercaba y Anna y Giorgio lo esperaban como un acontecimiento horrible.

Separarse... Su amor no era tan fuerte como para soportar estar lejos el uno del otro.

Giorgio sintió que le era absolutamente imposible vivir sin esa mujer, sin sus besos, sin sus caricias apasionadas.

Urdió todo un plan de negociaciones, asuntos teatrales, contratos; a Ettore Streno, que siempre necesitaba dinero, le dio unos cientos de francos y los siguió a Milán, donde Ettore volvió a su costumbre de vagar por los cafés, por las agencias teatrales, detrás de mujeres a buen precio y por todos esos lugares donde se bebe, se juega y se consume el intelecto.

Los días tristes comenzaban de nuevo para Anna, solo animada por el inagotable amor de Giorgio al que no le daba miedo nada con tal de poder estar a su lado.

Como siempre les faltaba dinero, la vida era un problema difícil de solucionar; no hubiera querido que Giorgio se diera cuenta de las angustiosas estrecheces por las que pasaba y no sabía a quién acudir.

De su patrimonio, ya comprometido, tal vez podía sacar todavía algunos miles de francos; lo intentó: consultó a todos los hombres de negocios más oscuros, mediadores usureros; las propuestas eran tan infames que Anna no podía aceptar esta última ruina.

Giorgio había soportado graves humillaciones y vergüenzas para satisfacer los caprichos de Ettore Streno. Los dos habían sido

contratados en una pequeña ciudad lombarda, Streno derrochaba en caprichos el dinero que Giorgio no debería haberle dado y, mientras él compraba vestidos a las prostitutas, a Anna le daba vergüenza salir porque no tenía un vestido decente que ponerse; ella que había nacido en la abundancia y era muy elegante por naturaleza.

Pero Giorgio soportaría todavía más con tal de darle paz a su Anna, mujer infeliz a la que, en vano, había suplicado y rogado para que le siguiera, para que dejara a ese hombre, en cuya alma nunca se iba a despertar un amor amable.

Anna seguía teniendo miedo por sus hijos. No podía creer que él se los dejaría a su madre... No, él terminaría vengándose atrozmente sobre ellos; se los quitaría... ¿Quién sabe... quién sabe...?

Y Giorgio respetaba ese sentimiento maternal que adoraba en ella, siempre igual de fiel, siempre igual de amante y siempre dispuesto a llevársela, lejos, para darle una paz verdadera y continua.

La certeza del hecho le había dado a Anna un momento de miedo, a Giorgio una grande alegría.

– Estoy embarazada – le había dicho en una dulce mañana de primavera, mientras cogía de sus manos un ramo de rosas rojas que ella había deseado tanto, y Giorgio había exclamado:

– Un hijo mío... ¡mío!

No se le pasó por la cabeza ni una sola sospecha, ni siquiera pensó que ella pudiera engañarle, porque la consideraba incapaz de mentir. Y no tuvo miedo y no pensó en el peligro. Ahora la sentía aún más suya; quizás tuvo más esperanzas de poder llevársela consigo.

– ¿Cómo voy a hacer? – susurró Anna, casi con miedo, lamentando poner una nube sobre tanta alegría.

– Te vas a venir conmigo.

– ¿Y mis hijos? ¡Ellos también son míos!

– ¡Es cierto! – Y una sombra de dolor cubrió la alegría de ese hombre que en ese hecho solo había visto una unión más profunda con la mujer que tanto amaba.

– ¡Es cierto! – y ahora entendía más el sentimiento de ella, iba a ser padre: tal vez ya estaba sintiendo la dulce emoción de tan querida espera.

Y estrechándole las manos mientras las hermosas rosas rojas abandonadas se esparcían sobre sus rodillas, Giorgio la miraba con una dolorosa pregunta en sus ojos.

Anna entendió la pregunta.

– ¡Oh, no! ¡No! ¡Esto no, nunca! – contestó – será lo que el destino quiera, pero yo soy tuya...

Casi se sintió ofendida por ese pensamiento.

– Perdona... ¡Te quiero tanto!

Siempre el deseo de cumplir con la promesa que había hecho se hacía tan insistente como una obsesión, dolorosamente retrasada por el amor a los niños.

¡Liberación! El grande e inmenso bien de no tener que vivir nunca más con un hombre que no era un marido, ni un compañero cariñoso, ni una ayuda, era un sueño hermoso para ella; hoy como antes, una soñadora que encontraba en el pensamiento descanso y tregua para soportar la realidad.

Ella sentía vergüenza y tormento por esa vida de ficción y la verdad, aunque significara lucha, le quemaba los labios. A veces veía la paz después de la batalla y, otras veces, una secuencia más larga de dolores, de escándalos suscitados por un marido que siempre se olvidaba de sus culpas y por el mundo, siempre juez de los sentimientos de los demás, siempre verdugo de los hechos, pero sin analizar las causas.

Se reía de los escándalos, del mundo, pero no tenía valor para enfrentarse a la incertidumbre del futuro de sus hijos. ¿Qué haría? No quería pensar en ello, dejaba correr el tiempo, afrontando día a día las dificultades económicas, saliendo victoriosa con un enorme cansancio.

Se puso mala.

Solo Giorgio velaba junto a su cama, inquieto, porque no podía darle toda la ayuda que él hubiera querido, debido a los problemas económicos en los que él también se encontraba; no podía ni quería alejarse de ella.

E incluso teniendo una casa familiar en la que viviría cómodo, prefería padecer el mismo sufrimiento que padecía ella a su lado.

Ettore la dejaba sola casi todo el día, se arrastraba de un café a otro, de una mesa de juego a una mesa de billar; y Giorgio la cuidaba, le preparaba una taza de caldo, desesperándose porque no podía hacer nada más, porque no podía curarla mejor,

sufriendo también él, incluso de hambre, no deseaba nada para sí mismo, solo quería una existencia mejor para ella.

Siempre con una sonrisa le ofrecía el escaso alimento:

– Anna, toma un poco de caldo...

– Y ¿tú?

– Yo tengo huevos, carne...

– No es verdad...

– Te lo prometo.

– ¿Y dónde está él?

– Volverá, si no tiene nada mejor que hacer.

– Entonces tú te irás a tu casa..., al menos por hoy.

– No quiero dejarte, ya lo sabes...

– Pero si estoy mucho mejor, por favor.

– Si vuelve pronto...

Y, a pesar de la miseria en la que vivían, Anna y Giorgio encontraban infinitas dulzuras en su amor, grandes recompensas en esa unión entre sus almas.

Los sufrimientos de Anna eran grandes, su cuerpo, muy probado por las enfermedades del pasado, no podía hacer frente a la nueva fatiga. Largos agotamientos la dejaban postrada, le resultaba imposible reaccionar ante el debilitamiento que la invadía, poco combatido por la escasa alimentación e incrementado por los continuos tormentos.

Nunca había querido pedirle ayuda a su madre para no revelar su estado, para no causarle dolor, para no quitarle nada a sus hijos; nunca había esperado nada de sus parientes y solo una vez había pedido algo de ayuda a su tío, a ese tío al que su padre la había confiado al morir.

Pero él le había contestado que los ingresos de su pequeño patrimonio apenas bastaban para las modestas necesidades de su vida. Todos sabían que su patrimonio superaba el medio millón.

Una risa amarga contrajo el rostro de la pobre muchacha y pensó que, incluso entonces, incluso a la cabecera de su padre moribundo, una amarga incredulidad le había hecho predecir que las promesas serían vanas.

¡Bajo egoísmo de los que poseen demasiado!

¡Hasta las migas que sobran se niegan a los que sufren... casi siempre!

Y los que sufren casi siempre se pierden, mientras que unas pocas migajas tal vez bastarían para salvarlos. ¡Qué sola estaba Anna!

Y se quedó aún más sola, cuando una causa imprevista contra la que no se podía luchar volvió a llamar a Florencia a Giorgio.

Fue desgarradora la partida, fueron desgarradores esos días de soledad, aunque sabía que serían pocos, ya que incluso su marido había decidido volver.

Ettore Streno, más apegado a su cama, murmuraba contra Giorgio, molesto por tener que cuidarla.

– ¡No tenía que haberse ido!

Y Anna no entendía si lo decía porque conocía su situación.

Luego, una conocida, una buena criatura compasiva, se sentó a su cabecera, la ayudó con dulzura y cuidados, la puso en las condiciones de poder viajar.

Anna salió de casa dejando a los acreedores todo lo que tenía de muebles; bajó por esas escaleras, llevada casi en brazos, sin añorar su elegante y pequeño piso, pagado con gran sacrificio, porque estaba segura de que en pocas horas una sonrisa de amor la iba a saludar y ya le parecía que una fuerza nueva volvía a ella.

Tumbada en los asientos del vagón, sentía que se acercaba a Florencia; y mientras las mandíbulas ardientes del monstruo devoraban rápidamente el espacio, una buena calma inundaba su alma, como si supiera que iba a encontrar una felicidad grande e infinita, el fin de sus penas.

Amaneció mientras descendían por los Apeninos, el sol doraba las cimas nevadas con unos reflejos maravillosos y Anna se levantó para saludar a esa grandiosa naturaleza, con un suspiro de alivio, casi como si toda la paz de las magníficas montañas le penetrara en el alma, como si la alegría de ese primer rayo también le infundiera un atisbo de alegría.

De repente, desde la cima de la montaña, en el valle verde, Pistoia aparecía como colocada perezosamente, se despertaba toda dorada por el hermoso sol de junio, fresca, alegre, adornada por completo con mil luces. Y el tren rápido se acercaba, se acercaba cada vez más al hermoso valle fértil, más perfumado que un jardín, pasaba por Pistoia, pasaba por Prato y la torre de Giotto ya se elevaba en la niebla dorada por los rayos, la cúpula de Santa Maria del Fiore se veía imponente, la torre de la Señoría, Santa

Croce... y, finalmente, el ruido ensordecedor del tren que entraba en la estación hizo volver a Anna a la realidad del momento invocado.

Dos manos cálidas, en un apretón apasionado, le dijeron con qué ansiedad la había esperado, una mirada dulce y llena de miedo le preguntó mil cosas y le expresó el enorme deseo de un beso.

¡Florenzia! La dulce Florenzia tan siempre adornada con flores le pareció un paraíso: Florenzia y Giorgio, la sonrisa del cielo tan límpida y la sonrisa de quien la adoraba, que había creído en ella, que, con la dulzura de su alma buena, había despertado en ella el poder del amor.

Florenzia le daba la bienvenida; a ella le parecía que, en la profusión de esplendores, de olores, de rayos, se encontraba una amplia promesa de paz.

Las amenazas del futuro, su difícil situación, la lucha angustiada del presente y la más terrible que podía prever fácilmente, no lograban perturbar esa hora de alegría; alma de artista, para ella la belleza era un gozo tan supremo que podía compensar en un minuto los dolores de un largo período de horas; la belleza única de Florenzia lo borraba todo y, es más, la extasiaba porque con esa belleza, incluso el amor fiel, único, allí lo volvía a encontrar.

Y, casi sin darse cuenta, murmuraba:

– ... Florenzia... Florenzia... – mirando a su alrededor, y sin poder decir más porque estaba muy conmovida.

Con el paso de los meses, las dificultades para ocultar su estado crecían, a pesar de que Ettore Streno, siempre ocupado en nuevas intrigas, en nuevos placeres, no parecía enterarse.

Y en ella el deseo de confesión y de liberación crecía cada vez más.

Le habían hablado de una liberación punible y su mente se había quedado allí como en la última vía de salvación.

En principio lo había pensado con horror, luego menos estremecida y, finalmente, se había dejado llevar por el encanto del maléfico pensamiento... De la misma forma en que se originan todas las perversiones ilícitas, desde el contraste vivo de la mente reacia hasta la tenacidad del pensamiento que termina por

producir la adaptación, despertando completamente ese germen de mala bestia que se encuentra en toda criatura humana; incluso en ella, la posibilidad de liberarse había permanecido en su alma como una visión horrible, de la que, sin embargo, no podía desprenderse y que acababa siendo necesaria.

Pero el germen del mal estaba demasiado latente y débil, no estaba dispuesto a hacerlo y una mirada de dolorosa maravilla de Giorgio fue suficiente para hacerle comprender en qué aberración había caído.

– ¡Anna! ¡Mi hijo! – había dicho.

Y ella, con un nudo en la garganta por la emoción, había murmurado:

– Perdón, – con un acento de verdadero dolor.

Giorgio había entendido que esa efímera aberración había sido fruto del miedo y del dolor.

– Cálmate; ¡mi amor! mi amor; es por el dolor, lo sé, es por la desesperación, es por alguna mala influencia. Estás sufriendo mucho por mí...

– ¡No por ti, Giorgio! No, tú eres el único consuelo que tengo. ¡Perdóname!

Él la había acariciado mucho, la había estrechado entre sus brazos, la había confortado y le volvió el valor, la inmensa valentía de desafiar a todo el mundo, valiéndose de su fuerte deber como mujer, valiéndose del pensamiento que debería haber tenido por este hijo que iba a necesitar mucho cuidado, porque iba a nacer bajo el desprecio del mundo.

– Va a llevar mi nombre – dijo Giorgio.

¿Y bien? ¡Siempre sería un bastardo, el hijo de una culpa, con una maldición escrita en la frente inocente! ¡Ay! ¡Qué horrible! ¡Qué injusto estigma de una vergüenza hecha de convenciones! Con qué peso de infame imposición se va a cargar a los inocentes que no pidieron la vida y que van a ir por el mundo como los demás, consagrando sus fuerzas para que este engranaje abrumador, que es el estatus social, siga funcionando, con el miedo, siempre alerta, de que le echen en la cara esa ridícula ignominia hecha de una sola palabra: bastardo.

¿Y qué significa eso? ¿No ha nacido el bastardo de esa misma necesidad que es la fuerza del mundo, que prepara a las generaciones y el progreso? ¿No es él el resultado de una

imposición natural de la vida que exige urgentemente fecundidad, crecimiento humano por el infinito camino de las generaciones? ¿No ha nacido el bastardo de un cálido coito, mientras que el hijo protegido por la bendición y la ley, este hijo bendito, no es demasiado a menudo resultado de dos intereses, de dos aversiones, de dos deberes? ¿Qué tiene el bastardo de distinto? Un solo nombre. Tiene solo al padre o a la madre. La madre, casi siempre, porque de la mujer, de la esclava del placer es el fruto de un placer disfrutado entre dos.

¡Amargas reflexiones!

El hijo de Anna sería un bastardo. Por mucho que la sutileza irónica de la ley considere menos bastardo al hijo reconocido por su padre y, si se tratara de una niña, lo tendría todavía más difícil para ser aceptada en una familia honesta, aunque esa honestidad estuviera hecha de barro.

¡Amargas reflexiones!

Sin embargo, para su conciencia Anna consideraba más honesto dar al mundo a un bastardo que darle a ese niño un padre que no era el suyo. Habría sido fácil encubrir esa maternidad bajo la protección de una concesión.

Pero para ella, entregarse a dos hombres habría significado verdaderamente prostituirse.

El amor de su padre compensaría a la criatura bastarda por el desprecio del mundo y, tal vez, quién sabe..., en un tiempo no lejano, incluso los hermanos le habrían dado la bienvenida como hijo de su misma madre.

Así no podía seguir..., toda su vida en esa ficción, toda su vida con el tormento de tener, por un lado, la visión de una verdadera y serena felicidad en el amor respetuoso y recíproco de una buena criatura y, por otro, la visión del vicio, del engaño, de la orgía, por ahí no podía pasar, eso estaba claro.

Si no existe una ley para los que han desperdiciado su vida en una unión marcada por el odio, por inclinaciones y aspiraciones tan distintas, ella misma buscaría refugio lejos de ese laberinto de degradación.

¡Ah! que se riera el mundo, que le echara a la cara su culpa... ¿Culpa? Eh, ¡vamos! Culpa es la mentira, culpa es prostituirse con el hombre que no se quiere, culpa es la contaminación

vergonzosa de un cuerpo al que se le impide todo lo bueno para siempre, al que el inundo veneno le quita el poder del intelecto.

¿Culpa? Que así sea.

¿Qué importa?

Quizás al gentil precursor de la fraternidad se le ocurrieron mil visiones de los atroces tormentos sufridos por el humilde objeto de placer, cuando, con palabras eternas, invitó a jueces tan severos a que lanzaran piedras.

¿Qué importa?

Ella hablaría, diría en voz alta qué tipo de tormentos había sufrido antes de dejarse vencer por la necesidad de ser querida. *Ser querida*. Y esta es una gran dulzura a la que nadie puede resistirse. Y es el bien por el que vivimos, es el único consuelo, es el egoísmo más grande de las criaturas humanas.

Las palabras de los poetas son las que mejor expresan lo que significa prodigar amor... Palabras mentirosas, ya que las criaturas del mundo, incluso cuando tienen la apariencia de altruismo perfecto, encierran egoísmo; incluso esa necesidad de hacer el bien que las almas buenas tienen es egoísmo.

No; la única y mayor necesidad humana es la de *ser queridos*.

Y ella siempre había tenido un gran deseo de que la quisieran. Alma extrañamente complicada, hecha de abnegaciones, sacrificios y rebeliones, al despertar completamente había sentido fuertemente la imposibilidad de adaptarse a la vida que arrastraba con su marido.

Él era el *vicio*; ella estaba horrorizada por el vicio. Él no sentía nada más que la pasión de los sentidos; ella quería el amor de la mente, el amor completo que podía definirse en una dulce voluptuosidad de sentimiento.

¿Su amor es una culpa?

Culpa era su silencio y un día, un día terrible en que le pasó a la sangre el soplo del delito, las palabras que le quemaban los labios estaban a punto de salir de la garganta quemada para atacar justamente a ese hombre...

Era un día de verano, en Livorno, por casualidad él había comido en casa. Con ellos estaban Giorgio y una mujer muy amiga que nunca dejaba a Anna cuando estaba en Livorno.

A Ettore le aburría esa comida familiar, siempre invitado en la casa de un rico artista, la modesta mesa de su mujer no le

satisfacía...; además, siempre se aburría cuando se quedaba en casa. Su maldad fría, tenaz, indiferente, tenía que desahogarse con alguien, su aburrimiento lo tenía que superar con el espectáculo del sufrimiento.

En ese momento, Anna había recibido una carta de sus hijos. Una carta escrita por pequeños alumnos de tercero de primaria, ciertamente no exenta de errores, y especialmente la de Cesarino, un chico de una inquietud incansable, lleno de ingenio, pero impaciente hasta el punto de no tener la firmeza de terminar una carta con caracteres inteligibles.

Había sonreído irónicamente al leerla.

– ¡Qué bien escriben tus hijos!

– Son pequeños.

– No tanto. A su edad yo no cometía esos errores. ¡Tu madre los está educando pero que muy bien!

– Mi madre no podría educarlos, ya lo sabes, pero se preocupa de que tengan buenos maestros... Cesarino tiene una cabecita atolondrada, Gino es demasiado pequeño todavía.

Ella los defendía con dulzura.

– Están desatendidos, tu madre no sabe educarlos.

– Pero si hacen muy bien los exámenes; también tienen un maestro para las clases particulares...

– Maestros llenos de regalos que recíprocamente los devuelven haciendo que aprueben los exámenes sin ningún mérito. Tu madre no sabe educarlos.

– Sin embargo, me parece que mi madre te resulta muy cómoda si te quita completamente la pesada carga de los niños y si, con tanto cariño, piensa en su educación; y, además, ¿no crees que tus hijos son muy inteligentes? Yo, que los veo un poco más a menudo que tú, sé que no son esos pobres estúpidos que quieres hacer creer tú que son.

– No entiendes nada.

– Mejor así... Entendería muchas cosas desagradables...

– Las cosas desagradables siempre se te escapan, o te gustan de la misma forma que a tu madre, que tiene poco tiempo para pensar en los niños y que cree que basta con enviar dinero y regalos a los maestros.

– Les dedica todo su tiempo..., no tiene a nadie más.

– Pero ¿te lo crees de verdad?

– ¿Qué quieres decir?

– Que no se ha olvidado de los hábitos del lugar de donde salió.

Anna se levantó pálida, crispada.

– ¿Otra vez? Deja ya de una vez esa baja calumnia.

Él seguía comiendo, con una sonrisa de baja ironía, en los labios y en los ojos.

– ¿Por qué te ofendes? Es así.

– ¡Eres un mentiroso!

– ¡Mentiroso yo! El prostíbulo emerge ¿Cómo? ¿Es que no sabes que protege a un joven... campesino...?

– ¡Ettore! ¡Ettore, cállate!

– ... robusto... y fuerte..., el hijo de Gianni del Monte...

– Ettore, cállate! Me das asco.

– ¡Qué frases tan teatrales...! ¡Un chico bien guapo...!

– ¡Infame! Cállate.

– Maestro..., ya es suficiente, – había dicho Giorgio rogándole con la mirada.

Elvira miraba al uno y a la otra claramente asustada, lista para ayudar a Anna que tenía la cara cada vez más contraída por una punzada de dolor; perdía la razón, ese trágico soplo delictivo que a veces la agitaba ante tan bajas maldades, le volvía con ímpetu y le inflamaba la sangre que le llegaba a la cara.

Elvira se le había acercado porque tenía miedo de que se desplomara, Giorgio se le acercó también, extrañamente impresionado por la expresión que le decía claramente el horror que estaba pasando por el alma de Anna.

– Bueno, ¿qué pasa con vosotros? Y tú, ¿por qué te pones tan trágica? ¿Tanta vergüenza te da? Y ¿te ofendes tanto? ¿Es que acaso no es cierto? El prostíbulo ha vuelto..., esa es la verdad. También puedo decirte dónde...

– Cállate...

– Puedo decirte también en qué año.

– ¡Cállate! ¡Cállate! ¡Canalla! – le había apretado el brazo y él se había levantado como si fuera a salir.

– ¡Déjalo ya! Como si no lo supieras. Ya te lo había dicho antes. Deja que me vaya..., ya basta...

Anna lo detuvo y, para evitar que se fuera, le puso las dos manos sobre los hombros.

– No..., no te vayas, tienes que decir que mientes, que no es verdad..., tienes que decirlo aquí... antes.

– Es cierto.

– ¡Infame! ¡Infame! ¡Infame!

– De un prostíbulo, sí.

– Cállate... Cállate... ¡No ves que me estoy asfixiando! Di que no es cierto... ¡Dilo! ¡Dilo!

– Sí..., en un prostíbulo..., tu padre la eligió..., era la más guapa...

– Cállate... – y las manos de Anna subían sin querer hacia su garganta.

– Es así...

– Cállate... Cállate... por ti... por tus hijos... voy a perder la cabeza... ¿No te das cuenta de que voy a matarte como a un perro...? ¿No sabes que te odio, te odio, te odio...?

Y las manos subían, subían y ya como una mordaza apretaban esa garganta maldita de la que salían las palabras venenosas.

La cara de Ettore de repente se cubrió de un miedo loco, esa sonrisa irónica e irritante se había convertido en una mueca...

– ¡Te odio, te odio! – repetía Anna – te odio... y quiero... a...

Pero Elvira, preparada, le tapó con la mano la boca que estaba a punto de revelar su secreto y Giorgio le agarró las muñecas para obligarle a que dejara el cuello de su marido que ya daba señales de un fuerte sufrimiento.

La convulsión siguió agitándola, sacudiéndola; una baba sanguina se le había acumulado a los lados de la boca, un grito estridente salía de la garganta, mientras que todo su cuerpo se agitaba con fuerza: la metieron en la cama, la curaron, le dieron unos calmantes y, al cabo de unas horas, junto con la postración volvió a la calma.

Él no había dicho nada más.

Por la tarde Anna se levantó porque tenían que irse de pesca y no quiso rechazar una invitación que le habían hecho mucho tiempo antes. Aunque se sentía muy mal, se subió al barco pesquero; tuvo las fuerzas de disimular, mientras que en el alma se hacían más vivas las ganas de hablar, las ganas de vengarse, de repetirle que ya no era una víctima pasiva, que se había rebelado como había podido, como se rebelan las mujeres, como lo quiere el estatus de mujer, como hacían las demás, como la mayoría, que

era falsa, mentirosa, deshonesta, porque a la mujer se le enseña a mentir desde el momento en que nace..., porque si hubiera sido sincera, la habrían despreciado, se habrían reído de ella, se habrían apartado de ella...

Una rebelión, una confusión se hacía hueco en su mente siempre oprimida por mil preocupaciones distintas; ni siquiera se abría paso la verdad de su propia alma. Le parecía que sería bueno matarle..., dejarle muerto ahí..., luego, la invadía el profundo remordimiento ante tan atroz pensamiento...

Ella sentía siempre compasión por los sufrimientos de los demás y no podía soportar el espectáculo del dolor; con las lágrimas era fácil obtener cualquier cosa de ella.

El tenue balanceo del barco le dio un sueño de descanso, como si su cuerpo estuviera oprimido por la aniquilación, mientras que, en su mente, todavía convulsionada por la terrible sacudida del día, se repetían, se reflejaban las impresiones, las reflexiones, la ansiosa búsqueda de liberación.

¿Es que nada, nada podría salvarla de ese tormento cada vez mayor? ¿Es que no había forma de escapar de esa tiranía despiadada? Separarse. Él se negaría... y ¿qué razones podría aportar para solicitarlo?

Mil razones.

¿Y las pruebas?

Recogería mil evidencias.

Pero ¿y sus hijos?

Y, además, ¿iba a ser eso una liberación? ¿No iba a seguir teniendo él derechos sobre ella?

¡Qué yugo tan severo! ¡Qué tiranía de esclavitud! ¡Qué asco le daba ese hombre con el que se suponía que *tenía que vivir!* Ese hombre para el que nada era sagrado.

El agua reflejaba con brillantes ondulaciones el último rayo que lentamente iba a morir en el agua, enviando brillantes destellos rojos al cielo.

Eran como si numerosas tiras de sangre viva envolvieran el horizonte.

Anna sufría ante ese atardecer que parecía un símbolo de delito, sentía horror de sí misma, de lo que había pasado por su mente, de su vida condenada a la mentira, a la ocultación, al cansancio perpetuo producido por la mentira eterna.

Y en esta ansiedad, en esta sucesión de pensamientos, de revoluciones, el recuerdo de su padre, de su pobre padre, volvía límpido, con toda la desgarradora certeza de que él ya no podía hacer nada más por ella. ¡Si todavía estuviera allí! ¡La defendería, la salvaría...!

Una vez él había querido que ella se hubiese separado de ese marido..., eso fue después de un asunto terrible..., tenía dieciocho años..., fue ella la que no quiso..., tuvo miedo de las hablaturías...

Se acordaba de que el viejo abogado Carlo Siboldi, amigo íntimo de su padre, había dicho:

– Piénsalo, Cesare; viuda... con un marido... Sin la posibilidad de volver a unirse en un nuevo matrimonio... ¡con dieciocho años!... ¡Si por lo menos existiera el divorcio...! Deja que lo intente un poco más antes de acabar en esa gran miseria, en esa gran inmoralidad que es la separación..., es joven..., guapa..., lo entiendes..., podría enamorarse... no, no, Cesare, no conviene.

– Va a ser peor, Carlo – había respondido su padre; – ese hombre la arrastrará hacia lo peor...

– Quién sabe..., espera..., por los niños.

Y ella había truncado el asunto rechazando la separación.

¡Si él siguiera vivo! Seguro que tendría en él un gran apoyo..., tal vez ni siquiera se habría dejado tentar por el amor..., tal vez no habría seguido a su marido en su vagabundear artístico..., tal vez se habría quedado con sus hijos.

La cara pálida, deshecha, llevaba la marca de todas las sensaciones que estaba sintiendo, los ojos, con ojeras de color púrpura, se agrandaban, dándole una expresión de miedo que despertaba compasión.

– Anna, ánimo, – le murmuró Giorgio, acariciándole la mano fría; – Anna, ánimo, por favor.

¡Ánimo! Lo tenía, seguía teniéndolo.

– Elvira, nunca le digas nada a mi madre, por favor.

Eso pensó, que su madre no se enterara de nada; para que no sufriera; y también por sus hijos...

Año 1894

En febrero, Ettore Streno seguía en Sicilia, donde se había ido en diciembre de 1893, contratado para una larga temporada.

Antes de que se fuera, había acordado un negocio hipotecario para el que fue necesaria la firma de Virginia Mirello.

Se había hecho un intercambio de valores, solo para seguir sustentando un poco más el edificio en ruinas..., por muy poco, porque la firma de la madre también comprometía las rentas que servían para mantener a los niños.

Era precisamente el momento en que el cólera se apoderó de Livorno...

Incluso Giorgio se había contagiado... ligeramente; Anna lo había curado y había luchado con Ettore que quería enviarlo al lazareto.

Luego se quedó sola, había pasado por un período de profunda tristeza durante el que la idea de la muerte se había convertido en una obsesión secreta.

Iba todos los días a los lugares más infectados. Se acercaba a los que veía caerse por la calle, pensó seriamente en ser enfermera voluntaria en un lazareto.

Ni siquiera las apasionadas cartas de Giorgio la animaban. Él encontraría consolación. El olvido es hijo de la muerte.

Un día, en poco tiempo, vio a siete personas caer, infectadas, y, en la oscura desesperación que la oprimía, casi imprecó a esa justicia divina que arrebatava a siete criaturas, tal vez felices y que era seguro que dejarían llorando a muchos infelices pero que, sin embargo, no acababa con ella que tanto invocaba su propio fin.

Esta esperanza de paz eterna siempre le volvía a la mente con una precisión alarmante.

Pero no tenía el valor de suicidarse.

Cuando alguien pronunciaba la habitual frase hecha por la que se necesita más valor para vivir que para suicidarse, ella sonreía

por compasión, ya que, aunque quería morir, no encontraba la fuerza para apresurar ese momento.

Sin embargo, el sufrimiento no la asustaba si, en el fondo, se encontrara el sueño, el buen sueño, sin pesadillas, sin un despertar.

Pero el contagio la había perdonado, había perdonado esa vida suya, breve desde luego, aunque ya demasiado consumida.

También rezó: rezó con el gran deseo de poder creer, con el despertar de una fe infantil:

– ¡Dios mío! ¡Que me muera! Si es vuestra mano la que cae sobre tantas criaturas que no la deseaban, que no estaban preparadas para la muerte, ¡que caiga sobre a mí que tanto la anhelo!

Necia esperanza.

Cuando se quedó sola, cuando su marido estuvo lejos, en la paz de la casa materna, gozó un período de buena tranquilidad.

La confesión de su embarazo a su madre había sido un asunto muy serio. Aunque la compasión por su infeliz hija era inmensa, Virginia Mirello, una mujer saturada de prejuicios y temores religiosos, no tenía intención de ofrecerle ninguna ayuda.

– Esto no, en absoluto. Te perdono, te compadezco, pero no puedo ayudarte de ninguna manera.

– No me eches, madre, en estos últimos días dolorosos no prives de tu protección a esta pequeña niña..., es mía también, igual que los demás.

La lucha entre el sentimiento y el deber había sido larga y llena de tormento para Virginia Mirello; al final, accedió a velar por la crianza del niño que iba a nacer. Eligieron una nodriza en las cercanías de Lucca.

Pero Anna se quedó sola en el doloroso momento del parto, solo Elvira, amiga afectuosa, había venido corriendo en cuanto la llamaron.

Era una noche de heladas cuando ella se despertó por el dolor; no llamó a nadie hasta el amanecer. Virginia Mirello había despertado a los niños, los envolvió en grandes mantones e inmediatamente se fue al campo. No quiso estar presente, no quiso dejar que los hijos legítimos se enteraran del nacimiento del bastardo.

¡Qué dolor!

El frío intenso del amanecer gris penetró en el corazón de la afligida mujer.

¡Cómo se entendía que un hijo de la culpa estaba a punto de nacer!

Más que por los agudos dolores ella sufría por este aparato de misterio, esta huida de la madre, esta temida vergüenza ante los hijos a los que les nacía un hermano.

En la casa vacía, fría, ningún movimiento; Elvira iba silenciosamente de una habitación a otra, la comadrona cumplía con sus deberes en silencio.

Anna sofocaba los gritos.

El temblor convulsivo retrasaba el nacimiento. Le hicieron tragar algo que le quemó la boca y bajó hasta quemarle la garganta, ella que no estaba acostumbrada al alcohol; pero el temblor no cesaba.

Alguien llamó a la puerta y no hubo respuesta. Fuera el día se volvió frío, gris, en el cristal había una capa de hielo y en el pequeño horizonte visible en el rectángulo de la ventana se veían las largas y desnudas ramas de los árboles que parecían seres fantásticos estremecidos, con los brazos al aire invocando compasión.

¡En esta desolación nacía el pequeño ser concebido fuera de la ley!

Era una niña.

Su primer gemido no tuvo una sonrisa como respuesta, no tuvo un beso..., no tuvo esa alegría festiva que siempre saluda a los neonatos. Había silencio y frío en la casa desierta.

Mandaron un telegrama a Giorgio que llegó pocas horas después. Pasó la noche cuidando de la madre y de su hija, la pequeña a la que acogió con intensa alegría, en la que había visto un tesoro. Su rostro bueno resplandecía de alegría, pero no le bastaba, la miraba, pero no le bastaba, la besaba.

La llevaron a bautizar envuelta en un chal de seda negro.

El día después la entregaron a la nodriza y, cuando la casa se vio liberada del fruto de la vergonzosa culpa, regresaron los niños reconocidos por el mundo.

Sin embargo, como si hubiera surgido un sentimiento de repulsión ya por parte de su propia madre, Anna no tuvo los cuidados que necesitaba, ni uno solo de todos esos muchos

cuidados que se suele dar a las mujeres que han dado a luz recientemente... Y solo doce días después se fue de viaje, con la esperanza de remediar a la amenazante ruina que ya estaba comenzando a acabar incluso con el sustento de Virginia Mirello.

Los altos intereses de las hipotecas se estaban tragando con la codiciosa usura los ingresos que ella había tenido la debilidad de ceder; el administrador negaba el pago del subsidio mensual; era la miseria, el hambre para su madre, para sus hijos.

Arregló las cosas por un corto tiempo; transida por la fatiga del viaje, volvió a casa con el dinero, pero persuadida de que la ruina era tan inmediata que ya no iba a tener tiempo material para ponerle freno.

Mandó un telegrama a su marido que le prometió que lo iba a arreglar todo en cuanto volviera.

Un mes después, la nodriza trajo de vuelta a la niña cubierta de llagas, se negó a amamantarla.

La pequeña había chupado la sangre materna envenenada.

– Lo mejor sería que se muriera pronto; – dijo un médico que había consultado y que no sabía de quién era hija. – Ella, la pobre pequeña, es fruto del vicio; lleva en su sangre todo el lodo en el que se han revolcado sus padres.

– ¡Quién sabe!... – susurró Anna – tal vez sus padres, tal vez su madre, puede ser una víctima como ella.

El médico la miró... y entendió... ya que repitió con otro tono:

– Créame, señora, si viviera, sin duda alguna sería infeliz.

– ¿No se puede curar?

– Es nuestro deber..., pero será en vano. Se convertirá en... una raquítica..., una neurasténica..., una tuberculosa... ¿Quién sabe? Tal vez incluso en una deficiente..., en cualquier caso, va a ser una desventurada.

Anna agachó la cabeza transida y sin querer murmuró:

– Es un castigo.

¡Un castigo! La superstición tal vez estaba todavía tan enraizada en ella... que pensaba en el castigo.

Ella llevaba un mal invencible en la sangre gracias a un engaño; había sido una emboscada que, con cobardía, había tendido a su inexperiencia; había sido un asesinato..., peor aún, ya que era mil veces mejor la muerte que la grande infamia de dar vida a unos seres condenados desde la cuna a la gran miseria de

la degeneración, a pobres seres nulos, que sufren y que, a su vez, plagarán el mundo con un filón purulento de degenerados.

¡Ah! ¡Qué maldición tan grande!

Y lanzaba una maldición sobre sí misma, ya que tendría que haberse acordado..., tendría que saber que el amor, la maternidad, para ella eran crímenes atroces.

¿Qué ley hay para este crimen? ¿Qué castigo para los padres culpables?

Incluso los niños maltratados pueden encontrar una manera para defenderse, para escapar..., pueden encontrar protección..., una salvación... Pero ¿qué defensa tienen los que en el vientre materno se nutren de veneno y de delito?

¿Qué le diría Anna al padre de esa criatura?

«Aquí está tu hija..., este montón de carne en putrefacción por la que fluye una sangre ya más que agotada; aquí está tu hija, adorada antes de que naciera..., es la verdadera hija de la culpa. Yo no podía ser madre... No debía haber aceptado el homenaje tan dulce de tu amor: ahora soy una madre criminal porque lo sabía: más criminal de lo que fui en ese momento en el que tuve la debilidad de aclamar la liberación... ¡Y yo no tengo la culpa...! ¡Él ha derramado sobre mí toda la suciedad que ha recogido por el camino del vicio! Me ha arrastrado, me ha sumergido, me ha revolcado en un estercolero.

«¿Quién... quién, va a liberarme?»

¿Y sus hijos...? ¡Qué futuro oscuro! ¡Pobre di mí! con esta desesperación en el alma lo esperó el Viernes Santo, con el alma llena de maldiciones volvió a verle, con la mente llena de terribles recuerdos ofreció su frente al beso del saludo...

¡Ese beso! ¡Qué mentira tan infame!

Con un beso la había conquistado cuando era una virgen inocente, masacrando brutalmente todo ideal de amor e infectándola por primera vez, consagrándola ya a una vida de enfermedad; con un beso había sellado para siempre su ruina, consagrándola al enorme delito de ser una madre culpable, a la mayor infamia.

En este beso sentía que, si no conseguía liberarse, le iba a echar mucho más barro en la cara.

Lloró desesperadamente, lloró, ya incapaz de adaptarse a su presencia.

Y un cúmulo de dolorosas complicaciones la mantenían atada al yugo contra el que luchaba...

¿Cómo pagaría los grandes intereses de las hipotecas para no reducir a su madre a la miseria?

Como siempre, él había vuelto sin dinero:

– Lo arreglaremos... – había dicho, y ella esperaba poder estar segura de que sus hijos iban a tener un sustento al menos por unos meses... Irían a ver al administrador el Martes Santo.

El domingo Anna estaba más triste, más abatida, más disgustada. Al deshacer la maleta del marido, había encontrado retratos de mujeres, unas ligas sucias, recuerdos mugrientos, además, había comprendido con ciertos discursos que él había turbado la paz de una joven a la que había hecho creer que estaba soltero...; el enorme cansancio de esa continua visión de intriga, falsedad, suciedad, era tan oprimente que, en ese momento, en ese minuto, lo habría dado todo con tal de no tenerle cerca.

Anna se había desplomado sobre un sillón; Ettore estaba vistiéndose.

Unos meses antes había corrido el rumor de que Giorgio Minardi flirteaba con una joven conocida de Anna. Él pensó en ello en ese momento, o... ¿quién sabe qué más se le pasó por la cabeza? Dijo:

- ¿Y el amor de Giorgio por Emilietta?
- Yo no sé nada.
- ¿No sigue adelante?
- No creo que haya habido nunca nada.
- ¿No?
- No.
- ¿Sabes algo con seguridad?
- Tal vez.
- ¿Por qué?
- Porque Giorgio tiene otros compromisos serios y no es capaz de engañar a una chica.
- ¿Qué compromisos?
- Tiene una hija.
- ¿Una hija?
- Sí.
- ¿Desde cuándo?
- Desde hace poco.

- ¡Tú estás soñando!
- Yo no estoy soñando. Pregúntaselo a él.
- Y ¿de quién es?
- Eh... bien...
- Tú lo sabes.
- Aunque fuera así, no tengo la obligación de decírtelo.
- ¿Dónde ha nacido?
- Aquí.
- ¿Y dónde está?
- En Lucca.
- ¡Por el amor de Dios!... ¿qué has dicho?
- En Lucca.
- Es de tu madre.
- ¡Siempre acusando de lo mismo!
- Es de tu madre.
- Sabes que estás mintiendo.
- ¿Qué nombre lleva esta hija?
- Minardi.
- Es de tu madre... quizás le haya dado su apellido para que tú se lo agradecieras.
- Pero ¡qué te estás inventando! No es digno de ti.
- Dime de quién es. Confiesa que es de tu madre.
- ¡Para, para...! Ya no puedo más... ¡es mía! ¡es mía! ¡es mía!
- dijo levantándose, con la cara iluminada por la alegría de poder vengarse, de poder echársela a la cara esa rebelión.
- ¿Es tuya...?
- Es mía. – Y se desplomó en el sillón, esperando. Incluso la muerte...
- ¡Ay! ¡Anna se olvidaba de que todavía le quedaban unas migajas de patrimonio!
- ¡Estas mintiendo!
- Esta afirmación hirió a Anna como si se tratara de un hecho demasiado extraño, demasiado inesperado. ¿Él? Él que la había insultado tanto... para nada, para cubrir sus gestas de libertino... hoy ¿se negaba a creer en una confesión completa?
- ¡Estás mintiendo! ¡Quieres solo salvar a tu madre!
- Anna no contestó, ya no tenía fuerzas.
- ¡Quiero saberlo todo!

Anna no contestó. Había sido inútil incluso la confesión. Entendió que su condición había empeorado, comprendió inmediatamente que no la dejaría ir y que la torturaría usando ese hecho para mil infames suplicios. Con la certeza de tal tormento, cedió hasta la fuerza de la rebelión.

– No lo es, no puede ser tuya..., no me lo creo...

– No es mía, – susurró con un hilo de voz y con la desesperación por no poder conseguir nunca nada.

– Querías salvar a tu madre ¿a que sí? ¡Habla de una vez!

– ¡Me das asco! – susurró también.

Entonces, con un gesto trágico:

– ¡Me enteraré de quién es! Y si me has dicho la verdad...

Comenzaba el tormento.

– ¡Quiero ir a casa de mi madre!

– ¿De la sinvergüenza?

– ¡Quiero irme!... Ya no puedo vivir aquí..., deja que me vaya...

– No..., no te irás. Antes quiero saber.

Inútil su impulso hacia la verdad.

La verdad no había servido para nada, nunca sirve para nada la verdad. Anna vio ante sí su vida futura con demasiada lucidez; comprendió que a estas alturas ese hombre siempre sería su verdugo, desde cerca y desde lejos; que él siempre, *siempre*, estaría a su lado, casi como si fuera la sombra vengativa de los crímenes que no eran suyos.

Entonces, ¿para qué luchar? Demasiadas preocupaciones maceraban su alma; ya no tenía escapatoria; ni siquiera podía seguir pensando en huir con Giorgio. Tenía el deber sagrado de asegurarse de que su madre y sus hijos no se quedaran sin pan. En el abismo infinito de estos pensamientos, su mente dio vueltas vertiginosamente sin poder aplacarse, sin poder encontrar un apoyo.

Cuando Giorgio, sin saberlo, llamó a su puerta, Anna se sobresaltó, él se puso más pálido.

Tal vez tenía miedo... del duelo.

– Acabo de enterarme de algo muy extraño... Anna me ha dicho que tienes una niña pequeña. Tienes que decirme quién es la madre de...

Giorgio se puso a reír a carcajadas.

– ¡Te estás volviendo loco!

– ¡Qué loco! Anna me ha dicho algo que me da derecho a buscar la verdad.

– Yo no tengo ninguna obligación de contarte mis secretos. Tengo una hija y es mía..., solo mía.

– ¡Me lo tienes que decir!

Sus gestos de tragedia exacerbaron a Giorgio.

Miró a Anna con una mirada indefinible de piedad, de amor, de invitación, entonces:

– No voy a decir nada... No puedo contestarte aquí. Si tienes razones de las que jactarte, ya sabes dónde encontrarme.

Y salió.

Anna tuvo mucho miedo de no volver a verlo nunca más; con un esfuerzo grande, ya que las piernas se le doblaban, corrió tras él:

– ¡Giorgio! ¡Giorgio...!

Empujó con una mesa a Ettore que le cerraba el paso:

– ¡Déjame! ¡Déjame!

Luchó con él que había tenido tiempo de levantarse, se enfrentó a él desesperadamente, con esa fuerza de desesperación que le daba el miedo a perder su único bien, su único consuelo, su única defensa; lo tiró al suelo como un trapo..., pero ya era tarde; Giorgio estaba lejos y ella cayó como electrocutada sobre los primeros escalones de la escalera.

¡Qué oscuridad más profunda al despertar!

¡Qué tumulto del alma al recordar lo que había sido y lo que sería!

Ahora tenía que pensar, sola, cómo defenderse de la saña de ese marido que, finalmente, tenía un hecho real del que valerse como arma de tortura.

¡Y todavía tendría la insolencia inaudita de mostrarse celoso!

Esta era la peor que todas las inquietudes...

Ya no tenía un momento de soledad, ni una hora de descanso; encerrada en una pobre habitación amueblada, de la mañana a la noche, de la noche a la mañana, las continuas, insistentes y muy bajas ofensas llevaban a Anna a la exasperación.

Arreglados los negocios a duras penas, el patrimonio iba a estar a salvo durante unos meses, él le había hecho firmar una letra de cambio por unos cientos de liras...; de estas ella se había

quedado con cien, además, había escondido algunas joyas, siempre esperando el momento de poder escapar.

Un tormento todavía más cruel se añadió a los muchos que ya tenía; él quería que fuera suya.

Las largas horas del día dedicadas a oír las ofensas a las que era inútil contestar eran muy dulces en comparación con las terribles horas nocturnas.

Ella trataba en vano de no acostarse... y él la obligaba. Temblando en la cama, nunca cedía al sueño y la mayoría de las veces el aliento repugnante de ese hombre, casi siempre borracho, la hacía estremecer.

Se lo encontraba a su lado, encendido por deseos inmundos, y la lucha para defenderse era terrible.

Palabras soeces, actos obscenos, insultos triviales...

Una vez terminó con el cuerpo lleno de moratones.

Él la agarraba por la cintura, mientras ella, aferrada a la cabecera de hierro de la cama, se replegaba sobre sí misma, mientras le castañeban los dientes de asco y le crujían los huesos de dolor.

– Eres mía..., te deseo..., no tienes que negarme tu cuerpo..., has sido de otros, tienes que ser mía.

– No..., no..., no soy una prostituta... yo..., no..., tú no volverás a ensuciarme nunca más...

– Te deseo... ¿es que no lo ves?... – y trataba de apartarla de las columnas a las que ella se aferraba cada vez con más fuerza, llenándose de moratones.

– Te deseo..., deseo este cuerpo asqueroso que ha alimentado a una bastarda..., una bastarda que va a morir podrida, putrefacta..., lo deseo.

Anna ya no tenía más fuerzas en los brazos, al apartarla con tanta violencia, cayó al suelo. Él se le puso encima, casi la asfixió, mortificándola, mortificándose. Anna salió vencedora.

Entonces cambió de sistema. La amenazó de muerte. Con un revólver en la mano, la obligó a arrodillarse ante él.

– Te mataré; tengo derecho a hacerlo.

Y le puso la caña fría en la sien.

Extraña sensación: agonía, muerte, percibida, sentida. Un frío helador nuevo, tan profundo, inefable; un hielo que desde la piel penetra en la sangre, un hielo que sube al cerebro, que aniquila el

pensamiento, que baja al corazón y lo detiene; un hielo que, de repente, se apodera del cuerpo y lo sumerge en la nada.

Esa boca de muerte estaba lista para vomitar su condena. Durante un minuto Anna se sintió atraída por la nada; luego, como en un repentino resurgir del instinto de vida, con un grito fuerte y agudo, de horror, de miedo, de odio, forcejeó y corrió a abrir la puerta de par en par.

– No tienes derecho a matarme... ¡Asesino!

Después de esa escena de drama él la dejó marchar... y cambió otra vez la ridícula comedia. Simuló dolor, amor ofendido, desesperación.

De repente la fue a buscar a Lucca; con muchos ademanes trágicos, en presencia de sus hijos, sacó del bolsillo el revólver, se lo puso en la sien...

Los niños asustados se pusieron a gritar, imploraban piedad, se le agarraban del brazo:

– ¡Papá! ¡Papá! No..., no....

Virginia Mirello le quitó el arma de la mano y se la entregó a Anna con una expresión de dolor y reproche en el rostro.

– Estas escenas dolorosas hacen demasiado daño a tus hijos – le dijo más tarde; – tú tienes que hacértelo perdonar todo, y tal vez sufrir, pero tienes que devolvernos la paz tanto a mí y como a tus hijos. Este hombre está sufriendo realmente, tal vez siente algo de amor por ti, tienes que intentar que vuelva a renacer en él.

– ¿Y cuándo ha probado ese amor, mamá?

– Pero si casi se suicida.

– Mamá..., mira el arma.

– ¿Y?

Anna apretó el gatillo seis veces..., seis disparos vacíos.

El arma estaba descargada.

Sin embargo, cedió a las peticiones de su madre y se fue con él de nuevo a Florencia.

Nadie podía estar seguro si realmente él creía o no en lo que Anna le había dicho..., tal vez sí..., pero lo que parecía con toda seguridad era que no tenía ninguna voluntad de dejar libre a su mujer.

Anna no había vuelto a ver a Giorgio.

El pobre hombre daba vueltas y vueltas durante horas, encerrado en un coche, con la esperanza de verla por la ventana..., pero nunca lo había conseguido.

Con mucha habilidad, había conseguido que le entregaran un trozo de papel en el que estaba escrito:

«Ánimo, te quiero, confía en mí, ven, ven.»

Ella lo sentía cerca, lo veía en sus pensamientos, le parecía oír su voz buena que invocaba su liberación.

Una mañana, como llamada por una fuerza superior, se sintió atraída hacia la ventana.

Giorgio estaba allí, quieto en la esquina de la calle. Le pareció que se iba a morir. En la mirada que intercambiaron estaba toda la historia de los numerosos sufrimientos.

Ettore la observaba; entendió, corrió a la calle, siempre haciéndole creer que tenía lista el arma de la venganza.

Se estableció un duelo.

Ettore se lo dijo por la noche, con palabras que traicionaban su invencible miedo.

– Por tu culpa, voy a tener que arriesgar la vida, habrás dado muerte al padre de tus hijos legítimos.

Esa noche fue un tormento infinito para Anna; de día se vistió para salir.

– ¿Adónde vas?

– A impedir el duelo.

– ¿Cómo? ¿A quién vas a buscar?

– A alguien que puede impedirlo.

– ¿El padre de Giorgio?

– Sí..., el padre de Giorgio.

Tan pronto como Anna se sintió libre, sola y dueña de sí misma, sintió la necesidad de ver a Giorgio, de hablar con él, de escuchar su voz. Él le daría el consuelo, el coraje, la fuerza para decidir sobre su futuro.

Tambaleándose como una borracha, de un lado a otro de la calle, como si se fuera a caer a cada paso, atravesó la ciudad y, con gran valentía, fue a llamar a la puerta de Giorgio.

Él oyó su voz..., el acento conmovedor de la mujer adorada, de la mujer querida que, transida de dolor, por él soportaba ese último martirio, y corrió anhelante..., ni una sola palabra..., él

abrió sus brazos y ella se dejó llevar, se abandonó sobre ese pecho de confianza, sobre ese corazón que palpitaba solo por ella.

– ¡Anna! ¡Anna...! ¡Estás sufriendo tanto! ¡Cómo has cambiado!

– ¡Me estoy muriendo...! No lo soporto más...

– ¿Has venido para siempre..., para siempre?

– No..., he venido para que dejes la idea del duelo... porque no quiero que tengas que mancharte...

– Cállate..., esas son cosas de comedia..., en la vida no es así... Has venido aquí porque él tiene miedo.

– ¡Giorgio!

– ¡Y él sabe que estás aquí!

– Cree que he venido a ver a tu padre...

– ¡Qué ingenua! ¿Cómo podía pensar que una vez que fueras libre no vendrías corriendo hacia mí?

.....

Ettore la esperaba ansiosamente..., en vano... ¿Supuso que Anna, una vez libre, se marcharía?

Fue una carrera de locos... Perseguida, acosada, Anna logró subirse a un tren..., se refugió otra vez en casa de su madre..., pero él, evitado el duelo, reveló al padre de Giorgio todo lo que había ocurrido; él quería que ella fuera una vez más víctima de las súplicas de su madre, víctima de las amenazas..., víctima de la ley que le otorga al marido la posibilidad de azotar a una mujer débil innecesariamente asqueada, innecesariamente infectada, incluso innecesariamente adúltera.

Pero los mártires hoy ya no existen..., el intelecto humano se ha despertado con fuerza y se ha rebelado contra la obediencia ciega a los más fuertes.

Con la última desesperación llegó la última rebelión.

Tras haber tenido en un momento de desánimo, la aguda idea de la muerte, tras haber probado el fin bueno, el descanso privado del despertar temible junto al aliento caliente de un borracho lascivo, tras haber mirado fríamente al pasado y al futuro, Anna preparó su liberación.

«Tal vez quiera una prueba... para vengarse.»

¡Que la tenga!

Escribió una nota, en un momento en que él había salido un rato y se la dio a la asistenta para que la echara al buzón.

Él la estaba observando, se la quitó...

La nota decía:

«¡Querido Giorgio!

Te quiero como siempre, estoy sufriendo mucho, demasiado, pero mi amor no desaparece en el dolor.

Quiéreme.

ANNA.»

Y, después, resuelta, firme, decidida, le reveló rotundamente que se marchaba, que no volvería nunca más...; tenía pruebas..., las podía usar como quisiera.

No habló del pasado, no justificó su error, no dijo nada...; la liberación era una alegría demasiado grande.

Él esta vez no se atrevió a nada: la vio demasiado decidida.

Unas horas más tarde estaba con su madre. Él se había quedado otra vez con un dinero que ella le había dado para coger el billete, para enviar el equipaje... Anna pensó en ello riéndose..., ya se sentía liberada... y podía reírse de sus bajezas.

Su madre, sus hijos..., descanso, descanso completo.

Luego, Giorgio..., el amor grande, infinito, sublime... y la paz... ¿la paz...?

La paz no..., la paz no podía esperarla... Frente al mundo, frente a la ley, era una mujer demasiado culpable... y los culpables tienen que ser castigados.

Un día, en Santa Croce, ese marido le había hecho prestar juramento..., él quería como testigo de su barro también al Dios de los altares...

Anna atontada había jurado todo lo que él quería...

En esa hora, la grandiosa majestad del templo le había hablado a la mente más que al alma...; de todas las tumbas de los grandes parecía que se elevaban unas voces tan dulces y suaves que Anna se olvidó incluso de la causa por la que había ido.

Ese juramento, en la iglesia sagrada por la grandeza humana, le volvía a la mente como la amenaza de una maldición.

En la efímera calma de esa soledad, con la certeza del amor de Giorgio, la reflexión volvía con toda su claridad; y, al recordar, casi temblando todavía de miedo, todas las horas de sufrimiento

del pasado, incluso ese juramento, en la iglesia solemne, sagrada al brillante intelecto de los grandes, le pareció una tortura maligna.

¡Quizás ella había jurado en falso! ¿Qué sabía ella de eso? ¿Por qué lo había hecho? ¿Qué extraña necesidad de defenderse le había llevado a jurar...?

Él la había llevado a la iglesia..., él que no es creyente... a ella que no es creyente...

La religión de su alma era diferente de la religión de los sacerdotes católicos; era una religión hecha de algo de pensamiento y algo de sentimiento; quizás era todavía el fruto de las consideraciones forzadas de su existencia.

Luego Anna se había convertido en una observadora aguda; ahora ni una sola ironía de la vida se le escapaba; despreciaba las falsedades, adoraba la belleza en la verdad.

Su religión tenía algo de panteísmo. A veces sentía un impulso hacia una Entidad superior a todo, divina, pero se imaginaba que era distinta al Dios de los sacerdotes..., era una Entidad tan grande, tan eternamente grande, que podía comprender todo lo que para la mente humana es misterio e incertidumbre.

Ella percibía a Dios en la dulzura que sentía frente a todo lo que era bueno, a las cosas bonitas, lo percibía en la paz del alma, en la grandeza del intelecto creador... No podía dar forma a esta Entidad tan incorpórea, tan elevada que podría formar parte de lo inmenso que es la vida de las cosas y de los seres.

Ese juramento que le había arrancado ante el altar no le producía ese temor que los hombres sienten de un Dios vengador, de un Dios burgués y puntilloso, de un Dios tan atento a las culpas humanas que se desahoga con castigos...; ella sufría por haber jurado en falso ante esa estúpida verdad de recuerdos sublimes... como si fuera una ofensa a la misma verdad.

Cedía a una sensación muy complicada, vencida por un impulso natural hacia las cosas bellas, hacia la naturaleza a la que nunca se pide en vano algo nuevo, variado, sublime.

Ella sufría por su debilidad y se preguntaba cómo se había dejado vencer por una arcana idiotez para dejarse llevar por el miedo hasta el punto de mentir al jurar y jurar en presencia de las grandes memorias de las más altas manifestaciones del intelecto, de esta grandeza tan noble de la naturaleza.

¿La paz?

La paz no.

Todo un pasado con sus recuerdos de dolor y vergüenza minaría la paz de su alma tan zarandeada de un sentimiento a otro, de una inquietud a una incertidumbre.

Ante el mundo, ante las leyes, ante las mentiras convencionales de la moral burguesa, ella era una mujer deshonesto y poco importaba si, frente a la compacta organización social hecha de ironías tan grandes, de fraudes tan deshonestos, ella se sentía serena, si creía que el único mal que había cometido era el de no haber declarado inmediatamente el estado de su alma.

La gran verdad, por la que para vivir con respeto hay que ser deshonestos, se le aparecía con una claridad desesperada.

No encontraba ayuda, no encontraba defensa en ninguna parte.

Esta verdad, tan grande e inmoral, le hacía desesperarse vivamente; se esforzaba por entender de qué parte estaba lo bueno, lo honesto, su cabeza se perdía, se perdía...

¿La paz?

¡Ah, sí! La paz es el fruto de un fin, de una red muy sutil que envuelve la existencia, formada por las infamias más grandes y dentro de la que disfrutáis serenamente riéndoos de todos los que no ven nada más que lo que os gusta enseñar a vosotros.

Anna había mostrado las cosas completamente al desnudo.

La paz no.

La había esperado en vano en los espesos bosques de las colinas de Lucca, donde solo se oye el canto de las pastoras, amables y enamoradas; donde los valles solo tienen ecos de besos; donde el murmullo del agua te acaricia y, al unirse con el aire, crea nuevos conciertos de armonías nunca antes escuchadas; donde todo está tranquilo, donde todo está admirablemente tranquilo...

La paz no podía tenerla: la culpa la había cometido y tenía que purgar su pecado ante los hombres, ante las leyes.

Su marido le había presentado una demanda ante el tribunal por adulterio.

Anna se sentía orgullosa de sí misma.

¿Y bien? Diría la verdad..., hablaría de los arduos caminos que la habían llevado al descanso en el amor.

– ¿Con qué propósito? – le dijo el abogado viejo y obeso Telemaco Martinelli, un adúltero que soportaba el adulterio para que no se rieran de él... – ¿con qué propósito?

– Para que me juzguen, para que me defiendan..., para decir...

– No sirve para nada. El hecho existe.

– Pero yo he sufrido tanto.

– Y ¿eso qué importa? El hecho existe.

– Pero me ha ofendido, maltratado, acusado siendo inocente, me ha infectado la sangre, me ha arruinado la juventud, me ha cubierto de barro hasta la cabeza...

– Y ¿eso qué importa? El hecho existe.

– Pero si ya no le quería; pero si me daba asco; pero si sentía que el delito lo llevaba ya en la sangre.

– ¡Todo eso no importa...!

– Y ¿si lo hubiera matado?

– En el acto... tal vez la habrían absuelto.

– Y ¿eso no es peor? No es más honesto, más humano que yo me haya liberado, en lugar de prostituirme con dos hombres; como ha hecho él...

– Para eso debería haberlo descubierto bajo el techo conyugal..., entonces tendría razones para demandarle.

– Pero es una bajeza.

– Ahora es usted la que ha caído en ello.

– Pero defiéndame.

– En vano. El hecho existe.

– Libéreme.

– Por supuesto. La separación; – y con una sonrisa indefinible – será libre... o casi. Pero le advierto que su marido tiene siempre derecho a demandarla por adulterio.

– ¡Ay, qué tormento!

– ¿Qué es lo que quiere...? Usted es siempre su mujer y él también tiene derecho a asegurarse que su honor...

– Pero ¿en qué consiste este honor suyo?

El honesto abogado se encogió de hombros.

– En resumidas cuentas, ¿no hay defensa alguna?

– No. Es mejor encontrar una forma para que él desista de su propósito.

– Y ¿qué pide? – ya lo había entendido.

– Que se salden las deudas, o al menos la mayoría de ellas; una vez que la situación se arregle; que se mantenga solo la hipoteca sobre la casa Mirello; que no se comprometa más su nombre; que se le devuelvan algunos objetos y, si se han vendido ya, que se le dé el precio equivalente... más unos cientos de liras..., la separación tiene que llevar la declaración de que es a causa y por culpa de la mujer..., ninguna petición de mantenimiento...

– No hacía falta mencionarlo... Nunca he sido su mantenida...

– ... los hijos en un internado.

– ¿A expensas de quién?

–... de usted..., de la madre..., o mejor dicho..., no será declarado.

Anna sentía que la amargura, el asco le subía hasta la garganta; se sentía sofocada por el barro que crecía y crecía.

Ahora entendía en qué pedestal de la justicia está la honestidad, la felicidad, toda la vida de las criaturas humanas.

¿La paz?

La paz ya no iba a ser posible nunca más.

La mujer adúltera en la picota; públicamente despreciada. ¿A quién podía decir, esta mujer adúltera, que su alma había sentido tal repugnancia por la mentira? y ¿a quién debía pedir piedad, a quién debía acudir cuando, asqueada por el vicio, había vislumbrado una existencia de paz, junto a un hombre honesto y bueno que sería compañero, amante, marido? ¿A la ley? ¿Qué ganaría ella con todo esto?

– La separación antes de que se le acuse de adulterio.

– Y después ¿estaría libre de unirme a este compañero adorado? No... y, entonces ¿qué?

– No..., no cambiaría nada..., es cierto – había contestado otra vez el obeso abogado, mirándola por encima de sus gafas – pero el mundo... cierra los ojos, basta con que no se haya escándalo.

– La moral de la iglesia.

– Al final así es, las leyes no se pueden volver a hacer. Usted se ha puesto en la condición de tener todo en su contra. ¿Por qué no hizo usted lo que está haciendo su marido ahora?

– Porque tenía miedo por mis hijos.

– Los hijos son del padre.

– ¿Qué acaba de decir?

– Que son del padre.

- ¿Incluso cuando es deshonesto?
- ¿Puede probarlo?
- Por supuesto.
- ¿Tiene una prueba reciente, tiene una prueba de que él ha cometido adulterio en los últimos meses?
- Pero esto es una tortura..., pero si todo es inútil, pero si todo es mentira, pero si todo se derrumba ante mí..., entonces, que se haga como lo quiere la ley, como lo quieren los hombres, que se haga como lo quiere este mundo de hipocresía. Entiendo..., tenía que ocultar bien mi amor, tenía que regalar a mi marido un hijo que no era suyo y unos miles de francos...
- Bien hecho..., no digo..., con astucia..., basta con que no se provoque un escándalo...
- ¡Abogado! Esto no es honesto.
- Y ¿usted de verdad cree que sí es honesta? Cuando los niños sean mayores... no le darán la razón.
- ¡Ah! Eso no. Les diré la verdad.
- ¿Para qué? El hecho existe.
- Juzgarán como hombres rectos.
- La rectitud es cosa de poetas..., al menos como la entiende usted.
- Ellos me querrán...
- Ya..., pero... luego..., para el mundo..., por lo que se va a decir...
- Y, entonces, no acepto nada..., que yo al menos pueda decir la verdad ante un público.
- Piénselo, así se arruinará. Su marido no dará su consentimiento para que se venda lo necesario para que se puedan arreglar las cosas y para que a su madre le quede algo para vivir.
- Pero es por su culpa, pero es porque nunca le era suficiente lo que ganaba, y él consintió a que se contrajeran deudas: voy a hacerlo sin su consentimiento..., esas cosas son mías.
- No importa, él tiene derecho. Luego la condenarán..., tal vez no sea una condena larga..., pero..., como irá a la cárcel, no podrá ayudar a su madre...
- Pero los jueces entenderán...
- Nada..., nada..., por favor..., usted tiene muchos pájaros en la cabeza, querida señora... la van a condenar, y también a Giorgio Minardi... y, entonces, el deshonor será más evidente...

- ¿Así está hecha la ley?
- Así.
- ¿Y si lo hubiera demandado yo?
- Lo mismo, para él... tal vez...; con unas pruebas... Pero si todas las mujeres tuvieran que demandar por adulterio...
- Entiendo, se necesitaría un tribunal especialmente instituido.
- Eso es. Cuando la mujer no carece de nada – y el abogado obeso sonreía con su sonrisa indefinible–, cuando tiene un hogar, un sustento...
- El amante... el perrito... una ayuda para las tareas domésticas...
- El abogado la miraba con sospecha.
- ¿Qué más podría desear esta ridícula reina de la casa, que es una criada mal pagada, una esclava de la pasión? Tiene razón, abogado. La mujer no puede y no debe querer nada más... Pero que no le falte nada de esto..., de lo contrario, tendrá derecho a encontrar a alguien que se lo proporcione.
- Derecho... no lo creo...
- Ya que es la reina..., si su condición no satisface sus necesidades..., la lista civil...
- Vamos, vamos, señora, lo que usted está diciendo es demasiado moderno..., habla como una mujer emancipada...
- Hablo como una mujer..., como ese animal...
- Felino...
- Que habéis ha creado... La mujer es falsa, mentirosa y deshonesto. Lo lleva dentro. La habéis querido vuestra esclava...
- ¿No es usted católica?
- Quizás lo es demasiado, usted..., abogado, porque si lo fuera menos... hablaría de otra manera. Habéis querido que fuera una esclava y como esclava tiene los vicios más sucios. Basta. Soñaba con no ser así..., o más bien soñaba con poder librarme de esta vergüenza... y encontrar ayuda... Veo que me he equivocado. Pero quizás yo volvería a hacer lo mismo, siempre. Acepto las consecuencias.
- Habría un medio para evitar el proceso... y, después, tendríamos en las manos un arma mejor de defensa.
- ¿Cuál?
- Tal vez le parezca inaceptable..., pero es la única forma.
- Hable.

- Volver con su marido...
- ¡Abogado...!
- Permítame que hable: si tiene prisa, si me quita las palabras de la boca...
- Hable... Discúlpeme.
- Vuelva con su marido por un día..., o más bien por una noche... Procúrese unos testigos... y luego se va..., pide la separación...; él ya no tendría derecho a demandarla...
- Ya basta, ya basta, abogado. Usted no puede entenderme, me considera demasiado hembra..., yo soy un poco más mujer.
- Está usted equivocada.
- Así será..., pero no puedo vencer el asco que me da. Soy neurasténica..., está de moda... – y sonrió amargamente.
- Es poco práctica.
- Ah, jeso sí...! Acepto las consecuencias.
- ¿Intentamos que retire la denuncia?
- Sí.
- ¿Vamos a vender las letras de cambio, tal y como está establecido? ¿Su madre está informada de que se le va a disminuir la renta?
- La informaré.
- ¿Los niños van a ir en un internado?
- Sí.
- ¿Tiene los medios?
- Lo que quede de la venta será suficiente para pagar las primeras cuotas. Después... trabajaré...
- Siempre la cabeza llena de pájaros... Y... puedo decir... que ¿vamos a pagar... también lo demás?
- ¿A él?
- Sí..., así..., para evitar...
- Pagaremos... con un recibo...
- Desde luego. Y... la separación...
- Por mi culpa. Y, diga..., abogado... ¿usted también ha aceptado defender a mi... adversario?
- Pero ¿qué está diciendo?
- Es que me parecía que defendía más la causa contra mí... que la mía.
- ¡Mire que es usted ingenua...! otro la engañaría y la arrastraría a la cárcel.

Ella lo miró incierta... Tal vez tenía razón... ya que no hay una ley...

–Y todo... para que yo tenga paz.

.....
¿La paz?

La paz, no, nunca, nunca más.

Fue desgarrador anunciar a su madre tanta ruina y que los niños se fueran... La paz ya no la podía encontrar. Ni siquiera en la dulzura del amor inmutable de Giorgio se podía encontrar la paz. Ella era culpable de la ruina, ella era culpable del sufrimiento de los niños.

¿Paz? ¿Mientras Cesarino gritaba desesperadamente porque lo alejaban de su abuela? ¿Mientras que a dos pequeños niños que habían vivido en un ambiente con mucho amor los metían en esa madriguera de perversiones que es un internado...? Y, además, ¿en un internado elegido por el abogado Telemaco Martinelli? ¿Mientras que la educación de los sacerdotes les quitaría ese olor de ingenua y leal travesura que tanto nos gusta en los niños?

¿Paz?

Paz no, porque todo era culpa suya..., porque debería haber aceptado plenamente su vida llena de tormentos, debería haberse arrancado el corazón...; el amor no para las mujeres..., debería haber aceptado la vergüenza, la ofensa; dejar que se le pudrieran las carnes, tal vez morir en un hospital para sífilíticos..., o cambiar de amante hasta la saciedad, o bien revolcarse en el barro..., pero con él..., con su marido..., y callar...

Tenía que hacerlo... pero ¿qué tenía que hacer si su alma aspiraba a algo tan distinto?

La paz no...

Nunca, nunca.

La desesperación..., la deshonra..., la picota.

Su marido también se lo dijo, un día que se la encontró por las escaleras del abogado, mientras las negociaciones aún no estaban cerradas.

– Vuelve conmigo..., esta pasión que sientes se te pasará... y seguirás siendo una mujer honesta.

Y ella solo pudo echarle a la cara un despreciativo:

– ¡Me das asco!

Y en una hora él le hizo entender que estaba muy equivocada.

Estaba con ella su hijo mayor y él lo asustó con su fuerte autoridad, le amenazó... con que no iba a volver, que se iba a quedar a su lado.

El niño había llorado desesperadamente y Anna había sentido que él siempre era su dueño..., que él tenía derecho a llevarse a sus hijos e incluso a arrastrarlos al mismo fango del que él se alegraba... Había entendido su debilidad cuando su suegro, siempre en la oficina del abogado, le dio una patada y con las uñas le desgarró la carne de un brazo...

Era la adúltera..., la culpable, ella era la mujer *sucia, mugrienta*, como la había llamado un día... cuando era más inocente..., es cierto, pero igualmente desafortunada. Y en su alma ese soplo maldito del delito volvía incesantemente... porque así nacen los asesinos..., porque la revuelta, en el estrecho círculo de la desesperación, da el vértigo del delito.

La paz nunca más..., nunca más, lo entendió cuando compareció ante el presidente del tribunal para firmar la separación legal. Había temblado ante la sola idea de tener que encontrarse cerca de él, había temblado no de miedo, sino de vergüenza..., habían interrogado a su marido primero y luego a ella. El presidente, un hombre de aspecto sombrío, por la posición, por el trabajo, la escudriñó como para registrarle el alma... o para examinarle la cara...: una mujer culpable tiene que ser guapa, desde luego... ¿no?... luego la interrogó con fría cortesía: entonces trató de disuadirla con desgana del propósito de la separación... y:

- Entonces, ¿está realmente decidida?
- Completamente.
- ¿Sus hijos?
- Dos están en el internado..., uno con mi madre en Lucca.
- Y ¿usted vive en Florencia?
- Sí..., en Florencia.
- ¿Quién mantiene a los niños?
- Siempre los ha mantenido y los ha educado mi madre..., ahora de los gastos del internado me encargo yo. Aquí están los recibos.
- Muy bien... Y ¿esta separación se hace por su culpa?
- Ese es el acuerdo...
- Y ¿cuál sería esta culpa?

Anna se quedó desconcertada..., incierta. ¿Tenía que pasar incluso por la vergüenza de tener que contar lo sucedido?

– No creo que también tenga la obligación de decir de qué culpa se trata. ¿No basta con declarar que existe una culpa y que es mía?

– Es suficiente...

Y cuando estuvieron los dos juntos, ante ese banco de ridícula liberación:

– Entonces ¿está decidido?

– Sí – contestó Anna, con firmeza.

– Sí – dijo Ettore con una de sus trágicas poses.

– Y ¿quién cuida a los niños?

Anna se estremeció y sintió una punzada en el corazón.

– ¿Pero no le he dicho que están en el internado? ¿Pero no ha visto los recibos que he pagado?

– No es suficiente.

– ¿Qué? ¿Cómo que no es suficiente? ¿Pero si él nunca ha pensado en sus hijos? Está aquí presente, que lo niegue...

Él se quedó callado.

– No es suficiente; se necesita la garantía del padre.

– ¿Pero si este padre no puede garantizarlo, pero si soy yo quien paga las cuotas?

– No basta..., se necesita la garantía del padre.

– Pero todo esto es ridículo...

– Es así...

– Está bien... ¿qué puedo hacer yo?

El presidente la miró..., luego escribió lentamente la condena, la de ella, la de sus hijos, abriendo con pocas palabras un abismo de dolores sin fin.

La separación por culpa de la madre – por lo tanto, la madre es indigna de educar a los niños –, el cuidado de los niños va al padre – un vicioso, un holgazán, que nunca se había preocupado por ellos –, mientras que el más pequeño se queda con la abuela materna... momentáneamente.

Anna tenía que estar pálida, mortalmente pálida, porque, cuando se quedó sola, el presidente le entregó el bolígrafo para que firmara e hizo un movimiento, casi como si tuviera miedo de que ella se cayera.

Anna escribió con mano firme:

Anna Mirello.

– Usted tiene derecho a llevar también el apellido de su marido... – dijo el presidente.

– No..., estoy contenta de haberlo dejado..., demasiado contenta...

El presidente no contestó, pero en la cara fría se dibujó una contracción de incertidumbre.

Y, después, ansiosa, angustiada, le dijo al demasiado recto abogado Martinelli:

– Abogado, usted ha conseguido la ruina de mis hijos.

– Ya está otra vez con sus habituales exageraciones... No haga tantas historias..., por favor..., ¿qué podía hacer yo?

– Abogado... entre dos padres indignos – y acentuó la frase, – había que elegir al menos indigno...

– El padre siempre es el padre...

– ¿Incluso cuando es menos honesto que la madre?

– El padre siempre es honesto.

– Abogado, había que haberlos dejado en terreno neutral..., con mi madre...

– El padre tiene derecho... De todas formas, quédese tranquila... él los dejará donde están...

Discusión inútil, lucha inútil..., quedaba solo la esperanza de que el abogado no se engañase.

Pero la paz, ya nunca más para ella..., la paz ya nunca más.

En 1895

Una alegría, un destello de luz, una franja de azul allí en el horizonte: una alegría muy pura e inesperada que para Anna fue una revelación, fue el rayo invocado, fue el bien desconocido hacia el que su alma siempre había tendido..., ese bien que es el poder del intelecto, que es la posibilidad de expresar las ideas más sentidas, los recuerdos, las fantasías...

Una inmensa alegría.

Ese drama suyo, esa breve intriga de dolor pensado y escrito bajo la influencia de una fuerte impresión, había sido representado y había tenido un verdadero e indiscutible éxito.

Una noche inolvidable.

Cuando la llamaron con un telegrama, se había precipitado palpitando. Ni siquiera había asistido a un solo ensayo.

Por la noche se había escondido al fondo de un palco del proscenio y, con el corazón que se le hacía pedazos, esperaba que el público juzgara este primer sueño de su mente.

Su nombre no lo habían puesto en la cartelera:

POR AMOR

Drama en un acto de Gina Rini.

Era demasiado conocida y ¡se había hecho demasiado escándalo en torno a su pobre nombre!... y, además, tenía miedo de la maldad de su marido.

Por otro lado, muchos sabían...

El teatro estaba abarrotado, desde su escondite ella había visto a unos conocidos... Le pasaron por la sangre unas llamaradas calientes, unos escalofríos, ella temblaba, su vista estaba borrosa.

Entre sus dedos contraídos sostenía un cigarrillo..., fumaba uno tras otro, se quemaba los labios, como si esa ligera y tibia aspiración le permitiera respirar más libremente.

Cuando se levantó el telón estuvo a punto de desmayarse.

No vio nada...

El drama era potente, casi atrevido; bastaba que en la interpretación se cambiara un gesto para que se fuera a pique...

«Lisa y Lena: dos hermanas: una, hija legítima, la otra, natural: viven con una tía, en el campo, con mucha pobreza. Lisa, la hija legítima, tiene tuberculosis, Lena rebosa de salud y trabaja para ayudar a su tía a cuidar a la pobre chica moribunda.

Lisa está angustiada por su enfermedad, está irritada, también sufre por la salud que irradia su hermana; es dura, es mala... y también está enamorada de un primo al que su padre, al morir, había recomendado a esas dos hijas, expresando su deseo de ver a Lisa como su mujer.

Pero, de repente, Carlo, este primo adorado, se marcha, y Lisa cree entender que tiene otro amor en el alma.»

Esto son los antecedentes.

Las escenas, rápidas, incisivas, narraban la trágica conclusión de dos amores..., o más bien de dos almas enamoradas...

«Carlo ha regresado al pueblo y su tía lo sabe, pero no entiende por qué no ha ido a verlas antes que nada..., la confusión de Lena le hace sospechar..., hábilmente la interroga y llega a la certeza de que, por ella, ha abandonado a la moribunda; Lena, humillada, le cuenta el tormento que había sido separarse y le muestra una nota que él le ha enviado esa misma mañana, en la que le pide una cita para hablar... Su tía impone a Lena que lo llame, que lo lleve de nuevo ante la hermana moribunda..., al menos para que se muera en paz... Ella inclina la cabeza y escribe...

Mientras que Lena espera con ansia volver junto a su amado por el que ha derramado sus lágrimas más amargas, pasa por debajo de su balcón un feliz cortejo de boda y la dulce armonía de los instrumentos aumenta en ella el tormento. Pero Carlo llega, contento de volver a verla... y frente a él, la criatura humana cede al sentimiento más fuerte de todos, más fuerte que el deber, que la abnegación, cede al amor y se arroja en sus brazos.

El dolor estalla con fuerza en ella, luego, vuelve a acordarse de la promesa que la trae de vuelta al deber y consigue que él vea a Lisa. Pero la delicada intuición de la enferma descubre en la fría cortesía la torpeza del hombre que no sabe mentir...; angustiada,

quiere la verdad, la verdad... que le parece clara, al ver a Lena en la puerta de la habitación, pálida y temblorosa.

Tiene una crisis terrible... Carlo, su tía, corren a buscar al médico..., solo se queda Lena arrodillada y llorando con la cabeza escondida entre las manos.

La enferma vuelve a la vida con un pensamiento infernal: arruinar en el corazón de Carlo el amor por su hermana, perderla delante de él y del mundo... y se envenena, bebiendo un frasco entero de una poción en la que había morfina en dosis alta. «Ni yo ni tú...» murmura, tira el frasco y en un momento se desmaya.

Lena se asusta..., no comprende..., llama..., grita... llegan Carlo, el médico, su tía... Lisa se está muriendo. El médico intenta reanimarla en vano..., busca la causa..., pregunta..., luego descubre el frasco vacío y entiende.

Necesito que hables. Lena confundida ya no sabe qué decir... Lisa no oye ya a nadie... Lena se siente perdida..., la zarandea..., le ruega... Ella abre los ojos al oír a Carlo... y a él que le pregunta: «¿Quién ha sido? ¡Habla...!» ella, indicando con la cabeza y no con la voz, dice: «¡Ella!»

Lena grita, va de uno a otro..., trata de que su hermana se mueva, en vano... Ella está muerta. La desafortunada se desploma en el suelo.»

Las escenas fuertes y vibrantes no daban al público ni siquiera el tiempo de respirar...

Un aplauso de corazón estalló espontáneamente cuando la tía le arrancó el secreto a su sobrina, obligándole entonces a sacrificarse.

Anna mordía su cigarrillo, escondida, acurrucada, agitada. Ese drama de pasión no le parecía suyo..., ni siquiera le parecía que fuera ella la que lo había pensado...

Ese sentimiento humano y verdadero que empuja a Carlo y Lena el uno en los brazos del otro levantó cierto murmullo en el público, como si hubiera pasado por la sangre de todo el mundo el mismo estremecimiento de pasión...

Anna sentía que se le doblaban las piernas..., se levantaba y volvía a caerse..., no lograba ver el escenario...

La escena terminó con un nuevo aplauso.

El éxito estaba asegurado...

Iba a terminar: la Riccardini, que no quería actuar en esa obra y que había accedido bajo la presión del dueño del teatro, apasionada, tal vez por el aplauso, disfrutó de buenos momentos en la escena entre las dos hermanas ..., en la maldición que lanzó a Lena estuvo muy auténtica...

Un mozo vino a buscar a Anna que ni siquiera sabía si esa inmensa alegría era verdadera...

– Venga, venga rápido, la obra termina bien..., el director la invita a darse prisa.

Anna se tambaleaba..., llegó al escenario mientras Lena se caía con un grito de locura...; una explosión de aplausos fragorosos la retuvieron en la puerta..., después los aplausos resonaron incluso más vivos, unas voces le llegaban desde la platea. Ella no entendía.

Entonces alguien gritaba apresuradamente.

– ¡Señora! ¡Señora Mirello...! Rápido... ¿Dónde está?

La voz iba de aquí para allá, de un bastidor a otro... y ella no podía moverse...

– ¡Señora! Por favor..., se estropea el efecto.

Y se vio arrastrada a la escena.

Fue como una alucinación... ¡Cuántas cabezas! ¡Cuántas manos levantadas! ¡Qué fragor!... Tiraron de ella hacia dentro..., sentía que unas manos apretaban las suyas..., oía vagamente una voz que le decía: «¿Está contenta?» luego los aplausos seguían haciéndose insistentes.

Y una vez más..., y una vez más..., y de nuevo quisieron verla...

Y ella se sentía cada vez más aturdida, cada vez más conmovida.

Todo un horizonte de alegrías completamente nuevas se abría ante ella como un sol resplandeciente.

El trabajo.

El sumo bien de la humanidad, la finalidad santa, la salvación, el descanso.

La obra de su inteligencia, de su alma... Ella iba a poder dar al público una parte grande de sí misma, numerosas visiones, impresiones... ¡Qué multitud de ideas en un minuto!

Esta pequeña obra suya tendría más éxitos... y ¡ella escribiría más dramas de pasión!

Los sueños vagos de cuando era una niña se habían hecho realidad. En vano los Mirello, burguesamente encerrados en su caparazón de tortuga, le habían prohibido llevarlos a cabo ..., en vano, entonces, cuando era solo una pobre cosa, un ser sin voluntad, en vano le habían acorralado con su mezquindad. ¡Ahora alzaría el vuelo!

Muchos años de dolores, muchos sufrimientos, muchos tormentos ha tenido que padecer y soportar antes de llegar a esto.

Pero tal vez era del dolor, la angustia, el tormento el que había hecho saltar la primera chispa. ¡Bendito sea el dolor!

Los pensamientos en su mente tomaban el aspecto iridiscente del diamante: emitían relámpagos, rayos, llamas.

Un mundo de sombras tomaba cuerpo; dramas, novelas, relatos, parecía que salían de su cerebro tal y como salen las finas madejas de lazos por la boca de los saltimbanquis.

Trabajaría, haría que su nombre fuera ilustre, compensaría con la alegría purísima de la gloria su largo martirio.

Su naturaleza impulsiva querría alcanzar la meta de golpe; una mayor susceptibilidad nerviosa, producida por el sufrimiento, por las enfermedades, por la debilidad, la ponían nerviosa: más inclinada al dolor que a la felicidad, esta hacía que se agitara más ahora que en todos los estremecimientos que había tenido por alguna desilusión amarga.

Pero era un estremecimiento bueno, era un estremecimiento apasionado el que la excitaba...

.....

– ¿A quién voy a dar esta obra? ¿Qué tengo que hacer para contactar con otros directores de compañía? Dígame usted..., yo no tengo experiencia – había dicho a la persona que se había ocupado de la representación de ese drama.

– Cállese..., veremos..., ya sabe..., un éxito aquí no cuenta mucho... ¿qué quiere? La compañía se disuelve..., ya me ocuparé..., ya veré...

– Pero, dígame a mí lo que tengo que hacer..., escríbame alguna recomendación... ¿No le parece que debería volver a intentarlo?

– Por supuesto. Usted tiene una predisposición extraordinaria para el teatro..., no lo descuide..., no lo descuide..., más bien..., la

voy a recomendar con mucho gusto, si mi recomendación puede ayudarla – y le sonrió con una larga mirada muy brillante.

Era un hombre sucio, con el bigote que le caía sobre la boca; las uñas negras, las orejas peludas..., los ojos de un sátiro.

Anna, llena de alegría por el triunfo, no veía, no entendía, no observaba...

– Pero claro que su recomendación puede ayudarme..., espero que no me niegue esa ayuda.

– Pero ¡qué dice! ¡Quién podría negárselo... a usted que es tan amable! Más bien le pido la gracia de poder serle útil.

Anna se quedó un poco confundida, la invadió la timidez.

– Muy amable. Y... dígame, ¿le dejo el guion a Dominici?

– Ya hablaremos de eso... ¡Qué ojos de fuego! Delatan inteligencia.

– Por favor, no me confunda... – y Anna intentó sonreír. – Venga, dígame algo bueno para mí, para mi trabajo.

– Todo lo que quiera... y ¡para mi nada de bueno por el interés que he tenido por usted..., por esta obra suya...?

– Toda mi gratitud, mi devoción.

– Y ¿una prueba de esa gratitud? – se le había acercado.

– ...No entiendo...

Él le ciñó la cintura.

Anna saltó al otro lado de la mesa que se quedó entre ella y él...

Una lluvia fría había bajado a calmar las ardientes fantasías de su cerebro. Se salvó: huyó del teatro sin ninguna esperanza.

Por primera vez, tras el éxito, pensó que la lucha sería larga y llena de dificultades y que el camino sería no poco fatigoso si quería recorrerlo sin ayuda. No se desanimó del todo. Tenía por delante un objetivo..., una esperanza..., no se dejaría vencer tan fácilmente.

El pequeño drama no se volvió a representar, nadie se volvió a interesar. Anna abandonó también el guion. Pero desde ese momento decidió trabajar seriamente. Buscar el camino..., encontrarlo..., lograrlo.

En 1896

Una casita muy pequeña, un salón todo azul claro, lleno de flores, simple y artístico; sola, con Giorgio, le parecía que, por fin, la vida podía sonreírle también a ella. Poco a poco las impresiones turbulentas del pasado iban perdiéndose, iban convirtiéndose en un triste recuerdo...; sus niños le escribían cartas dulces, ella iba a verlos, procuraba complacerlos en todo; su madre cuidaba del más pequeño; y ella comenzaba ese trabajo lento que un día le daría mayor satisfacción.

Con la muerte de su tío, Lorenzo Mirello, recibió una pequeña suma.

Se había levantado tanto escándalo que él, a pesar de las promesas que había hecho a su hermano moribundo, a pesar de que sabía que ella sola tenía que pensar en el sustento y en el futuro de sus hijos, cedió ante las insinuaciones de los otros Mirello y le dejó justo lo que no podía quitarle para no hacer el escándalo mayor. Había dejado muchos miles de liras a la beneficiencia, había hecho mucha caridad, pero la desafortunada sobrina, a la que habría sido tan humano asegurar la vida, que llevaba el apellido de los Mirello, no la creyó digna de estar a la altura de los otros Mirello. Recibió simplemente lo que los otros sobrinos que no llevaban el apellido y que no vivían en tanta miseria.

A los ricos Mirello les tocó la mayor parte; una grande parte desmenuzada para los pobres, pero a la hija de su hermano, solo una miseria, lo justo para que no reclamara. Quizás el viejo tío, que sufría de una parálisis progresiva, no tenía toda la culpa... Una mujer que desde el último escalón de la prostitución había subido a llevar el nombre de Mirello había contribuido a que no hiciera una obra generosa a esa indigna Mirello que se había manchado de una culpa...

¡Resulta todo tan natural!

Luego para poder tomar posesión de esa suma tuvo que pagar para obtener el consentimiento de su marido. Se había visto obligada a liberar la casa de su padre de la hipoteca que quedaba: además, el marido le pedía unos cientos de liras... Podría haber pedido ese consentimiento al tribunal, pero iba a perder el tiempo, mientras que ella necesitaba urgentemente ese dinero porque ya no sabía cómo pagar la cuota para sus hijos.

Les pagó a todos. Le quedó muy poco.

Un viejo amigo, en el pasado rico y ahora en la miseria, le había hablado de una especulación comercial. Ella pensó en intentarlo para ayudar a su amigo y conseguir ingresos más altos que bastasen para la educación de sus hijos.

Francesco Pianelli era un hombre emprendedor, un gran orador, demasiado efusivo para ser honesto.

Anna también sabía que era amigo de la familia Streno, pero nunca lo habría considerado un traidor.

– Confío en usted, – le dijo – es el dinero de mis hijos.

– Y yo debería ponerle una vela a la Virgen – respondió Francesco Pianelli –, voy a dar mi vida para que tenga beneficios.

Giorgio había prometido supervisar la administración, sin abandonar la enseñanza de música a la que se había dedicado y que rendía lo suficiente para mantenerse él y Anna.

Tantos dolores habían hecho que la mujer, ya débil, cada vez sufriera más. Un hecho, contra el que la fuerza humana no podía luchar, empeoró su estado, cuando habría necesitado más fuerza para soportar un dolor más fuerte que los otros.

La noche del 18 de mayo. Una límpida noche de primavera, relumbrante de estrellas. Anna había salido a ver a una señora que vivía cerca de ella para arreglar unas cuentas. Giorgio estaba en el campo, en la pequeña y cercana aldea donde habían mandado a su pobre niña enferma y con la que se prodigaban en cuidados inútilmente.

Había dejado a la asistenta en casa.

Sentada en una mesa, Anna hablaba con la dueña de la casa y contaba el dinero.

Se reían, contaban y volvían a contar la pequeña suma, siempre interrumpiéndose. De repente, un ruido extraño, inconcebible, que no habían oído nunca, se acercaba con el ímpetu de la tormenta. Rugía, gritaba, tronaba..., imposible de entender...,

luego un golpe inmenso, un levantamiento, algo monstruoso que caía quebrándose; un balanceo, unos temblores desesperados, un estallido, se rompían las paredes, las vigas, caían piedras.... y luego chillidos, y luego gritos... y luego las campanas que sonaban como si las sacudiera una mano invisible a merced del miedo a la muerte; parecía que imploraban piedad a gritos; y luego los cristales que caían a pedazos como llevados por una fuerza invencible..., enorme..., sobrenatural.

Anna se había levantado con el atontamiento que produce el miedo en la cara. No había entendido. La otra la detuvo con un gesto:

– ¡Un terremoto! Un terremoto, quédate quieta, quieta...

Fueron seis segundos de terror, seis segundos de agonía. El ruido, la sacudida, el crujido, el romperse de los cristales, de las paredes, de las puertas, no tenía fin; fueron seis segundos que duraron un siglo.

Tan pronto como el horrible estrépito se detuvo, en el silencio de las cosas que pareció tan profundo como el silencio de una tumba, poco a poco se elevó el grito de toda una ciudad asustada.

Anna y la otra señora corrieron a la calle ya abarrotada. Mujeres con niños en los brazos, enfermos que se arrastraban hacia el exterior para no morir solos bajo los escombros amenazantes, carruajes que se volvían locos.

En cuanto volvió en sí, Anna sintió miedo por Giorgio, por la niña, por sus hijos, por su madre. Quiso mandar un telegrama...: imposible... Quiso ir en busca de Giorgio, no había ningún vehículo disponible. Dio vueltas por la ciudad como una loca, llamó por teléfono a todas las estaciones de vehículos públicos..., nada, nada.

Había encontrado a su asistenta, por la calle, con una lámpara encendida en las manos, asustada, que la seguía invadida por el terror de quedarse sola.

Finalmente, un cochero, compadecido, accedió a llevarla a la aldea a unas millas de distancia donde se encontraban Giorgio y la pequeña.

Los suburbios, la carretera generalmente solitaria, a duras penas se podía recorrer. En la tenue luz de las escasas farolas se veían masas humanas que avanzaban hacia el carruaje que venía

de la ciudad. Y detuvieron el caballo, aferrándose a las puertas, pidiendo noticias, con la voluntad de saber:

– En Florencia..., en Florencia... la ruina... ¿Casas derrumbadas? ¿Muertos?

– No lo sabemos, dejad que nos vayamos, ¡por favor!

– No..., dadnos alguna noticia...

Y más adelante era lo mismo.

Unos rezaban ante un altar, otros gritaban, lloraban..., el pánico hacía que esa multitud gritara, ansiosa de saber hasta dónde había llegado la desgracia... Parecía que en las tinieblas del aire, vencidas solo por las tenues luces, pasaba un soplo de venganza..., era la fuerza espantosa contra la que nadie puede luchar, era el miedo natural de la criatura que se vuelve frágil, débil, cobarde, frente a un hecho contra el cual no vale ni la ciencia, ni la razón, ni el poder, ni el valor.

Más adelante, en los campos, ya se estaban transportando colchones, enteras familias acampaban por allí, con miedo a tener un techo sobre la cabeza, sintiéndose más seguros en esa tierra desnuda que temblaba y parecía que se quería escapar de sus criaturas.

El caballo se detenía, sobresaltado, con un doloroso relincho, se negaba a seguir adelante..., se trataba de un nuevo temblor, más ligero, pero igualmente levantaba gritos, chillidos, oraciones, gente corriendo como loca para alejarse de las paredes que se tambaleaban.

En el pueblo, Giorgio, con la pequeña en sus brazos, se desvivía por encontrar a alguien que lo llevara de vuelta a la ciudad, él también con miedo por Anna.

Al cabo de unas horas ya se conocían las desgracias más cercanas... Toda la población estaba en las calles, en las plazas... Durante muchos días la ciudad, invadida por un terror invencible, al sentir que el suelo continuaba a temblar, vivió al aire libre.

Durante mucho tiempo Anna tuvo la sensación de que se le caía el techo encima y le parecía que el suelo se le escapaba..., ya no podía posar los pies sobre el suelo..., se tambaleaba, realmente tenía la extraña sensación de que de repente iba a abrirse el vacío bajo sus pies.

El agotamiento, que ya era severo, se agravó todavía más.

Era como si hubieran sido demasiados los pocos meses de calma transcurridos en la dulzura del olvido, con la esperanza de que su marido se olvidara de ella emprendiendo nuevas aventuras, como si ya hubiera disfrutado demasiado. Mientras Giorgio y el médico aumentaban los cuidados para que se recuperara, vertiginosamente se preparaba la desesperación más aguda.

En resumen, Ettore Streno había estado siempre al tanto de cada uno de los movimientos de Anna y había emprendido una guerra sorda, terca, con una furia rabiosa a la que había ayudado Francesco Pianelli que le había hecho de espía. Así, impidió el intento de especulación; muchos parones, muchas dificultades se alzaron para que su buena marcha se volviera peligrosa.

Algunos de los discursos de Francesco Pianelli a Giorgio le dejaron claro de qué parte se movía la guerra y cuál era su propósito.

Se intentaba dividir a esos dos amantes que tanto habían sufrido, que habían pagado por estar juntos un alto precio.

Francesco Pianelli ayudaba con todas sus fuerzas a la ruina y esta avanzaba a gran velocidad.

Cartas amenazantes, insinuaciones infames, advertencias a los proveedores, letras de cambio compradas para impedir que se renovaran, todo se puso en marcha para obstaculizar la especulación... y, por otro lado, negocios mal hechos, descuidados, mercancías perdidas...

A toda costa se quería la ruina de Anna, se intentaba que acabara en la miseria. La perseguían cartas insultantes... en la que le decían que nunca le darían paz y que la reducirían a *morir en el hospital*.

Luego llegó la ofensa más grande, la punzada más dolorosa.

Era una dulce noche de verano; en el minúsculo comedor Anna estaba descansando de las ofensas y temores, alegrándose un poco por la buena conversación del muy viejo Gaetano Coccetti.

Era un comensal habitual de los domingos. Anna quería mucho a ese viejo empresario teatral y estaba tan contenta de tenerlo cerca, porque él, con su humor jovial, le hacía reír, aunque fuera una pequeña sonrisa, muy fugaz. Le contaba anécdotas e historias de su tiempo, la trataba confidencialmente, la tuteaba, como si fuera una pariente cercana.

– ¿Qué me has hecho para comer, mi niña? – le decía al entrar.

– Un almuerzo de rechupete, esta noche, querido viejecito mío.

– Ya puedo olerlo...

– ¡Vaya olfato!

– Ya; Bicchielli, el tenor más loco que se haya conocido decía que el creador solo tendría que poner a los hombres un ojo en la frente y otro en la punta de un dedo para que pudieran antes de girar una esquina ver si por casualidad no se encontraban con un acreedor...

– A vos os bastaba con que os lo pusieran en la punta de la nariz.

– Eso es..., ya se lo decía yo.

Esa noche, con más ganas de reírse de lo habitual, le había contado un montón de historias picantes.

Y Anna:

– Habéis sido tan amable esta noche que quiero compensaros con algo que os gusta mucho.

– Buena chica..., a ver. Venga, mi niña, no me hagas la boca agua..., date prisa, – le había dicho a la asistenta, mientras ponía sobre la mesa una tarta de frutas que le gustaba tanto. Y con el placer de la glotonería se le había enderezado la espalda, curvada durante años.

Llamaron al timbre largo y tendido.

– ¡Anfitriona! – había dicho Coccetti con cara de mal humor – ¿quién viene ahora a molestar...?

– Será Pianelli.

– Qué hombre tan siniestro... No te fíes, mi niña, charla demasiado y te hace demasiadas zalamerías... O te ha engañado ya o bien está a punto de hacerlo...

– Un telegrama, – dijo la asistenta.

– Déjalo pasar, – dijo Giorgio. – y ¿quién lo manda?

Anna había sentido un pinchazo en el corazón sin saber por qué.

Un telegrama no era algo nuevo... A menudo los mandaba su madre o sus corresponsales comerciales.

Mientras que Giorgio firmaba el recibo, Anna le dio vueltas entre los dedos sin atreverse a abrirlo.

– Dámelo a mí, – dijo Giorgio.

– No, es mío.

– Entonces, léelo, mi niña – dijo Coccetti.

Pero Anna ya lo había leído; se había levantado de repente y se había desplomado en la silla sin moverse, pálida, lívida, con la boca que se movía sin emitir sonido alguno.

– ¿Qué ha pasado? Anna..., déjame leer... – exclamó Giorgio asustado.

Anna tenía el papel amarillo en la mano entumecida.

– Venga, venga, ánimo... ¿Qué ha pasado? Venga, mi niña..., habla, habla... – le decía el querido viejo amigo, asustado por esa inmovilidad... y tratando de sacudirla.

Le quitaron el telegrama y leyeron:

«Niños recogidos del internado están ahora en la casa de los Streno.

Muy desesperada.

VIRGINIA MIRELLO.»

También ellos se quedaron sin palabras.

Mientras tanto el doloroso asombro se disipaba; Anna comenzó a emitir sonidos estridentes. Un sollozo sin lágrimas la asfixiaba. Palabras entrecortadas que expresaban su estremecimiento y que también expresaban la horrible visión del futuro que se cernía sobre sus hijos.

– No..., hay que ir a recogerlos... ¡Me voy a volver loca...! mis hijos..., mis niños..., los niños..., son míos, solo míos... ¡Ayudadme...! ¡Ayudadme..., piedad...! ¡Cocchetti...! ¡Cocchetti...! ¡Giorgio...! la ruina..., la desesperación... ¿Qué pasará con ellos?... los niños, los niños, los niños..., los quiero... no tenían que entregárselos... Es un sacerdote..., es un sacerdote... el director... ¡yo tenía que haberlo pensado!... Él habrá ido..., quién sabe que habrá dicho..., mis niños..., mis niños...

– Cálmate, Anna, cálmate, así no resuelves nada, haremos todo lo posible para recuperar a tus hijos, mañana, ahora mismo...

– No..., no mañana; esta misma noche...

– Te equivocas, mi niña; si te agitas tanto, no conseguirás nada. Hace falta indiferencia.

– ¡Oh! ¡Cocchetti! ¡Son mis hijos! Sabéis bien en qué manos están.

– Lo sé..., lo sé..., son tus criaturas, pero para recuperarlas hay que ser listos...

Pero la pobre solo podía lamentarse, rezar, retorciéndose en una convulsión de dolor, en un estremecimiento sin lágrimas.

– ¡Mis niños! – repetía como en un lamento – ¡que me los devuelvan! ¡que me los devuelvan!

Cocchetti se secaba las lágrimas con el dorso de la mano, Giorgio intentaba en vano calmarla.

– ¡Mis niños! ¡que me los devuelvan! – y miraba a uno o a otro, como si ellos pudieran satisfacerla, sabiendo, intuyendo que fuera donde fuera no la escucharían.

– ¡Mis niños! ¡Mis niños! – repetía en un lamento desgarrador, sacudiendo la cabeza como si estuviera loca, arrancándose el pelo, desgarrándose la carne con las uñas.

– ¡Mis niños! ¡Mis niños...! – repetía ante los consejos del buen viejo, ante las dulces palabras de Giorgio.

– ¿Quién me los va a devolver...? ¿Quién...? – y se entendía que en su mente se le abarrotaban las ideas... y que las rechazaba una tras otra al considerarlas inútiles.

Luego tuvo como un destello, como un rayo de esperanza:

– ¡Pianelli...! ¡Pianelli...! que salga, que vaya... ahora mismo, ahora mismo..., que se lo diga a él..., que los devuelva, que son míos... ¿No los había llevado al internado? ¿No estaba pagando yo la matrícula? El director no tenía que entregárselos. Que los devuelva, de lo contrario le demandaré..., rápido, rápido, un carruaje..., a casa de Pianelli, ya...

Cocchetti sacudía la cabeza.

– No, mi niña, te equivocas; no envíes a nadie y mucho menos a ese Pianelli tuyo que huele a traidor a una milla de distancia... ¡cálmate, te tienes que calmar...! verás... que será cuestión de tiempo... y de... dinero, – y enfatizó la palabra con el índice sobre el pulgar.

Anna no entendía a razones. Siempre impulsiva, incapaz de contenerse, en la desesperación habría hecho mil locuras.

– Cocchetti..., no podéis imaginar cómo me siento... ¡Yo quiero a mis hijos... ¡son mis niños...!

– Claro que sí, y tendrás a tus niños...

– Vamos a complacerla Cocchetti; sí, mi amor, vamos a casa de Pianelli..., le dirás que vaya, pero cálmate, es que así te va a dar algo.

Y Anna se vestía, sin saber bien qué se estaba poniendo... si el sombrero... si los guantes...; tocaba un objeto, lo dejaba; y siempre murmuraba con un lamento incesante y doloroso: – ¡Mis niños! ¡Mis niños!

Francesco Pianelli no se sorprendió demasiado de lo que había ocurrido... Por supuesto que lo sabía. Se fue al amanecer.

Anna, en su infinito dolor, tenía la esperanza de que pudiera convencer a Ettore Streno para que mandara a los niños de vuelta con su abuela.

Las horas le parecieron eternas, había pasado la noche en un continuo lamento, el día fue igual de doloroso.

Pianelli mandó un telegrama evasivo, dijo algo confuso; luego, por la noche, cuando llegó, le quitó toda esperanza a Anna. Habló del derecho paterno... Anna se dio cuenta de la traición. La desesperación se agudizó al ver con más claridad el futuro.

– ¡Ah! creedme, – decía a las únicas personas que tenía cerca y que habían visto su dolor: Giorgio y el bueno de Coccetti, – creedme, los va a llevar a la perdición... ¡Qué tormento! ¡Qué tormento! Siento que voy a perder la razón... Siento que voy a perder la cabeza.

También Virginia Mirello mandaba telegramas con desesperación en busca de noticias, de esperanzas...; el dolor se renovaba cada minuto.

La ya aguda enfermedad de los nervios le dio a Anna unos meses de sufrimiento. Extrañas alucinaciones la hacían gritar de miedo, caía en el delirio, se despertaba, después de unos minutos de sueño, en las garras de un temblor invencible, perdía toda conciencia del momento y de las cosas. Unas terribles migrañas le producían largos días de espasmos y fiebre alta... Ya no tenía más fuerza para pensar y se mostraba desanimada durante horas y horas, tumbada en una mecedora, como si sintiera alivio en ese balanceo.

Y, como si el quejumbroso lamento de la terrible noche en que llegó la noticia se le hubiera esculpido en la mente, repetía con una voz siempre afligida:

– ¡Mis niños! ¡Mis niños!

Mil proyectos corrían por su cerebro; maldecía y rezaba, se desesperaba y tenía remordimientos.

¡Era culpa suya...!

Todo el mal que sufrirían sus hijos venía de su debilidad.

Tenía que haber aguantado todos los tormentos, todas las torturas...

– ¡Mis hijos! – repetía meciéndose con calma, durante horas y horas: y con los ojos fijos en el azul, fantaseaba.

Y las maquinaciones más descabelladas adquirían la apariencia de cosas realizables y los castillos en el aire más fantásticos le mantenían ocupada la mente durante días enteros.

Tal vez era esto lo que le hacía bien. Su cerebro tenía la necesidad de pensar continuamente; la facilidad de concretar las ideas vagas y fugaces que, aunque la cansaban, hacían que disminuyera su desesperación.

Después de muchos días de inercia invencible, impulsada por la imperiosa necesidad de la mente de explicitar el pensamiento en palabras, volvió a escribir.

Escribió sus cosas mejores, más sinceras, en las que se transparentaba el dolor de su alma, en una forma bastante elegante y correcta.

También encontraba alivio en la pintura; se perdía en ella durante unas horas... Volvió a vivir y a querer.

Y quiso, en primer lugar, intentar recuperar a sus hijos.

Consultó a los mejores abogados, hizo recursos, preguntas, luchó desesperadamente..., en vano. Chocaba con el decreto inquebrantable del tribunal por el que el padre era el responsable del futuro de sus hijos.

Solo le quedaba el más pequeño; Ettore Streno lo rechazaba diciendo que era hijo de Icilio Salvetti. Decía eso, sabiendo demasiado bien que era mentira... y, de cualquiera de las maneras, no había sido el amor paterno el que le había empujado a cuidar de los dos niños mayores.

Anna sabía muy bien que el futuro le daría la razón, sabía muy bien que arruinaría la vida de los pequeños, como había hecho también con la suya, que haría de ellos unos inadaptados. Y ella lo dijo, lo repitió llorando, gritándolo fuerte a todos y todos se rieron en la cara.

Tenía que ser así.

Una madre culpable, que vive con un hombre al que no la han unido ni un sacerdote ni la ley, no puede ser una madre digna para organizar la vida de sus hijos.

Le habían prohibido incluso verlos, a pesar de que el tribunal había accedido a que ella velara por su educación.

Ironía, burla, mofa, eso.

¿Cómo podía velar por su educación si los tenía lejos, si no podía comunicarse nunca con ellos o con las personas que estaban cerca de ellos? ¿Quién le diría cuáles eran sus inclinaciones, sus deficiencias? ¿Cómo estudiar las primeras, cómo corregir las segundas? ¿Cómo mitigar con el cariño previsor esos defectos inevitables, especialmente en unas criaturas nacidas de un padre que no está perfectamente sano, de una madre que es demasiado joven?

Si el padre hubiera sido un hombre honesto, si solo les hubiera dividido diferencias de carácter, inclinaría la cabeza y aceptaría con menos dolor la voluntad de la ley tal y como es, pero todo lo que tenía que pasar ella lo intuía, lo preveía... y quería evitarlo.

Y, como si su dolor no fuera suficiente, como si no fuera suficiente el martirio que le habían impuesto, todos los días, continuamente, sin tregua, recibía cartas infames e insultantes, que a una mujer perdida le daría vergüenza leer, unas cartas que ponían a la desafortunada mujer en un estado de intolerable agitación.

Y mientras tanto, solo con la lucha jesuítica que la familia Streno había llevado a cabo con maligna constancia, todo el resto de la fortuna de su padre se había consumido, había desaparecido, tragada por la usura... en un abismo de venganza.

Había que vender la casa de los Mirello.

La casa donde había muerto su padre, donde se habían criado todos los Mirello, había que vender ese jardín, todavía lleno de rosas que su padre había cultivado, su pobre padre... El hermoso jardín de casa Mirello; el gran naranjo que parecía un fantástico paraguas salpicado de oro...

Ettore Streno quería la mayor parte de la ganancia de lo que quedara de esa venta..., fingía que quería recuperar parte de esos bienes para sus hijos y se negaba a dar su consentimiento si no se le pagaban unos cuantos miles de liras.

¡No! La casa Mirello, completamente consumida por él, no.

Era suyo ese patrimonio, suyo en particular, lo había heredado de su padre, no como dote, y no quería, bajo ninguna condición, que él, que se reía de ella, consumiera en jolgorios esas últimas

piedras de los Mirello, esas piedras que a ella le parecía que conservaban todavía las gotas de sus lágrimas amargas.

Entre esas paredes todavía debía resonar el eco de las últimas palabras de Cesare Mirello...

«Ocúpate de Anna.» ¿A quién? ¡Pobre padre! Nadie tenía el poder de aliviar a Anna de la miseria moral, de la miseria material. Deshonrada, pobre... Nadie podía ayudarla... porque tenía un marido.

En vano recurrió al tribunal, luchó, se debatió en vano...; la usura devoraba pedazo a pedazo, esa maldita cal viva..., había que vender, había que someterse a la voluntad *de su marido*.

Anna en un momento de desesperación había dicho:

– Que se pierda hasta la última piedra, antes que un céntimo más de los Mirello sirva para pagar los vicios de Ettore Streno.

Pero luego, arrastrada por la rueda de ese terrible engranaje, había tenido que rendirse, rendirse siempre, porque una mujer casada no tiene defensa, no tiene ninguna posibilidad de salvación.

¿Qué importa si el marido es un necio? ¿Si no sabe administrar los bienes de su esposa? Él siempre es el dueño. ¿Qué importa si juega? ¿Qué importa si gasta mal el dinero de su mujer?

Él es el dueño.

La mujer nunca tiene que tener un criterio, una voluntad, eternamente bajo una tutela que se le ha impuesto, sin que nadie haya juzgado si ese tutor es honesto y adecuado para desempeñar su tarea; más a menudo es la víctima de esta ley negligente que pone freno al mal... cuando ya es irreparable y un freno tan débil que no se necesitan olas impetuosas para volcarlo, basta la marea más tranquila.

Abogados, prestamistas, procuradores, compradores..., todos reunidos estipulaban las últimas negociaciones.

Ettore Streno, al no poder asistir al contrato, escondido detrás de un quiosco, observaba el momento en el que su fiscal saldría de esa casa donde se estaba firmando la miseria de Anna, para poder contar ese dinero robado con el más cobarde de los chantajes...

A Anna no le quedaba nada..., nada.

Ettore Streno, un mes más tarde, ya había acabado con el último residuo de la casa Mirello, ofreciéndola en homenaje a una

mujer sucia, una criatura vulgar, que había encontrado entre la escoria más podrida de la perdición y a la que también había confiado a sus hijos.

Por esa razón vendió su consentimiento.

Giovanni Streno, el viejo suegro de Anna, hasta entonces defensor de su hijo, lloró por su conducta... y a su nuera le deseó una liberación más humana.

El 10 de noviembre.

En el tribunal.

Se discutía un caso de adulterio. Ettore Streno había demandado otra vez a su mujer, por convivir con Giorgio Minardi, y a su suegra Virginia Mirello por lenocinio.

A Anna le habían dicho que unos cientos de liras habrían sido suficientes para evitar el escándalo.

Anna se había reído en la cara de la persona intermediaria:

– Ya basta – había contestado. –Ha llegado el momento de contar a alguien la verdad de los hechos. ¿Me amenazan con la cárcel? Que así sea. ¿Sacrifico a Giorgio? Que así sea. ¿A mi madre? – Se había quedado callada por un momento... – A mi madre la perdonarán, tal vez... y, si no, que así sea. Quiero contar la verdad de una vez por todas; quiero conocer esta justicia de los hombres...; quiero echarle a la cara, a este marido descarado, que no se sonroja al arrastrar a la madre y el nombre de sus hijos al tribunal, todo lo que pienso; quiero contarles a esos hombres con toga, un caso, tal vez no raro, al que se ha llegado por los efectos de las leyes. Es inútil, estoy cansada de tantos chantajes..., yo también necesito levantar todo el barro del pasado y envolverme dentro de él para volver a despertar de forma viva el recuerdo, para que no el odio, sino el desprecio, nunca se duerma en mí.

Y esa mañana del 10 de noviembre de 1896, la causa vergonzosa se discutía en el Juzgado de Florencia.

En el estrecho y sucio pasillo, acusados y testigos de diversas causas esperaban su turno. Una luz desvaída y lívida caía casi como una limosna para iluminar a las personas agitadas por el resentimiento, el odio, el aburrimiento, el miedo.

Acusados y acusadores, amigos y enemigos, testigos de los adversarios, todos apiñados en esa franja de pasillo, se chocaban,

se tocaban, leían en los ojos el odio feroz, sus miradas echaban llamas como si quisieran reducir al otro a cenizas.

Un ujier todo el tiempo iba y venía, decía un nombre, volvía a entrar. Otro, en un cubículo cerrado de cristal, moviendo la cabeza, mantenía las manos escondidas bajo el mostrador, para calentarlas con una rejuela grande. Y venían nuevas personas, curioseaban, se iban. Un abogado, un joven estudiante, un demandante... y todos se chocaban, se tocaban y se miraban lívidos.

En el banco cojo, apretadas unas con las otras, muchas personas refunfuñaban.

Y miedos, resentimientos, se podían sentir a partir de las frases que dejaban caer, incompletas, de los fragmentos de discusiones que se escuchaban a trozos, de forma confusa:

- Tienes que decirlo..., cuidado, ay de ti si se te olvida.
 - Maldito..., espera y verás...
 - Le comería el corazón a ese usurero...
 - ¡Qué juicio tan largo!
 - ¡No termina ni por la noche!
 - Y ¿dónde estabas tú?
 - ¿Dónde estaba yo? Dónde estaba... Yo estaba allí... Pero ¿quién me había visto?
 - ¿El abogado?
 - El abogado me ha dicho que si no tengo a tres testigos habrá que entrar dentro... ¡el muy cabrón!
 - ¡Maldita sea!
 - ¡Ahí está...! ¡Mira qué mueca de desprecio!
 - ¡Te pagaría yo, aquí...! ¡con una paliza...!
- Luego pasaba un abogado y alguien lo agarraba, lo abrumaba de preguntas: eran esperanzas y temores.
- Señor abogado, dígame la verdad...
 - Pero ¿qué puedo decirle? – y en la confusión se sofocaban las respuestas...

Y más muecas de ironías reprimidas, de rencores mal contenidos que esperaban... justicia. Virginia Mirello estaba sentada en el cubículo del ujier. Anna en el rincón más oscuro, sentía que se desvanecía todo su valor.

La nulidad de sus esfuerzos para que se le reconociera la razón en ese momento se le hacía tan precisa que le entraban ganas de

volver a casa y dejar que la condenaran sin defenderse. ¿Con qué fin?

¡Un poco más tarde esa misma mañana había tenido la prueba de lo que la gente pensaba de ella!

Se suponía que iba a ir a la estación de tranvías para encontrarse con su madre que había ido a vivir a un suburbio de Florencia. Aún era temprano. Al no poder descansar, al no poder encontrar paz en ningún lugar, había salido mucho tiempo antes de la hora establecida. Se sentía cansada, con aturdimientos fugaces. Por miedo a caerse, había entrado en Santa Maria del Fiore.

Un cura estaba celebrando la misa en una pequeña capilla y unos pocos fieles estaban arrodillados alrededor de ese altar. Hacía frío en la enorme iglesia, un soplo de hielo pasaba por los pasillos y parecía que producía en la gente y en las cosas un escalofrío de terror.

La majestuosidad helada del templo había despertado una emoción extraña en el alma de Anna. Se avecinaba una gran batalla y, en la incertidumbre del momento, se dejaba vencer poco a poco por esa sensación de languidez que, en las naturalezas predispuestas a las tristes fantasías, siempre se despierta ante la visión de los sentimientos que el alma intenta en vano sentir. Esos fieles que rezaban tenían consuelo en la oración, la dulce esperanza de la fe. En la desesperación volvían la mente a Dios y esperaban... y esperaban.

Tal vez eran todas criaturas dulces, tal vez sentían dolor; y tal vez estaban rezando por el bien de los demás; quizás también por ella.

Ella intentaría en vano obligar a su mente a la oración..., su mente tenía unas distracciones demasiado profanas, siempre, y pensamientos amargos, irónicos, incluso malvados, que truncaban de golpe el consuelo de la esperanza.

Con la cabeza inclinada, los fieles humildemente invocaban... Y Anna, a la que le castañeteaban los dientes por el frío, no encontraba el valor para moverse. Un ligero y repetido crujido de pasos anunció el final de la misa. Algunos se agachaban y se persignaban rápido por la prisa de alejarse de ese inmenso hielo de mármoles, mientras que otros se demoraban, inclinándose más veces, mascullando jaculatorias siempre nuevas. Un hombre se

acercaba, mirando de un lado a otro, registrando con la mirada los bancos, como si buscara a alguien o tuviera curiosidad por saber quién había escuchado esa misa.

Anna creía que lo conocía y no podía recordar su nombre. Estaba cerca de ella. Se había quedado más tiempo, luego había dado la vuelta por el banco, mostrando también que la reconocía. Finalmente había oído su nombre:

– ¡Señora Streno!

¿Quién era, entonces, el que la llamaba por el nombre que había dejado atrás desde hacía algunos años?

De repente recordó.

Era un antiguo profesor de orquesta que la había conocido cuando su marido era director en los teatros de Florencia.

– ¡Señor Marchetti!

Él le había hecho varias preguntas..., preguntas azoradas... con reticencias muy extrañas.

– Y... oiga, oiga..., no sabe exactamente dónde podría escribir al maestro Streno..., mira qué casualidad.... Sabía que estaba en Florencia... Yo le había visto... Y sabía que estaba buscando un comprador para una casa...

– Ya, pero ya no lo necesito, gracias...

– Ya se sabe... el mundo es así... ¡siempre triste!

Pero ella no podía entenderlo.

– Hace falta valor... Después de todo, a usted no le ha dejado huella alguna de sufrimiento, siempre es joven... como antes...

Anna lo miraba.

– Qué casualidad... Conozco bien a Giorgio Minardi, sabe... ¡Qué cosa más extraña...! Hay que tener pocos escrúpulos en la vida... Usted, si quisiera, podría hacer una fortuna...

Anna no podía entender con esas frases a medias.

– A estas alturas ya es tarde...; usted quiere a Giorgio..., pero quizás no sea tan tarde... ¿Por qué?, ¿qué quiere? En algunos casos, el amor no cuenta nada...

– Pero no entiendo qué quiere decirme, Señor Marchetti.

– Nada..., una casualidad... ¡Pobrecita...! ¡eh! Lo sé..., lo sé... su caso... Y, verá, si hubiera querido..., una persona estaba dispuesta a darle una fortuna... grande...

Ahora lo había entendido.

Observaba a ese hombre de la mirada evasiva, que hablaba con frases incompletas..., siempre de tal manera que pudiera salvarse y miraba a su alrededor, pensando quién más, a parte ellos dos, manchaba la santidad de la iglesia...

– No sé qué intenta decir. Tengo prisa.

– Nada..., nada... Estaba hablando así..., son esas casualidades..., una persona de confianza..., una verdadera y sólida ayuda... ¿Qué tiene que ver el amor con esto?

Anna había pronunciado dos palabras secas, frustrantes y lo había dejado. Luego, volviéndose hacia atrás, llevada por la curiosidad de saber qué estaba haciendo, vio que se estaba persignando con mucha devoción, arrodillado en medio del templo.

Y ahora, abandonada en ese banco sucio y cojo, pensaba que, antes que ella, se habrían sentado allí muchas infelices engañadas por tentadores que llegan en el momento oportuno; ¡quién sabe cuántos de esos culpables se habrán vuelto así por la fuerza de una miserable fatalidad que habría despertado una predisposición que estaba latente! ¡Quién sabe cuántas penas habían pasado por ese antro oscuro, donde la luz llegaba triste como una limosna! ¡Quién sabe cuántas más pasarían y, una y otra vez, en el curso eterno de los años, cuántas injusticias profundas conducirán a esos bancos a esos miserables para los que nunca hubo un rayo de esperanza!

Quizás Marchetti tenía razón: ¿para qué sirve el amor? ¿para qué sirve la honestidad? Ella se sentía profundamente honesta, a pesar de su culpa de amor: ella sabía que la suya había sido una regeneración..., pero solo ella lo sabía y si lo contara la considerarían una loca. Pensando en eso, se sentía invadida por una desesperación tan aguda que realmente tenía miedo de volverse loca. Le parecía tan imposible que los sentimientos, la felicidad, la salud, todo ese bien íntimo que se puede tener, tuviera que estar encadenado para siempre a una persona indigna, que le quita la paz, le aniquila el amor, le arruina la salud. Le parecía extraño que todos esos infelices no se unieran en una gran rebelión contra una crueldad digna de las leyes bárbaras de un tiempo del que nuestra civilización reniega, que no se buscara ningún remedio; le parecía infame obligar a una criatura humana a hacerse culpable por la fuerza... por no tener una forma con la

que salvarse antes de que la imposición de la naturaleza la hubiera llevado a transgredir esos deseos de los hombres, transcritos y convertidos en inviolables por la voluntad de unos pocos.

¡Qué laberinto de perdición!

¿Y si este marido indigno, por casualidad, la hubiera matado? Seguramente lo habrían absuelto, porque habrían reconocido su derecho, le habrían concedido circunstancias atenuantes.

¡Qué ironía!

En ese momento, Ettore Streno pasaba por allí, rodeado de unos amigos y de sus testigos.

Entre ellos, Anna reconoció a Francesco Pianelli, el hombre a quien ella había hecho tanto bien, que había salvado del hambre, al que había confiado su pequeño patrimonio, dándole los medios para cuidar a una hija gravemente enferma.

¡En su contra!

Eso es lo que se suponía que debía ser, porque siempre es así. Esa es la verdad de la vida.

También reconoció a otra persona a la que ella y su padre habían ayudado mucho.

Ettore Streno pasaba por delante de ella con un desdeñoso aire de victoria... y tal vez en su cara abatida leyó un dolor inmenso puesto que sonrió con una ironía maligna.

Creyó en el arrepentimiento, o en el miedo, porque pasó delante de ella más veces, como si su presencia la fuera a aniquilar.

Pero no era su presencia la que abatía a Anna; ella lo miraba como si se tratara de una persona cualquiera, desconocida..., eran las graves reflexiones y pensar en la nulidad de sus esfuerzos.

Su joven abogado la animó un poco. Al comienzo de una brillante carrera, Gino Sarri había aceptado defenderla con el entusiasmo de su audacia juvenil; había comprendido, como nadie lo había hecho antes, el abismo de vergüenza que le habían reservado a esa mujer en los escaños del tribunal y él le había prometido a sacarla de allí con la gran satisfacción de que la juzgaran honestamente.

La había visto sincera y, sobre todo, al seguir los preparativos del proceso, al leer las cartas, al rebuscar en los papeles y en los recuerdos, había visto claramente el alma de Ettore Streno.

Se trataba de un proceso de pasión, no era un crimen calculado con frialdad, no era una causa áridamente complicada. Era un proceso de amor; había que reconstruir toda la psicología de dos almas profundamente diferentes, que un relato de hechos dolorosos fuera conmovedor.

Y este proceso de amor, de pasión, Gino Sarri lo había sentido profundamente. Anna no tenía solo un abogado, sino también un amigo en ese joven para el que ya se esperaba una carrera triunfal.

Tal vez se había dado cuenta de todo lo que pasaba por el alma de esa mujer, a la que muy injustamente se le había preparado esa terrible humillación...; vio la irónica y malvada mirada del marido, sintió que un desánimo enorme abatía ese valor que él intentaba sostener.

Y le habló sonriendo:

– No sé si se van a reír dentro de unas horas...

– Tal vez con más razón, abogado. Ya no tengo valor. Deje que me vaya.

– Pero ¿está bromeando?

– No, siento que todo es inútil. Ya me dijeron una vez más que lucharía en vano, ya que el hecho existe. No tengo más fuerzas.

– Hay que encontrar las fuerzas, señora; si se va, la condenarán.

– Me van a condenar de todas formas.

– Eso no es cierto. Defiéndase.

– Me defenderá usted.

– ¿Solo? ¿Sin que usted haya hablado antes?

– No puedo... No creo en la justicia, ya no creo en nada.

– Hágalo por Giorgio.

– Él se defenderá a sí mismo.

– Por sus hijos...

– No puedo, abogado.

– Pero tiene que quedarse. Tiene que pintar un cuadro artístico de su vida.

Anna había sonreído con la expresión.

– Y, además, algunos estremecimientos fortalecen el ingenio. Tiene que quedarse.

Tanta fuerza de voluntad la había sugestionado.

– Me quedaré. – Y se había dejado caer otra vez sobre el banco, afligida, desanimada, tal vez como los muchos culpables que lo

habían hecho antes que ella, vencida por la imposición de lo inevitable, como otros muchos harían después.

La sala de audiencias. ¡Qué frialdad! Una cátedra grande engalanada de negro, alta, donde tres asientos esperaban a los jueces, al funcionario. Un largo banco, igualmente engalanado de negro, donde se sentaban abogados, demandantes y demandados todos juntos...; a un lado, la infame jaula que habían ahorrado a Anna y a Giorgio. Y, en el fondo, el público, el gran público curioso, ávido de emoción. Cuando aparecieron esos jóvenes acusados, bien vestidos, esa señora de porte regio a pesar de todo, todavía hermosa, con los ojos rojos por las lágrimas, un murmullo de satisfacción corrió como un soplo entre aquella gente ociosa, caracterizada por la necesidad humana de satisfacer ese sentimiento cruel que siempre está vivo en cada hombre.

Se trata de un espectáculo más emocionante que una representación el que va a tener lugar bajo la protección de un retrato real, que desde allí arriba observa esa comedia de justicia que tiene lugar en su nombre, bajo los ojos de la multitud que, a veces, concibe lo ridículo de esta justicia sin poder reaccionar, sin poder luchar contra la mentira, porque la toga necesariamente debe dar a unas criaturas humanas la virtud de la infalibilidad.

Si Cesare Mirello estuviera vivo, si el honesto e integro hombre hubiera visto a su adorada niña en ese escaño de deshonor, quizás la habría matado..., a menos que la rebelión de su alma demasiado honesta no le hubiera arrastrado a ese escaño...

«¡Papá!», había murmurado Anna, al entrar en el aula, y bajando los ojos bajo la mirada insultante y curiosa de tantas personas... «¡Papá! ¡A esto me ha llevado tu debilidad!».

Un reproche nacido involuntariamente por la indecible vergüenza.

«¡Papá! ¿Por qué no me hiciste llorar entonces? ¿Por qué me has echado así entre los brazos del primero que ha llegado?»

El tribunal.

Y ahí vienen los jueces; los jueces impecables, que no se equivocan nunca, que, con una decisión, a veces resultado de un momento de pésimo humor, consagran una vida al delito.

Virginia Mirello no podía contener las lágrimas; Giorgio Minardi, sin hacer caso al público ni a los otros, la animaba.

Anna estaba completamente congelada. No lloraba, porque en los momentos de dolor severo nunca podía llorar, pero sentía que iba a caerse, fría, muerta, de un momento a otro.

– Ánimo, ánimo, por favor, señora – le susurraba el abogado – es un momento de lucha seria... ¿quiere perderse ahora? Levántese.

Todas las formalidades, todo el aparato de la ley se le escapaba, no entendía ni las palabras del juez de primera instancia ni lo que le decían los abogados. Se dio cuenta de que la sala la estaban despejando, oyó el murmullo de desaprobación del público, entendió perfectamente que Ettore Streno estaba hablando. Y sus palabras las escuchó todas; como clavos le penetraban en el cerebro y le hacían tanto daño que le hubiera gustado gritar. Ahora urgentemente tenía que hablar..., quería contarle, quería contarle...

– Abogado..., cuánto habla... ¿ha visto qué infame...?

– Mantenga la calma... y dígalo todo..., todo...

Y lo dijo todo. Empezó temblando, pronunciando las palabras con dificultad..., con la voz quebrantada, que se le apagaba. Y el juez la animó, la exhortó a calmarse con mucha educación. Y el joven abogado le susurró:

– Han entendido..., es una causa en parte ya ganada..., ánimo..., ánimo...

Y lo contó todo. Su voz se hizo más clara, las palabras más rápidas, sin frases preparadas, sin declamar, contó su vida de desconsuelos... Y no negó su culpabilidad, la confesó casi ingenuamente, pues le habría sido imposible negarla ya que, de repente, le pareció que solo la verdad podía darle la razón.

Y Ettore Streno trató de rebatir sus palabras, pero molestaron las frases declamatorias, estudiadas.

– Aquí no estamos en el teatro, no actuamos, discutimos y se dice la verdad – le dijo Gino Sarri; y en los labios del juez se dibujó una leve y fugaz sonrisa de desprecio.

Luego, uno a uno, desfilaron los testigos... los testigos de acusación que, ante el tribunal, ante esa mujer de la que nunca habían recibido nada más que bien, se confundían y hablan un lenguaje diferente del que, quizás, habían preparado.

Francesco Pianelli tuvo que reconocer su gran bondad, la insistente persecución de la que había sido víctima y que la había arruinado: otro de esos falsos acusadores había intentado insinuar

que ella nunca había cuidado de sus hijos mientras estaban en el internado, que solo el padre se había ocupado de ellos; y Anna había saltado herida, ofendida en lo máspreciado, sin que el juez o el abogado Sarri hubieran podido contener ese arrebatado de dolorosa verdad.

Y el mentiroso se había confundido, había reconocido que le habían impuesto que lo dijera; luego, el propio director del internado había dicho que solo la madre se ocupaba del mantenimiento, del vestuario, de las pequeñas necesidades, hasta de los juguetes de los pequeños.

Testigos de la defensa: el médico que había tratado su última enfermedad..., la comadrona que había comprobado la infección inmunda por la que su podía haberse quedado ciego; el abogado juez Martinelli que enseñó al tribunal los recibos del dinero que Anna había pagado para conseguir las distintas autorizaciones y que informó de la primera demanda que se había desmontado con dinero, la vieja Caterina que le contó las dolorosas angustias que Anna había sufrido a causa de Giuseppina Calbretti y el abogado Sarri casi no podía pararla, porque quería decir a toda costa que ese sátiro había intentado poseerla...

– ¡Con esta cara y con mis años! – le había dicho a Sarri que le había prohibido completamente hablar de ello.

Y otros, y todavía más; demasiadas vergüenzas salieron a la luz, demasiado lodo se derramó en esa aula, nauseabundo.

Luego Virginia Mirello, temblorosa, con la cara cubierta de lágrimas que no podían dejar de caer, entregó una carta al tribunal.

– Una carta de Cesare Mirello: – dijo el abogado Sarri – en el interés de la acusada le pido que lean estas palabras de su padre, que hoy está muerto y que, tal vez, al escribirle, presintió la necesidad de su santa defensa...

– ¡Una carta de Cesare! – había murmurado Ettore Streno pálido.

Esto es lo que decía la carta

«Mi querida Virginia,

Estoy muy mal, llevo la muerte dentro de mí, lo sé, y antes de que mi mente pierda la posibilidad de pensar y mi mano la fuerza para trazar las palabras, quiero dirigirte una súplica; tal vez inútil,

porque eres una madre buena y cariñosa: pero esta súplica es para mí como un calmante para el dolor que me tortura desde hace ya muchos años.

Nuestra Anna, nuestra pobre niña, ha tenido tanta mala suerte y su pobre vida demasiado pronto ha conocido aflicción. La hemos confiado ciegamente a un hombre que no le ha dado nunca su amor, no le ha regalado alegría alguna. Sabes bien que ha sufrido siempre tanto.

No la abandones nunca, procura estar siempre cerca de ella, siempre a su lado; y, cuando no pueda ya más soportar su largo martirio, ayúdala para que deje a ese marido indigno y que se vaya contigo. Tiene una educación, es inteligente. Se ayudará a sí misma con el trabajo y vivirá; vivirá para ti y para sus hijos que también te confío; también ellos, como Anna, necesitan tu cariño.

Esta súplica y la certeza de no haberla hecho en vano me dan paz.

Qué Dios os bendiga a todos.

CESARE MIRELLO.»

La voz del juez se había suavizado un poco.

Un momento de perfecto silencio se produjo en la sala del tribunal, interrumpido abruptamente por el llanto de Virginia Mirello.

En ese silencio pasaba una ola de emoción, una corriente de simpatía que flotaba en ese aire corrupto, envolviendo a Anna, como si esas palabras la hubieran purificado, salvado de tanto deshonor.

Luego la dulce y vibrante voz del abogado Sarri sonó en el vasto ambiente, resonando como un tintinear de campanas plateadas. Las palabras salían de su boca, fluyendo como una ola que, demasiado tiempo contenida, irrumpe de repente. Palabras llenas de pasión, palabras llenas de santa verdad que atacaron en pleno a ese hombre que, al querer arrastrar a su mujer a la vergüenza, había arrastrado también su nombre. *Anna Mirello* salía inmune, quizás, pero Ettore Streno habría tenido una condena: el desprecio por sus continuas bajas acciones.

«...Esta mujer ha sufrido demasiado por vuestras vergonzosas acciones, esta mujer, dotada de un intelecto delicado y fuerte, ha

sufrido durante la mayor parte del tiempo al saber, en conciencia, que era merecedora de mayor consideración.

El dulce sol de primavera también le ha sonreído y el encanto, el placer de la vida ha resucitado en ella como lo hacen las flores bajo las ligeras heladas.

Su joven alma estaba demasiado llena de afecto, aplastada durante mucho tiempo por un martirio de engaños y aflicciones. Un rayo de luz, un delirio de luz y la bruma helada se disolvió y las inquietudes, las desesperaciones, las luchas brutales, la beatería del mundo, todo se olvidó en el resplandor radiante del sol y le pareció que había resucitado a una nueva vida, le pareció que se regeneraba, se purificaba.

La arrancasteis todavía niña y sin conciencia de la vida de los brazos maternos por vergonzoso capricho; le disteis el ejemplo de vuestros vicios; nunca habéis querido conquistar su amor, siempre y únicamente habéis tenido en cuenta vuestros propios intereses.

No, no creáis que en esta sala vayan a hablar solo las leyes: no, no creáis que en el pecho de los jueces no vibre la cuerda del sentir humano.

Si por el egoísmo inexorable de macho, la ley os da la razón, el corazón también tiene sus derechos y nadie puede hacer caso omiso de esas necesidades del alma que son la ley universal y que se alzarán siempre triunfantes, derribando los prejuicios inhumanos.

Ella se ha defendido, se ha defendido legítimamente, del inminente peligro de vuestro contacto y ha aceptado una ayuda para tener la fuerza para luchar en vuestra contra...»

Y seguía hablando más y más el joven abogado embelesándose con sus propias palabras que llenaban el frío ambiente de una dulzura suave que abría el corazón a los amores más puros:

«... En vano habéis querido insinuar en las almas de los jueces la sospecha de que no siente amor hacia sus hijos. Todos vosotros habéis oído cómo los ha cuidado, cómo le ha dolido tenerlos lejos; habéis constatado que ella sola, cuando la obligaron a llevarles lejos de los brazos amorosos de su abuela, se ha encargado de sus vidas, de su educación, de sus deseos como niños.

Incluso los que han sido llamados por la acusación han tenido que reconocer esta verdad...»

Y el joven abogado hablaba, seguía hablando, con un cálido acento de convicción, mientras a su alrededor se escuchaba un murmullo de admiración, mientras, sin darse cuenta, comunicaba ese mismo temblor de emoción que lo agitaba.

Ana lo escuchaba sin oírle, solo algunas palabras le llegaban como si vinieran desde lejos, temblorosa, febril, cansada, anhelaba que terminara de una vez, no importaba el resultado, para descansar..., descansar...

Luego una voz le llegó al oído, nueva, más lenta, más débil, menos convencida y luego hubo un breve silencio.

Finalmente, entendió que el fiscal, maravillado ante una acusación tan infundada y maligna, instaba a Virginia Mirello a que abandonara ese lugar sin poder entender por qué se había juzgado a una abuela cariñosa que había sacrificado su vida por esos niños y a quien se los habían arrebatado sin razón alguna.

Luego, tras una breve ausencia de los jueces, llegó la sentencia.

El juez declarando privada de razón la acusación porque el hecho era conocido por su marido desde hacía mucho tiempo, dirigió duras palabras de verdadero reproche al acusador *que, con el ejemplo de sus vicios y de su depravación, había incitado a su mujer a dejarse fascinar por la culpa...* y esas palabras fueron de gran consuelo para ella..., pero estaba cansada y, por un momento, los grandes ojos marcados por la aflicción se cerraron, pensó que se iba a desmayar.

En el público, que había regresado para la sentencia, se escuchó un suspiro de satisfacción cuando la joven pasó acompañada por Giorgio Minardi y por el abogado Gino Sarri.

Durante mucho tiempo el acento cálido de su defensor permaneció en su alma como un bien muy preciado.

Era la primera persona que la defendía, así, con tanta convicción; era la primera persona que había gritado con fuerza sus razones y la invadió una gratitud grande y viva, una gratitud que nunca perecería ni por la distancia ni por los acontecimientos.

De 1897 a 1900

Una mañana de marzo de 1897, Anna y Virginia Mirello bajaban a la estación de Livorno, las dos muy nerviosas, muy conmovidas.

Una orden judicial le había dado a Anna el derecho de ver a sus hijos dos veces al mes, acompañada por personas de confianza de su padre, acompañadas y atendidas a su vez por una persona también de su confianza.

Todo esto le había parecido muy extraño a Anna y muy humillante, más aún porque, tras la victoria obtenida en el tribunal, había tenido verdaderas esperanzas de poder recuperar a sus hijos e incluso de podérselos confiar a su madre.

Esa victoria no cambiaba las leyes, no borraba lo que había sido escrito en el decreto de separación.

La humillación fue más cruda, fue más cruel cuando le dijeron que vería a sus hijos en la casa de un alto funcionario de la seguridad pública, acompañados por la misma persona que en el tribunal se había atrevido a decir que ella nunca había querido a sus hijos.

Se rebeló, luchó contra sí misma, contra lo que sentía; pero esto fue más fuerte, ganó.

Era una mañana de marzo muy dulce y perfumada. En el aire parecía haber una dulce languidez de melancolía. Anna había comprado algunas flores y unos dulces, como cuando iba a verlos al internado. Vestida de oscuro, ya que siempre vestía de ese modo, llevaba impreso en el rostro la ansiedad que le provocaba ese momento.

De hecho, se trataba de un momento terrible.

Tenía que vencer el natural orgullo de su alma, tenía que hacerse humilde, tenía que sofocar la rebelión; tenía que recordar, sin olvidarse ni por un minuto de que ella no era nada más que la madre culpable a la que se le permite abrazar a sus criaturas por acto de caridad, esos hijos por los que había sufrido tanto, y

abrazarlos con mucho miedo, para que no se infectaran con su contacto; tenía que hablar con palabras moderadas ya que los observaban y había quien vigilaba para que esa madre indigna no les dijera cosas inconvenientes.

– ¡Ay, mamá, no puedo, no puedo! – había exclamado Anna al subir los primeros escalones de esa casa: –siento que se me va a desgarrar el corazón; ¡mamá!

¿Qué importaba todo eso? ¿Que le explotara el corazón! Ella era una madre indigna... porque no había podido soportar en paz el martirio del vicio, era una mujer indigna porque no había sabido engañar al mundo, al marido y a los hijos.

Virginia Mirello aún tenía lágrimas, Anna ya no. Y cuando los dos niños se arrojaron en sus brazos, ella se sintió sofocar por un llanto que se le murió en la garganta y que la dejó aturdida por un momento.

Luego se cayó en una silla, mientras los niños acariciaban a su abuela, esa abuela a la que siempre habían llamado *mamá* y por la que sentían verdadera adoración.

No encontraban las palabras, uno en las rodillas de Anna, el otro en las de Virginia Mirello, los dos tenían una expresión interrogativa y de dolor en los ojos serenos.

Luego Cesarino, el mayor, con voz de reprimenda:

– Fue un error, mamá, enviarnos al internado.

¡Cuánta razón tenía el pequeño!

Quizás Ettore Streno no habría tenido el valor de reclamar a sus hijos de las manos de Virginia Mirello. Lo sentía, el niño listo, esa verdad tan grande, tal vez estaba empezando a entender que el ambiente era bien distinto.

Poco a poco, tras superar el primer momento doloroso, llegaron en masa las peticiones, las preguntas:

– Mami, mami, ¿me has traído dulces? Ya sabes, cuando vuelvas tienes que traerme chocolate.

– Sí, mi amor y ¿qué más quieres?

– Mami, tienes que traerme un gorro bonito.

– Y un reloj, mami, para mí un reloj – decía Gino, el segundo.

– Para mí también, mami; para mí también. Y pinturas..., ya sabes, muchas pinturas y una paleta.

– Sí, claro que sí, todo, todo lo que queráis.

– Y los pinceles..., no te olvides de los pinceles...

– Y, ¿qué quieres que te traiga yo, Gino? – le había preguntado Virginia Mirello.

– Lo que quieras – había contestado el niño morenito y tranquilo.

Luego, como si una insistente necesidad hubiera invadido a los dos niños ya afligidos, les volvieron a la mente los recuerdos de los días buenos y felices que habían pasado con la abuela, las preguntas se hicieron aún más intensas, tanto a su mamá – Virginia Mirello – como a su mami, que era como llamaban a Anna cuando no la llamaban Annina.

Cesarino, avisado, inquieto, graciosamente autoritario, inteligente, prometedor, pasaba de un recuerdo a otro vertiginosamente; Gino, más sereno, más tranquilo, arrojaba sus pensamientos en forma de sentencias.

– Mamá, mamá, ¿cuándo vas a ir a la montaña? ¿Te acuerdas de Celide? Mamá, ¿te acuerdas de cuando íbamos a coger castañas al bosque? ¡Qué divertido! ¿El gato negro sigue vivo, mamá? Mamá, mamá, dime, ¿siguen trayéndote el pastel dulce?

– Mamá, ¿siguen haciendo polenta en Lucca?

– Mami, ¿es verdad que escribes en los periódicos? He leído todos los periódicos del abuelo, pero no he conseguido ver tu nombre. ¿Por qué? – Y sin dar tiempo a contestar. – Annina, ¿me escribes un libro?

Luego jadeantes, animados por el deseo de revivir esa vida de serena felicidad, por el recuerdo de esos meses pasados en la montaña, libres, bajo el cielo azul y grande, entre los espesos bosques, animados por la imperiosa necesidad de que les mimasen, los dos rompieron a llorar:

– ¡Oh, mamá, mamá, éramos tan felices contigo!

Y Anna, viéndolos tan infelices también, se acusaba a sí misma una vez más; luego pensaba en la crueldad de ese padre que solo por malicioso rencor había sacado a sus hijos de un ambiente de paz; pensaba en la injusticia de ese tribunal que, sin saber nada, sin juzgar de forma ecuaníme, se los había decretado a él.

Y el futuro iba a ser peor.

– Y, decidme, hijos, ¿seguís estudiando bien?

– No vamos a la escuela, mami.

– Y ¿por qué?

– No sé..., papá así lo quiere – dijo Cesarino.

- Papá dijo que el próximo año repetiremos el quinto curso.
- Y ¿por qué?
- No lo sé, mami...
- ¿Y ahora qué hacéis?
- Teatro de títeres.

Lo que temía se hacía realidad. Y, de repente, volvió a su mente la fea escena que había ocurrido en Livorno, cuando corrió el peligro de convertirse en culpable de asesinato... ¡Él los educaría mejor!

- Y ¿qué hacéis todo el día?
- Vamos con papá, al café..., luego nos lleva a pasear... él – e indicaban a la persona vulgar y de dudosa honestidad a quien los habían confiado...
- Y ¿luego qué?
- Y luego hacemos teatro de títeres y por la noche vamos al café, hasta tarde... o con papá o con él. Vamos a jugar con los chicos...
- Di, mami, y Nino, ¿va a la escuela? – Era el hermano pequeño.
- Sí, mi amor.
- ¿Sigue teniendo los rizos rubios como los tenía yo? – preguntó Cesarino con las lágrimas en la voz.
- Sí, mi amor.
- Dale un beso de mi parte.
- ¿Cuándo vas a volver, mami? – preguntó Gino.
- En quince días.
- ¡Es mucho tiempo!

Y llevados por los deseos, sabiendo que *sus madres* – así decían – solo ellas podían mimarles, la energía de sus pocos años volvió a estallar de forma vivaz, en las peticiones, en las recomendaciones.

- Acuérdate de todo, mami.
- El reloj...
- Los pinceles, pero muchos... y la paleta...
- Mamá – dijo Gino con una zalamería tímida – mamá – pero... cuando vuelvas, tráeme un trozo de pastel dulce... como ese..., ya sabes.... ¡me gusta mucho!

– ¿Pero no tenéis nada, nada, de lo que tanto os gustaba? – exclamó Virginia Mirello. – Mi amor, todo lo que quieras..., mi amor, mi amor...

En la habitación las personas de la casa, una chica vestida con refinamiento, un joven elegante, una mujer entrada en años, pasaban constantemente y volvían a pasar. Estaba claro que todos ellos tenían curiosidad. Por supuesto, Anna, era una mujer a la que había que observar como a un bicho raro.

Una rabia sorda, oscura y tremenda le daba unos impulsos de ira a los que sentía que no podía resistirse. Comprendía la curiosidad malsana, la vigilancia descorazonadora, comprendía qué él les habría contado historias infames a esas personas que, al final, vivían de espiar a los demás...; una ira insistente ponía en su sangre la necesidad de insultar a gritos, de reaccionar... y se volvía tan insistente que no podía frenarlo.

Ese hombre falso y deshonesto, su acusador, ese guardián que había pagado con la traición el bien que Cesare Mirello le había hecho en su día, había entrado en la habitación. Una rabia imperiosa estalló sobre él.

– ¿Qué estáis haciendo aquí? Quedaos detrás de la puerta, como habéis hecho hasta ahora, espiando... en esta casa de espías... Estoy con mis hijos..., quiero estar sola..., sabéis que soy digna..., fuera de aquí...

– ¡Oh, mami! ¡Mami! ¡Cállate! Luego papá nos reprende...

– Y ¿os pega?...

– Sí...

– ¡Maldito sea!

No podía soportarlo más, quiso irse inmediatamente..., los pequeños las retenían a las dos, temerosos de no tener todo lo que necesitaban, de no volverlas a ver nunca más...

– Mamá..., vuelve..., pero envíanos todo...

– Mami, el reloj...

– ... las pinturas...

– ... la paleta...

– ... el pastel...

– ... y ven pronto..., pronto... para estar con nosotros... dos horas enteras...

– ... adiós, mami...

– ... adiós, hasta dentro de dos domingos...

Y al subirse al carruaje, la voz clara de Cesarino:

– ¡Mami! ¡Mamá!... ¿puedes traerme también marionetas...?

.....

El viaje fue silencioso. Anna y Virginia Mirello no tenían palabras.

En un ambiente de paz y amor respetuoso se había desarrollado y formado la inteligencia de Anna. Su madre, tras mucho rezar, conmovida por la dulzura de Giorgio y obligada por necesidad, había aceptado vivir con su hija, a la que le resultaba demasiado gravoso pagarle una pensión mensual, y el cuidado de su madre daban a Anna descanso y la oportunidad de dedicarse a sus estudios durante mucho tiempo y con paz.

Giorgio, siempre bueno, siempre enamorado, siempre devoto, dejaba que se formara a su alrededor un simpático *entourage* artístico que tanto contribuye al buen desarrollo de un intelecto. Incapaz de sospechar de ella, le dejaba una libertad incondicional, incapaz de pensar en el mal, porque incapaz de cometerlo, ni siquiera se atrevería a mostrarse celoso... por mucho que la adorara.

Por supuesto, él había tenido muchas pruebas de la sinceridad de esa mujer y a los dos les había costado tanto ese amor como para que pudiera terminar en un nuevo engaño; le habría parecido que la estaba ofendiendo.

Adoraba a Nino, más que si fuera suyo; seguía llorando a su hija muerta sin poder haber disfrutado nunca de un atisbo de inteligencia desarrollada, se preocupaba mucho de esos hijos lejanos de Anna, habría dado su vida para que pudiera tenerlos de vuelta con ella.

Una enorme serenidad reinaba en el modesto apartamento, donde una competición de amabilidades mantenía a esas cuatro criaturas en la paz tan buena del amor respetuoso.

Vivían muy aislados; pocos y elegidos amigos de Anna, que evitaba cualquier relación con las mujeres, a veces venían a alegrar las largas noches de invierno y eran un descanso muy dulce tras un trabajo constante.

Anna trabajaba y estudiaba mucho; había estudiado con constancia a los clásicos agotadores y con Dante, con Virgilio, su mente se revestía con ideales más amplios.

Esos buenos amigos que con tanto gusto pasaban unas horas en su pequeño salón, adornado solo con obras de arte seleccionadas, eran todos artistas en el sentido puro de la palabra, eran criaturas enamoradas del arte, o que, como ella, buscaban en los libros el bien intelectual.

Conversaciones agradables, discusiones amistosas, críticas desprovistas de malignidad, hacían que las noches fluyeran agradablemente en ese ambiente simpático donde solo una mujer sonreía.

Anna tenía el secreto de poder vivir en esa buena *camaradería* que pregonan las ceremonias, que permite cualquier discusión sin perder nunca el debido respeto a la mujer; se podía discutir con ella, era todavía joven y, aunque sufría mucho, era agradable, tal y como se discute entre camaradas buenos y serios, con los que no hay nada vergonzoso porque nunca nada despierta malas intenciones.

Todos sus amigos conocían los dolorosos acontecimientos de su vida, ella no mentía y nadie la respetaba menos por ello. Lo que se decía fuera de su pequeño círculo de amigos a ella le interesaba poco, no se preocupaba de lo que decía el hipócrita mundo burgués... y si no hubiera tenido el grave tormento de tener a sus hijos lejos, se habría considerado muy feliz.

– Volverán... verás, mi niña... – seguía diciéndole el bueno y viejo Coccetti – volveremos a hablar de ello... Quiero verlos contigo y pronto.

Pero él ya no supo nada más al respecto porque la muerte lo acogió y Anna sintió un gran dolor porque era un amigo excepcional y muy querido.

Cuando un nuevo conocido se introducía en su estudio, ella nunca se sentía violenta al presentarle a Giorgio.

– El maestro Minardi – y no decía nada más; nadie preguntaba nada más.

Su casa, donde se vivía del trabajo, era la casa de artistas, con sus días malos, de miseria, con sus días alegres, llenos de sol.

Trabajaban los dos, tranquilamente, sabiendo que se bastaban a sí mismos, en una perfecta unión de sentimientos, haciendo

iguales sacrificios y, si alguna tormenta aparecía en el horizonte de sus vidas, siempre había un rayo brillante que disipaba la nube grande.

Se adoraban.

Mucha gente que había conocido a Anna Streno había venido a estrechar la mano de Anna Mirello, pero ella había hecho una selección minuciosa..., estaba demasiado cansada de la gente, prefería la soledad y la conversación agradable y buena de muy pocos amigos.

Además, trabajaba.

Con poca confianza al principio; había sentido la necesidad de que la ayudaran y había elegido un maestro.

La elección no había sido fácil, porque no necesitaba reglas áridas, sino consejos, a alguien que supiera buscar en su intelecto esa semilla latente de creación, desarrollarlo y ayudar en sus inclinaciones.

Lo había encontrado.

El profesor Ersilio Brizzi, en seguida había comprendido lo que se podía sacar de ese intelecto que había estado dormido durante demasiado tiempo y con paciencia había despertado en ella el amor por los clásicos y más que nada el amor por la verdad.

Si, bajo la influencia de una lectura, ella se veía tentada hacia una composición enfática, él le expresaba su descontento y, al hacerle notar la parte retórica, le advertía la gran diferencia que existía entre esa y la verdad de la vida.

Poco a poco este amor por lo real la invadió, sus obras eran a veces punzantes, a menudo un poco brutales, pero siempre verdaderas. Y, con el amor por la verdad, la visión de las desgracias humanas la apasionó; si antes había sido extremadamente compasiva, ahora tenía una sensibilidad exagerada hacia ciertas miserias evidentes que le permitían adivinar otras terribles.

Los recuerdos del dolor alimentaban en ella el deseo de ayudar a los que sufren.

Y soñaba con poder sacarles de la miseria, con ofrecer ayuda caritativa a tantas desdichas. Habiendo experimentado una grave injusticia, comprendió cuántos dolores más graves resultan de injusticias más graves aún; el alma y el ingenio que se expanden en un increíble azul de nuevas bellezas, en la audacia juvenil de

las ideas, se dejaron fascinar por el estupendo ideal de hermandad social.

Y Anna escribió palabras atrevidas, habló al público de los talleres, a los trabajadores, con un acento convencido y cálido, habló con un lenguaje ingenuamente apasionado sobre posibles regeneraciones, sobre un bien que se puede lograr con la santa y honesta igualdad, con puro amor a todas las criaturas de la tierra.

Y era una aprobación de simpatía que siempre la acogía, era una emoción la que movía sus palabras, ya que comunicaban ese mismo entusiasmo que resplandecía en sus pupilas.

Su nombre se formaba a la vez que su inteligencia.

– Llegarás – le había dicho el buen maestro, con el alma fuerte de un luchador; – llegarás porque eres un artista en el alma, porque te fascina la verdad y la belleza.

Y ella caminaba creyendo en esa promesa.

– Llegarás porque eres sincera; – y ella sentía toda la importancia de esa condición.

Si alguna vez se sentía desanimada, si la duda se apoderaba de ella, acudía a él, a su maestro, como una niña vergonzosa, inhibida al enseñarle su trabajo... y el buen profesor leía pacientemente su trabajo, ese trabajo de colegiala de la que estaba cada vez más complacido, – eso había dicho – mientras Anna observaba incierta, casi palpitante, la frente, la mirada del maestro, para enterarse a través de una arruga, de un abrir y cerrar de los párpados, la impresión que tenía de ese trabajo.

A veces ocurría que el profesor levantaba los ojos para mirarla, sin palabras... Y Anna bajaba los suyos, humillada: había entendido.

– Rásguelo, rásguelo todo, maestro.

– No has llegado a la verdad, Anna: no has llegado a la verdad...

Y ella condenaba ese trabajo.

Si la impresión era buena, sentía una grande alegría, le parecía que ya se había convertido en alguien.

– ¿Qué le parece, maestro? – le preguntaba entonces, segura, porque nunca se engañaba a sí misma, ya que le bastaba que frunciera el ceño, un mínimo movimiento de la frente, para conocer el pensamiento de su maestro.

– Muy bien, Annetta..., Anniuccia... mi colegiala mayorcita..., está bien, está bien... – y repetía: – Llegarás...

Y esa aprobación le daba muchos días de buen trabajo, porque ella necesitaba que la estimularan.

El elogio no producía soberbia en ella, sino que le daba el deseo de hacer, de mejorar.

Nunca quiso que nadie la protegiera, sola, trabajaba con la paciencia de la fe..., no le faltaban enemigos, no le faltaban las pequeñas envidias de las almas pequeñas... y ella respondía a todo con su trabajo.

Ninguna de sus obras salió a la luz acompañada de bombos y platillos, pero todas habían sido bien recibidas. El suyo habría sido un lento y largo camino, estaba segura.

– Llegarás – le había dicho ese maestro por el que albergaba una gratitud inmensa y seguía adelante, adelante, sin alejarse nunca de la visión libre de la verdad, presentando impresiones sentidas, tratando de preservar solo la manifestación serena de esa verdad que siempre ofrece lo nuevo, que siempre ofrece un encanto poderoso.

Su mente serena no sabía cautivarse con artificios; una observación precisa y segura le daba siempre la percepción de la verdad, y se las ingeniaba para representarla sin ocultarla bajo la máscara de inútiles zalamerías.

Las absurdas concepciones de los estetas, de los simbolistas, siempre le daban un doloroso cansancio, producían en ella el mismo efecto que se siente frente a una de esas pinturas llamadas *de género*. Tan arregladas, adornadas, embellecidas, empalagosas, se sostienen solo gracias al rico adorno, a una luz efímera; la deslumbrante luz del sol las hace muy ridículas porque son falsas.

La verdad, en cualquier caso, la verdad siempre es bella; suave u horrorosa que sea; la verdad humana, siempre cargada de ejemplos, de enseñanzas.

El arte que envuelve el vicio con un velo maligno, con perfumes embriagadores, producía en ella el mismo disgusto que la mentira y ella rechazaba la mentira.

En mayo de 1898, llevada por la tormenta de reacción que trastornó Italia, tras pasar unas horas entre las uñas afiladas de los policías imperantes, abandonó Florencia.

Roma la atrajo.

Allí pasó días inolvidables.

Se sentía cautivada por la grandeza de esta ciudad única.

Se sentía pequeña, humilde, nada; sentía que su mente todavía no estaba lista para la comprensión completa de tantas bellezas asombrosas.

Roma le procuraba nuevas impresiones, despertaba en ella dulces sentimientos.

No podía encontrar palabras frente a las soberbias ruinas terriblemente grandes, incluso hoy tan vivas en la historia de la humanidad.

Había recorrido desenfrenadamente la maravillosa ciudad. La cautivó ese extraño encanto que es la atracción hacia las cosas tristes, el encanto de ese olvido que rodea y endulza los mayores dolores.

A veces, mientras estaba ante algunas de esas grandes maravillas de las que aún emana una vitalidad poderosa, ella sentía que volvía a invadirla el recuerdo de los sufrimientos pasados, el dolor por sus hijos que estaban lejos, por esos hijos que tanto quería y de los que no sabía nada desde hacía mucho tiempo, a los que no había vuelto a ver a pesar de la orden del tribunal, porque nunca podía saber dónde estaban, arrastrados por su padre de una casa a otra, y a los cuales rara vez se les hacía llegar sus cartas. Se detenía como si estuviera atontada y grandes lágrimas se le caían inadvertidamente.

Todo lo que veía permanecía en su mente como un recuerdo confundido de visiones mágicas; las muy lejanas glorias romanas y las divinas mujeres de Raffaello; los palacios de César y la última grandeza del Renacimiento en las obras de Michelangelo; las iglesias, las ruinas, el agradable barroco de Bernini; era como volver a ver unas cosas que se le habían aparecido en un sueño, cosas distantes, cosas hermosas, cosas espantosas, una imposición desconocida la obligaba a mirar unos objetos a pleno sol, mientras que el ruido uniforme de una inmensa cantidad de agua, de la inmensa cantidad de agua de Roma, cubría todos los demás ruidos de la vida, otorgándole el deseo de descansar, por mucho que la tuvieran cautivada el brillo de esos objetos que los rayos hacían que ardieran, llevada por la necesidad de admirarlos, admirarlos siempre.

– ¿No querréis marcharos de Roma sin disfrutar de una puesta de sol desde el Gianicolo? – le había dicho un amable conocido, alma exquisita, sacerdote instruido, a quien le debía momentos de deleite.

Y allí subieron una tarde tranquila.

Pasaron por San Pedro. Él sabía mucho de ella y le hablaba con palabras de paz.

Ella sentía en su corazón una especie de abandono melancólico, una languidez de olvido, el pasado y el presente que desaparecían en una enorme paz.

Paz: – los grandiosos pórticos de la plaza de San Pedro se abrían como dos brazos colosales que llamaban hacia sí a los cansados infelices y que invitaban a la dulzura de una paz celestial.

Paz: – ella veía escrito en la fachada de la inmensa catedral que se alzaba desde la sombra, mientras el sol iluminaba el otro lado de la plaza, haciendo resplandecer como diamantes los rayos de agua que se vertían en las enormes pilas de las fuentes.

Pero no quiso entrar en la iglesia, ya que en ese momento sentía demasiado el encanto del cielo azul y también porque San Pedro es una iglesia profana, no despierta ningún sentido de paz mística... y en ese momento ella sentía con demasiada fuerza el hechizo de la paz que el murmullo del agua parecía cantar con versos muy armoniosos.

Cuando llegaron al Gianicolo, el sol se puso en el horizonte con una iridiscencia fantástica y allí Roma se extendía como encima de una cama de flores, preparándose para descansar, más hermosa, más fascinante a la sombra de esa luz moribunda. Todo era paz; el Tíber corría tranquilo, indiferente, allí abajo, y en sus orillas, en sus puentes, miles y miles de personas se agitaban en un continuo hervidero, sin que les llegara ningún ruido. *La paz.* Nada se eleva más arriba que lo que pasa allí abajo en el mundo.

Todo se pierde en la inmensidad. ¿Qué es el dolor infinito de una criatura? En el inmenso hervidero de tantos y tantas indiferentes, cada uno piensa en sí mismo, no se preocupa por los que se chocan con él, y lágrimas, dolor y vergüenza no son sino el resultado de nuestra voluntad.

¿Por qué pensaba en eso? ¿Quién podría, entre esas personas ansiosas, detenerse un momento para observar exclusivamente un sufrimiento humano?

Y se sentía invadida por una amplia necesidad de olvido y perdón, por un sentimiento casi de admiración por esas personas que caminaban, caminaban, cansadas, afligidas preparando inconscientemente una futura civilización...

*¡Salud, oh pueblo humano cansado!
Todo pasa y nada puede morir.
Nosotros odiamos y sufrimos demasiado. Amad.
El mundo es hermoso y santo el porvenir.*

.....
Y le parecía leer el sublime canto de amor entre los dorados rayos del atardecer.

¡Salud a vosotros que sufrís, salud a vosotros que trabajáis, salud a vosotros que, con vuestro sudor, fecundáis futuras grandezas, salud a vosotros que amáis!

Veía todas esas grandezas, las veía como en una visión evocada en el duermevela, todas esas ruinas de la grandeza del pasado, de civilización extinguida: el Palatino, las oscuras, aterradoras y sombrías bóvedas sobre las que brotan árboles y flores; los magníficos restos de esos palacios, entre cuyas paredes hubo horrores y atrocidades y donde, tal vez, ahora deambulan, tranquilas, las sombras de emperadores y esclavos; las columnas del Foro, abatidas, rotas, tiradas allí como viejos cansados, oprimidos, pero aún apegados a la vida; el gran Circo, con sus historias de horribles carnicerías... Y de tanta ruina, de tantas cenizas sin esparcir en el aire, de esa Roma que todavía lleva en sí misma el alma del pasado, se alzaba en ella un aura de paz, tan dulce, tan buena, tan reconfortante.

Dolores, soberbias, iras, todo estaba dormido allí; al agitarse, el ala del tiempo había enfriado el fuego de tantas pasiones impuras, y todo lo que quedaba ahora eran recuerdos conmovedores, no quedaba ahora nada más que el olvido y la paz.

¡Paz!

Oh, ¡cómo invocaba la paz del olvido!

Ese poder de renovación que había en ella, frente a la soberbia inmortalidad de Roma, le daba enardecidos impulsos hacia una

idealidad grande. Ante ella se abría un horizonte de alegrías ya entrevistadas. El arte con sus inmensos beneficios le daría paz, el olvido del pasado.

Solo una cosa pedía: saber que sus hijos eran felices, risueños y estaban bien educados para un porvenir de trabajo honesto... y, si esto fuera así, lo perdonaría todo. Un completo perdón y olvido; ella quería olvidar incluso el nombre de ese hombre que había sido el genio malvado de su vida.

Y el agua del Tíber que fluía, fluía incansablemente, le dio la imagen de las cosas terrenales que inevitablemente terminan en un abismo misterioso.

Y, entonces, si todo desaparece, si todo es efímero, si hasta la memoria, devorando los días y los años minuto a minuto, nos los presenta despojados de toda inmundicia, reunidos en un solo punto como un símbolo, la terrible desgracia del pecado, una aberración de un momento tan infinitamente breve de esta eternidad, ¿no tendrá que encontrar aquí abajo alguna compasión, algún consuelo?

Criatura humana, ser incompleto y débil, ¿tienes derecho a juzgar y maldecir a un alma parecida a la tuya? ¿Estás segura de que no eres digna de una maldición tú también?

Un extraño pensamiento despertó en ella un amargo remordimiento. Pero, si entonces nadie puede ser juez, ¿por qué no tuviste la manera de evitar el odio y la represalia entre dos criaturas iguales?

Una vida juntos con disparidad de inclinaciones solo puede producir efectos terribles. Un contraste vivo de dos caracteres opuestos, un contraste de dos gustos dispares tiene, por naturaleza, que preparar esa lenta disolución de todos los sentimientos buenos, para hacer triunfar solo las malas inclinaciones latentes en toda creación humana.

¿Por qué, por qué no encauzar tantas desgracias, por qué no resguardar esta riada de causas deletéreas?

¿Qué exceso de barbarie se encuentra en esta imposición que une a dos conciencias, dos mentes, de una forma tan estrecha, y a veces tan ansiosos que para deshacerse de este vínculo llegan incluso a cometer un crimen?

Oh, ¡paz! paz por fin; que se apague el odio alimentado por el rencor de ver huir a una criatura, también odiada, pero que una

ley dura os entrega. El egoísmo humano es feroz..., lo que es nuestro tiene que ser nuestro, aunque nos moleste, aunque nos resulte insoportable; es nuestro, y la posesión siempre es cosa de celos. Queremos romper algo nuestro, hacerlo pedazos, pero no queremos que sea de los demás...

¡Por fin, la paz!

¡Soltad a las almas humanas de la cadena de la indisolubilidad! Dadles la libertad del cariño, dadles la libertad del amor y el amor se elevará más dulce, más humano, más honesto.

¡Paz! Dadles a las criaturas la posibilidad de poder alejar un cáliz demasiado amargo... Dadles a todos la manera de vivir una vida feliz y, con más sinceridad, el amor traerá frutos más dulces.

Roma, iluminada por mil llamas, resplandecía con una alegría de perfecta felicidad...

El amigo amable, alma cristiana, tal vez un sacerdote único, y que en el silencio de esa mujer había comprendido muchas cosas buenas y tristes, al dejarla, le dijo con un dulce acento:

– La paz sea con usted, señora.

– Paz..., que así sea, – murmuró Anna... y estrechó esa mano, con un apretón de gratitud por las dulces emociones sentidas, por los buenos deseos.

Una noche de mayo de 1899 Anna trabajaba tranquilamente en su escritorio, en su pequeño estudio cuyas paredes estaban cubiertas de pinturas artísticas y donde una ancha librería contenía una buena colección de obras seleccionadas.

Un estudio simple, sin lujos; el escritorio, la librería, pequeños muebles de antiguo estilo florentino del Renacimiento, sillas Savonarola, unos jarrones de flores.

Una pequeña lámpara con una pantalla verde iluminaba la habitación tenuamente.

Encima del escritorio estaban apiladas las carpetas, llenas de una grafía alta, fuerte, no bonita, pero sí segura.

Cansada, había inclinado la cabeza hacia el respaldo del sillón; entornaba los ojos un poco por la languidez de la fatiga. Desde la cristalera, que se abría a un ancho balcón con vistas a la plaza Cavour, llegaban los ruidos de la calle y, cuando se callaban, el murmullo de la fuente subía hasta ella.

Dos rosas moradas morían suavemente en un encantador florero de cerámica de nácar, prueba de éxito de un artista.

Nino, que siempre tenía libre acceso al estudio de su madre, se mecía en el sillón, leyendo... Un dulce aire de primavera entraba perfumado por los tilos de la plaza en plena floración y desde los cercanos paseos llegaban muy dulcemente los primeros cantos de los nocturnos cantores.

Anna, cansada del trabajo, dejaba su mente a la voluntad del pensamiento que nunca se callaba de repente.

Pero en el silencio perfecto de la casa, un fuerte timbrazo hizo que incluso Nino se sobresaltara y se levantara asustado:

– ¿Quién será?

No había nadie en la puerta.

Desde la habitación de al lado Virginia Mirello gritó:

– ¡Anna, Anna! Asómate..., mira...

– ¿Quién? ¿Qué?

– Rápido, rápido – y con ella, que también había entrado en el estudio, se asomaron al balcón.

– Allí, en medio de la plaza... ¿no los ves...?

– Sí... sí... dos chicos corriendo...

– ¿Quiénes serán...?

– ¿Quiénes serán...?

Las dos se miraron con el mismo pensamiento...

¡Hacía tanto tiempo que no sabían nada de los niños!

Dos días después Anna recibía una carta de su suegro: le decía que buscara bien en Florencia, en las afueras, pero que no se cansara, que tendría buenos frutos y que haría una obra misericordiosa. No le faltaría su ayuda.

Con ansiedad materna, Anna buscó; en vano durante muchos días, luego una indicación más precisa la había puesto en el buen camino, cuando un día Nino regresó de la escuela jadeante.

– Mamá, mamá, mira..., un compañero me ha dado esta nota..., es de Cesarino..., es de los niños...

Anna y Virginia Mirello no hicieron ninguna pregunta, tanta era la ansiedad que tenían de leer.

«Querida mamá,

Estamos en Florencia, queremos verte, pero no le digas nada a nadie, nos reñirían.

Puedes darle una nota al niño que se la dio a Nino.

Muchos besos.

CESARE y GINO.»

Lo habían escrito con lápiz, rápido, muy mal.

Después, las preguntas fluyeron.

– Pero ¿cómo lo han hecho?

– Pero ¿cómo lo han conocido?

– No sé..., me ha dicho que tienen un balcón cerca..., que Cesarino siempre está en el balcón haciendo figuritas con arcilla... Que hablaban de la escuela y que Cesarino le ha preguntado si por casualidad en su clase había un tal Nino Streno...

– Pero te ha dicho si salían, ¿con quién? ¿con quién están?

– No me ha dicho nada más.

Por la noche, un segundo timbrazo les hizo correr hasta el final de las escaleras a Anna y a su madre, seguidas por el pequeño.

Los dos niños no habían huido.

¡Oh! ¡Qué impresión tan dolorosa! Mal vestidos, mal abrigados, en la mano un envoltorio de pescado frito comprado en la freiduría, parecían dos pobres obreros recién salidos del trabajo.

Abrazaban a su madre y a su abuela con la ansiedad del miedo.

– Mis niños, mis niños, pero ¿por qué estáis aquí? ¿Con quién estáis? ¿Qué estáis haciendo? ¡Subid un momento! Hijos míos...

– ¡Mis pequeños!

– Tenemos miedo... y ¿si nos ven?

– Pero ¿quién? ¿quién?

– ¿No estáis con vuestra madre?

En casa echaron una mirada dolorosa sobre ese nido modesto, pero cómodo... ¡una mirada que expresaba tanta nostalgia!

– ¿Habéis sido vosotros los que habéis llamado al timbre hace unas noches?

– Sí.

– ¿Por qué os habéis escapado?

– Teníamos miedo de que nos riñeran.

– ¡Contadnos, contadnos! Pero ¿con quién estáis aquí?

- Con... con...
- Con nuestros tutores.
- ¿Qué tutores? Pero ¿qué decís? ¿Con quién estáis?
- Estamos con esa mujer... ¿sabes?
- Esa mujer...
- Explicadme....
- Con esa mujer de Livorno...
- No importa, lo sabré. Y ¿qué hacéis?
- Nada.
- ¿Cómo que nada? ¿Y la escuela?
- Ya no estudiamos...
- ¿Y vuestro padre?
- Está en Sicilia.
- ¿Y os ha dejado solos? Pero ¿dónde habéis estado?
- En Milán.

Y a las preguntas seguían respuestas que se clavaban en el corazón de las dos mujeres como puñaladas.

En Milán, su padre vivía con una criatura asquerosa... Esas escenas vergonzosas y sucias no se les habían ahorrado a los dos chicos... a quienes les hacían hacer los servicios de la casa. Miseria viciosa, ejemplo de vagabundeo, ninguna buena incitación al trabajo: vida de orgía, en la intimidad del ambiente saturado con la desvergüenza más baja, más vulgar, más pútrida.

De esas bocas inocentes salían ingenuamente cosas infames... Anna temblaba por ellos.

- Y ¿os confía a esta mujer? Y ¿os abandona a esta mujer?
- Ella quería irse con él...
- Y ¿vosotros no estáis bien?
- No...
- ¿Qué tenéis aquí?
- La cena.
- Y ¿habéis comido a mediodía?
- Sí...
- Qué... decidme... ¿qué habéis comido?
- Bueno... pan... y hierbas...
- ¡Canalla...! ¡Sinvergüenza...!
- Esperad, esperad, vais a comer.

- No, no, mamá, esta noche no, ya es tarde. Por casualidad nos han permitido ir a comprar la cena..., nos pegaría...

– Y ¿quién está con vosotros?

– Esa mujer... y su hija... su marido es criado en una familia... no recuerdo el nombre.

Al día siguiente tuvieron información completa.

Mujer reprensible había mantenido a su lado a este hombre con el vicio: él se marchaba cansado..., pero la hembra asquerosa se quedaba con sus hijos... como rehenes y, cuando se demoraba en enviarle la cuota establecida, desahogaba su descontento sobre los pobres niños que crecían en medio de peleas, suciedad, prostitución.

Volvió a empezar la lucha... una lucha feroz.

Anna los quería de vuelta a toda costa; sentía que su casa, donde se vivía de paz y de trabajo, era demasiado diferente de ese inmundo ambiente donde el padre, autorizado por la ley para proteger a sus hijos, los criaba solo con malos ejemplos.

Sin embargo, la lucha la ganaron los propios chicos una mañana que, cansados, encantados por el ambiente tranquilo que habían entrevisto y por las suaves caricias de su madre, huyeron para refugiarse entre los brazos de Anna.

Llegaron con miedo, sin gorra, habían huido como dos malhechores y, creyendo que le darían a su madre una vía de salvación, declararon que nunca volverían con esa mujer.

– Defiéndenos, haz que podamos quedarnos aquí contigo... Nadie nos quiere...

¡Ay! pobres hijos, más cruel que su padre, más cruel que la zorra que pagaba para mal alimentarlos con comida basura, era la ley.

En vano Anna puso las cosas al descubierto, en vano Anna los condujo así de harapientos hasta la comisaría... donde los confundieron con dos ladrones; todo fue en vano.

El padre, informado por su asquerosa cómplice, mandó un telegrama a su mujer:

«... No quiero que mis hijos tengan que comer el pan de vuestro amante...»

Era el colmo de la desvergüenza.

«¿No preguntaste si era dinero de mi amante el que quisiste cuando se vendió la casa de Mirello por la ruina que habíais causado...?»

Así le contestó Anna; y más severamente le escribió su padre; pero la ley había establecido que solo él era digno de sus hijos.

Durante una semana, los chicos temblaron de miedo ante la idea de tener que volver con la indecente hembra a la que su padre les había dejado como prenda de lealtad; cubiertos de cariño y dulzura, cuidados, vestidos con decencia, se sentían felices.

Anna, y con ella el abogado Sarri, lo intentaron todo; todo se desmoronaba ante el decreto.

Un alto funcionario de la gobernación civil, reconociendo la perfecta razón de Anna, le aconsejó y tal vez la ayudó solo para que estos niños fueran entregados y confiados al abuelo paterno.

Era la única salvación y Anna cedió.

– Esto será en vano, ya que el padre siempre los va a atraer a su órbita de perdición. La influencia del mal no se puede vencer...

– Estaremos vigilando.

¡Ah, sí! Una promesa más vana que la esperanza de que *ese padre* pueda dar a sus propios hijos pan y ejemplos de honestidad, pero de honestidad verdadera, no de esa honestidad hecha de apariencia y de palabras.

La ley consideraba que la casa de Anna era una casa deshonesto; sin embargo, allí se vivía de trabajo, cariño, paz, sin la sombra del engaño, con una unión perfecta, basada en la estima incondicional.

La ley consideraba más honesto que los hijos convivieran con su padre, que siempre sacaba a la luz relaciones muy sucias, sin ningún recato frente a sus hijos, quienes *oían, veían*, vivían en medio de orgías, sin reglas, sin paz, sin amor, pasaban el tiempo de una cafetería a una taberna, arrastrados del escenario al figón; sin que nadie se ocupara de su educación, de su futuro.

¿Qué habría sido de ellos?

Se habrían hecho incluso ladrones.

Cesarino contaba que estaba fascinado por las hazañas de Rocambole; y una noche la misma amante criminal de Ettore Streno armó su mano para que despotricara en contra de una persona que, tal vez con mucha razón, les dirigía unas quejas.

Pero Giorgio Minardi, en cambio, los había llenado de amor y amabilidad, les había provisto de lo necesario para que todo les resultara agradable, para que comprendieran suavemente que

todo esto era solo el fruto del trabajo de su madre, para que no se sintieran humillados.

¿Igual situación?... tal vez... pero ¿cuál es la mejor?

Un solo prejuicio mantenía las cosas al mismo nivel. Si la unión de Anna hubiera estado legalizada... ¿qué ambiente sería mejor para sus hijos?

– Siempre estarán conmigo y nunca volverán con su padre – había dicho su abuelo.

¡Pobre viejo! Los largos años pasados no habían demolido el bagaje de ilusiones que en algunas almas puede más que la evidencia.

La hembra, de la que Anna y su suegro habían arrancado a los pobres pequeños, había desaparecido de la existencia de Ettore Streno... y ¿qué?

En peores condiciones, en un ambiente más triste todavía cayeron esos chiquillos; y en la edad peligrosa en la que la mente florece, se completa y cuando más necesita de ejemplos, cuidado, previsión, se enfrentaron al mayor peligro que un alma joven puede correr.

Hacia finales de 1899 un amigo le escribió a Anna:

«Vuestros hijos ya no están con su abuelo, sino con su padre, no sé si son felices, solo sé que ni una persona honesta pone un pie en la casa de calle P... n° 17.»

Y Anna solo podía llorar su propia desgracia y la de sus hijos; la ley no la ayudaba.

Primera víctima de ese hombre, ella había perdido su juventud, su vida por él; ahora necesitaba nuevas víctimas: sus hijos.

Lágrimas, solo lágrimas... ella no podía derramar nada más que lágrimas sobre ese altar de sacrificio, siempre erigido ante una deidad muy cruel, muy egoísta: *el código*.

En el año 1900

En Milán.

Desde hacía aproximadamente un año, Anna no había tenido noticias fiables sobre sus hijos. Ella misma había ido a visitarlos, pero tanto ellos como las personas a las que les preguntaba el estado preciso de las cosas estaban tratando de ocultar la verdad.

Ya eran dos jóvenes.

Cesare, el mayor, siempre inquieto, estaba claro que sufría de una no ligera neurastenia, inevitable por las condiciones en las que había nacido; Gino, el segundo, era más tranquilo, quizás un poco pasivo: los dos estaban dotados de gran inteligencia; inteligencia que se estaba desperdiciando porque nadie se preocupaba por desarrollarla.

Anna había intentado saber cómo vivían, había intentado descubrir el secreto de esa casa en la calle de la P... porque la carta de la persona amiga le había dejado dudas atroces.

Nadie habló.

Había intentado desde lejos que estos muchachos llenos de ingenio estudiaran y no había logrado nada, ya que por mucho que lo negaran, tenía la certeza de que vagabundeaban por las calles.

Artistas en el alma, los dos sentían el deseo de crear; escultura, pintura, poesía, todo lo intentaban esos dos pequeños inadaptados; solos, sin guía, sin paz, en las raras horas en que podían quedarse en casa, porque la casa, *su casa*, a los pobrecitos les repugnaba.

Esto lo había sabido por unos amigos, lo había entendido por lo que podía comprender en sus cartas y en sus discursos.

Iban mal vestidos y ella había enviado algo de ropa; pero la última vez que los vio, estaban en la misma triste condición.

Inquietos, irritados, infelices, se les leía claramente en los rostros secretas molestias, les faltaba la alegría despreocupada de su edad; se entendía que tenían siempre preocupaciones superiores a la fuerza del pensamiento de sus pocos años.

Durante aproximadamente un año no había estado segura de nada.

Algunas cartas indiferentes, muy breves, muy vagas: algunas quejas de su suegro que sufría por tener constantemente a la vista un espectáculo lamentable... y nada más.

Un día Anna, al salir de la biblioteca, se encontró con Giorgio que la estaba esperando.

Muy cansada por un trabajo de investigación difícil y largo, con el cerebro dolorido, sufriendo, se alegró de tener compañía, sobre todo porque una espesa niebla comenzaba a envolver la ciudad, dificultando el movimiento.

No pensó en preguntar por la causa de esa novedad.

Giorgio estaba callado, preocupado. Tenía algo que decir y no encontraba la manera de hacerlo.

– ¿No estás contenta de que haya venido a buscarte?

– Sí, mucho, me alegro mucho.

– Y ¿no te parece extraño?

Siempre acostumbrada a las desgracias, Anna se estremeció. En realidad, ¡era algo extraño!

– ¿Qué hay de nuevo?

– Nada, nada, no tengas miedo... ¡te asustas por nada!

– Ha sido por tu pregunta..., pero algo tiene que haber, desde luego..., dímelo ya..., malo o bueno..., por favor, no me hagas sufrir...

Pero Giorgio tenía miedo de la debilidad que durante algún tiempo le había dado a Anna una sensibilidad nerviosa excesiva.

No habló.

Recorrieron silenciosamente la calle Brera, cruzaron silenciosamente Foro Bonaparte. Vivían allí cerca.

En casa, Giorgio le pasó el brazo por debajo del suyo, como para sostenerla..., luego con mucha dulzura:

– Anna, debes disculparme si he cometido una falta de delicadeza.

– ¿Ves cómo ha pasado algo? Habla, habla... ¡Me siento morir!...

– No, no es algo que deba agitararte, más bien es una noticia que puede alegrarte. He sido poco delicado. He abierto una carta dirigida a ti... Venía de Livorno y no tenía sello... he tenido miedo un disgusto...

- Y ¿bien?... ¿Era de los chicos?
- Sí... de Cesare...
- Y ¿qué dice?
- Aquí tienes...

«*Mamá,*

Si aún me quieres, si sientes compasión por tu infeliz hijo, ayúdame. Tengo hambre. Quiero trabajar. Sufro. Envíame dinero, quiero vivir contigo...»

Anna se quedó sin palabras, pero las rodillas se le doblaron.

- Hay que enviar dinero inmediatamente – dijo débilmente.
- Ya se lo he mandado...
- Gracias – dijo ella mirándolo con extrema gratitud. – ¡Qué bueno eres!

- Es mi deber. Tus hijos son mis hijos.

Los ojos negros de Anna, marcados por el dolor, menos claros, pero siempre intensos, se llenaron de lágrimas.

Sin embargo, la ley y el mundo encontrarían todo esto muy deshonesto.

Tres días después, Giorgio esperaba otra vez a Anna a la salida de la biblioteca.

Ese día, en la niebla ligera, había un pálido rayo de sol que acariciaba suavemente los altos edificios, como una breve concesión de descanso que el miserable cielo daba a los pobres mortales.

Anna había pasado horas de dolorosa excitación; la visión de Giorgio le dijo claramente lo que había pasado:

- ¿Ya no viene? – y la excitación se transformó en una oscura rabia; sus rodillas no se doblaron, pero un arrebató casi ciego de desesperación le arrancó un grito ronco que sofocó mal, mordiendo los guantes.

Escribía:

«*Querida mamá,*

Demasiado pronto has mandado el dinero que, en realidad, nos ha venido muy bien para comprar algunos objetos necesarios para

mí y para Gino. Pero he hecho estos gastos sin el permiso de papá, que me ha reñido mucho.

Pero a ti no te importará.

Tenías que pensar que yo había escrito esto en un momento de furia. Estoy medio loco. Así me has hecho tú y así tiene que ser.

Papá habría sufrido demasiado... ¡No podría quedarme lejos de él!

He escrito muchos poemas bonitos, te los enviaré y tú conseguirás que me los publiquen, ¿verdad?

Quiéreme, perdóname por el desliz. Muchos besos.

tu

CESARE».

– ¡Así es como debe ser! – murmuró Anna. – Es una forma como cualquier otra de extorsionarme dinero. Los hijos tienen que servir para algo. Que destrocen el corazón de su madre con tal de que salgan bien las cuentas.

– Pero había que mandárselo, – dijo Giorgio – para no tener remordimientos.

– Es verdad.

Y para no tener remordimientos se lo mandaron de nuevo, cuando un mes más tarde Cesare Streno escribió a su madre:

«*Mamá,*

Tal vez ya no me vas a creer, pero si no quieres que tu hijo se pierda, envíame otra vez dinero para poderme ir. Esta vez no me descubrirán. Esta vez me voy a ir. Ayer he comido con un penique de pan... y esta vida me cansa. Ten compasión de tu hijo...»

.....

Era una tarde fría, de niebla espesa; en el estudio de Anna, caliente, cómodo, simplemente elegante, estaban reunidos unos amigos que notaban en la señora Virginia Mirello y en ella una excitación nueva, muy extraña. Anna hablaba animadamente, febril, de mil cosas; no sabía escuchar, contrariamente a su cortesía habitual; no se quedaba quieta, tenía un temblor nervioso muy visible.

Estaba segura, esta vez, de que uno de sus hijos vendría.

No sabía cuándo. Un tren llegaba por la noche.

Tal vez.

Y ponía leña en el radiador y subía la temperatura hasta que se hacía insoportable.

– Pero qué calor hace aquí, señora, – decían los amigos.

– Es para los que van a llegar de fuera.

– Pero ya no va a venir nadie más, señora, por favor, se compadezca de los que ya están en casa.

– Es cierto, mil perdones... – pero después de un tiempo volvía a empezar desde el principio.

– Anna, cálmate – le decía Giorgio–, se darán cuenta de tu estado.

– ¡A quién le importa! ¡A quién le importa! – y otra vez abría la ventana para sentir la baja temperatura del aire frío.

Después de medianoche, ansiosa, con el presentimiento de una buena noticia, le rogó a Giorgio que fuera al telégrafo.

Tal vez el chico había escrito mal la dirección, tal vez un telegrama esperaba en la oficina.

Pero el telegrama llegó por la noche:

«Estoy en La Spezia, salgo de un momento a otro, estaré en vuestros brazos mañana por la mañana.

CESARE.»

¡Por fin! ¡Por fin!

¡Se habían hecho tan largas esas horas, tan angustiosas! Era verdad que iba a tener que emprender una feroz batalla..., pero esta vez no se rendiría.

¡Cuánto valor sentía! ya no sentía el abatimiento por tan largo sufrimiento.

Ella regeneraría a su hijo; quizás estaba muy destrozado por ese ambiente... tal vez, ¿quién sabe? era también un vicioso: con amor, con dulzura lo reformaría. Tendría el ejemplo del trabajo y se acostumbraría a trabajar.

Y ya estaba pensando:

¿Qué hacer por él?

¿Querrá volver a empezar a estudiar?

Conseguiré que le recomienden, haré lo que no hice por mí misma; le despejaré el camino. Tal vez también habrá sufrido físicamente. Pero yo lo curaré y lo sanaré.

Y miraba a su alrededor.

¡Qué feliz será!

¡Quién sabe todo lo que ha sufrido! ¡Quién sabe cuánto frío ha pasado!

Luego Gino también vendrá... Claro, claro...

¡Cómo tienen que haber sufrido!

En una casa fea, desnuda, sucia, donde vivían con otros inadaptados, amigos de su padre... apilados, en una sola cama... y sucios, sucios...

¡Quién sabe lo que habrá crecido! ¡Mi Cesarino...!

Y repetía ese nombre con un frémito, lo decía en voz alta, disfrutando al escuchar el sonido de su propia voz al pronunciar ese nombre.

– Cesarino... ¡Cesarino!

Y hablaba con el retrato de Cesare Mirello.

– ¡Oh, papá! Aquí está nuestro Cesarino... Aquí está... ¡Estará aquí, aquí en un momento...!

¡Quién sabe lo que habrá que luchar!

¡A quién le importa! Ella tenía fuerzas.

El chico tenía dieciséis años. La edad en la que se empieza a tener una voluntad..., él también iba a *querer*; y, además, ahora, ya no la acusarían de secuestro...

Y las horas pasaban despacio, tan despacio.

El día se levantaba perezosamente, la niebla se llevaba con desesperante lentitud la transparencia rosea del amanecer; las horas no pasaban. Luego, en la estación; cuarenta minutos de retraso... Incluso mucho más tiempo...

Un tren.

– ¿Es el tren de Génova?

– No.

– Sí, sí, es ese...

– ¿Cuál de ellos?

– ¿Ese que está llegando?

– No.

– Sí.

– ¡Cesarino! ¡Cesarino!

Un chico grande, mirando a su alrededor como soñando, aterrado, tembloroso..., todo andrajoso.

– ¡Cesarino mío!

– ¡Mamá, tengo miedo!

– Mi amor, mi amor, ¡estás conmigo!

– ¿Hará que me arresten?

– Pero ¿quién?

– Papá.

– No, mi amor, estás con tu madre, no tengas miedo.

¡En qué estado tan miserable!

Como tenía los zapatos rotos, se le veían los pies casi desnudos; un traje gris ceniza, muy ligero, mal protegido por un abrigo gastado y remendado... Sobre el pelo rubio y tupido una pequeña gorra...

– ¿Ibas así por la calle?

– Así...

Y la pobre carne temblorosa parecía estar manchada de cardenales por lo mucho que había sufrido.

Bebió con avidez una taza de leche grande; voluptuosamente se tumbó en la cama caliente donde durmió un sueño agitado por espantosas pesadillas.

La lucha la ganaron, esa vez la voluntad del chico había sido crucial; despacio regresó la calma a esa pobre alma angustiada, no se ahorraron cuidados, dulzura; el bienestar, la seguridad del pan despertaron en él el instinto del trabajo. Artista, inteligente, voluntarioso, en definitiva, el pasado se había convertido en una pesadilla para él; estaba a salvo.

Al menos era lo que creía Anna.

En 1902

En Florencia.

En febrero de 1901 Gino también había venido.

Una alegría indescriptible había calentado la sangre de Anna. Le parecía que había vuelto a su juventud, tanta era la fuerza que sentía por su trabajo, su lucha, para dar a sus hijos un comienzo seguro.

Se miraba al espejo y sonreía ante sus numerosas canas.

– ¡Todavía soy joven! – decía – Voy a vivir lo suficiente para asegurarles un futuro a mis hijos.

Ni siquiera ese veneno que amenazaba su vida al consumirle la sangre, terrible hidra a la que siempre le vuelve a nacer la cabeza, ya no le asustaba más.

– Viviré lo suficiente – pensaba.

La vida no era fácil.

Giorgio y Anna vivieron algunos momentos oscuros de amarga dificultad, pero ella tenía a sus hijos, sus hijos buenos, inteligentes, voluntariosos, y todo le parecía dulce.

Si pensaba en el tiempo en que los tuvo lejos, se estremecía.

Su padre ya no se ocupaba de ellos, ni siquiera escribía; Giovanni Streno había escrito:

«... los niños tendrán que agradecerte lo que haces por ellos...

Espero de verdad que una ley providente ponga en orden tu condición y te haga perfectamente feliz...»

Y, a veces, ella hablaba de esta esperanza con sus hijos, ya bastante mayores para entenderlo todo, y ellos se reían y le decían:

– Y ¿a ti qué te importa? Nosotros estamos contentos así. Sabemos lo que ha pasado, hemos visto demasiadas cosas... Si lo deseas por nosotros, es del todo inútil...

Dos jóvenes, guapos, elegantes, simpáticos, que de su pasado ya no conservaban nada, esos hijos suyos eran su orgullo. Nino, el más pequeño, un poco celoso al principio, había acabado por querer mucho a sus hermanos.

El sentimiento por el arte se estaba desarrollando en ellos, por el ambiente artístico, por un ejercicio más continuativo.

Trabajaban, se daban a conocer: empezaba para ellos la efectiva batalla de la vida, facilitada por la amorosa previsión de su madre.

Anna había ido a Livorno y se enteró de muchas verdades.

Sus hijos no se lo habían contado todo.

Se había enterado de las vergüenzas reprensibles que se cometían en la casa donde habían vivido sus hijos..., había sabido que los pobrecitos, reducidos a hacer las tareas domésticas, no solo sufrían porque les faltaba lo más necesario, sino que salían con la cabeza baja porque... se avergonzaban de que les señalaran con el dedo...

Y ¡ay de ti si alguien hubiera hablado!

Estos relatos le habían dado asco, pero no más dolor ya que sus hijos ahora estaban a salvo.

– Vuestro marido decía que esta es la simpática vida de los *bohémios* – le dijo el que le estaba contando los hechos.

– Pero con unas Mimis demasiado jóvenes.

– ¡Han tenido mucha suerte los hijos de ese hombre de que su madre siguiera viva!

Luego Anna también supo que sus hijos, al marcharse, habían escrito una carta terrible a su padre... para él.

También le habían contado una serie de acciones sucias... cometidas después... muchas recientemente... y ella escuchaba con una sensación de alivio, por la liberación de sus hijos...

Un viejo amigo le había dicho que Streno, para disculparse de una imputación por apropiación indebida, había acusado a su hijo Gino; el amigo nauseado por tanta bajeza le decía a Anna que muchas personas habían dado un respiro de alivio al oír que esos niños, por fin, se habían liberado de ese barro...

Y ella ¡se había sentido tan feliz ese día!

Necesitaba aire, luz, sol; había subido a la colina de Montenero. Desde la cima de la montaña, consagrada a la Virgen milagrosa, se puede ver todo el amplio puerto que baña esas hermosas orillas sobre las que se asienta la graciosa ciudad.

Era un día tan claro que la vista llegaba libre hasta la Gorgona, hasta la isla de Giglio.

¡Qué pureza! ¡Qué claridad tan luminosa!

Su alma se expandía como liberada de un inmenso peso y esa estupenda armonía de la creación parecía unirse a ella para celebrar la enorme felicidad de la liberación.

Los rayos resplandecían en el azul mar Tirreno, como diamantes raros, y brillaba de alegría el alma que se elevaba en el disfrute supremo de las bellezas únicas de la creación: no había nubes en el cielo de zafiro, no había nubes en el horizonte de su presente.

Esta era su recompensa.

Y en su gran felicidad volvió a sentir esa necesidad de perdón que había probado en Roma, en el Gianicolo, frente a las soberbias ruinas de las civilizaciones pasadas.

¡Qué hermoso era todo lo que había a su alrededor!

¡Qué consuelo tras las amargas luchas de la existencia son las bellezas de la creación!

¿Qué importa el mal que serpentea por el mundo, qué importa el mal que las criaturas humanas no saben prevenir, que las criaturas humanas no saben remediar? ¿Qué importan las leyes áridas, las conveniencias estériles, los prejuicios estúpidos, las maldades, las mentiras, si tanta asombrosa bondad, tanta maravillosa verdad está en el cielo, en la tierra, en la vida?

¡Egoísmo humano!

Incluso en ella podía el egoísmo en esa hora de feliz exaltación ante la Belleza.

Su alma estaba tranquila, ese inmenso mar celeste que besaba con feliz amor la tierra inundada de sol estaba tranquilo...

¿Qué importaba del mundo? ¿de todo? ¿Qué le importaban, en ese momento, todos aquellos que, como ella, habían sufrido, habían perdido el rumbo?

¡Por fin esa era la paz!

¿La paz?

¡Desgraciadamente, no!

Todo lo que era bueno, ella no podía conseguirlo.

Aspiración, deseo que necesariamente tenía que morir, sofocado por la fatalidad inevitable, por la fuerza de un derecho, por un poder.

Derecho injustamente concedido: pero ¿cuándo el poder se basa en la justicia?

¿La paz?

¡Ah, sí! La paz es un sueño y los sueños se desvanecen con la realidad del amanecer.

Y sobre todo los buenos sueños. Solo dejan rastro las pesadillas atormentadas.

Anna quería que sus hijos fueran hombres honrados, amantes del trabajo, buenos. Anna quería poner a sus hijos en el camino recto del deber y entonces poderles decir:

«Ya podéis ir; el camino está hecho. Yo no quiero nada para mí. He cumplido no con un deber que me impuso la ley, ya que este deber la ley se lo había impuesto a vuestro padre; sino con un deber que el amor me había impuesto.

Ahora os podéis ir; seré feliz si algunas veces venís a darme un beso, si os recordáis que yo os he preparado para la vida y dejáis un pequeño espacio en vuestro corazón para mí.

Podéis marcharos; ya estáis preparados para la batalla; ya estáis libres de la atracción al vicio; marchad; yo os he educado; mi trabajo ya está hecho.»

Eso es lo que ella quería.

Pero este habría sido un consuelo demasiado dulce: y... un día, un mal día, ese padre indigno, tal vez en un momento de... demencia o embriaguez... escribió una de esas cartas trágicas, pensadas durante muchas horas, en las que, de verdad, solo había el rastro de la tinta.

Conmovió a sus hijos... «¡Se iba! ¿Tendrían el valor de dejarle cruzar el mar sin darle un último beso...?»

¿Qué pasó?

Todo el bien adquirido con la lucha dolorosa, con el llanto, con la vida... todo se derrumbó como una pared podrida.

Los hijos de Anna se fueron y nunca volvieron con ella.

¿Fue la promesa del oro? ¿Fue el falso resplandor de una fortuna incierta? ¿Fue el vicio?

¿Quién sabe? ¿Quién lo sabrá? ¿Quién conoce las almas de las criaturas humanas?

Durante quince días los esperó; y durante otras quince noches la mujer afligida siguió esperándoles, como había esperado a su marido, con la cabeza apoyada en la ventana, mientras las estrellas brillaban impasibles ahí arriba en ese cielo tan irónicamente hermoso.

En vano suplicó, en vano se defendió de las ofensas calumniosas de ese hombre.

Sabía que sus hijos habían comenzado de nuevo con su vida habitual: supo que él, al marcharse, los había confiado – como siempre – a unas personas indignas, mientras que maliciosamente había difundido que los niños habían huido de la casa *deshonesta* de su madre.

Y sus propios niños, incluso sabiendo que su padre los iba a dejar, solos, vagabundos, con una de sus mujeres habituales... no defendieron a esa pobre madre que tantas veces había velado para que sus vidas fueran más fáciles; no defendieron a su madre... porque su madre era una mujer culpable, porque, disgustada por los vicios de su marido, vivía libremente junto a un hombre que la había adorado y que también había amado a sus hijos.

Ellos tenían razón.

– No luche más, ya basta, – le dijo el abogado Gino Sarri – han pasado demasiados años, ahora descanse. Nunca va a ganar, nunca, porque nunca va a encontrar apoyo en las leyes... Espere; tal vez todo esto va a tener pronto una solución. El divorcio...

– Demasiado tarde para mí, abogado.

– Nunca es tarde para liberarse.

– Demasiado tarde. No compensará la ruina de mis hijos.

– Señora: usted ha hecho lo que humanamente una mujer puede hacer..., descanse.

Era cierto; la lucha sostenida era demasiado fuerte para el alma de una mujer. Sometida a la necesidad de complacer, la mujer debe reprimir todo signo de expresión individual.

Ni siquiera una madre, de verdad, en el buen sentido de la palabra, puede hacerlo.

Una madre cariñosa, sí, solo aparentemente, mientras sepa mentir sobre los vicios de su esclavitud al mundo y a su dueño. La rebelión en la mujer es un crimen... y los crímenes tienen que ser castigados.

– No luche más... – había dicho el abogado Sarri – descanse.

– Pero ¿es justo todo esto? ¿Pero nadie va a entender el abismo que transcurre entre la existencia que llevaban conmigo y la que van a llevar?

– Nadie.

– Pero yo todavía quiero a mis hijos.

- Ahora son libres; ¿cómo puede obligarles?
- ¿No deberían entenderlo? ¿Y el ejemplo del pasado? Pero ¿cómo pueden creer en la regeneración de un degenerado?
- ¿...?
- ¿Qué se supone que tengo que hacer? ¿Debería dejar a Giorgio... abandonarle... echarle? ¿Tengo que hacerlo? Estoy lista.
- Eso sería una mala acción.
- ¡Pero si es por mis hijos!
- ¿Después de tantos años, después de que él ha sacrificado su juventud por usted, después de lo mucho que ha sufrido? Hoy él tiene unos derechos..., unos derechos del amor.
- Pero ¡es por ellos, por mis hijos!
- No se había olvidado de sus hijos. Y, luego, dígame, ¿quién la creería? ¿Quién creería esta división? Y, además, honestamente, dígame, ¿su trabajo es suficiente para todos?
- No.
- Entonces, ¿qué va a hacer?
- No lo sé, buscaré otro trabajo más.
- Todo es inútil, todo es inútil... y, además, no volverían de todas formas.
- ¿Quién sabe...?
- ¡Ilusión!
- Entonces, ¿qué tengo que hacer?
- Debería volver a vivir con su marido.
- ¡No, no, no! ¡No puedo hacer eso!
- Por supuesto.
- ¡Qué asco! ¡Qué horror! ¡Sería una prostitución!
- Lo ve, todo es inútil... Descanse.
- Pero se van a perder, seguro que se van a perder ante el ejemplo del vicio.
- Ahora son hombres... Saben lo que hacen.
- No creo que sea así. Es una aberración, es una alucinación, es la visión del oro... prometido. Hay que salvarles, hay que liberarles de esta alucinación porque después será tarde, cuando estén allí, en peligro, ya no podré ayudarles más, yo...
- Y ¿cómo quiere hacer eso?
- Un escándalo; un juicio; decir la verdad: que sea evidente cómo vivían, impedir que lo sigan a un país tan lejano; impedirlo a toda costa.

- Señora..., y ¿usted?
- ¡Pobre de mí!
- Sabe muy bien que el padre *tiene derecho*...
- Pero ¿qué hay del pasado? Sé algunas cosas horribles.
- ¿Las pruebas?
- Las encontraré.
- Descanse, ha estado luchando durante demasiados años...
descanse...
- Es un remordimiento para mí..., él los arrastra lejos para hacerme daño; no puede ser ni guía ni apoyo seguro para ellos; les ha seducido con la promesa de una fortuna que no tendrá... Si les pasa algo malo, tendré remordimientos....
- ¿De qué?
- De lo que he hecho... Tenía que haberlo soportado todo...
- ¿Para qué?
- Para salvar a mis hijos.
- Habría un mayor número de *perdidos*.
- Estarían conmigo....
- Descanse...
- Sufro. Tengo remordimientos, tengo remordimientos...
- Escúcheme señora, no tenga remordimientos, usted ha actuado en todo el derecho de la criatura humana, en el derecho que le daba su existencia rota. No debe tener remordimientos, la culpa no es suya. Si entonces, antes de que todo el mal hubiera ocurrido, hubiera habido un medio para liberarse..., si hubiera habido un medio para hacerse escuchar, para hacerse entender..., esto no acabaría así..., usted exigiría su liberación, exigiría a sus hijos y después sería la respetada esposa de otro. Usted ha hecho, hoy, más que su deber... Usted ha intentado salvar a sus hijos..., mientras que solo al padre se le había dado esa responsabilidad. Si se van a perder la culpa no es suya..., es de la influencia que han sufrido en los años de convivencia con su padre...; no tenga remordimientos, la culpa no es suya..., es la falta de remedios para ciertos males lo que pudre a la sociedad. Descanse...

Han pasado muchos días... muchos días dolorosos...

Ni una lágrima ha bajado por los ojos de Anna.

¡En unos pocos días han pasado por su frente, por su cara, por su vida, muchos años...!

.....
Es una lánguida mañana de verano. En la penumbra del estudio, la pluma chirría.

Anna trabaja, trabaja para no dejarse morir. Ella no descansa..., se siente *vencida*.

Nino, en silencio, coloca sobre el escritorio una flor, un hermoso clavel rojo, una carta y un periódico.

– ¡Buenos días! – dice.

– Gracias, amor mío. – Le besa y lentamente abre la carta.

Escribe Ettore Streno.

Una carta infame, llena de locas calumnias, que termina así:

«Espero que mis hijos no tengan que escribiros desde alguna cárcel...»

¿A ella? Y ¿por qué? ¡Estúpido!

Ella sonríe con desprecio.

Él invierte los papeles...

¿Olvida... la prisión de la que se escapó... por demasiada suerte? ¿Sus inmundos caprichos?

¿Olvida... que ella lo sabe... todo?

Y luego:

«Aquí está el consejo más útil: suicidaos.»

Tira la carta.

Abre el periódico.

Anna ha presentado un libro al público estos días.

Un desconocido escribe sobre ello:

.....
«... se siente que es una mujer querida la que escribe y se entiende que esta mujer ha soñado con un ideal, ha tenido una fe y ha amado todo lo que le parecía que estaba lejos de las cosas comunes, más elevadas y más altas.

.....
A ella... le estarán agradecidos todos aquellos en quienes no ha desaparecido todavía, en medio de los bienes materiales, el generoso sentimiento de la belleza que, indómita y segura en los acontecimientos cambiantes, conquista las almas y subyuga los corazones fervientes.

G. O.»

Los ojos de Anna Mirello se llenan de lágrimas. Son las primeras desde el día en que perdió a sus hijos. Son lágrimas dulces, son la salvación.

– Gracias! – murmura dirigiéndose al salvador desconocido.

Un horizonte de bien se abre ante ella.

La verdad.

Decir la verdad, para que sea útil a los que sufren.

Ella ya no necesita nada.

La ley de su corazón le basta y, además, su vida será corta.

Pero si un ejemplo más, si una verdad dolorosa, narrada con sinceridad, puede despertar a la lucha alguna conciencia dormida... bien, entonces..., que no se esconda esta humilde verdad.

Florenia, 15 de septiembre - 3 de noviembre de 1902.

FIN

Semblanza



MILAGRO MARTÍN CLAVIJO

Profesora titular de Filología Italiana en el Departamento de Filología Moderna de la Facultad de Filología de la Universidad de Salamanca. En los últimos años ha dirigido los proyectos de investigación: “Las inéditas: escritoras, lenguas y culturas” y “Escritoras inéditas en español en los albores del s. XX (1880-1920). Renovación pedagógica del canon literario” (SA019P17). Es IP del grupo de investigación “Escritoras y personajes femeninos en la literatura” de la Universidad de Salamanca y pertenece al grupo de investigación “Escritoras y Escrituras” (HUM 753) de la Universidad de Sevilla. Con estos dos grupos ha organizado varios congresos internacionales y se ha ocupado de la coordinación y edición de numerosos volúmenes colectivos. Dirige las colecciones “Donne dietro le quinte” de la editorial Aracne y “Teatro” de Benilde. Su investigación se centra en teatro italiano contemporáneo, narrativa siciliana en femenino y la querrela de las mujeres. En los últimos años se ocupa preferentemente de autoras italianas a caballo entre el siglo XIX y el XX.

MEMORIA DE

M U J E R II

Anna Franchi publicó su novela *Adelante el divorcio* en 1902. Su convicción de la necesidad de la promulgación de una ley que permita la disolución del matrimonio y su actividad febril durante esos años para conseguir que ese sueño se hiciera realidad se integran perfectamente en un contexto, el de la Italia a caballo entre el siglo XIX y el XX, en el que desde el Feminismo, pero también desde el Parlamento, se lucha por la mejora sustancial de la condición de la mujer y por la consecución de los derechos más necesarios. Una batalla que, sin embargo, no va a dar fruto hasta décadas más tarde. En este sentido, su obra se convierte en testimonio, también para los lectores del nuevo milenio, de esa larga cruzada que ha emprendido la mujer por la conquista de sus derechos, llena de obstáculos, de sufrimientos, de renunciaciones y sacrificios. Pero, además, Anna Franchi pone sobre la mesa la función que tiene la literatura como arma de denuncia para luchar contra una legislación que tiene sus deficiencias y que necesita que se presente a un público más amplio desde una óptica menos abstracta, menos técnica, más humana.

Finalmente, se trata también de un libro en el que la mujer va a ir tomando conciencia de su condición subalterna en todos los campos de su vida y va a ponerse manos a la obra en busca de una realización plena.



ISBN: 978-84-1311-200-8



9 788413 112008

M E M O R I A D E M U J E R I I